

Meditaciones sobre la fe

Tadeusz Dajczer

[Presentación](#)

[Prólogo](#)

[PRIMERA PARTE La virtud de la fe](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[La fe como participación en la vida de Dios](#)

[El conocimiento de la presencia que ama](#)

[Las huellas de Dios en el mundo](#)

[Todo es gracia](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[La fe como adhesión a Cristo](#)

[«Nadie puede servir a dos señores»](#)

[La voluntad de Dios y nuestra voluntad](#)

[Demoliendo a la Iglesia](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[La fe como apoyo en Cristo y abandono en El](#)

[Dios como único apoyo](#)

[La actitud del abandono](#)

[Abandono en Dios](#)

[El amor celoso de Dios](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[Reconocer la propia incapacidad y esperar todo de Dios](#)

[El poder de Dios necesita de la debilidad del hombre](#)

[La pobreza de Cristo](#)

[Reconocer que todo es don](#)

[La siembra de la desconfianza](#)

[La pobreza espiritual como actitud del niño](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[La conversión como dimensión de la fe](#)

[Feliz la culpa](#)

[Las consecuencias del mal](#)

[No se puede conocer a Cristo sin el hombre](#)

[Qué actitud tomar ante el propio mal](#)
[El «sacramento de la conversión»](#)
[Los patronos del sacramento de la conversión](#)
[La conversión hacia el radicalismo](#)
[El jansenismo como un peligro para la fe](#)
[El humor como «exorcismo»](#)
[Las cenizas y el polvo](#)

[El patrón del humor](#)

[CAPITULO 7](#)

[Las pruebas de la fe](#)

[La espera de Dios](#)

[La fe de Abrahán](#)

[Las pruebas de la fe en la vida de María](#)

[Las tempestades de la vida](#)

[La inquietud que surge de la falta de fe](#)

[La paz que surge de la fe](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[El desierto](#)

[El simbolismo del desierto](#)

[«Ojalá fueras frío o caliente»](#)

[El desierto, lugar de despojamiento](#)

[El desierto es experiencia del amor de Dios](#)

[CAPITULO 9](#)

[Los medios pobres y los medios ricos](#)

[El Jesús pobre](#)

[Eficacia de los medios pobres](#)

[La victoria a través de la fe](#)

[La maternidad espiritual](#)

[El testimonio de Juan Pablo II](#)

[TERCERA PARTE La actualización de la fe](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[El bautismo](#)

[Sumergirse en la muerte y resurrección de Cristo](#)

[Incorporación al cuerpo de Cristo](#)

[El sacerdocio de los fieles](#)

[Capítulo 11](#)

[La confirmación](#)

[El despojamiento, condición para llegar a la plenitud](#)

[Los frutos de la confirmación](#)

[El don del Espíritu para los apóstoles](#)

[Amar a la Iglesia](#)

[El compromiso del apostolado](#)

[Capítulo 12](#)

[La eucaristía](#)

[La espera de la eucaristía](#)

[La eucaristía, culminación de la fe](#)

[La kénosis \(despojamiento\) de Cristo](#)

[Capítulo 13](#)

[La escucha de la palabra divina](#)

[Actitud ante la Palabra: objeto o sujeto](#)

[Presencia de Dios en la Palabra](#)

[Papel de la palabra de Dios en la oración](#)

[Capítulo 14](#)

[La oración como actualización de la fe](#)

[El ejemplo de Cristo](#)

[Prioridad de la oración](#)

[Tipos de oración](#)

[La oración del hombre pobre](#)

[El rosario de María](#)

[El hombre de la oración continua](#)

[Capítulo 15](#)

[El amor como realización de la fe](#)

[El eros y el ágape](#)

[El papel de los sentimientos](#)

[La crisis de los vínculos naturales](#)

[Permitir que Cristo ame en nosotros](#)

[No se puede amar al hombre sin amar a Dios](#)

[Encontrar la autorrealización en Cristo](#)

En el año de la Eucaristía y la Inmaculada
SAN PABLO

El padre Tadeusz Dajczer (Varsovia 1931) fundó el Movimiento de las Familias de Nazaret, ya implantado en España y extendido en más de diez países,

en 1985. Es doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma y profesor en la Facultad de Teología católica de Varsovia.

Movimiento de las Familias de Nazaret

E-mail: Iopusipoven@cemad.es

Tel-Fax: 00(34) 9 1-638-76-24

Con censura eclesiástica

© SAN PABLO 1994 (Protasio Gómez, 11-15.28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723 Movimiento de las Familias de Nazaret 1994

Título original: Rozwazapzja o Wierze Traducido por Eva Krcheninsca Distribución:

SAN PABLO. División comercial

Resma, 1. 28021 Madrid * Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050

ISBN: 84-285-2726-1

Depósito legal: M. 43.33 1-2006

Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid) Printed in Spain. Impreso en España

Presentación

El lector tiene en sus manos un libro de profunda espiritualidad, muy acorde con las necesidades de la Iglesia y del mundo actual.

La Iglesia siente la urgente llamada que le hace su Señor a realizar la Nueva Evangelización de un mundo que vive una profunda quiebra de humanidad porque ha desterrado a Dios de su vida. Como el hijo pródigo, muchos de nuestros contemporáneos mueren de “hambre” lejos de la casa del Padre, ignorando que sólo en Dios pueden encontrar su descanso y felicidad. Sólo en Dios manifestado en su Hijo Jesucristo hay esperanza para la humanidad.

Esta evangelización exige nuestra entrega plena a Cristo por medio de María. Exige la santidad (Cf NMI 29). Y esta sólo puede encontrar su fundamento en una verdadera experiencia de Dios, que alimentada por la oración en oración y la Eucaristía, bebiendo de la Palabra de Dios, invite a cada cristiano a una verdadera conversión a Cristo, dejándoos poseer cada vez más por Él.

Quien entra en las páginas de es invitado y conducido suave y vigorosamente a avanzar por el camino de la verdadera santidad. Su misma lectura, viva, accesible y directa, fácilmente se nos transforma en oración

5

El papa Juan Pablo II exclamó en Polonia al consagrar el mundo a la Misericordia divina: ¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy!... Ojala se cumpla la firme promesa del Señor Jesús: de aquí debe salir “la chispa que preparará al mundo para su última venida” (cf Diario, 1732, ed. it., p. 568). Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre, la felicidad». Desde aquella misma tierra polaca, el Padre Tadeusz Dajczer, verdadero

maestro de espíritu, nos conduce por los caminos de la misericordia. Arraigado en la escuela de santa Teresa del Niño Jesús y de santa Faustina Kowalska, centra nuestra atención en ella, haciéndonos vivir como pequeños y humildes en los brazos del Padre, conscientes de nuestra debilidad e impotencia, confiados hasta la locura en su amor paternal. Estos son los caminos que en consonancia con el concilio Vaticano II debe recorrer la Iglesia para bien de cada uno y de toda la humanidad.

En el trasfondo de todo el libro aparece la figura materna y ejemplar de la Virgen María, que nos invita a vivir en esa comunión de vida con Ella. Acogiéndola en nuestra vida como san Juan, la Virgen María formará en nosotros a su Hijo para gloria de la Trinidad y salvación de los hombres.

Pido a Dios que este libro sea cada vez más conocido y pueda seguir conduciendo a muchos hombres a dar frutos de santidad en la Iglesia.

Antonio Cañizares Llovera.

Arzobispo de Toledo. Primado de España. Toledo, abril de 2005

Prólogo

La Polonia mártir y victoriosa del comunismo se ha convertido para la Iglesia en un país piloto: un foco de creatividad. Gran número de movimientos y comunidades han nacido en respuesta a las nuevas necesidades de nuestro tiempo, especialmente las más profundas y las más espirituales: oración y evangelización tales como los movimientos apostólicos Familia de Familias (1952) y Auxiliares de la Madre Iglesia (1972), Luz-Vida (1973), Movimiento para la Defensa de la Vida (1979), Totus Tuus (1979), Pro Familia (1982), Alianza de las Familias (1990). Por lo demás, he confeccionado una amplia lista de estas recientes fundaciones. Entre ellas está el Movimiento de las Familias de Nazaret.

Este movimiento, cuya aprobación canónica es reciente (menos de diez años), goza de una historia más dilatada. El padre Tadeusz Dajczer¹, profesor en la Facultad de Teología católica de Varsovia, dotado de un carisma de dirección espiritual, había fundado primeramente entre los estudiantes, durante los heroicos años 70, un gru

7

po de búsqueda. El movimiento se fundó oficialmente en 1985 con la aprobación del cardenal primado monseñor Glemp. Contaba ya con unos 600 miembros.

Nuestro siglo se caracteriza por una grave desintegración de la familia. Tanto las estadísticas de la Iglesia como las del Estado lo expresan en su justa medida. Ya exclamaba A. Gide: «¡Familia, os odio!». El materialismo y el erotismo ambientales, las ideologías del feminismo radical y de la homosexualidad (en la que un hombre de estado americano creyó ver la solución al problema de la superpoblación), e incluso las legislaciones, se han coaligado para llevar a cabo esta labor de zapa. Pero el padre Tadeusz no ha iniciado un combate, ni una polémica. Lo que verdaderamente le importa es que la vida brote del interior en contacto con Dios mismo. Así esta superará y anegará las fuerzas corrosivas. De este modo sirve al proyecto del Papa, que quiere fundamentar la Iglesia sobre estas dos instituciones y fuerzas fundamentales: el sacerdocio y la familia, según su complementariedad.

El Movimiento de las Familias de Nazaret se dedica a desarrollar en el seno de las familias (célula fundamental de la Iglesia y de la sociedad), y también en sacerdotes,

religiosas y solteros, lo que quiso nuestro Señor Jesucristo: «Que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Jesucristo mismo es la fuente. El hijo de Dios, en persona, se ha dado y entregado enteramente a su Madre para que ella lo haga hombre. Nos invita a abandonarnos en nuestra Madre. Comprometida en el admirable intercambio que se produce en la encarnación, donde Dios asume todo lo humano para hacernos partícipes de su vida divina, María tiene un papel en la consecución de este proyecto, según la misión de madre de los discípulos que Jesús le encomendó a los pies de la cruz. Esto es lo que ha comprendido muy bien Juan Pablo II, cuya divisa, tomada de san Luis María Grignon de Montfort, es Totus Tuus (Todo tuyo), bajo el monograma de María.

El programa del Movimiento de las Familias de Nazaret es la santidad. Jesús nos llama a la dirección espiritual para escapar de la desviación que predomina hoy. Así surge una hermosa dinámica evangelizadora.

Alrededor del padre Tadeusz han surgido carismas, y el movimiento se ha extendido ya en más de diez países. Está reconocido en Méjico, Colombia, España y Portugal. Se desarrolla en Inglaterra, Italia, Hungría, Alemania e incluso en Francia, nación esta particularmente resistente a los movimientos espirituales que intentan implantarse. A modo de ejemplo, desde junio de 1989, este modelo atrajo a Varsovia a un grupo de cinco católicos mejicanos. El movimiento se fundó en este país un año más tarde; cuenta hoy con unos diez mil miembros, tres veces más que en Polonia ⁱⁱ.

Los frutos son profundos y discretos: una fuente de evangelización y de vocación que evoca la máxima: «El ruido no hace bien. El bien no hace ruido». Ni ruido, ni publicidad. El movimiento se extiende de boca en boca.

El movimiento está fundamentado en la fe. El padre Tadeusz le ha dedicado esta obra, aparecida primeramente en Méjico y luego en Polonia, donde fructifica como las verdaderas semillas. Es un camino de conversión, una llamada a la santidad. De lectura fácil aunque

8

9

exigente, se dirige a todos, desde la siguiente evidencia:

«Debemos todo a Dios. Él nos lo ha dado todo. Nosotros debemos dárselo toda».

Es pues una llamada al radicalismo de nuestra fe. Este libro enseña e interpela.

Frecuentemente el tono de las enseñanzas deja lugar al diálogo: «Si alguna vez te ha sucedido que alguien a quien amabas mucho perdiera la confianza en ti, sabes lo doloroso que es. ¿Infligirías este dolor al amor infinito de Dios?»

Pero esta pedagogía evita toda presión excesiva. El padre Tadeusz conduce a la experiencia cristiana del «ciento por una», prometido en la tierra por Jesús a quienes le entregan todo; e invita, pero dejando en libertad. Manifiesta la dicha de vivir con Dios y en Dios. Hace un llamamiento al radicalismo de la fe según la máxima evangélica: «Quien quiera salvar su vida la perderá y quien acepte perderla por el Señor, la encontrará» (Mt 10,35).

En ningún caso se trata de una mística descabellada. Es una llamada a la santidad en la vida cotidiana. Esta obra nos invita a tomar conciencia de lo que la fe hace en nosotros y a contemplar lo que Dios con amor espera de nosotros. Se apoya en una teología de la vida interior, alimentada por san Juan de la Cruz, santa Teresa del Niño Jesús y san Maximiliano Kolbe.

Los dirigidos por el padre Tadeusz le reconocen su irradiación espiritual, su experta psicología. Es un guía en el camino de la fe. El autor ha puesto en ello toda su

experiencia, incluyendo su experiencia en la dirección espiritual a la que dedica la mayor parte de su tiempo.

RENÉ LAURENTIN

PRIMERA PARTE La virtud de la fe

¿Qué es la fe? La virtud teologal de la fe se caracteriza por una singular complejidad. En las reflexiones aquí presentadas no se trata de definir la fe desde el punto de vista de la teología dogmática, sino de dar la concepción de la fe según la teología de la vida interior. La fe del Nuevo Testamento es la respuesta del hombre a la revelación de Dios en Jesucristo. Esa fe es la participación en la vida de Dios, es la experiencia de la vida de Dios en nosotros, que permite vernos a nosotros mismos, y a la realidad que nos rodea, como si lo hiciéramos con los ojos del Señor. Es adherirse a la persona de Cristo, de nuestro maestro, Señor y amigo; es apoyarse en Cristo, en esa roca infalible de nuestra salvación, y abandonarse a su infinito poder y a su amor ilimitado. Ante la impotencia humana, la fe se convierte en una búsqueda incesante de la inagotable misericordia de Dios, y en la actitud de espera de que todo nos llegue de él.

10

11

CAPÍTULO 1

La fe como participación en la vida de Dios

Santo Tomás de Aquino dice que la fe nos aproxima al conocer de Dios. Al participar en la vida de Dios, empezamos a apreciarlo y a verlo todo como si lo hiciéramos con sus ojos (*omnia quasi oculo Dei intuemur*).

La participación mediante la fe en la vida de Dios hace que nos convirtamos en hombres nuevos, que entendamos de una nueva manera la realidad, que tengamos una nueva visión, tanto de Dios como de la realidad temporal que nos rodea. En esta realidad temporal empezamos a advertir la actuación de la primera causa, Dios. Advertimos su presencia y su actuación tanto en nosotros como en el mundo de la naturaleza y de la historia. Advertimos que él es el autor, el creador de todo, y que lo que conocemos solamente de una manera humana y profana no es la totalidad de la realidad, sino que apenas es la visión de su aspecto externo, la captación de las causas secundarias, de las cuales se sirve Dios.

La fe es una virtud que hace posible el contacto con Dios, y está en las bases de la vida sobrenatural. Puesto que es el fundamento de toda actividad sobrenatural, todo se realiza gracias a ella.

13

La actividad de la vida sobrenatural está determinada por los aspectos positivos y las deficiencias de nuestra fe. Las dificultades de la vida sobrenatural siempre están relacionadas con la debilidad de la fe. La fe es la virtud fundamental, porque nos ofrece la posibilidad de participar en la vida de Dios. La fe es la participación en el pensamiento de Dios, es como una especie de razón sobrenatural asentada sobre las aptitudes naturales del alma.

La fe nos capacita para pensar como Dios, para pensar así, tanto sobre nosotros mismos,

como sobre todo lo demás con lo que tenemos contacto. De ahí que tener fe signifique armonizar nuestro pensamiento con el suyo; identificamos con su pensamiento.

La diferencia que existe entre el conocimiento natural y el conocimiento realizado a través de la fe no es una diferencia concerniente al grado de ese conocimiento, sino a su naturaleza. La fe aporta la fusión con el pensamiento de Dios, aporta la unión interna y la participación interna en la luz en la que el propio Dios se conoce a sí mismo. En ese sentido conduce a la contemplación, y es una introducción al conocimiento futuro de Dios en la eternidad.

Puesto que entramos a través de la fe en la vida de Dios, en la vida de Jesucristo, sólo él puede generar en nosotros su propia vida. El fin de nuestra fe es pensar como Jesucristo; permitirle a él, que vive en nosotros a través de la fe, que nos utilice, que piense desde nuestro interior; y que viva en él.

Gracias a la fe, puede producirse una transformación total de nuestra forma de ver, pensar, sentir y vivir. La fe cambia nuestra mentalidad, nos obliga a colocar siempre a Dios en un primer plano; a preocuparnos porque toda

nuestra vida esté orientada hacia él, y a interpretar el mundo a la luz divina. Entonces todos nuestros juicios, valoraciones, deseos y expectativas se iluminan con esa luz. De esa manera se realiza la comunión de la fe, la cual alcanzará su plenitud en el amor.

El mundo creado que nos rodea es como una voz que nos habla. Si nuestra fe es débil esa voz provoca en nosotros la distracción, nos separa de Dios y nos centra en nosotros mismos. Con el aumento de la fe se produce el proceso opuesto; el mundo externo empieza a hablarnos de Dios, nos concentra en Dios y nos impulsa hacia él. Se convierte en un signo de su presencia, nos ayuda a entablar contacto con él y se transforma en un lugar de encuentro con él. La fe hace capaz de superar las apariencias, de distinguir la causa primera de las segundas, y de advertir que lo que sucede alrededor no se produce por obra del hombre. La fe te posibilita descubrir las huellas de Dios en la criatura. Te da la posibilidad de advertir, en los fenómenos y en los acontecimientos, la expresión de la voluntad de Dios, del paso de Dios por tu vida, y por la vida del mundo.

El conocimiento de la presencia que ama

Cada momento de nuestra vida es un instante impregnado de la presencia que ama y obsequia. Vivir con fe significa saber advertir esa presencia que incesantemente nos ama y obsequia. Gracias a la fe, Cristo se convierte gradualmente en luz que ilumina toda la vida del hombre. El se convierte en una presencia viva y activa en la vida de sus discípulos. Cada momento de la vida nos

14

15

trae su presencia. El tiempo es la Presencia escrita con mayúscula. Es la presencia de Cristo en tu vida, es la presencia personal de Dios quien se revela como un ser que espera algo de nosotros. Dios se nos manifiesta a través de su voluntad. ¿Y cuál es su

voluntad? Siempre equivale a nuestro bien, porque Dios es amor. Cada momento de tu vida es un momento de encuentro con esta presencia que te ama. Alguien dijo que el tiempo es el sacramento del encuentro del hombre con Dios. En ese sentido todo momento es un talento evangélico, porque es la presencia que exhorta a algo. Dios vincula la gracia con cada momento, sea un momento fácil o difícil. San Pablo dice que nosotros vivimos en Dios, y en él nos movemos y existimos. De él, pues, recibimos el don de la existencia, pero también el don de la respiración, de la alimentación, de la amistad; el don de cada momento de la vida.

Santa Teresa del Niño Jesús afirma que todo es gracia, es decir, cualquier cosa que suceda en tu vida, todo está relacionado con la gracia. Dios llega a ti en forma de don, en forma de gracia, en forma de llamada, y en ese sentido todo es gracia. Dios quiere que todo se te capitalice en bien, incluso del mal trata de sacar algo bueno. El mal no puede ser una gracia, pero Dios, en su omnipotencia y en su infinita misericordia, también puede sacar cosas buenas de él. Las consecuencias del mal pueden dar como fruto una gran oportunidad de conseguir la conversión. Así pues, «todo es gracia, y todo es talento; porque el Señor, siempre y en todas partes, te ofrece oportunidades. Es de extrema importancia que creas en esta presencia permanente, que se manifiesta de muy diversas maneras.

El momento actual, todo momento, trae amor; como dijo el cardenal Stefan Wyszynski. La gracia es una expresión

del amor, y por esto todo momento está vinculado con el amor de Dios, porque está vinculado con su gracia. El pecado nunca será gracia, pero el momento en que pecas está pleno de gracia. Incluso cuando pecas mucho. Él está, él, Cristo, está junto a ti y te ama. Si te acordaras, si creyeras que estás incesantemente sumergido en el amor misericordioso de Dios, que jamás te abandona, seguramente no pecarías.

Todo lo que te sucede está relacionado con el amor de Dios que te ama, con su deseo de tu bien. Él está presente en tu vida independientemente de lo que hagas. El tiempo es el sacramento de tu encuentro con Dios y con su misericordia, con su amor hacia ti, y con su anhelo de que todo sirva para tu bien, y de que cada una de tus culpas se convierta en una feliz culpa. Si interpretaras de esta manera todo momento, nacería en ti una oración espontánea. Sería una oración continua, porque Dios está siempre junto a ti, y siempre te ama. Todo momento de tu vida está impregnado del amor de esa presencia que te abraza sin cesar.

Las huellas de Dios en el mundo

La fe nos permite encontrar por todas partes huellas de la actividad de Dios, entender que él está presente en nosotros, en nuestra vida espiritual, psíquica y física. Si eres capaz de ver a Dios en todas partes, tu oración se convertirá en una oración de fe, será una oración no solamente de palabras, sino también una oración de miradas, de admiración del mundo; una oración de agradecimiento por todo lo que Dios nos da. Gracias a la fe conocemos que los hombres son sólo

en apariencia los protagonistas de la historia; que en realidad el principal protagonista es Dios. La presencia de Dios en la historia concierne, tanto a los acontecimientos relacionados con la política, como a los asuntos sociales, económicos, familiares y profesionales. Él está presente en todas partes. De él depende todo. En sus manos están tanto los destinos de cada uno de nosotros, como los destinos de las naciones y del mundo. Todo esto lo conocemos gracias a la fe. La fe genera en nosotros la paz interior, la paz que surge de la fe, de la conciencia de que aquel que es el poder y el amor infinito tiene todo en sus manos llenas de misericordia, y que es él quien lo lleva todo hacia el objetivo final, con su inmensa sabiduría y amor. La fe nos da un sentimiento de seguridad y de paz, y el convencimiento de que el amor de Dios siempre nos abraza: La fe es otra visión del mundo, otra visión, sobre todo, de aquello que es difícil. La fe nos hace posible el conocimiento de Dios en los fenómenos de la naturaleza, donde continuamente podemos descubrir huellas de su actuación, huellas de su preocupación por nosotros y por el mundo que nos rodea.

Un hombre de gran fe que en todas partes supo advertir la presencia de Dios fue san Francisco de Asís. ¡Qué fe tan extraordinaria irradia la actitud de san Francisco! Él oraba con las siguientes palabras: «Lado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas... Lado seas, mi Señor, por el hermano viento, y por el aire...». ¿Sentiste alguna vez, al ir por un prado o por un bosque, acariciado por el viento, que Dios te tocaba? Si es así, hay en ti algo de la fe de san Francisco de Asís, quien en todas partes vio la actuación de Dios. (<Lado seas, mi Señor, por el hermano viento; lado seas tú, que estás en ese viento. Lado seas por el aire refrescante que nos permite respirar

porque tú eres nuestro aliento y nuestro aire. Todo proviene del Señor: el buen tiempo, el tiempo nebuloso y el mal tiempo. Todo tiempo es su tiempo. La fe viva nos posibilita advertir los milagros divinos en el mundo que nos rodea y en nuestra vida cotidiana.

Incluso la lluvia y el fango que provoca son milagros hechos por Dios para nosotros. Esa lluvia que, sin duda alguna, en más de una ocasión te empapó totalmente, también es un toque del Señor. Silo adviertes, esa será tu oración de la fe.

«Lado seas, mi Señor, por la hermana agua». Cuando tienes sed y bebes agua, sobre todo en días de calor, puedes experimentar la presencia del Señor. No estamos acostumbrados a ver el mundo de esa manera; sin embargo, en esas situaciones corrientes y cotidianas se puede sentir a Dios. Él nos refresca con el agua y humedece nuestros labios posiblemente resecos. Él está en el agua. La conciencia de esa presencia es una actitud propia de la fe. Por eso san Francisco nos recuerda que «la hermana agua es símbolo de la presencia y actuación de Dios.

Todo es gracia

Dios espera que miremos todas las situaciones que vivimos, y en particular las difíciles, con los ojos de la fe. En la parábola de los talentos, Jesús nos previene para que no nos cerremos al conocimiento divino que fluye de la fe, por la pereza de aprovechar todo lo que Dios, en cada momento, nos obsequia. El Señor, al dejar a uno de sus servidores diez talentos, al segundo cinco y al tercero uno, y al comprometerlos a trabajar, les dio una oportunidad. La palabra talento, que en los tiempos

de Jesucristo equivalía a una determinada cantidad de dinero, hoy e utiliza más bien como un cierto valor intelectual. Decimos de alguien que tiene talento musical, matemático, etc. Pero el sentido de la parábola de los talentos es mucho más profundo. El pensamiento evangélico equivale a un cambio de 180 grados de nuestro pensamiento profano, puramente humano. Ese es el caso de la parábola de los talentos. El talento es un don, un material, y, al mismo tiempo, una oportunidad. Jesucristo, al conferirte el talento, te da su confianza y espera que lo aproveches de una manera apropiada. Si te ha dado unas determinadas capacidades, para él no es indiferente el uso que hagas de ellas, es decir, de tus talentos.

Talento no es solamente tener algo, sino también carecer de algo. A la luz de la fe, la salud es un talento, pero también es un talento padecer enfermedades. Jesús, en cada caso, te pregunta: ¿Qué es lo que haces con este talento?, porque se puede desperdiciar tanto la salud como, aún más, la falta de ella. Todo es un don, y el talento también lo es. Eres obsequiado continuamente por Dios. Por ejemplo, es un talento que no sepas orar, aunque tú creas que es una desgracia. Lo importante es lo que haces con esa incapacidad de orar. Es posible que hayas enterrado ese talento, y te hayas dicho: «Pues no oraré». Sin embargo, con ese talento se pueden sacar muchas cosas. La incapacidad relacionada con la oración debe incrementar en ti el ansia de Dios, y, por consiguiente, puede ser un medio que contribuya a tu santificación. De manera semejante sucede cuando tienes problemas domésticos, cuando la familia tiene conflictos. Ese es otro talento, es otra oportunidad que te ofrece el Señor. ¿Qué haces con él? Si te desanimas y te cruzas de brazos, significa que estás enterrando el talento recibido.

El hombre de fe no puede dejar de ver el sentido más profundo de sus propias experiencias, y, evidentemente, la búsqueda de ese sentido ya es de por sí una forma de utilizar el talento. Por ejemplo, si sientes temor ante los sufrimientos o la muerte, te encuentras ante una oportunidad. Santa Teresa del Niño Jesús sentía un pavor tremendo a las arañas. A otras personas ese horror a las arañas puede parecerles exagerado, pero ella de verdad les tenía un miedo terrible. En cierta ocasión dijo que aquel miedo también le ayudó en su camino hacia Dios. Aquel miedo fue un talento, un don que recibió.

Si hay ciertas situaciones que provocan tensión en ti, eso significa que, enmarcado dentro de ellas, hay algún diamante cubierto por las cenizas, ese diamante es tu talento. ¿Qué harás con él?, ¿cómo lo aprovecharás? Todo ha de servir para tu santificación, y en ese sentido, todo es gracia. El sufrimiento que te abrumba, o las circunstancias desagradables que afrontas, todo es un conjunto de talentos. Pero nosotros, con frecuencia, actuamos como ciegos, como niños pequeños que no entienden muchas cosas. Hasta el día en que comparezcamos delante de Dios, en que veremos y entenderemos todo. Conoceremos todo ese mar de talentos en el que hemos sido sumergidos.

Los talentos pueden tener mucho o poco valor. Si algo te sale bien, si has conseguido algo, sin duda has hecho uso de un talento, pero si no te sale algo, estás ante un talento aún más valioso. Los fracasos son tesoros inapreciables que te han sido dados en la vida. Precisamente eso son los fracasos. Dios te preguntará algún día, como el Señor del

evangelio, que regresó de un viaje y exigió que sus servidores le hicieran las cuentas: ¿Cómo aprovechaste tus fracasos personales? Esos que él te dio como opor

20

21

tunidades, como talentos, y que a veces hay muchos en la vida; ¿los supiste aprovechar?

La parábola de los talentos es una llamada evangélica a la conversión. Tienes que mirar tu propia vida de una manera distinta, tienes que mirarla con los ojos de la fe. Solamente entonces advertirás ese constante obsequio que te hace Dios, advertirás que toda tu vida es una especie de complejo de oportunidades ocultas, para conseguir una transformación interior continua, que todo es gracia. Dios, al concederte gracias difíciles, a veces tiene que metértelas a fuerza en las manos, porque tú te defiendes y no quieres aceptarlas. Sin embargo, las gracias difíciles son los talentos más valiosos de tu vida. A veces son muy abundantes, porque Dios quiere que tengas con qué actuar. La fe es una participación en la visión de Dios, y él ve tu vida de una manera totalmente distinta. Si crees, es como si tuvieras prestados los ojos de Jesús, como si vieras cada día, y toda tu vida con sus ojos. Solamente entonces verás las continuas oportunidades de convertirte y santificarte. Solamente entonces empezarás a comprender que el sufrimiento, a la luz de la fe, es la cruz, es decir, algo que te transforma interiormente, a condición de que la aceptes. Cuando reconoces la cruz en tus experiencias difíciles, y asimismo reconoces en ella la oportunidad de transformarte, entonces realmente tus experiencias se convierten para ti en un don. Si advirtieras esos innumerables talentos que Dios te concede incesantemente, jamás serías presa de la tristeza, y entonces, también los talentos como la falta de salud, las situaciones conflictivas y los fracasos, generarían alegría en tu corazón; porque entenderías que Dios te los obsequia como algo de valor inapreciable, y que te

muestra una extraordinaria confianza. Él confía en que no enterrarás ni rechazarás sus dones. El cuenta con tu fe, puesto que solamente a la luz de la fe podrás distinguir los talentos que te han sido dados.

También es un talento todo lo que has entendido y grabado en tu mente hasta ahora, pero también lo es una memoria deficiente, y el hecho de que olvides tantas cosas, porque todo es aportado por la gracia, y, en ese sentido, todo es gracia. Solamente el hombre que cree sabe ser agradecido por todo. Esa gratitud se manifestará en la alegría. que exprese tu semblante. En la alegría, porque todo talento puede servir para el bien. Estas reflexiones sobre los talentos hacen referencia a las enseñanzas de san Pablo, y son una especie de formulación de la tesis de san Agustín que dice: A los que aman a Dios todo se les vuelve en bien, incluso el pecado». Así pues, incluso las caídas, es decir, un gran fracaso que es al mismo tiempo una herida a Jesús, también puede ser una oportunidad que encierra un gran talento, una situación que puedes aprovechar. Lo único que hace falta es tu fe, irte convirtiendo a una fe tal, que puedas ver con los ojos de Jesús. Él, al mirar tu vida probablemente llena de fracasos, preocupaciones, conflictos y planes frustrados; dificultades interiores y exteriores; jamás está triste. Él ve

las cosas con alegría, porque espera que todo dará frutos, que lo aprovecharás, y que sabrás sentir alegría por todo lo que él te dona. Santa Teresa del Niño Jesús solía decir: <Amo todo lo que Dios me da>. De la misma manera oraba santa Bernardita, cuyo Testamento ⁱⁱⁱ es un elocuente testimonio de agradecimiento por los dones que ella advirtió en su vida:

22

23

“Por la pobreza en la que vivieron papá y mamá, por los fracasos que tuvimos, porque se arruinó el molino, por haber tenido que cuidar niños, vigilar huertos frutales y ovejas; y por mi constante cansancio..., te doy gracias, Jesús.

Te doy las gracias, Dios mío, por el fiscal y por el comisario, por los gendarmes y por las duras palabras del padre Peyramale.. -

No sabré cómo agradecerte, si no es en el paraíso por los días en que viniste, María, y también por aquellos en los que no viniste. Por la bofetada recibida, y por las burlas y ofensas sufridas, por aquellos que me tenían por loca, y por aquellos que veían en mí a una impostora; por alguien que trataba de hacer un negocio..., te doy las gracias, Madre.

Por la ortografía que jamás aprendí, por la mala memoria que siempre tuve, por mi ignorancia y por mi estupidez, te doy las gracias.

Te doy las gracias porque si hubiese existido en la tierra un niño más ignorante y estúpido tú lo hubieses elegido...

Porque mi madre haya muerto lejos. Por el dolor que sentí cuando mi padre, en vez de abrazar a su pequeña Bernardita, me llamó “hermana María Bernarda” te doy las gracias.

Te doy las gracias por el corazón que me has dado, tan delicado y sensible, y que colmaste de amargura...

Porque la madre Josefa anunciase que no sirvo para nada, te doy las gracias. Por el sarcasmo de la madre maestra, por su dura voz, por sus injusticias, por su ironía y por el pan de la humillación..., te doy las gracias.

Gracias por haber sido como soy, porque la madre Teresa pudiese decir de mí: “Jamás le cedáis lo suficiente”...

Doy las gracias por haber sido una privilegiada en la indicación de mis defectos, y que otras hermanas pudieran decir: “Qué suerte que no soy Bernardita”...

Agradezco haber sido la Bernardita a la que amenazaron con llevar a la cárcel porque te vi a ti, Madre... Agradezco que fui una Bernardita tan pobre y tan miserable que, cuando me veían, la gente decía: “¿Esa cosa es ella?”, la Bernardita que la gente miraba como si fuese el animal más exótico...

Por el cuerpo que me diste, digno de compasión y putrefacto..., por mi enfermedad que arde como el fuego y quema como el humo, por mis huesos podridos, por mis sudores y fiebre, por los dolores agudos y sordos que siento..., te doy las gracias, Dios mío.

Y por el alma que me diste, por el desierto de mi sequedad interior, por tus noches y por tus relámpagos, por tus rayos..., por todo. Por ti mismo, cuando estuviste presente y cuando faltaste..., te doy las gracias, Jesús.

CAPÍTULO 2

La fe como adhesión a Cristo

Desde el punto de vista del sujeto, la fe no sólo es la participación en la vida de Dios, sino también una adhesión existencial a la persona de Cristo, como el único Señor y el único amor. Esto exige del hombre hacer una elección consciente, y orientar su voluntad hacia él, como el objetivo final y valor supremo.

La adhesión a Cristo es nuestra respuesta a su mirada llena de amor y a su llamada. Esa respuesta siempre llevará en sí la marca de la aventura, y también del riesgo. Jesús quiere que te adhieras a él sin preguntas sobre los pormenores, sobre las consecuencias de tu decisión; sin preguntas sobre el futuro. Quiere que digas, como María:

«Sí), manifestando así tu total abandono. La esencia de este abandonarse en Jesús y adherirse a él consiste precisamente en una ignorancia que equivale a oscuridad, y, por consiguiente, requiere de la fe. La adhesión a Cristo es el comienzo del amor, que se irá realizando mediante el proceso de unir nuestra voluntad con su voluntad. Es el comienzo de la comunión personal con Dios.

Nuestra adhesión a Cristo no será posible sin una ruptura con aquello que nos puede esclavizar. Los apóstoles para seguir a Cristo tuvieron que dejarlo todo. La elección de Cristo como el valor supremo supone también nuestro consentimiento para que sea él mismo quien nos forme.

«Nadie puede servir a dos señores»

Esa fe, que es adhesión a Cristo como único Dios y único amor, requiere que nos dirijamos hacia él como el valor supremo. La plena adhesión a Cristo requiere que el corazón sea libre, es decir, que demos la espalda al ídolo que nos esclaviza. El evangelio dice: «Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien, se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mt 6,24). Hay dos señores: Dios y las riquezas, y no existe un tercero. Eso dice la suprema autoridad: Jesucristo. La actitud de un señor hacia el otro es una actitud de radical oposición. El evangelio dice claramente: «aborrecerá a uno y amará al otro». Cuando se quiere a un señor se odia al otro: «se entregará a uno y despreciará al otro». Si eres fiel a uno, entonces despreciarás al otro. Esa afirmación es muy fuerte. No podemos, pues, adherirnos a Cristo y, sirviéndole a él, servir a la vez a las riquezas; aunque siempre estemos expuestos a la tentación de acceder a los compromisos y unir lo que no es posible unir.

Nadie puede servir a dos «señores». ¿Quiénes son esos «señores»? (en griego kyrios). Uno de ellos es Cristo, nuestro único verdadero Señor, Kyrios. El segundo son las «riquezas», un falso kyrios, un falso señor. Riquezas equivale a hacerse depender y esclavizar por un bien material o espiritual. Pongamos atención en que las riquezas son llamadas señor a las que se sirve, así como se sirve tam

bién al rey. O bien servimos a Dios y lo amamos, y entonces odiamos las riquezas, es decir, nuestro apego a los bienes materiales o espirituales; o por el contrario —y esto ya es difícil decirlo— amamos nuestro apego a esos bienes, y por consiguiente, odiamos a Dios. No podemos compaginar esas dos realidades: servir a un señor y al otro.

Es evidente que nuestro servicio puede ser incompleto. Podemos estar al servicio de Cristo solamente en parte, en cierto grado. Pero hay una determinada incompatibilidad entre las dos servidumbres. Si amas tus apegos y estás al servicio de ellos, en esa misma medida odias a Dios. Eso es terrible, pero es imposible explicar de otra manera lo que nos dice Cristo. Se trata de una verdad evangélica. Si estás al servicio de tus propios apegos, de las riquezas, en un 80%, eso significa que en un 80% odias a Dios. ¿Puedes hablar en tal situación de profundizar en tu unión a Cristo, de adherirte a él? ¿Puedes sorprenderte de que estés distraído durante la santa misa? Es posible que trates de combatir esa realidad decididamente, pero ocurre que las causas radican en un lugar mucho más profundo: en los apegos, en las riquezas.

Por esa razón, la lucha contra las distracciones debe ser librada en dos niveles. En el nivel inmediato y directo, cuando tratas, por ejemplo, de concentrarte en el momento de la consagración, pero en ese caso combates únicamente las manifestaciones externas. La haga está mucho más profunda, en las riquezas. Ellas son la causa más profunda, ellas son la raíz del mal, ellas son la fuente de las distracciones. Ellas te desconcentran durante la santa misa, ellas te apartan de lo que sucede en el altar durante la consagración, y ellas son tu mayor enemigo.

El análisis de tu oración te ayudará a detectar qué tipos y géneros de riquezas tienes en tu vida. Si consigues darte cuenta de en qué piensas con mayor frecuencia durante la oración, entonces sabrás cuál es para ti tu tesoro. «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón». (Mt 6,21). Tus distracciones te permitirán detectar cuántas riquezas y apegos hay en ti. Si hay muchos, entonces que no te extrañe que tengas dificultades al rezar el rosario, o durante la adoración o la santa misa.

La palabra «Señor», en la lengua original, el griego, Kyrios, significa poder absoluto y señor. La palabra «servir», significa una servidumbre de esclavo prestada al señor y una pertenencia total a él. El evangelio nos dice que somos propiedad del Señor, independientemente de que lo admitamos o no. Somos y siempre seremos propiedad de nuestro Señor Jesucristo.

La palabra «riquezas», en hebreo, mamón, significaba inicialmente dinero o cosas valiosas entregadas en depósito. Entonces no tenía la significación peyorativa que adquirió más tarde. Sin embargo, con el tiempo se produjo una notable evolución en el significado de ese término. Se consideraba que si se entregaba en depósito a un banquero o a una persona de confianza un tesoro, se podían cifrar en éste determinadas esperanzas. Este es el primer grado de la evolución. Mamón se iba convirtiendo en un objeto que generaba confianza. Luego se empezó a escribir con mayúscula, y entonces empezó a tomarse como falso soberano y señor. Se produjo entonces una extraordinaria alienación: la cosa se apoderó del hombre. Todo aquello en lo que él depositó sus esperanzas se convirtió en su dios.

Y tú, ¿en quién o en qué depositas tus esperanzas? ¿Qué esperas? ¿Quién es tu dios? Si depositas tus

esperanzas en un dios falso, conocerás la amargura y la desilusión, porque se trata de un señor que, tarde o temprano, te defraudará. Y esa será para ti una gran gracia, porque algo empezará a desmoronarse en tu actitud hacia las riquezas.

¿Qué pueden ser esas riquezas que cautivan tu corazón? Pueden serlo tanto los bienes materiales como los espirituales. Pueden ser la pasión por el dinero; el apego a los hijos; el afán excesivo por el trabajo, o por lo que haces, o por lo que creas; el gusto por la calma, e incluso, por lo que consideras tu propia perfección. Todos esos hábitos producen tu cautiverio, te esclavizan, porque el hombre debería apegarse a una sola y única cosa:

la voluntad de Dios. Todo cautiverio te cierra a Dios y reduce tu fe.

¿Cómo reconocer que estás sirviendo a las riquezas? Los mejores signos son: tus prisas, tu estrés, tus tensiones, tu precipitación y tu tristeza. Hay personas que viven en constante tensión. Eso significa que es enorme el apego que tienen a algo. La gente libre de los apegos está llena de la paz de Dios. Esa paz divina construye y fortalece la salud psíquica, que influye directamente sobre la salud somática. De esa manera, tanto el espíritu como la psique y el cuerpo participan en esa gran libertad del hombre. El hombre libre de apegos, al mismo tiempo está libre de las arrugas en su semblante, desconoce el estrés y las enfermedades contemporáneas. Las riquezas destruyen de manera sistemática al hombre. No solamente bloquean tu aproximación a Cristo y tu adhesión a él, sino que arruinan asimismo tu salud física y psíquica.

Otra clara manifestación de los apegos es tu tristeza en las situaciones en que Dios te arrebató algo. A pesar de todo, irá quitando todo lo que te esclaviza, es decir, todo lo que es tu mayor enemigo, todo lo que provoca que tu corazón no sea libre para el Señor. Y solamente cuando empieces a aceptar esa situación y a tomarla con serenidad y buen humor, te irás convirtiendo en un ser cada vez más libre.

En la oración, al presentarte al Señor, muéstrale tus manos, no solamente vacías, sino también sucias, enlodadas por el apego a las riquezas, y ruégale que tenga compasión de ti. La oración puede desarrollarse únicamente en un clima de libertad. Como discípulo de Cristo estás llamado a orar, además a la oración contemplativa. Pero para que tu oración pueda transformarse algún día en contemplación, en embelesamiento amoroso hacia Jesucristo, tu amado, es imprescindible la libertad de tu corazón. Por eso Cristo lucha tanto para que tu corazón esté libre. Para eso lucha con la ayuda de distintos acontecimientos, con la ayuda de las dificultades y las tempestades, poniéndote en situaciones difíciles, durante las cuales te ofrece la oportunidad de colaborar intensamente con la gracia. En todas esas situaciones, Cristo espera que tú trates de purificar tu corazón, enlodado por los apegos y el servicio a las riquezas. Por eso todos los momentos difíciles, todas las tempestades, son para ti una gracia, son el paso del Señor misericordioso, que te amó hasta el punto de querer darte ese increíble don, la plena libertad de tu corazón. Tu corazón ha de ser indivisible, ha de ser un corazón para él.

Crear significa percibir y entender el sentido de la vida, de acuerdo con la óptica del evangelio, en la que lo más importante es Dios. Has de orientar tu vida hacia él, hacia la

búsqueda y la edificación, ante todo, de su Reino, con la fe de que el resto se te dará por añadidura

30

31

(Cf. Mt 6,33). Dios desearía dar a cada ser humano todo su amor, pero solamente puede obsequiarnos con él en la medida en que exista apertura, en la medida en que aceptemos el despojamiento de los apegos, con el fin de hacer sitio para él. La fe hace que haya en nosotros un vacío, un lugar no ocupado para Dios.

La voluntad de Dios y nuestra voluntad

Es decisivo para que nuestra fe se haga más profunda, hasta transformarla en una adhesión total a Cristo, nuestro anhelo de cumplir en todo su voluntad y nuestro consentimiento de que nuestra propia voluntad sea crucificada. Adherirnos a Cristo significa someter nuestra voluntad a la suya. La vida interior es una continua tensión entre la voluntad de Dios y la voluntad del hombre. Esa tensión surge del hecho de que nosotros giramos incesantemente en torno a nuestra propia voluntad, en la búsqueda de lo que nos es cómodo, mientras que el alcance de nuestros planes y de nuestros anhelos, el alcance de lo que nosotros deseamos, no coincide con lo que Dios desea. El hombre se defiende ante la anulación de sus propios deseos. Se defiende de manera consciente, es decir, negando a Dios la sumisión de su voluntad, o de manera inconsciente, lo que con frecuencia se manifiesta en el mecanismo de defensa de la racionalización. Ese mecanismo pone de relieve hasta qué punto nuestros anhelos y actitudes están orientados a la búsqueda de nuestros propios egoísmos.

¿En qué consiste ese mecanismo de defensa de la racionalización? En que inconscientemente justificamos nuestra actitud, con base en motivaciones que aceptamos

rechazando las motivaciones que realmente nos impulsan. Esto significa que justificamos lo que hacemos para realizar nuestros propios deseos con una argumentación inventada que nos tranquiliza. Un ejemplo clásico de ese sistema de autodefensa es la situación en la que una madre defiende a su hijo ante su nuera. En los casos en los que se manifiesta el mecanismo de defensa de la racionalización, esta madre estará totalmente persuadida de que se guía exclusivamente por el amor, y de que tiene derecho a actuar, porque para eso es madre, y lo único que quiere es el bien de su hijo. El deseo de poseer que se manifiesta en ese amor se suele mantener oculto debajo de la capa de este mecanismo de defensa inconsciente, mediante la racionalización de los actos, y gracias a una teoría subjetiva inventada para justificar la actitud adoptada. Es casi imposible convencer a una madre que reacciona de esa manera de que en realidad, ella a quien ama en su hijo es a sí misma, de que está destrozando el matrimonio, y de que lo que debería hacer es retirarse, dejar a los cónyuges, e incluso ponerse más bien del lado de la nuera que del hijo.

El mecanismo de defensa de la racionalización es un baluarte tan fuerte y difícil de desarmar, ante todo, porque es un mecanismo inconsciente. Con cuánta frecuencia inventamos una teoría con el único fin de justificar algún acto inadecuado. Decimos:

tengo que descansar, no puedo ocuparme de eso, tengo derecho, he sido perjudicado, tengo que defenderme, etc. Y puedes incluso dedicarte aplicadamente a un supuesto amor, al apostolado, a ciertas aficiones, pero en la fuente de todo ello puede estar oculto un egoísmo inconsciente.

Ese egoísmo es el que hace que nuestra vida interior se desarrolle en el marco de una tensión incesante entre

32

33

nuestra voluntad y la de Dios. Si vivir con fe significa adhesión a Cristo y a su voluntad, es en ese contexto en el que hay que recalcar que la búsqueda de la propia voluntad es lo peor que puede haber. Esa es la fuente del mal y del pecado, la fuente de nuestros infortunios y esclavitud. La adhesión a Cristo y a su voluntad significa que, en el caso de que su voluntad sea incompatible con la nuestra, nosotros aceptemos que él destruya nuestros planes, que los frustre. Los acontecimientos relacionados con la vida de los santos nos muestran, muchas veces, cómo Dios frustró sus planes para que su voluntad pudiera fundirse con la de Dios.

Santa Teresa de Jesús fue a Sevilla para fundar una nueva institución conventual. Eran los difíciles tiempos de la reforma, y santa Teresa creó entonces una nueva y progresista rama de las hermanas carmelitas. La creación de la nueva institución exigía que santa Teresa, como superiora, viajara con un grupo de hermanas al lugar en el que iba a estar su sede. Las monjas, por lo regular, solían viajar en carruajes muy cerrados, porque las carmelitas reformadas, las descalzas, son una orden de clausura y no pueden dejarse ver en público. Escondidas dentro de su carruaje se sentían seguras y tenían la esperanza de que podrían llegar a su objetivo sin ser vistas por nadie, porque no querían dar un espectáculo.

Era el día de la Venida del Espíritu Santo. Las hermanas partieron muy temprano por la mañana. Teresa escogió una iglesia que estaba en uno de los más alejados arrabales de Córdoba para hacer una pausa. Allí el padre Julián de Ávila iba a officiar una misa para ellas, con el fin de que nadie las viera, y luego las monjas iban a reanudar su viaje. Pero muy pronto resultó que para llegar hasta la Iglesia escogida había que pasar por un

puente. Sin embargo, el puente, a esa temprana hora, estaba cerrado, y los vigilantes que lo cuidaban informaron de que tenían que pedirle la llave al alcalde. El alcalde todavía estaba dormido, y no permitía que se le despertara en situaciones parecidas. Tuvieron que esperar. Salió el sol y comenzó a hacer mucho calor. La gente empezó a agruparse en torno al carruaje. Algunos, los más ansiosos de descubrir algo sensacional, trataron de echar una mirada al interior. Al fin, después de una espera de dos horas, trajeron la llave y se pudo abrir la puerta. El carruaje se puso en marcha, pero resultó que por ser demasiado ancho no podía pasar por el puente. Y empezaron a pasar las horas.

Santa Teresa anhelaba mucho participar en la solemnidad de la Venida del Espíritu Santo y en la misa, y ansiaba que todo el viaje se hubiera podido hacer sin que las monjas fueran vistas por la gente, pero las horas de inactividad transcurrían una tras otra. Cuando al fin fueron cortadas con sierra las partes del carruaje que sobresalían demasiado, y las monjas pudieron llegar hasta la iglesia fuera de la ciudad, tuvieron otra sorpresa más. Resultó que la festividad de la Venida del Espíritu Santo era una fiesta

patronal en esta iglesia, y, como suele ocurrir en esos casos, tanto por dentro como en sus alrededores, la iglesia estaba repleta. Eso ya fue demasiado. Santa Teresa dijo que ella y las demás hermanas estuvieron a punto de negarse a asistir a la santa misa; más tarde reconoció que aquello hubiera sido un grave error. Por suerte, el padre Julián ordenó a las monjas que participaran en la santa misa a pesar del gentío que había. Salieron, pues, de su escondite y empezaron a cruzar la iglesia. Santa Teresa, que siempre relata las cosas con mucho colorido, dijo más tarde que cuando la gente las

34

35

vio, cubiertas con velos y con hábitos blancos, reaccionó como suele hacerlo el público de las corridas cuando sale el toro al ruedo. Santa Teresa confiesa que aquel fue uno de los mayores disgustos de su vida. Ese disgusto tan grande se lo dio el Espíritu Santo, en la festividad de su Venida.

Pero allí no terminaron las dificultades. Después de la santa misa, las hermanas tuvieron que volver a cruzar la iglesia, en medio de la gente que alborotaba y empujaba. Luego, cuando ya salieron de la nave, resultó que hacía un calor tan tremendo que no se podía continuar el viaje. Los caballos no querían tirar del carruaje, y dentro de él hacía tanto calor que las monjas se pasaron el resto del día a la sombra, debajo del puente. Como vemos, de nada sirvieron sus planes.

El Espíritu Santo puede bajar hasta el hombre con una gracia que echa por tierra sus planes. Esas son sus grandes gracias del despojamiento. En el tratamiento que dio a santa Teresa en la festividad de la Venida del Espíritu Santo, hubo una prueba del gran amor que sentía por ella. Ella todo lo planeó tan bien, y con tanto esmero, y él todo lo frustró de la manera más perfecta; porque eran planes que no coincidían con la voluntad del Señor. Pero en todo lo dicho lo esencial es que se produjo algo importante: El Espíritu Santo descendió sobre Teresa y las demás hermanas, porque ellas aceptaron su acción; y al someterse a la voluntad de Dios profundizaron su adhesión a Cristo. El Espíritu Santo, ese gran constructor de nuestra fe, las despojó y las hizo más pobres aún, para que fueran capaces de aceptar el poder de aquel que en la liturgia de la Iglesia es calificado como Padre de los pobres.

Demoliendo a la Iglesia

Lo que nos impide, en especial, adherirnos a Cristo es la búsqueda de nosotros mismos, la búsqueda de nuestra propia voluntad. Esa búsqueda no solamente destruye nuestra fe, sino que puede apartarnos totalmente de ella.

Merece la pena reflexionar sobre el texto de Kommodian, asceta cristiano que vivió en el siglo III en Cartago y que trató este asunto. Tenemos dos textos de él, uno titulado Instrucciones y el otro Carmen apologeticum. En aquellos tiempos Cartago era la segunda ciudad de África del Norte, después de Alejandría, y era la más espléndida. Los documentos de Kommodian abarcan varios años después de las persecuciones de Decio, por el año 251. Eran momentos en los que la Iglesia pudo salir de la sombra y mostrarse sin temor. La persecución de Decio, la séptima sufrida por la Iglesia a lo largo de su historia, se diferenció de las restantes en que Decio no solamente condenaba a muerte, sino que con mucha frecuencia torturaba, tratando así de asustar a los cristianos. La

persecución de Decio duró dos años, desde el 249 hasta el 251, y se llevó a cabo en todo el Imperio romano.

Cartago, al igual que otras ciudades en las que vivían los cristianos, fue saqueada. Pero a los dos años, cuando la Iglesia recuperó la libertad, los cristianos retornaron a ella, y volvieron a reunirse para participar en la liturgia. Los documentos de Kommodian nos muestran la imagen de la comunidad cristiana de Cartago después de las persecuciones de Decio. Estaba integrada por personas de tres categorías: los fideles, fieles sencillos que en los tiempos de las persecuciones lograron huir de Cartago y esconderse en algún sitio; los lapsi, los renegados, que

36

37

eran muchos, eran los que no resistieron las terribles torturas. El propio Kommodian escribió que él era uno de esos renegados, y que hacía penitencia dentro del catecumenado. Él sentía mucha compasión por los demás lapsi, quienes también habían caído y hacían sus penitencias. La tercera categoría estaba compuesta por los martyres, los que sobrevivieron al martirio vivo, porque Decio a menudo prefería torturar que matar.

Podemos tratar de reconstruir la situación de la comunidad de Cartago, e imaginarnos cómo eran, más o menos, los encuentros de los cristianos de aquellos tiempos. Lo más fácil es imaginarnos a los más destacados, a los martyres, que, sin duda alguna, tendrían en su cuerpo huellas de las torturas sufridas. Unos tendrían cortada una mano, otros andarían con muletas, algunos tendrían huellas de quemaduras, a otros les habrían sacado un ojo. Esa imagen de los martyres, de aquellos que estuvieron dispuestos a entregar sus vidas por Cristo, pero que se salvaron, tenía que ser, a veces, estremecedora. Kommodian escribió que aquellos martyres, tan marcados por los sufrimientos vividos por Cristo, aquellos, los mejores fieles, consideraban que el martirio que habían sufrido les daba derechos especiales, daba un peso específico a sus opiniones, porque ellos habían estado dispuestos a entregar su vida por Cristo. Ellos podían sentirse mejores que los fideles, es decir, que aquellos que huyeron, porque ellos no escaparon. Y podían sentirse todavía mucho mejor que los renegados lapsi, quienes se derrumbaron, mientras que ellos, los martyres, supieron resistir.

Sabemos, porque la historia nos lo relata, que pocos años después se produjo un cisma en la comunidad de Cartago, el cisma de Felicissimus y de Novatus. Las tensiones surgidas en la comunidad cristiana de Cartago se debieron, principalmente, a la actitud de los martyres, quienes exigían más derechos. Fueron ellos, los mejores, los que sembraron la confusión. Y hay que afirmar categóricamente que la Iglesia cartaginesa fue desbaratada precisamente por los martyres, por los que habían estado dispuestos a entregar sus vidas por la causa de Cristo. Los que habían sido los mejores, los que, al menos, se tenían por tales, pero al mismo tiempo tenían también sus propios planes, y su propia voluntad, estos demolieron la Iglesia de Cristo. Es algo realmente estremecedor. No lo hicieron los renegados, ni los débiles que traicionaron a Cristo; desbarataron y demolieron la Iglesia los martyres.

La situación se hizo tan dramática que después del primer cisma, que tuvo un alcance relativamente pequeño, la Iglesia de Cartago se vio amenazada por una segunda división mucho mayor. Y entonces, para que se pusiera fin al desgarramiento que había en el

seno de la Iglesia, como consecuencia de la actitud de los martyres, tuvo que producirse un nuevo período de persecuciones, el octavo, en los tiempos de Valeriano (cuando resultó muerto el obispo de Cartago, san Cipriano).

Aquellos martyres son para nosotros una advertencia. Incluso tu disposición a entregar la vida por Cristo no prueba que tengas una auténtica adhesión a él. Esa adhesión la demuestran tu humildad y tu deseo de no hacer tu propia voluntad, sino la de Cristo. ¿Podemos extrañarnos, a la luz de estos documentos, de que Dios frustrate a veces nuestra voluntad, si sabemos que los intentos de realizarla son la fuente de los mayores males y de nuestro infortunio? La fe es la adhesión a Cristo, y como tal, es el comienzo del amor. Pero puedes adherirte a Cristo con tu voluntad solamente en el grado

38

39

-

en que logres deshacerte de tu propia voluntad. En fin, Dios, porque nos ama, tiene que frustrar nuestros planes, tiene que eliminar nuestras visiones, como si fueran castillos de naipes; si es que no son otra cosa que planes y visiones humanos. Por último, lo que se nos presenta es algo muy distinto a lo que nosotros imaginamos, de acuerdo con la regla que dice que cada uno llega a ser el santo que no quiso ser.

CAPÍTULO 3

La fe como apoyo en Cristo y abandono en El

La fe es la participación en la vida de Dios, es la adhesión a él como único Señor, y es también apoyarse exclusivamente en él. El apoyarse en Cristo, y el total abandono en él, son expresiones de la confianza que le tenemos. El hombre se orienta hacia la búsqueda de la seguridad, hacia la búsqueda de apoyos, lo que significa que está orientado hacia el abandono. El hombre se orienta hacia poseer algún sistema de seguridad que le permita contar con algo, que le permita abandonarse en algo o en alguien. El sentimiento de seguridad es un requisito básico, el requisito más elemental de la psique humana. La falta de seguridad, en la situación tanto de amenaza o de privación de algún apoyo, suscita temor. Precisamente ese temor es el que hace que nuestra ansiedad de gozar de seguridad sea muy fuerte.

Podemos hablar de apoyarse en algo y del sentimiento de seguridad, refiriéndonos a objetos materiales, por ejemplo, cuando contamos con lo que poseemos: el dinero, las capacidades, las habilidades. Podemos fortalecer nuestro sentimiento de seguridad en el sentido personal cuando contamos con los contactos que tenemos; cuando podemos considerar que nuestras relacio

nes humanas nos facilitarán la realización de los planes que tenemos. El sentimiento de seguridad apoyado en los objetos materiales se relaciona, por lo regular, con nuestra visión del futuro. El hombre, por su naturaleza psíquica, trata de prever el futuro y trata

de prepararse para no sentirse sorprendido. De esa manera trata de controlar la situación venidera y busca en ello un apoyo y un sentimiento de seguridad.

En nuestra vida, esa búsqueda del sentimiento de seguridad tiene lugar incesantemente. El estudiante que se dispone a pasar un examen basa su sentimiento de seguridad en la memoria que tiene, en lo que ha aprendido y en su capacidad. Puede también contar con la suerte, pero siempre intentará apoyarse en algo, ya sea un apoyo de tipo material o personal. Sin embargo, los sistemas de seguridad humanos son defectuosos, porque no pueden ser perfectos, porque se basan exclusivamente en nuestros cálculos y planes. Es inevitable que fallen, y entonces se producen las crisis. Si cuentas con tus fuerzas, con tu capacidad, con lo que posees, o con las relaciones que tienes con otras personas, tarde o temprano te verás defraudado.

Para que nuestra fe sea apoyo en Cristo y abandono en él, debemos ser conscientes de que únicamente él es nuestra verdadera seguridad. El total abandono en Cristo, resultante de la fe que depositamos en su Palabra, es la única respuesta apropiada al inconmensurable amor que él nos tiene.

Dios como único apoyo

La fe es no apoyarse más que en Dios. No podemos apoyarnos en ninguno de sus dones, sino solamente en él mismo, en su poder infinito y en su amor ilimitado.

La escena que se produjo en el patio del templo, cuando Dios observaba a los fieles que metían sus donativos en las arcas, es conmovedora. Una y otra vez se oía el sonido de las monedas que caían en las arcas, y Dios, Jesucristo, estaba sentado a un lado con los apóstoles observando a los que echaban sus donativos. Una viuda echó dos monedas pequeñas, y Dios dijo: «...esa pobre viuda ha echado más que todos...; ha echado de su indigencia todo lo que tenía para vivir» (Mc 12,43-44). Y podemos admirar su acto, porque ella dio todo lo que tenía mientras que los ricos solamente daban algo de lo que les sobraba, y esto era demasiado poco. Hay que tener en cuenta que ella, al darlo todo, «se condenó a morir, porque se quedó sin dinero y no tenía de qué vivir. Ella misma destruyó el sistema de seguridad material que tenía. Y provocó el asombro del propio Dios, que se reflejen sus palabras: «Os aseguro..., ella ha echado de su indigencia todo lo que tenía para vivir». ¡La fe de aquella mujer era inconcebible!

Al hombre que carece de todo, de todo sistema de seguridad, le quedan únicamente dos cosas: la desesperación o la entrega total a Dios que emana de la fe. En aquella viuda tenía que existir aquella fe, porque ella así actuó. Para aquella mujer Dios lo era todo, era su único apoyo. Dios puede despojarnos de nuestros sistemas de seguridad, pero también podemos privarnos de ellos nosotros mismos. Entonces, nos depuramos de manera activa de lo que nos tiene cautivos. Ese fue el caso de

42

43

aquella viuda del evangelio, porque ella misma se despojó de todo.

Podemos hablar de un abandono semejante en el caso de la viuda de Sarepta que se encontró con Elías. La viuda tenía un hijo pequeño, y en sus tierras reinaba el hambre. Todas sus reservas de alimento eran dos puñados de harina reseca y unas pocas gotas de aceite de oliva. Y en aquella situación Elías le dijo: «Tráeme por favor un bocado de

pan» (1 Re 17,11). De nada sirvieron las explicaciones de la viuda de que aquel era el último alimento que le quedaba. Elías repitió su petición: «Házmelo:». La mujer le respondió: Sí, te haré lo que me pides y luego moriremos mi hijito y yo». Efectivamente se trataba de la aceptación de la muerte, porque después ya nada habría, ya no se podría contar con nada, tampoco con aquel puñado de comida. Fue Dios, a través de Elías, quien despojó a la viuda de aquel puñado de comida que le daba un mínimo de seguridad. Luego ya nada le quedó.

¿Qué hace Dios con esas personas? La Biblia dice que luego la cantidad de harina empezó a aumentar, y que a pesar de que la consumían, tenían cada vez más. Lo mismo ocurría con el aceite. La viuda y su hijo no murieron. Dios no puede abandonar al hombre que, al abandonarse a él plenamente, se deshace, él mismo, de las riquezas, y rompe con el sistema de seguridad que destruye su fe. Dios ve maravillado el milagro de la fe humana, y, sobre todo, de esa confiada fe infantil que se manifiesta en la entrega de todo. El hombre que tiene esa fe está en condiciones de decir: «Dios mío, si lo deseas, estoy dispuesto incluso a morir, porque creo que tú me amas». Esa fe tan profunda genera santos.

Cuando la madre Teresa de Calcuta, al decidir dedicarse a las personas que se morían frente al templo de Kali, en la citada ciudad India, abandonó el convento de las hermanas lorentanas, tenía algunas cosas y un poco de dinero; pero muy pronto lo repartió entre los moribundos. ¿Y luego qué? «Cuando cae la noche queda, en la práctica, solamente decir una cosa: Dios mío, si lo deseas, estoy incluso dispuesta a morir». En la India, en Calcuta, nadie la ayuda, porque allí se ve a quien muere con una cierta indiferencia. En el contexto del hinduismo, y según la ley del Karma, ese estado de cosas se considera, incluso, como algo casi normal. Un fiel del hinduismo te dirá que si te mueres de hambre significa que te lo mereciste. Si te mueres de hambre, a cambio renacerás con una existencia mejor después de la muerte. La madre Teresa de Calcuta es consciente de que no encontrará a nadie deseoso de ayudarla, pero, al mismo tiempo, tiene fe en que Dios estará siempre junto a ella, y desde entonces solamente se apoyará en él. Una escuela de fe y una escuela de santidad fueron, para la madre Teresa, los días y las noches en las que se acostaba con un cansancio terrible, mortal, y con la certidumbre de que al día siguiente tampoco tendría nada ni para sí, ni para las nuevas candidatas, ni para los muchos moribundos que sin embargo necesitaban ayuda. Nada tenía.

En aquella situación, cuando faltaba todo sistema de seguridad humano, nació la madre Teresa de Calcuta, aquella que es admirada y venerada hoy por el mundo. Es un ser humano que tiene fe, una fe que linda con la locura, un ser que pasó por la difícilísima escuela de conquistar la fe, en situaciones en que humanamente se carece de apoyos. Cuando se nos desmorona el sistema de seguridad, solamente queda la desesperación, o la fe; una terrible desesperación, o una fe heroica.

44

45

Si no hay en ti la locura de la fe, y si no confías hasta el extremo en el loco amor que Dios siente por ti, tu avance por la senda de la fe seguirá produciéndose a paso de tortuga; o incluso retrocederás. Al edificar tus sistemas de seguridad humanos, impides que crezca tu fe. Tu fe se profundizará sólo cuando aceptes que Dios sea tu único apoyo

y tu única seguridad. Él tiene derecho de exigirte que le entregues todo..., todo hasta el total abandono.

Desde el punto de vista de la fe, es bueno que, de vez en cuando, sientas que tus pies no están tan bien afianzados, porque con esa situación está vinculada la gracia. Y es que no puedes apoyarte en nada más que en Dios; no puedes apoyarte ni en sus dones, ni tampoco en los signos de su presencia.

En el período de los Jueces, en el Antiguo Testamento, se nos describen los tiempos en los que lucharon los filisteos y los israelitas, y, cuando después de una gran derrota, el arca de la alianza cayó en manos enemigas. Por el libro primero de Samuel, sabemos que por aquel entonces se juntaron los filisteos para luchar contra Israel, y se entabló la lucha en la que los filisteos vencieron a los israelitas, y mataron a cuatro mil de sus hombres. Cuando el ejército israelita volvió al campamento, los ancianos de Israel dijeron: «¿Por qué nos ha derrotado hoy el Señor ante los filisteos? Vamos a buscar a Silo el arca de la alianza del Señor, y que vaya con nosotros; así nos libraré de la mano de nuestros enemigos». Los israelitas mandaron a buscar a Silo el arca de la alianza del Señor Todopoderoso, que tiene su trono sobre los querubines, y la trajeron. La acompañaron también Jofnán y Pinjás, los dos hijos de Elí. Y ocurrió que, cuando llegó el arca de la alianza al campamento, los israelitas gritaron con tanta alegría que hasta la tierra retumbó. Cuando los filisteos escucharon aquel griterío, dijeron: «¡Ay de nosotros!» (cf I Sam 4,2-8). Sin embargo, los filisteos atacaron y derrotaron a los israelitas, los cuales huyeron a su campamento. La matanza que hicieron fue tremenda, ya que de la infantería israelita cayeron treinta mil hombres. También capturaron el arca del Señor, y mataron a Jofnán y a Pinjás, los dos hijos de Elí (cf I Sam 4,10-11).

Podríamos preguntarnos: ¿por qué los israelitas sufrieron una derrota tan grande? Ellos, al mandar traer el arca de la alianza, que era el símbolo de la presencia de Dios entre ellos, esperando en esto la victoria, demostraron que querían apoyarse en él. ¿Cómo interpretar, entonces, el hecho de que los israelitas, a pesar de aparentemente querer apoyarse en el Señor, sufrieran tan tremenda derrota y perdieran incluso el arca, símbolo de la presencia de Dios?

Este texto es muy importante, ya que nos permite entender de una manera más profunda lo que significa apoyarse únicamente en Dios. El arca de la alianza no es Dios, sino únicamente el símbolo de su presencia. Los israelitas osaron hacer una singular manipulación de este símbolo divino. La época de los Jueces fue un período más bien oscuro en la historia del pueblo elegido. Sabemos que en la vida de los israelitas había muchas cosas malas, también en el caso de los dos hijos del sumo sacerdote Elí, quienes «eran unos disolutos que no se cuidaban del Señor (ISam 2,12). En este contexto, la Biblia nos expone cómo aquellos israelitas que no hacían caso a Dios trataron de hacer una manipulación con el símbolo de la presencia del Señor. Pensaron que después de haber traído el arca de la alianza la victoria iba a ser prácticamente automática. Sin embargo, la fe consiste en apoyarse en Dios mismo, en su poder y en su amor,

47

46

no en sus dones ni en los símbolos de su presencia. Ese poder y ese amor no son susceptibles de manipulación.

Lo mismo ocurrió en el caso del templo, que para el pueblo elegido también fue un símbolo especial de la presencia de Dios, y fue destruido. Porque el templo no era lo

que debía de servir de apoyo al pueblo elegido. Dios eligió a ese pueblo para que, partiendo de la fe, se apoyara exclusivamente en él.

La actitud del abandono

Cristo, que espera que nos abandonemos plenamente a él, nos enseña con su propia vida cómo ha de ser la actitud de ese abandono. Él vino a nosotros como un niño, como un bebé que por sí solo nada puede hacer, y depende totalmente de la atención de los adultos. Eso significa que Jesús, desde el momento de llegar al mundo, se encontró, por nosotros, totalmente despojado. ¿Por qué se despojó de semejante manera? Trata de vez en cuando de responderte a esta pregunta.

Si Jesucristo hubiera llegado al mundo con todo su poder, si hubiera liquidado la ocupación romana por la fuerza y por la fuerza también hubiera impuesto la justicia social; si hubiera eliminado el mal con la fuerza; ¿acaso te sería más fácil entregarte a él? Lo más probable es que le tuvieras miedo, porque el hombre siente temor ante la violencia, incluso cuando se hace uso de ella para el bien, verdadero o aparente. Pero no puedes sentir temor ante un Jesús que llegó hasta nosotros totalmente indefenso, completamente impotente. Si hay en ti algo de temor a Dios, el misterio de Belén te recuerda que no debes tenerle miedo. Él se humilló, se despojó tanto

de sus atributos, y se mostró de una manera tan indefensa que te permite adherirte con más facilidad a él, y abandonarte en él. De esa manera, él manifestó su amor llevado hasta la locura. Cristo, despojado y pobre, quiere ir delante de nosotros por la senda que nos conduce a la pérdida de nuestros propios sistemas de seguridad. Para nosotros, esa pérdida, ese ser despojados de manera auténtica, es el camino que nos permite seguir las huellas de Jesús.

Dios, cuando quiso hacer a Abrahán padre de nuestra fe, tuvo que desarraigarlo. Abrahán tuvo que convertirse en un peregrino, que parecía moverse en las tinieblas, porque no sabía hacia dónde iba. Al dejar su país y su hogar, se convirtió en un ser despojado, en un ser que solamente tenía a Dios. Por eso tenía que contar siempre con Dios y dirigirse siempre a él. La independencia de los propios sistemas de seguridad se consigue en el desierto, es ahí donde el hombre es despojado de lo que tiene. Aquello que tratas de utilizar como apoyo, tus sistemas de seguridad humanos, en el evangelio tienen el nombre de «riquezas». Puedes creer en ellas, y puedes hacer tus planes basándote en ellas, pero ellas no son el verdadero Dios. El Señor quiere preservarte de una falsa fe, y por eso está tan interesado en que rechaces a tus falsos dioses. Todo aquello en lo que ciframos nuestras esperanzas se convierte en dios, y si tú cifras tus esperanzas en un dios falso, tus esperanzas resultan ser absurdas. La persona que tiene un dios falso carece de fe o la tiene muy débil, casi inexistente. Si en tu vida hay un dios falso al que sirves y en el que te apoyas, por fuerza experimentarás la amargura y la desilusión, porque ese falso señor al que te entregas y en el que cifras tus esperanzas, tarde

o temprano te defraudará, y entonces, en tu sistema de valores, algo se desmoronará. Cristo, al decir que no se puede servir a dos señores, desarrolla la idea utilizando imágenes simbólicas con las que nos enseña cómo debemos confiar y cómo debemos conquistar este pleno abandono en él, como verdadero Señor. En el sermón de la montaña nos habla sobre los lirios del campo, caracterizados por una maravillosa belleza pero también por una vida muy corta, de apenas un día. Es sorprendente que Dios creara una flor de tan corta vida y de tan espléndida belleza, de una belleza tan grande, que el propio Jesús dijo que era mayor que la más grande de las glorias de Salomón. Cuánta atención les presta Dios para que tengan tan deslumbrante belleza. Esas flores son propiedad del Señor, como tú mismo lo eres. Más adelante, al hablar de las aves que no se preocupan, Jesús nos exhorta a la conversión, nos exhorta a que nos libremos de las tensiones humanas, de las aflicciones y de las preocupaciones excesivas. Hemos de ser como los lirios del campo y como las aves del cielo, que él, el Señor verdadero, ama; y de las cuales él mismo se preocupa.

El ruego contenido en el padrenuestro que dice: <Danos hoy nuestro pan de cada día>), es una llamada a la profundización de nuestra fe, para que Dios se convierta en nuestro único apoyo. Aquí encontramos una alusión directa a aquella situación que se produjo en el desierto, durante el paso del pueblo elegido hacia la tierra prometida. Es sabido que el desierto genera situaciones difíciles. Por esa razón se producían sublevaciones y había desobediencia. Pero el Señor ardió de amor celoso, según dice la Biblia, se compadeció de su pueblo pecador que murmuraba, y les envió a diario maná del cielo. En los períodos de desierto afloran en el hombre el egoísmo, la desconfianza y el deseo de crearse sistemas de seguridad; que suelen estar ocultos en lo más profundo de su ser. En el pueblo elegido, durante su permanencia en el desierto, se puso al descubierto la falta de confianza en Dios, a pesar de los milagros que se producían ante sus ojos. Se puso de manifiesto también su codicia, que se expresó en el anhelo de acumular la mayor cantidad posible de maná, aun cuando Moisés les dijo en nombre del Señor: «Solamente podréis recoger maná para el día de hoy». Muchos no hacían caso a Moisés y seguían recogiendo todo el maná que podían. Entonces se producía la continuación del milagro, aunque en otra dimensión:

el maná recogido por encima de las necesidades del día, como sistema de seguridad para el día siguiente; el maná que no debían acumular, aparecía al otro día podrido o comido por los gusanos. El pueblo elegido no debía asegurarse el mañana de una manera típicamente humana, es decir, mediante la acumulación de reservas, puesto que Dios lo llevó al desierto precisamente para despojarlo de lo que tenía.

«Danos hoy nuestro pan de cada día». Danos hoy, para hoy, y no para mañana, ni para todo el mes. Somos una propiedad duradera, y tú te preocupas de tu propiedad. El Señor tuvo que luchar en el desierto contra el egoísmo humano, que hacía que el pueblo elegido no quisiera abandonarse en el Señor, ni siquiera por ser testigo de un milagro. Tuvo que luchar por la fe de su pueblo.

La madurez de la fe es la disposición a entregar al Señor todo lo que él nos da, es un total abandono de nosotros mismos en él. No debemos apegarnos a nada, ni a los dones espirituales, ni tampoco a la sagrada comunión. Hay una sola cosa a la que podemos apegarnos, y al hacerlo no cometemos una apropiación: la voluntad de Dios.

Fuera de la voluntad de Dios, todo lo demás son dones y medios que nos sirven para alcanzar nuestro objetivo, y no el objetivo en sí. Si nos apropiamos de algo, Dios se ve forzado a destruir ese don que hemos robado, o, al hacernos sufrir, nos demostrará que solos nada podemos, que somos impotentes, que de él es todo, y que es él quien nos dona todo lo que somos y tenemos.

No tenemos nada de nosotros mismos, todo es don, todo lo recibimos de Dios. Y lo recibimos como medio para cumplir la voluntad de Dios. Tenemos el riesgo de apropiarnos de los dones de Dios, lo cual sería un robo espiritual, porque lo que es propiedad de Dios lo consideraríamos nuestro. Por eso Dios, que ama la verdad, luchará para que todo el mundo tenga la correcta visión de las cosas, es decir, que todo es su propiedad. Y por tanto, que todo lo que tenemos proviene de él. Si nos apropiamos de algo, realizando el robo espiritual, esto ocasiona que aquello que robamos nos esclavice. Dios luchará por librarnos de esa esclavitud.

Un avaro, por ejemplo, se apropia del dinero que es propiedad de Dios. Entonces, Dios, por el amor que le tiene, querrá librarlo de ese cautiverio. ¿De qué manera? Puesto que el avaro por sí mismo difícilmente renunciaría al dinero, sería más fácil que renuncie a él cuando lo haya perdido, entonces, el Señor, podría permitir que le fuera robado. Y así, aquel robo sería una gracia, sería una oportunidad de alcanzar la libertad. Sin embargo, el hecho de perder el dinero no significa que aquel hombre recupere automáticamente su libertad. Sería más fácil desapegarse de un don cuando Dios nos lo quita que tratar de desapegarnos de él, pero también, como en el caso del avaro, es necesario aceptar este despojamiento como una gracia, pues de no ser así, la persona se

52

cerraría a la gracia y caería en la desesperación y en la rebeldía tratando por todos los medios de recuperar el don perdido. Puede querer volver a recuperar el dinero y volverse a apegar a él. En los hospitales psiquiátricos hay mucha gente internada por haber perdido los dones temporales.

Cuando un don no es tomado como un medio para hacer la voluntad de Dios y se toma como un fin en sí mismo, su pérdida llega, incluso, a provocar intentos de suicidio. Esto significa que Dios no tolera la absolutización de ninguno de sus dones, es decir, hacer ídolos de ellos. Por ejemplo, si una mujer soltera toma como valor absoluto el matrimonio, si no llega a casarse, puede querer suicidarse al perder el fin hacia el cual estaba orientada toda su vida. Si un don divino se toma como fin, se convierte en el sentido de la vida. Para esta mujer, entonces, la vida ha perdido el sentido. Por eso, Dios, tarde o temprano, debe derrocar todos nuestros ídolos.

Asimismo, Dios puede actuar de otra manera ante la apropiación de sus dones y la esclavitud generada por ella. Esta es a través de las pruebas del sufrimiento. El don-ídolo se convierte en fuente de sufrimiento, de manera que no nos atraiga más, sino que, al contrario, lo rechazemos. Dios mismo es quien permite que ese don produzca amargura, y ante este sufrimiento nos hace impotentes. Él espera que al fin nosotros reconozcamos que esto era un don, y que él quiere preocuparse de todas nuestras cosas. El gesto de fe de las manos vacías de san Leopoldo Mandic era extraordinariamente elocuente. Ese gesto de las manos vacías dirigidas hacia Dios, en el que se expresa que no ha sido apropiado ni un solo don, es un

53

gesto de una fe tan extraordinaria que hacía milagros en su confesionario gracias a esa pobreza espiritual.

Nuestro gesto de las manos vacías puede ser dirigido a Dios no solamente en los asuntos espirituales, como ocurrió en el caso de san Leopoldo Mandic; nuestro gesto de las manos vacías, que refleja la actitud de que todo lo esperamos de Dios, también debe acompañarnos en todos los asuntos de la vida: en el trabajo profesional, en la educación de los hijos, en la acción que ejercemos sobre otros y en la oración. El gesto de las manos vacías también debe acompañarnos en la espera del mayor de los dones de Dios, que es él mismo, es decir, el amor que abarca nuestro ser, y en el que estamos sumergidos.

Abandono en Dios

El apoyo en Dios, como una manifestación de la confianza en él, no será plenamente puro si no adquiere la forma de abandono en Dios. Porque tú puedes confiar en él, pero esperando que cumpla tu voluntad: «Dios mío, confío en que harás mi voluntad». Esa es una continuación de la egoísta búsqueda de uno mismo. El apoyarse en Dios tiene que convertirse en abandonarse en él.

“Señor, que sea como tú quieras, porque tú me amas, y sabes mejor que nadie lo que me hace falta y lo que hace falta a aquellos que yo amo y por los que imploro». En la vida interior y en nuestro acercamiento a Dios, la confianza ha de irse convirtiendo en un total abandono.

Santa Teresa del Niño Jesús y su hermana Celina hacían barquitos de papel en los que escribían: «Abandonarse en Dios» y los echaban al agua. Esa era una forma de rezar que tenían Teresa y Celina; hay aguas, hay olas de la vida por las que Dios debe conducirnos, y ellas han de abandonarse en su amor.

La teología de la vida interior dice que el hombre consigue la paz interior solamente al abandonarse en Dios. Mientras no intentes abandonarte en el Señor, conocerás la inquietud, y tu corazón se sentirá atribulado, como una mariposa junto a la llama, llena de temor, problemas y preocupación. No hay otro camino para alcanzar la paz que un pleno abandono a su voluntad, es decir, a su amor.

Cristo le dijo a santa Gertrudis cuando rezaba por la salud de una amiga: «Me molestan, Gertrudis, al rogar por su salud, porque su enfermedad es una gran gracia, y ella se somete a mi voluntad y rápidamente se santifica». La palabra «abandonarse», escrita por santa Teresa del Niño Jesús y Celina en los barquitos de papel, tiene una gran profundidad. Significa el abandono de los planes y visiones propios, significa el abandono de todo para poder entregarse plenamente al Señor. Nosotros estamos siempre llenos de planes y visiones propios, mientras que la voluntad y los planes de Dios, con frecuencia, son distintos. Pero cuando Dios frustra nuestros planes se trata de una frustración bendita, porque está hecha por el amor, que siempre busca nuestro bien. En nuestra intención de abandonarnos en Dios, puede ser un obstáculo muy serio la deformada imagen que tengamos de él. Esa deformación puede consistir en que Dios sea para ti un juez y sientas miedo de él. Es horrible sentir miedo de Dios, sentir miedo de aquel que es el amor. Es posible que temas abandonarte en él porque sientas temor ante lo que pueda hacer contigo. Pero debes recordar que ese temor consciente ante Dios hiere profundamente su corazón. Otra cosa es el temor instintivo, el que nace por sí solo, es decir espontáneamente,

y que realmente escapa a nuestro control. Sin embargo, cuando conscientemente admites tener miedo ante Dios estás cometiendo una gran infidelidad. Si sientes miedo de Dios, de la gente y del mundo, entonces no puedes confiarte, y no puedes tener fe en ser sumergido en el amor de Dios.

Santa Teresa del Niño Jesús dijo brevemente: «Hay que ser como un niño y no preocuparse de nada». Esa sola frase comprende todo un programa. Abandonarse al Señor significa no preocuparse de nada, porque él te ama y se preocupará de todo. Solamente entonces empezará a llegar la paz verdadera hasta nuestra alma, hasta nuestro corazón. No podemos deshacernos de los peligros que generan temor, pero es muy importante eliminar ese temor con un acto consciente de abandono en el Señor. Cuando san Pablo pidió a Jesús que eliminara alguna gran dificultad de su vida, algo que frustraba sus planes, Jesucristo le respondió: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza» (2Cor 12,9). Santa Teresa añadió en su comentario: «La confianza y la fe se perfeccionan entre los temores». Eso significa que tu temor representa un gran papel en la economía de Dios. Es necesario para provocar en ti actos de fe. El temor es una prueba para la fe, y por esa razón Dios permite que exista, para que crezcas en la fe. La confianza y la fe se perfeccionan entre los temores.

El temor puede ser un agente generador de enfermedades, y hay mucha gente que efectivamente sufre esos efectos. El temor suele ser una de las causas de las neurosis y de las psicosis. Pero también puede ser el punto de partida de un gran abandono. Todo depende de ti. El temor es un reto para ti. ¿Qué tratamiento le darás? ¿Aceptarás estar abrumado bajo su peso? ¿Optarás por hacer actos de abandono en aquel que es el poder ilimitado y el amor infinito? Todo sigue estando dentro de nuestra propia decisión. En la esfera de los sentimientos no podemos deshacernos de los temores, o, al menos, no siempre. No se trata de eliminar el temor, sino de profundizar en la fe, lo demás es añadidura. Pero en la esfera espiritual, por la fe, podemos separar el temor del abandono en Dios. Así, el temor puede ser un factor que profundice nuestra fe, como sucede con todas las tentaciones.

A santa Margarita María Alacoque, gran apóstol del Corazón de Jesús, el Señor le dijo con gran ardor: «Permíteme actuar». El cristianismo es la religión de la gracia, la religión que nos orienta a permitir la actuación de Cristo. Para ir abriéndonos cada vez más a esa actuación, debemos tratar de tener una apertura tal que permita a Cristo vivir en nosotros plenamente. Entonces, él podrá crear en ti su obra maestra, como lo hizo en María, que vivió con la fe, con la confianza y con el total abandono en el Señor.

La regla básica de la actuación de Dios es que él no quiere imponer nada. Si las puertas de tu corazón permanecen cerradas, él no tratará de forzarlas. «Jesús lo hará todo por mí —escribió santa Margarita María— si le permito que actúe en mí. En mí amará, deseará y complementará todas mis deficiencias». El abandonarse en Dios es la forma suprema de la confianza y del apoyo en el Señor. «Nada más desearé —decía santa Teresa del Niño Jesús—, ni la muerte, ni los sufrimientos, pero los amo, porque el amor en sí es para mí el más fuerte imán. Mi guía es abandonarme a la voluntad de Dios, y no existe ninguna otra brújula. En mi corazón solamente hay sitio para lo que desea Jesús. Mi alma está en paz, y nada puede

alterar esa calma. Deseo únicamente lo que él quiere». Santa Teresa reconoce que necesitó bastante tiempo para alcanzar aquel estado de abandono en la voluntad del Señor: «Pero al fin lo conseguí. Dios me ha dominado y me ha puesto donde estoy». Su total abandono en Dios y su aceptación de todo como voluntad del Señor, quedaron demostrados con su extraordinaria confesión: «Amo todo lo que me envías).

El amor celoso de Dios

Dios ardió con un amor celoso por ti. Arder con un amor celoso significa que quiere ser para ti el único Señor; el único amor. Nos llama a la conversión que siempre tiene dos elementos: convertirnos «de y convertirnos «a. Hemos de dar la espalda a todo lo que nos aleja del único Señor, del que somos propiedad exclusiva. Hemos de dar la espalda a las fuerzas del egoísmo que nacen en el fondo de nuestra psique y que buscan la seguridad. Si tú te creaste un sistema de seguridad pero Dios luego hizo que tu «maná se pudriera, no olvides que él lo hizo por amor. Dios te despoja de aquello que te hace cautivo y que te resta fe en su amor. Porque él es el único Señor, tuyo y de tu «maná, es decir, de tu pan de cada día, de tu existencia. De él depende todo. Él, independientemente de tu reconocimiento, seguirá siendo el único Señor, pero el Señor que ama. El no quiere que te pierdas en el reino de un falso dios, porque ese reino te destruye. Eres propiedad de él con todo lo que posees, con tu cuerpo y tu alma; con tu trabajo, que también de él depende; con tu vivienda que es su propiedad; y con tus hijos, que le pertenecen como tu tiempo, a pesar de que a veces se lo regateas

58

como un avaro. El evangelio dice que no se puede servir a dos señores. «Servir», en griego, significa servir como lo hace un esclavo en relación con su amo. En tiempos de la esclavitud, un esclavo no tenía tiempo para sí, era el amo quien disponía de su tiempo totalmente. A Dios hay que dárselo todo, hay que saber devolverle lo que es de él, y ese es el programa de nuestra conversión. También hay que aceptar su amor celoso, aceptarlo a él como único valor y único amor. En las palabras «amor celoso) está plasmada toda la profundidad del amor de Dios, porque se trata de un amor celoso no para sí, sino para ti; celoso para que no te pierdas al ponerte al servicio de un falso dios. Un hombre que alcanza la unión con Dios y llega hasta la santidad es un hombre que recibió a Cristo hasta el fin como único amor. Hay dos categorías de personas creyentes: aquellas que acumulan méritos, y aquellas que simplemente tratan de amar. Y amar no solamente significa dar, sino en un mayor grado recibir, recibir el amor de la otra persona. Amar a Dios significa recibir su amor, su celoso amor por ti, un amor celoso y lleno de locura, que desea protegerte de todo lo que puede ser un peligro para tu libertad y tu fe.

El Señor ardió con un amor celoso por ti. Ese amor es el tormento de Dios, es el hambre que Dios siente por ti, que eres su hijo, su propiedad. Él luchará por ti. Su celoso amor a veces será difícil, porque tú a veces te escaparás de entre sus manos e irás

hacia el abismo, con frecuencia sin saberlo. Y a veces Dios tendrá que Sacudirte, tendrá que darte gracias «difíciles»), pero lo hará para salvarte, para que al fin te abandones a él; al amor celoso de Dios.

59

CAPÍTULO 4

Reconocer la propia incapacidad y esperar todo de Dios

A la luz de la fe, podemos ver nuestra propia incapacidad y esperararlo todo de Dios. W Kasper escribió: Para los sinópticos, la fe es un conocimiento de la propia incapacidad y la confianza en el poder divino actuando a través de Jesús». El creyente nada espera de sí mismo, ya que todo lo espera del Señor. Permitiremos que el poder de Dios actúe en nosotros, cuando reconozcamos, con espíritu de fe, nuestra propia incapacidad, y de esa manera, nos convirtamos en pobres de espíritu.

La moral evangélica no es la moralidad de los mandamientos, sino la moral de las bienaventuranzas. Es la moral, sobre todo, de la primera: «Bienaventurados sean los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3). Bienaventurados sean realmente, porque ellos, esos pobres, entran en el Reino.

Bienaventurados sean
los pobres de espíritu

Aquel que busca sobre todo el reino de Dios, es decir, el que busca la santidad, la encontrará, y también todo

60

lo demás, todos los dones espirituales y temporales que se necesitan en la vida. «Bienaventurados sean los pobres de espíritu», los que no están apegados a nada, los que nada tienen y los que todo lo esperan de Dios. Bienaventurados sean, porque en sus corazones hay sitio para Dios. A ellos les pertenece el reino de los cielos, porque ellos llevan a Dios. Esta es la buena nueva sobre los bienaventurados, cuyos corazones son libres para el Señor.

Tú crees en proporción a la pobreza de tu espíritu. La palabra «pobre» en la Biblia no siempre significa pobre en el sentido material. Pobre de espíritu era, por ejemplo, el rey David, a pesar de que ocupaba el puesto más encumbrado de su sociedad. El hombre pobre de espíritu es aquel que ha sido despojado de la seguridad en sí mismo, es alguien que sabe que sus fuerzas no serán suficientes. El hombre que es así espera recibirlo todo de Dios, y, por consiguiente, no echa raíces en la vida temporal.

Si en lo que concierne a tus posibilidades naturales te sientes fuerte, tu fe no se puede desarrollar ni profundizar. De ahí que debas sentirte débil, que debas convencerte de que hay cosas que no puedes. Esta será una llamada a la fe. Tu debilidad, tu impotencia y tu incapacidad se convertirán en una especie de fisura por la que se irá filtrando la gracia de la fe hasta tu corazón. Dios, a través de nuestras heridas, nos otorga la gracia de la profundización de la fe. Charles Péguy, un gran converso de nuestros tiempos, escribió: «Se encuentran increíbles luces de la gracia que logran llegar hasta las almas malévolas e incluso depravadas. Y se ve salvado aquel que parecía irremisiblemente perdido. Pero no se había visto jamás que algo se pudiera filtrar por una superficie

cubierta de barniz, o pudiera pasar a través de una capa impermeable, o se reblandeciera lo que era muy duro. De esto provienen las muchas incongruencias que observamos en la eficacia de las gracias, que con frecuencia no surten efecto en las almas de la llamada gente honesta, segura de sí misma; mientras que conquistan victorias sorprendentes con las almas de los mayores pecadores».

Ocurre así porque los honestos, los que son adultos en el sentido evangélico, carecen de defectos, no se sienten heridos, son fuertes, poderosos y autosuficientes; son adultos. «Su pellejo moral permanece incesantemente intacto —escribe Péguy— se transforma en una especie de blindaje, sin rasguño. Ellos no tienen esa apertura que sólo puede ser provocada por alguna terrible herida, por algún tormento no olvidado, por algún rencor no superado, por alguna opinión mal dada, por alguna inquietud mortal, por alguna amargura oculta, por algo que se derrumbó y se ha quedado escondido, por alguna cicatriz que no se cierra. Ellos no tienen esa apertura para la gracia, y esto se puede considerar un pecado. Como no tienen heridas ni son vulnerables, como nada les falta, tampoco pueden recibir nada. Como nada les falta no pueden recibir aquello que es todo. El mismo amor de Dios no puede curar al que no tiene heridas. Precisamente porque el hombre yacía en el suelo, el samaritano lo levantó. Sencillamente, aquel que no ha caído jamás podrá ser levantado, y el que no se ha visto anegado por el sudor jamás podrá ser secado. Los llamados honestos, los adultos, son impenetrables para la gracia».

Es posible que en tu vida haya también algo de esa terrible herida que no cicatriza, es posible que haya algo de esa angustia no olvidada, alguna sensación de injusticia no vencida, algún desasosiego, alguna amargura oculta de las que hay tantas en las cosas del mundo; un algo que se ha derrumbado. Entonces es posible que pienses que todo está acabado, pero en realidad es lo contrario. Todo eso ha de ser para ti canal de gracia. Dios tiene que permitir tantas heridas y dificultades para que te sientas débil, y con esa debilidad te abras a la gracia. Si alguna vez te sientes especialmente dolido, no olvides que este es un dolor bendito, que hace sitio para la gracia en tu blindaje de adulto y de honesto. Todo eso es una oportunidad que se te ofrece para que profundices tu fe. Tu debilidad hace que a través de la fe pueda vivir en ti el poder de Dios. Dios, al acercarse a ti, tiene que hacerte más débil para que lo necesites, y para que al creer y al confiar en él, cada vez más, busques su apoyo. Tiene que empequeñecerte, porque eres demasiado grande y las heridas empequeñecen. De ahí que toda herida sea para ti una oportunidad de irte convirtiendo en el niño del evangelio (cf Mt 18,3). A veces hacen falta muchas heridas para hacerse niño, para avanzar por el «pequeño camino».

El poder de Dios necesita de la debilidad del hombre

Dios, al acercarse al hombre, lo debilita. Hace exactamente lo contrario de lo que podríamos esperar. A nosotros nos parece que somos nosotros quienes nos acercamos a él, y que, en esa situación, deberíamos hacernos cada vez más fuertes, deberíamos ser cada vez más independientes. Sin embargo, es él quien se acerca a ti, y al acercarse te debilita más, ya sea física, psíquica o espiritualmente. Y lo hace para poder habitar en ti con

su poder, porque es tu debilidad la que le da sitio a su poder. Cuando estás débil no puedes confiar en ti mismo, y es entonces cuando surge la oportunidad de que te dirijas a él, y quieras apoyarte en él. Con mucha frecuencia te defiendes ante la mayor de las gracias, la gracia de la debilidad, aunque ya san Pablo escribió: «Mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza, por tanto con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo... Pues cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte (2Cor 12,9).

Tu poder y tu fuerza tarde o temprano tienen que derrumbarse. En realidad tu fuerza no existe, porque no es más que un don, un don del que tú te apropias, y por eso tienes que ser despojado de él.

San Maximiliano Kolbe se sentía totalmente desvalido durante muchos de sus grandes viajes apostólicos. A veces se encontraba en climas muy difíciles para sus pulmones enfermos. Sufrió mucho en los viajes por mar, por la humedad que a veces le impedía respirar. Sin embargo, todas esas contrariedades no detenían sus deseos de anunciar el reino de la Inmaculada en todo el mundo, aunque más de una vez sentía que no aguantaría una hora más en el barco. Posiblemente entonces le habría dicho a María: «Si no puedo resistir una hora más, ¿cómo podré ampliar tu reino? Aquella debilidad era toda su fuerza.

Si Dios quiere valerse de ti, lo hará debilitándote. Cuando tratas de hacer apostolado con ayuda de tu fuerza y de tu poder, te conviertes en un antisigno. La gente no desea tu poder, tu fuerza, porque es para ellos una fuerza humillante. Dios, para hacer de ti un signo y servirse de ti, tampoco necesita tu fuerza, por el contrario, necesita tu debilidad. Esa idea fue expuesta de una manera muy

firme ya en el Antiguo Testamento, en el ejemplo de Gedeón. El adversario de Gedeón tenía un ejército de 135.000 hombres, mientras que Gedeón disponía apenas de 32.000, cuatro veces menos. Sin embargo, en la historia se han conseguido victorias por ejércitos inferiores en una proporción similar, por eso para Dios aquella desproporción resultó aún pequeña. Ordenó reducir el número de guerreros de Gedeón. En una primera selección su cantidad se redujo a diez mil. La tropa de Gedeón es ahora trece veces menos numerosa.

En la historia de la estrategia militar se desconocen victorias alcanzadas con tanta desventaja, pero aun así, el hombre hubiera podido atribuirse el triunfo, atribuirlo a su propio ingenio. Gedeón seguía siendo demasiado fuerte, seguía estando en condiciones de contar con sus propias fuerzas. Dios lo sometió a una nueva prueba, y le ordenó que renunciara a casi todos los guerreros y se quedara únicamente con trescientos. En un momento así realmente ya no sabemos si la situación es dramática o cómica. Parece ser totalmente ridículo dar la cara con semejante ejército a un enemigo que es 450 veces más fuerte. En semejante situación la victoria podía ser alcanzada solamente por Dios, porque ya estaba fuera del alcance de Gedeón. Gedeón dio la cara con aquel puñado de hombres y hubo victoria. La enorme desventaja que tenía hizo que ni siquiera sintiera la tentación de creer- se el autor de la victoria. Toda la situación fue llevada hasta el absurdo, como si Dios sonriendo dijera: «Ya ves, Gedeón, querías vencer por medio de

tu habilidad y la fuerza de tu ejército, mira, te quedaste con trescientos hombres para hacer frente a 135.000 enemigos. ¿Qué te parece?». Gedeón confió en el Señor, y alcanzó un triunfo sin igual en la historia (cf Jue 7).

65

El Señor guarda su tesoro en frágiles recipientes .de barro, para que lo que hagamos se haga por el poder de Dios, y no por el nuestro (cf 2Cor 4,7). Dios despojó a Gedeón de su poder humano, le hizo pequeño y débil, hizo algo que desde el punto de vista humano parece absurdo. Algo similar puede ocurrir también en tu vida. Si tienes en ti mismo 32.000 elementos del poder humano, Dios los convertirá primero en diez mil, y posteriormente en trescientos. Entonces serás realmente muy débil, casi como un muerto. Pero a pesar de esta debilidad, podrás ir venciendo. Y esas serán victorias no de tu poder, sino del poder de Dios.

La pobreza de Cristo

La fe, en la forma de pobreza de espíritu, tiene su modelo en la vida y figura de Jesús. Ser pobre significa ser dependiente. En la vida de Jesús vemos tres momentos en los que su pobreza llega al colmo, cuando él, Dios, se convierte en un ser totalmente dependiente, y se muestra, por su impotencia, en un aparente fracaso: en Belén, en el Calvario y en el Santísimo Sacramento. Si ser pobre significa ser dependiente, Jesús era totalmente dependiente desde Belén, donde hubo impotencia, y se puede decir que incluso hubo fracaso; porque Jesús no fue recibido por los suyos, y tuvo que nacer en condiciones infrahumanas. Todas tus experiencias de impotencia, todas las cosas para las que resultas incapaz, son tu participación en la impotencia de Jesús.

El Calvario fue la segunda situación en la que Jesús estuvo sumido en un terrible despojamiento. Allí tampoco puede ayudarse con nada, porque sus manos, las

66

manos que dieron la bendición a la muchedumbre, están clavadas en la cruz y sangran. Tampoco puede ayudarse con los pies, porque aquellos pies que llevaban el amor y la buena nueva a todas partes, ahora están clavados. En el Calvario Jesús se vio despojado de todo. La cruz es la expresión de la locura del amor de Dios. El despojamiento a que se vio sometido Jesús llegó aquí al colmo.

La otra expresión del despojamiento de Jesús es el Santísimo Sacramento. En él también hay impotencia y fracaso, aunque, naturalmente, se trata de una impotencia y de un fracaso aparentes, como ocurrió en el Calvario. En el Santísimo Sacramento, Jesús guarda silencio, también cuando la gente se dirige a él. En el tabernáculo se ve despojado de todo, de tal manera, que cualquiera puede sacarlo y trasladarlo a su antojo, puede recibirlo, pero también puede profanarlo. Puede, pues, hacer con él lo que se le antoje, exactamente eso, lo que le dé la gana. Y ese es el estremecedor misterio del despojamiento de Cristo, de su kénosis y de su pobreza, de su entrega total al hombre. Esas tres situaciones: Belén, el Calvario y el Santísimo Sacramento, son momentos en los que el amor de Jesús llega hasta la locura, hasta los límites de la pobreza. Pero es precisamente gracias a esa locura y a esa pobreza como Jesús te trae la redención, te trae

la fe. El silencio de Dios, su impotencia y su «fracaso, son para el mundo, que desearía un Dios pleno de poder visible, un escándalo. La cruz fue y sigue siendo un escándalo para aquellos que no creen; pero para aquellos que creen, es el poder supremo. TU cruz, que son las privaciones y la pobreza que sufres, crea en ti el sitio necesario para la gracia; para la gracia de la fe.

67

Reconocer que todo es don

La fe es el reconocimiento de la propia incapacidad, es el reconocimiento de que nada se posee y de que todo es don. Es la espera de todo, de todos los dones de Dios. Lo opuesto a la fe así entendida es el orgullo. El hombre soberbio considera que todos esos dones son suyos, y se los apropia. Considera que todo depende de él, como si en su vida no existiera un don constante de Dios. Naturalmente, la fe es algo difícil. Vivir con fe es nacer de nuevo, nacer para la pobreza espiritual, para la actitud de niño.

El don debe ser recibido con desprendimiento, de manera que en cualquier momento puedas devolverlo. Se trata de una extraña paradoja, somos obsequiados para que al aceptar los dones de Dios estemos dispuestos a devolverlos. Un gesto que muestre el estar dispuestos a entregar a Dios los dones recibidos sería un signo que demuestra que no se ha producido la apropiación, sería una señal de que hemos aceptado esa verdad que dice que nada nos pertenece. Entonces el don que devolvemos a Dios retorna a nosotros multiplicado. Todo es don, y lo son también tu alma y tu cuerpo, tu cónyuge, tus hijos; lo que tienes y lo que haces, todo es propiedad del Señor. ¿Estás dispuesto a entregar cualquiera de esos dones en todo momento?

Si Cristo es el único apoyo para mí y a él le confío todo, entonces nada me pertenece, y todo lo trato como un don. Mis manos están vacías, y son el gesto de mi situación interior, de mi pobreza espiritual, no tengo nada. De esa manera estas manos vacías atraen el amor de Dios. Son una expresión de mi fe. Expresan que no tengo nada, y, a la vez, que Dios quiere dármelo

todo, todo al pie de la letra. Pero en la realidad, normalmente nosotros no queremos darle a Dios todo, no queremos reconocer que no tenemos nada. Siempre queremos tener algo y apoyarnos en ello. Y por eso Dios no puede darnos todo. Si por ejemplo los cónyuges se apropian uno de otro, entonces, se apoyan el uno en el otro. Esto es falta de fe, falta de reconocer que todo es don, que cada cónyuge también es un don de Dios para el otro, y que por lo tanto, debe ser libre, no debe esperar el amor del otro. Esto resolvería todos los problemas matrimoniales. No tengo nada y no quiero tener nada en que apoyarme, para que Cristo sea para mí el único apoyo.

Si el hombre acepta la gracia del despojamiento total, entonces Dios obra milagros. Así sucedió en el caso de san Leopoldo Mandic. El gesto de las manos vacías puede ser exterior y superficial; pero, en san Leopoldo, ese gesto expresaba una total libertad con relación a los dones que el hombre comúnmente se apropia. Era un gesto muy profundo que expresaba el estado de un alma totalmente despojada de sí misma y de todo apego a los dones. Dios era, para él, el único apoyo. En él, el gesto de las manos vacías expresa ese género de fe.

En nuestro caso, reconocer que todo es don es difícil porque estamos muy apegados, pero puede volverse fácil cuando vemos que esto nos lleva a la libertad; libertad de las

preocupaciones, inquietudes, aflicciones, tensión; cuando lleva a la completa libertad, que se expresa en la total paz interior. En esta situación el hombre ya no se preocupa por nada, es como las aves del cielo y los lirios del campo.

El episodio del joven que se alejó triste cuando el Señor le propuso que renunciara a todos sus bienes ma-

68

69

teriales tiene su epílogo. Cuando el joven se alejó, Jesús explicó cuán difícil es entrar en el reino de Dios a los que ponen su confianza en las riquezas (cf Mc 10,24).

Observemos que aquel joven cumplía todos los mandamientos. Eso significa que no basta con cumplir los mandamientos. Refiriéndose a él, y a otros como él, Jesús dijo: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja que un rico entre en el reino de Dios» (Mc 10,25). Esa afirmación es tan fuerte que los apóstoles, asustados, preguntaron: «¿Y quién se podrá salvar?» (Mc 10,26).

Aquel joven que parecía estar abierto a Dios, resultó ser un esclavo de lo temporal, un esclavo de su patrimonio y de su situación social. San Lucas dijo de él que era uno de los principales, es decir, que ocupaba algún cargo importante (cf Lc 18, 18). Todo eso puede ponerse entre el hombre y Dios, y puede ser un obstáculo tan grande que para un hombre así la salvación será algo muy difícil de alcanzar. El apego a lo temporal, a lo que Dios ha creado, a lo que es sólo su don y no es el propio Señor puede esclavizarnos hasta el punto no ya de dificultarnos, sino de impedirnos la salvación.

En un viaje que hice a San Giovanni Rotondo, me encontré con un científico que viajó conmigo a ver al padre Pío, él iba a pedirle que bendijera su obra. Llevaba dos tomos que acababa de publicar y que calificó como su *opus vitae*, es decir, la obra de su vida. En el marco de la confesión, hizo la presentación de la obra al padre Pío y le pidió su bendición. La reacción del padre Pío fue aterradora, ya que, en primer lugar, se asombró: «¿Es esa la obra de tu vida?». Tomó los dos libros y volvió a preguntar: «Es esa la obra de tu vida? Eso significa —dijo casi gritando— que has vivido sesenta años para escribir estos dos libros y ese ha sido el objetivo de tu vida, ¿es

70

esa la obra de tu vida, y para ella has vivido, ¿no?... ¿Y dónde está tu fe?».

Luego suavizó su tono, como si se hubiera dado cuenta de la inconsciencia de aquel hombre, y con la suavidad de un padre, le dijo: «Seguramente invertiste en ese trabajo un gran esfuerzo, ¿no? seguramente te pasaste muchas noches sin dormir. ¿Cómo estás de salud?... Sí, claro, tuviste un infarto. Claro, y todo por la ambición de crear este tipo de *opus vitae*. Fíjate —siguió diciendo— lo que significan los ídolos, y los apegos. Si hubieras hecho lo mismo, pero para el Señor, todo sería diferente. Pero te has apropiado de todo, y esa ha sido tu verdadera *opus vitae*, tu propia obra». La terminación de aquella confesión también fue al estilo del padre Pío. Levantó una vez más la VOZ: «Si solamente has venido por eso..., ¡vía vía! (¡fuera!)». El padre Pío era brusco, pero en su aspereza estaba reflejado su gran amor por cada hombre y por cada penitente. Era un hombre que amaba, y el amor es algo muy fuerte. Aquel amor del padre Pío hizo que la

conmovedora conversación, unida a la confesión, se convirtiera en un momento clave en la vida de aquel científico: él realmente empezó a pensar y a captar el mundo de una manera diferente.

El padre de nuestra fe, Abrahán, recibió un don milagroso: cuando ya era muy anciano, tuvo un hijo. Aquella fue su mayor alegría, había recibido el mayor tesoro para un ser humano, un hijo, un heredero. Los padres, por lo regular, se apropian de sus hijos, y es posible que Abrahán hubiera sucumbido a esa tentación. Pero, cuando Dios le dijo a Abrahán que quería que le entregara a su hijo, Abrahán inmediatamente accedió. Y accedió, incluso, a entregar de la manera más dramática aquel don recibido. Pero, ¿qué habría sucedido si Abrahán no

71

hubiera querido entregar a su hijo?, ¿si se hubiera rebelado y considerado que la orden de Dios era demasiado cruel?, ¿qué habría sucedido entonces?... Isaac hubiera tenido que morir. Y habrían sido poco importantes las causas de su muerte. Habría podido fallecer a causa de una enfermedad, morir en una lucha, durante una expedición o devorado por las fieras. De una u otra forma, Abrahán lo habría perdido, porque se interpondría entre él y Dios. Isaac se habría convertido para Abrahán en un obstáculo para su pleno abandono a Dios en la fe. La negativa a entregar a su hijo hubiera significado que Abrahán se había apropiado de él. Pero la apropiación de un don siempre equivale a su destrucción; es como un golpe que va contra uno mismo, y que va contra el propio don. Abrahán, al acceder a entregar a su hijo, no sólo lo recuperó, sino que al mismo tiempo recibió además el don multiplicado: la gracia de la santidad, en la que también participó su hijo. Abrahán e Isaac son los primeros santos patriarcas de la antigua alianza.

La siembra de la desconfianza

Cuando analizamos cómo surge el mal en el hombre, nos damos cuenta de que en los cimientos del mal está la falta de sencillez y el no confiar como un niño en Dios. Así fue desde los comienzos de la historia de los hombres, cuando la primera pareja fue sometida a la prueba de la fe. En los comienzos de la historia del hombre su confianza fue puesta a prueba. Fue como si Dios preguntara al hombre: «Confías en mí?, ¿eres conmigo sencillo y confiado como un niño? El texto bíblico nos dice claramente que el hombre fue atacado por Satanás precisamente

en ese sentido. Satanás no trató de convencer a la primera pareja de que debían actuar mal porque sí, de que debían pecar. Lo que hizo fue sembrar la desconfianza (cf Gén 3,1-6). Lo hizo de una manera perfecta desde el punto de vista psicológico, como solamente él sabe hacerlo. No dijo: «Sed infieles, desobedientes; no, lo que él trató de hacer fue convencer a la primera pareja de que en Dios no había amor, no había sinceridad, no había verdad.

En las bases del mecanismo del mal, que condujo al pecado original, está la siembra de la desconfianza; la cual tiene una gran repercusión psicológica. El hombre que desconfía se siente amenazado. La persona de la que desconfío es para mí un peligro y despierta en mí temor. El pecado de la desconfianza crea un clima de peligro y de

temor, de ese temor del que tanto se habla en la psicología y en la psiquiatría, y que tantas veces es fuente de los sufrimientos del hombre. Si no estamos liberados del pecado, tampoco lo podemos estar de lo que nace de él: la inquietud, el temor y el sentimiento de amenaza.

Nosotros también somos tentados por la siembra de la desconfianza. Pero, cuando esa desconfianza repercute en la actitud hacia Dios, entonces el hombre se siente como si estuviera encerrado en una jaula, y su vida transcurre dentro de una «jaula en constante peligro, y esto es algo terrible. El pecado destruye al hombre, pero también lo destruye el temor que acompaña al pecado. Esa sensación de peligro en definitiva nos afecta, porque una de las principales necesidades psíquicas del ser humano es la de sentir seguridad. Esto ya nos permite afirmar que el temor contra el que no luchamos es un temor del que somos culpables.

72

73

El temor nace como cierto estado emocional, y poco a poco puede dominar mi esfera espiritual, es decir, mi inteligencia y mi voluntad. Hay que diferenciar entre el temor que nace como estado emocional, sobre el cual casi no tengo control, y el temor que permito que se apodere de mis pensamientos y de mi querer; y es este último temor el que está mal. Se trata, por tanto, de impedir o luchar para que el temor no alcance la esfera espiritual.

El estado emocional por sí solo no es contrario a la fe. Es cierto que el acto de fe abarca toda la personalidad humana, pero se realiza sobre todo en la esfera espiritual. Si hay estados emocionales de temor, es importante dejarlos, y trabajar sólo sobre la esfera espiritual, de manera que mis pensamientos estén llenos del optimismo de la fe. Hay, por ejemplo, un miedo ante el que no puedo hacer nada, y que me produce trastornos fisiológicos, dolor de cabeza o dolores estomacales. En esto no interviene la fe. Pero hay otro tipo de temor por el que puedo ser culpable, y que es consecuencia de la falta de fe. Como es el caso del delirio de persecución, en el que voluntariamente pienso que me persiguen. Este último es un acto espiritual, y es mi culpa no sustituir este tipo de pensamientos por otros llenos de fe. Debería pensar que Dios es el poder infinito y el amor infinito, y que si a él le entrego todo, entonces, ¿de qué temo? Estos pensamientos llenos de fe eliminan el temor de la esfera espiritual, y poco a poco la esfera espiritual dominará a la emocional y el temor irá desapareciendo del todo. Por otra parte no se trata de una terapia contra el temor, sino que se trata de que se profundice nuestra fe, lo demás es añadidura.

Cristo continúa su obra de redención. Nosotros participamos en ella mediante la fe, y esa obra abarca no solamente nuestro pecado, sino también todo su contexto. Eso significa que los temores y las sensaciones de peligro también son objeto de la redención. Jesús, al morir en la cruz, nos redimió de los temores y de las sensaciones de peligro, de la misma manera que nos redimió del pecado. Por eso, toda tu vida debe estar orientada a conseguir una apertura, cada vez mayor, ante los actos de redención de Cristo. De la cruz fluye constantemente la gracia para que puedas ser salvado del pecado, y también de los temores.

¿Cómo luchar contra los temores que nos acosan? Si luchas contra ellos de manera directa sufrirás una derrota. Existe un único camino infalible: abrirse a la actuación

redentora de Cristo, mediante la fe que tiene el niño del evangelio. Tienes que creer que Jesús te redimió de todo lo que te amenaza, y que eres libre. Debes decirte: no hay peligro, porque él me redimió y me liberó de todo y lo único que debo hacer es aceptarlo. La fe es recepción, es el proceso de recibir la obra redentora de Cristo. Cuando san Pedro pasaba por uno de los portones del templo de Jerusalén, se encontró con un paralítico que pedía limosna: «No tengo ni plata ni oro —dijo entonces—, pero lo que tengo, eso te doy: en nombre de Jesucristo el Nazareno, echa a andar» (He 3,6). Entonces el paralítico se levantó. Aquel mendigo paralítico estaba desamparado, pero esperaba mucho, y porque tenía la fe del niño recibió más de lo que podía soñar. Tú que estás paralizado por los temores y peligros no tienes que ser curado de manera inmediata, como aquel paralítico del relato bíblico; eso dependerá del nivel alcanzado por tu fe, de que realmente tengas la fe del niño. Puedes ser curado en un instante, pero también podría suceder que tu curación fuera gradual. Este paralítico, que simboliza tu

74

75

situación, será levantado cada vez más alto, tomado del brazo de Cristo será levantado poco a poco. La lenta recuperación de la parálisis también es un acto realizado por Cristo dentro de su obra redentora.

Creer es algo muy difícil, pero no creer lo es aún más. Trata de ser consciente de que no estás solo. Cristo está junto a ti, porque él te redimió. Trata de oponerte a los temores que te dominan, y hazlo con ese sentimiento de impotencia de niño. Dile a Jesús: «Yo sé que tú quieres curar esa lepra del temor que me afecta; sé que ya me has redimido de ella». ¿Pero, sabes que puedes ser testigo de un milagro? Cristo dijo: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, habríais dicho a ese sicómoro:

“Arráncate y plántate en el mar” (Lc 17,6). Entonces verás cómo la fe, que a los ojos del mundo se presenta como un «detalle insignificante, como un grano de mostaza, como la más pequeña de las semillas, tiene el poder infinito de Dios. Verás cómo la fe te abre a la obra redentora de Cristo, y, de manera milagrosa, elimina el temor. Entonces, al fin te sentirás un ser libre.

Tú, que estás creado para la libertad y la paz, a través de la fe que te abre a la redención realizada por Cristo, tienes que convertirte incesantemente a esa fe porque la fe es un proceso continuo. Este proceso se profundiza a través de los actos de fe, que, por lo regular, nacen en condiciones de peligro. Suscitando en ti los actos de fe en toda situación, te irás entregando como un niño que salta a los brazos de su Padre que lo ama.

En el contexto de una religión legalista, pueden surgir los escrúpulos y el perfeccionismo, que ponen al hombre como en una jaula; porque entonces vive en constante temor. Por ejemplo, creer que si no se llega puntualmente a la santa misa es pecado. Dios se convierte así en un

juez a quien se teme. Este ambiente no favorece la liberación del hombre del pecado. Por eso es tan importante la actitud del niño. Porque el niño se arroja en los brazos de su Padre, deja de temer, y por tanto deja de pecar. Si temiera, se mantendría alejado de

Dios. Si el hijo pródigo hubiera pensado que su padre lo castigaría o recriminaría, podría no haber vuelto. Se habría quedado en el pecado, en la «jaula» del temor a su padre, temor que se sumaría al sufrimiento que ya tenía alimentándose de la comida de los cerdos. Esto prolongaría la separación de su padre, prolongaría el estado de pecado. La desconfianza hace nacer el pecado, y si esto sucede, también el temor acompaña al hombre, y entonces podría no volver. La confianza, en realidad, no es que impida las caídas, pero las hace cada vez menos frecuentes, cada vez más pequeñas, y rápidamente se vuelve al Padre después de ellas. Esto no sólo desde el punto de vista psicológico, sino también desde el punto de vista teológico; si alguien tiene confianza en Dios, Dios puede preservarlo del pecado. La confianza es entonces algo básico en nuestra relación con el Señor.

La esencia del «caminito de santa Teresa del Niño Jesús es la actitud de un niño libre del temor gracias a la confianza infantil. Si en los comienzos de la humanidad apareció el pecado como resultado de la siembra de la desconfianza, entonces el «caminito, que subraya la importancia de la confianza y del abandono como niño en Dios, nos indica el antídoto que podemos aplicar, y la antítesis por excelencia de aquel acontecimiento. El programa del «caminito golpea las raíces del mal, porque la falta de confianza, esa siembra de la desconfianza hacia Dios, en gran medida es la fuente de todos tus pecados y de todas tus angustias, existenciales y psíquicas; e,

76

77

indirectamente, también físicas. Si confías en Dios, cortarás las raíces de lo que te destruye. Cree que él te ama. La prueba de fe a la que fueron sometidos los primeros padres no fue demasiado difícil. Pero la Biblia nos habla de pruebas muy duras, terribles, a las que Dios sometió a Abrahán. Él recibió el mandato de matar a su propio hijo. En esa situación hubiera sido muy fácil dejarse vencer por la siembra de la desconfianza, no confiar sino rebelarse. Pero Abrahán, a pesar de la oscuridad que le rodeaba, confió. Esa confianza absoluta en Dios es importantísima, esa confianza infantil en aquel a quien más herimos, precisamente con el pecado de la desconfianza. Si alguna vez te ocurrió que alguien dejó de confiar en ti, alguien a quien amabas, sabrás muy bien cuán doloroso es ese acontecimiento. Y si no se trata de una simple situación de amistad humana herida por la desconfianza, sino de una situación en la que se siente herido el amor infinito de Dios, podemos imaginarnos cuán grande es el dolor que puede producirle a Dios la desconfianza. Las palabras «temo entregarle todo a Dios» le hieren como una bofetada, porque es como si le dijeras a Dios: «no confío en ti, no sé qué pretendes hacer conmigo». Si un niño pequeño le dijera semejante cosa a su madre, esas palabras serían para ella sumamente dolorosas. ¿Qué dimensiones alcanza el dolor de Dios cuando es abofeteado por una persona que le dice semejante cosa? La desconfianza es, en cierto sentido, peor que el pecado, porque es la fuente y la raíz del pecado.

Si no quieres confiar, si tu adversario ha logrado sembrar en tu corazón la desconfianza, tendrán que venir, como consecuencia, los temores y la sensación de peligro; y el sufrimiento vinculado a esos sentimientos: y únicamente a través de las consecuencias

podrás apreciar lo mucho que te has apartado. El sufrimiento, el temor y la sensación de peligro serán para ti una constante llamada a la conversión. Y tendrás que cargar con el peso del temor mientras no te conviertas, mientras no seas como un niño que se entrega sencillamente en los brazos de su Padre que le ama. «El paciente debe ser curado —dice L. Szondi— hasta que aprenda a Orar». Y no se trata de un simple recitar una oración. Se trata de una actitud profunda en la oración, de una oración confiada, del niño que se abandona plenamente en los brazos de su Padre.

La pobreza espiritual como actitud del niño

La fe, como reconocimiento de la propia impotencia y actitud que espera recibirlo todo de Dios, equivale a la actitud de un niño. El niño reconoce que carece de todo y que no sabe nada. El niño está colmado de expectativas y de fe, y cree que recibirá todo cuanto necesita. «Si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos», dijo el Señor (Mt 18,3). La conversión a la actitud del niño es la condición indispensable para entrar en el reino de Dios. En algún momento tendrás que convertirte en un niño, confiado, humilde, que espera todo del Señor. Si eso no sucede aquí, tendrá que suceder en el purgatorio. El estado de infancia espiritual es absolutamente indispensable, no sólo para la santificación, sino también para la salvación. El niño del evangelio lo espera todo de Dios, literalmente todo. La dimensión infantil de nuestra fe equivale a que no nos apoyemos en los cálculos normales, humanos, sino que esperemos algo que un niño calificaría

de sorpresa..., de esperar un milagro. En la medida en que seas niño gozarás también de un espíritu joven. El individuo puede ser un anciano aunque tenga apenas veinte años. Pero puede tener también ochenta años y permanecer joven, gracias al espíritu de niño. Dios siempre es joven, y la Iglesia, constituida por Cristo, también lo es. Por eso necesita personas de espíritu joven, por eso necesita a ese niño en ti, que es capaz de creer en todo. El viejo», que se dedica a calcularlo todo, a hacer las cuentas de lo positivo y lo negativo, limita las posibilidades de la actuación de Dios porque pone límites a su amor y a su misericordia. El calcular continuamente lo que puede o no suceder es un rasgo propio de la vejez. El niño busca la luna y cree que puede conseguirla. Pero en realidad Dios quiere darte mucho más que la luna, él quiere darte su Reino. Pero si no te comportas como un niño, le atarás las manos. Los niños también se comportan como los <(violentos) del evangelio, a quienes hace referencia Jesús diciendo que ellos arrebatan el reino de los cielos (cf Mt 11,12). Cuando un niño quiere entrar en la casa tiene que conseguirla; y golpeará la puerta con sus pequeños puños y pies hasta que se le abra. Jesús dijo: «Llamad y se os abrirá» (Lc 11,9). Si supiéramos llamar a las puertas que encontramos cerradas, pues están cerradas para que llamemos insistentemente como los niños, entonces se abrirían. Dios necesita tu fe de niño para poder hacer milagros en ti y a través de ti, porque no hay cosas imposibles para Dios. «Todo es posible para quien cree» (Mc 9,23). Todo es posible

para aquel que es como el niño del evangelio.

El evangelio nos relata dos anunciaciones: la anunciación a Zacarías y la anunciación a María. Zacarías re-

80

sultó ser una persona anciana, tanto por su edad como por su espíritu, un hombre que ataba las manos a Dios porque no era capaz de creer en los milagros. Por eso tuvo que ser afectado por un milagro doloroso para él:

perdió el don del habla, para que al fin pudiera creer. Esa ancianidad espiritual del hombre que no cree en los milagros es para Dios algo terrible. El hombre al que le falta la actitud del niño anula de antemano la eficacia de sus oraciones, porque hay en él algo de la actitud de Zacarías. Aquel anciano, «justo ante Dios» e intachable, carecía de descendientes y pidió tener un hijo. Rezaba, pero al mismo tiempo no creía que Dios quisiera escucharlo. Cuando el ángel le anunció: «Tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará un hijo (Lc 1,13); él reaccionó como si no quisiera recibirlo, no creyó en el milagro. Tanto tiempo pidió un hijo y cuando Dios lo escuchó, no creyó. Expuso un argumento contrario a su propio mego: «Yo soy viejo y mi mujer avanzada en edad (Lc 1,18). Hombre «viejo, no creyente en el Señor. Nosotros también a menudo nos parecemos a Zacarías. Cierta parroquia que convocó a sus fieles para participar en una ceremonia rogativa en la que se iba a pedir a Dios para que enviara la lluvia, les hizo una amonestación muy elocuente: «Habéis venido a rogar que llueva, pero, ¿por qué habéis venido sin paraguas?».

La segunda anunciación fue la hecha a María; quien es como niña hasta tal punto que está dispuesta a recibirlo todo. María está disponible a todo, tanto, que Dios pudo hacer maravillas. Ella está dispuesta a recibir y creer en todo porque su actitud hacia Dios está colmada de espíritu de infancia, lo cual es un poder. ¿Has pensado alguna vez que el mundo está gobernado por los niños y no por los ancianos? Sí, el mundo está gobernado por los niños, porque

81

el hombre que tiene espíritu de niño, tiene poder sobre Dios, y Dios nada le puede negar. Dios no puede resistirse a los ojos del niño que de verdad cree, pues el niño cree en todo.

Pedro, cuando caminaba hacia Cristo sobre el agua, en cierto momento dejó de ser como niño. Sencillamente se puso a hacer cálculos: vine hasta aquí porque la superficie del agua era lisa, pero se aproxima una ola..., ¿podré seguir? Llegó la lógica propia de los humanos y la fe desapareció. Pedro dejó de ser como niño, y en ese mismo momento empezó a ahogarse. Resultó ser un hombre anciano, y posteriormente durante mucho tiempo fue anciano, y precisamente por eso negó a Jesús. Se puede decir que pecas porque eres anciano, porque la vejez espiritual te bloquea las gracias, porque atas las manos a Dios. Dios es joven y quiere concederte la luna y las estrellas. Si a santa Teresa del Niño Jesús le dio la nieve en el día en que vistió el hábito, ¿no fue acaso la nieve esa soñada luna? Dios está enamorado de esa actitud que no pone barreras, y tal actitud tiene el niño; el niño desconoce los límites de las posibilidades, es tenaz hasta la locura y abierto a todo lo que es nuevo; el niño sabe creer.

Dios siempre es joven y siempre asombra al hombre. La experiencia de Dios es la experiencia de la realidad que asombra. El hombre que tiene la actitud del niño del

evangelio sabe asombrarse. Ese hombre, al observar el mundo, sabe asombrarse de todo lo que le rodea. En el momento en el que dejes de ser como un niño ante Dios, se producirá una crisis en tu vida interior, empezarás a retroceder, dejarás de creer y de amar.

Solamente dos tipos de personas creen en los milagros: los santos y los niños. Pero en realidad se trata de una misma clase de seres humanos, ya que los santos

son espiritualmente como niños. El propio Dios se hizo niño en Jesucristo. Y eso sucedió no solamente en Belén, sino también en la cruz, cuando estaba totalmente indefenso y en todo dependía de la gente. Ese Dios que se hizo niño desea que nuestra impotencia y debilidad nos impulsen a abandonarnos en todo a él, a tener una confianza ilimitada en su misericordia.

La parábola del hijo pródigo debería llevar más bien el nombre de la parábola del padre misericordioso. El hijo mayor, uno de los tres personajes del drama, no despierta nuestra simpatía, es celoso e impertinente con su padre. Nuestra simpatía se centra en el hijo pródigo, que regresó y que es nuestro tipo. En el tipo del hijo pródigo nos identificamos de una manera espontánea. ¿Pero realmente se trata de un tipo de hombre auténticamente evangélico? El evangelio dice que el regreso a su padre fue fríamente calculado. Regresó con la esperanza de que con su padre viviría mejor, porque sabía que su padre pagaba a sus jornaleros más de lo que él recibía de su patrón. Iré a ver a mi padre y le diré: (...) ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros (Lc 15,18). La parábola del hijo pródigo parece inacabada. Sigue existiendo el drama del hijo pródigo, el drama de su actitud como jornalero. Él quiere ser para su padre alguien con el que se puede acordar algo, como los obreros de la viña acordaron con su patrón que trabajarían por un denario (cf Mt 20,1-16). Sin embargo, si el hijo pródigo no vuelve como niño sino como jornalero, tendrá que irse nuevamente, una y otra vez.

El hijo que tiene el espíritu de jornalero no es capaz de asombrarse por el amor. El hijo pródigo no se dio cuenta de la herida causada a su padre, no advirtió su dolor, y lo único que vio fue su propia desgracia. Estaba

82

83

empeñado en encontrar una salida de ella. En la parábola de los obreros de la viña, los que se asombraron por la bondad del patrón fueron los que trabajaron la última hora sin contrato, y no los que ajustaron un contrato a la primera hora. Solamente el niño del evangelio es capaz de asombrarse, porque el asombro supone algún contraste. El niño sabe que es nada, pero que al mismo tiempo es incesantemente obsequiado con cosas grandes. Este enorme contraste entre el propio «yo y los obsequios recibidos genera el asombro del niño.

El hombre llega a ser cristiano cuando se hace niño, cuando empieza a asombrarle la locura del amor de su Padre Dios. Encontramos aquí un nuevo aspecto de la infancia evangélica: una cierta identidad entre el niño y el pecador arrepentido. ¿En qué consiste la contrición? Se trata del arrepentimiento, el arrepentimiento ante la cruz; cuando, consciente de tu propia miseria, de tus propios pecados, observas la cruz y las heridas de Jesús; cuando en tu espíritu tratas de besar esas heridas, que fuiste tú mismo quien se las

infligió; esta es la contrición. En el hilo pródigo no hubo tal contrición. Regresas a Dios con la actitud del niño sólo cuando contrito besas las heridas de Jesús y crees en su amor; y solamente ese regreso tiene sentido. No regreses a Dios como jornalero, porque volverás a traicionarlo.

Vemos verdadero arrepentimiento en María Magdalena. Su sencillez, su espontaneidad y su auténtica contrición, son un testimonio de la actitud del niño del evangelio. Para manifestarle a Jesús su arrepentimiento se le acercó, y sin hacer caso del respeto humano le ungió con perfume, le mojó con sus lágrimas los pies y le secó con su cabello (cf Lc 7,36). Esa es la sencillez, esa es la espontaneidad y esa es la contrición del pecador que es

84

como el niño del evangelio. Dios es amado de verdad por los pecadores arrepentidos, a los que mucho se les ha perdonado; y por los santos, porque unos y otros tienen la naturaleza del niño y saben asombrarse ante el amor de Dios, ante la locura de su amor por ellos; no por los

jornaleros, sino por los niños; no por los que acumulan méritos y tratan de concertar contratos con Dios, sino por aquellos que creen en su misericordia. Porque solamente los niños creen de verdad.

85

SEGUNDA PARTE

El dinamismo de la fe

La fe, como expresión de nuestra relación con Dios, es un fenómeno dinámico, es un proceso que constantemente sufre modificaciones. Ese proceso se realiza en nosotros por iniciativa de Dios y como resultado de una respuesta nuestra que contenga confianza en Dios. Dios destruye nuestra estabilidad, y a través de situaciones difíciles socava la confianza que teníamos, hasta el momento, en nuestros ídolos y apegos o en nosotros mismos. Así, al someter nuestra fe a distintas pruebas y al desposarnos, hace dinámica nuestra confianza en él. Las situaciones difíciles, tanto externas como internas, que exigen nuestra conversión, deberían dinamizar nuestra adhesión a Cristo, deberían conducirnos a apoyarnos en él, a confiar en él y a esperararlo todo de él.

La fe puede ser un talento enterrado si no crecemos en ella, pero Dios no está de acuerdo con esto, él no quiere que nuestra fe sea inerte. Por esa razón, Dios permite las situaciones difíciles que nos obligan a tomar decisiones constantemente, con la esperanza de profundizar y dinamizar nuestra fe. El dinamismo de la fe ocurre como consecuencia de las pruebas. Las pruebas definen la respuesta humana, al provocar situaciones en las que la fe hace crisis, o se acrecienta. Nuestra fe se modifica continuamente. Hace un año tu fe

87

era distinta en cuanto a su profundidad, y dentro de un año también será diferente. Por consiguiente es muy importante la pregunta: ¿tu fe, aumenta o disminuye? No somos tanto creyentes, sino que llegamos a ser creyentes; no somos tanto cristianos, sino que

llegamos a ser cristianos; no vivimos de acuerdo con el evangelio, sino que intentamos madurar con forme al evangelio.

CAPÍTULO 5

La conversión como dimensión de la fe

La conversión es una dimensión permanente y básica de la fe. Es ella la que hace que nuestra fe no sea algo estático, sino que pueda profundizarse en un proceso incesante. La conversión, como dimensión de la fe, no es un solo acto, sino un proceso. Significa la modificación de la forma de pensar y el cambio de actitud hacia el exterior. En el proceso de la conversión se produce la reorientación de la vida hacia Dios dando la espalda al mal. Ese darle la espalda al mal significa no solamente apartarse de los pecados, sino también de su fuente, que no es otra que el desordenado amor propio. Cuando Jesús hacía reproches a los apóstoles, casi siempre se refería a su falta de fe. Jesús con frecuencia les reprochaba que carecían de fe, o que su fe era insuficiente. Se puede advertir en esto una paradoja evangélica: Jesús acusa a quienes le siguen y creen en él de carecer de fe, y repite múltiples veces sus acusaciones. El objetivo de poner en tela de juicio la fe de los apóstoles, fue su conversión. Tienes que cuestionar tu fe para que puedas ver que tiene que aumentar continuamente y que su nivel actual muy pronto podrá resultar insuficiente, de acuerdo con la norma que dice que lo que has logrado hoy puede ser insuficiente para mañana.

88 89

Feliz la culpa

Nuestra fe ha de desarrollarse gracias a un incesante proceso de conversión. Cristo resucitó, y eso significa que no se producen derrotas definitivas en nuestra vida, que no hay vida que esté ya perdida y que no hay mal que sea definitivo.

Después de cometer cualquier culpa, después de haber tenido cualquier derrota, y después de haber pecado, Dios nos ofrece un plan de redención que es mejor que si no hubiéramos pecado. De eso nos habla una oración de la liturgia de la santa misa: «Padre lleno de amor, que creaste milagrosamente la dignidad de la naturaleza humana y que la enmendaste de una manera aún más milagrosa...». Dios no nos permitiría el mal si no fuera capaz de sacar cosas buenas de él. Nuestro pecado puede convertirse en «la feliz culpa» a la que hace referencia la liturgia del Sábado santo. Dios nos propone, continuamente, la reparación maravillosa de lo que fue devastado por el pecado. Todo puede resultar aún más bello —indica L. Evely— que si no hubiéramos pecado. Dios puede hacer de cada una de nuestras culpas una «feliz culpa»; que nos recordará y nos mostrará, a la luz de la fe, cuánto nos ama aquel que murió y resucitó por nosotros; nos mostrará, a la luz de la fe, la paciencia, la ternura y el gozo con los que el Señor perdonó nuestras culpas.

Si ves a tu alrededor, sobre todo el mal y el pecado, entonces tu fe es unilateral. No adviertes que esos pecados constituyen una oportunidad para que la misericordia divina se derrame, porque eso es lo más importante. Piensa: si toda la gente hiciera de sus culpas una «feliz culpa», el mundo se vería inundado por un océano

90

de misericordia. ¡Cuánto cambiaría el mundo! Pero tú te desanimas y te encierras en ti mismo, piensas que Jesús ya no puede amarte porque eres malo. Esa es una deformación de su imagen y una deformación de tu fe, es una herida que causas a su amor.

El padre Huvelin, confesor de Carlos de Foucauld, dijo un día que Dios le había dado la gracia de ansiar ardientemente dar la absolución. En ese deseo que Dios despertó en el padre Huvelin se manifestaba precisamente el ansia, constante e insaciada, que Dios tiene de perdonarnos. Por eso deberías luchar contra tu tristeza. Si te has apartado de Dios, siempre puedes regresar a él, independientemente del grado que esa separación haya alcanzado. Después de cada caída no olvides que él te espera, y que, cuando regresas a él y le pides perdón, le causas gozo, porque a través del perdón le permites amarte.

Alguien dijo que una caída, que constituye una ruptura de los vínculos con Dios, es un corte del lazo que simboliza esos vínculos. Pero cuando le pides perdón a Jesús y regresas a él, ese lazo es atado otra vez. Al ser atado nuevamente, surge un nudo, pero el lazo que fue cortado es ahora menos largo, y tú, por consiguiente, estás más cerca de Dios.

Todos tus pecados han de transformarse en «la feliz culpa». Y no entrarás en el cielo si no se convierten todos tus pecados en felices culpas; porque la feliz culpa es el descubrimiento, en la fe, de la ternura, de la delicadeza, del amor y de la alegría de Jesús; que abre sus brazos para estrecharte contra sí. Esto es descubrir, en la fe, la locura de Dios, que tanto te ama y tanto desea perdonarte.

91

Las consecuencias del mal

La parábola del hijo pródigo nos muestra el extraordinario amor que Dios tiene por los pecadores, y es un ejemplo de la pedagogía que el Señor aplica con nosotros. Si tu fe pierde fervor, si se hace mediocre, Dios puede dejar que caigas en el pecado. Dios no quiere el mal, pero sí puede querer sus consecuencias, porque los efectos del mal traen la gracia y la llamada a la conversión. El ejemplo del hijo pródigo nos permite advertirlo con gran claridad. En el relato que nos hace Cristo aparecen el padre que ama y dos hijos que no aman. El hecho de que el hijo mayor no ama a su padre queda en evidencia al final de la parábola; cuando se pone de manifiesto su impertinencia con el padre y la envidia que siente por su hermano menor. El hijo menor tampoco ama al padre, porque lo abandona, y no por un breve tiempo, sino para siempre. El padre aunque pudo oponerse a la partida de su hijo, no lo hizo. Le permitió que se fuera con la parte que le correspondía, y es que a nadie se le puede obligar a amar. Sabemos cuáles fueron las consecuencias de la salida del hijo de su hogar paterno. Sabemos que fue cayendo cada vez más bajo y que su vida era cada vez más difícil.

En nuestro comentario podemos tratar de investigar ciertos elementos no expuestos, de manera directa, en la parábola. Por ejemplo, podemos suponer que el padre se enteró por sus sirvientes de lo que hacía su hijo menor, que se enteró de que se estaba muriendo de hambre, de que carecía de cobijo y de que lo estaba pasando muy mal. Supongamos también que el padre, con el fin de evitar que su hijo viviera en semejante desgracia, enviara a su siervo, a escondidas, o tal vez de manera abierta,

con una bolsita de dinero que hiciera posible el regreso del hijo a la vida normal, pero también a la vida licenciosa. ¿Podría el padre conseguir el regreso de su hijo con ese tipo de ayuda, aunque se la concediera permanentemente? Todo parece indicar que no. Eso significa que el padre que ama al hijo no debe protegerlo de las consecuencias del mal que el propio hijo genera. Lo que sí debe hacer es asumir el dolor que le causa en el corazón el comportamiento de su hijo.

Como resultado del mal que comete el hijo pródigo, quedan «crucificadas dos personas: el padre, que se conduce de la mala vida y de los pecados de su hijo; y el propio hijo como consecuencia de los pecados cometidos. Pero el padre, al amar al hijo, debe esperar, incluso cuando ello conlleve un riesgo, hasta que el mal llegue hasta tal punto que sus consecuencias empiecen a obrar en él. Fueron precisamente las consecuencias del mal las que, actuando sobre el amor propio del hijo, le impulsaron a regresar.

Sabemos que llegó un momento en que la medida del mal llegó a tal límite que la caída del hijo no fue sólo una grave caída moral, sino también una degradación física. El hijo empezó a robarles el alimento a los cerdos. Los cerdos, según las creencias de los habitantes de Palestina, eran animales impuros. Se trata, pues, de algo que simboliza el colmo de la caída. Nada podía ser peor. Y entonces empezaron a surtir sus efectos las consecuencias del mal. El hijo empezó a sufrir tanto que se puso a hacer fríos cálculos de que era mejor volver a la casa del padre, porque su padre era mejor con los siervos y trabajadores que tenía que el señor al que él servía.

Si el padre pudiera hablar con el hijo pródigo, para que no se volviera a ir de su casa, podría apelar a dos

92

93

motivos: al amor del hijo hacia el padre, o al amor propio del hijo, o sea, a su egoísmo. En el primer caso le diría:

«Si tú me amas, no me causes ese dolor, pero si el hijo no ama al padre, ese argumento no tiene ningún valor. En el segundo caso le diría: «No me causes ese sufrimiento, porque tú mismo lo pasarás muy mal, tan mal que tendrás que sufrir, hazlo por ti mismo, ahórrate tu propio sufrimiento». Sin embargo, no fue el amor por el padre lo que determinó el regreso al hogar del hijo pródigo, sino el simple amor propio, un frío cálculo: iba a estar mejor él, no su padre, sino él mismo. Cuando vio a su padre salirle al encuentro corriendo, cuando vio sus lágrimas de alegría, cuando sintió su abrazo, cuando fue vestido con el mejor vestido, cuando recibió un anillo y cuando vio que su padre preparaba una fiesta y un novillo cebado para él, entonces surgió la oportunidad de que el hijo descubriera el amor del padre. De ahí que digamos que las consecuencias del mal pueden estar vinculadas con la gracia. Dios puede desear esas consecuencias para que nos conduzcan a la conversión, para que el mal se transforme en una «feliz culpa».

No se puede conocer a Cristo sin el hombre

Para que nuestro pecado pueda llegar a ser la («feliz culpa») tiene que haber primero un reconocimiento de que lo hemos cometido. San Juan, en su evangelio, nos transmite la

promesa de Jesucristo de que el consolador, el Espíritu Santo, cuando llegue, convencerá al mundo en lo referente al pecado (cf Jn 16,8). Eso significa que una de las funciones del Espíritu Santo, que desciende a

94

la tierra, es convencernos de que pecamos. Esta es una gracia fundamental y preliminar en la vida interior, que nos es concedida por el Espíritu Santo para que podamos convencernos de que pecamos, de que somos pecadores.

Pero no basta con la aceptación de esta primera gracia del Espíritu Santo. Tenemos que tener apertura a sus siguientes dones, al descubrimiento, a través de la fe, del amor que Dios nos tiene.

No podemos comprender quién es Dios, y tampoco estamos en condiciones de creer en su grandeza y en el amor que nos tiene, si primero no nos descubrimos a nosotros mismos. El papa Juan Pablo II, en su homilía en la plaza de la Victoria en Varsovia, pronunció palabras muy elocuentes: «El hombre no puede ser comprendido totalmente sin Cristo, o mejor dicho, el hombre no puede comprenderse totalmente a sí mismo sin Cristo». Eso quiere decir que si no tenemos en cuenta que nuestra vida no tiene sentido sin Cristo, la imagen que tengamos de nosotros mismos será una imagen reducida y, en consecuencia, falsa. Si el Espíritu Santo nos muestra que somos pecadores y no descubrimos a Cristo, que nos ama, podemos derrumbarnos. Ciertas relaciones son tan importantes para el hombre que forman parte de su propia esencia. Una de esas relaciones es la del amor. No podemos conocernos a nosotros mismos sin Cristo, porque sin Cristo no sabremos que somos amados, que fuimos elegidos. Esa elección, ese amor, constituye una parte esencial de nuestro «yo» y no podemos oponernos a ello.

Existe también un segundo aspecto de la verdad indicada: no se puede conocer a Cristo sin conocer al hombre. Si Cristo te amara, porque eres digno de ese amor, nada habría de extraño en ello. Cualquier hombre, incluso uno

95

que no cree, es capaz de amar a alguien que es digno de ser amado. El amor de Dios, como ágape divino, es un amor que baja de las alturas y ama lo que es indigno para que se vuelva digno. Cuanto mejor percibas tu pecaminosidad y la reconozcas, tanto mejor descubrirás a Cristo y creerás en él de una manera más plena. Esa es la paradoja de la fe. No se puede conocer a Cristo sin conocer al hombre. Por eso se puede decir que solamente los santos conocen de verdad a Cristo, porque ellos se han conocido a sí mismos hasta lo más profundo, y se han dado cuenta de lo inmenso de su pecaminosidad.

Eso les permitió descubrir la locura de Dios, a la que hicieron referencia en más de una ocasión en sus oraciones al decir: Dios, te has vuelto loco si me amas de tal manera a mí, a un pecador como yo. En ese momento se produce el instante de asombro característico de toda auténtica vivencia religiosa. El hombre que reconoce que es un pecador empieza también a advertir que Dios realmente enloqueció en su amor hacia él. Sin embargo, si a través de la fe y del conocimiento de ti mismo no descubres el amor de Dios, lleno de locura hacia ti, no seguirás sus huellas, serás el ser más infeliz del mundo, porque vivirás como si fueras huérfano, pues no descubres que tienes padres. La realidad del pecado se nos manifiesta como una forma de autoconocimiento. Pero si conociéramos únicamente esa realidad, ella podría destruirnos. Nuestra vida se

vería abrumada, porque llevaríamos la carga de nuestro propio mal. Nuestra vida estaría marcada por la inquietud, por la tensión y por la tristeza.

96

Qué actitud tomar ante el propio mal

La lucha por la fe, como proceso de conversión, abarca combatir el apresuramiento, la inquietud y la tensión; y sobre todo la tristeza. La tristeza es una evidente manifestación del amor propio que corta las raíces de la fe, las raíces de la confianza. Aquí también se trata de la tristeza que se manifiesta en las situaciones difíciles en lo temporal, por ejemplo, cuando se nos despoja de algo, cuando perdemos algo; pero aún más de la tristeza ante las dificultades espirituales, por ejemplo cuando caemos, cuando somos infieles. La tristeza paraliza nuestra fe. Después de nuestra caída no debemos derrumbarnos espiritualmente, porque causamos a Dios un dolor aún mayor que con el pecado en sí. Más aún, los santos dicen que después de la caída debemos esperar obtener mayores gracias que antes de la caída.

La lucha por la aceptación de los fracasos y derrotas en nuestra vida debe abarcar incluso las cosas más pequeñas. San Maximiliano cuando jugaba con los hermanos al ajedrez solía alegrarse mucho de las derrotas. Era su *agere contra*, es decir, su rechazo del amor propio, para poder volverse plenamente de cara hacia el Señor. Santa Teresa del Niño Jesús nos enseña qué actitud hay que tomar ante las propias imperfecciones a la luz de la fe, de manera que no nos entristezcan. Cristo te acepta tal como eres. Puedes ir a él con toda tu imperfección y debilidad. Él hará que todo cuanto hayas hecho mal sea reparado, y él suplirá lo que te falta.

Ante nosotros se plantea un problema de extraordinaria importancia: por un lado tenemos que odiar nuestro mal, pero por otro, tenemos que aceptarnos a noso

97

tros mismos. No puedes, sin embargo, amar tu propia imperfección como tal, lo único que puedes amar en ella son sus consecuencias. Esa imperfección ha de ayudarte únicamente para que seas más humilde y más confiado. El hecho de que cometas pecados no debe desanimarte, no debe sorprenderte. Es más conveniente que te sorprendas de que no hayas caído. El niño que no sabe andar no se sorprende de sus tropezones y caídas. Incluso las caídas, si son causa de arrepentimiento, nos fortalecen, porque Cristo sabe transformar el mal en bien. Después de cada caída te reharás como un ser más humilde, más confiado y más fervoroso. Si todo pecado se te convierte en oportunidad para que manifiestes tu contrición y tu confianza y, a través de esto, descubras el deseo que él tiene de perdonarte, verás que todos tus pecados no son más que peldaños en la escalera que te permite subir hacia su amor (J. d'Elbée). A santa Teresa del Niño Jesús le gustaba contarle a Jesús sus propios defectos con detalle. Decía que de esa manera quería atraer su misericordia, porque él vino por los pecadores y no por los justos. Todo esto es muy importante para nosotros, los que sentimos tristeza por nuestras caídas.

«¿Es importante, Señor Jesús —pregunta santa Teresa del Niño Jesús— que constantemente tropiece? Gracias a ello veo mi debilidad y eso me reporta muchos provechos. Gracias a ello tú ves, Jesús, cuán mínimas son mis posibilidades y por eso me tomas con mayor deseo en tus manos».

Al aproximarnos al objetivo fundamental, que es Dios, nos parece que nos alejamos. Eso es normal y correcto. Santa Teresa, al advertir su creciente alejamiento del Señor, no se entristeció por ello: Cuán feliz soy viendo lo imperfecta que soy y lo mucho que necesitaré la misericordia divina en el momento de la muerte.

Si te sientes pecador y débil tienes un derecho especial a estar entre los brazos de Jesús. Él es el buen pastor que busca a las ovejas perdidas, débiles y desvalidas, las que no consiguen mantener el paso del rebaño. Permítele a Jesús que te tome en sus brazos, permítele que te ame, cree en su amor.

Para que tengas derecho a estar entre sus brazos, tiene que haber en ti una actitud de humildad. Debes reconocer que eres pecador y débil. Pero, al mismo tiempo, tienes que creer en su amor, en que él te toma en sus brazos, precisamente porque eres pecador, débil y desvalido. La fe hará que le seas agradecido por su incesante amor hacia ti: pecador, débil y desvalido; tanto en lo temporal como en lo espiritual.

El «sacramento de la conversión»

Siempre que te acercas con sincero arrepentimiento al sacramento de la reconciliación, que puede ser calificado también como sacramento de la conversión, tu fe atraviesa por una gran oportunidad de crecimiento. El sacramento de la reconciliación, con frecuencia, no es eficaz en nuestra vida porque lo impide la rutina, la monotonía, la falta de preparación y disposición; porque no recuerdas como es debido que además de la eucaristía, el sacramento de la reconciliación es un canal especial para las gracias que te pueden llegar y para tus encuentros con Dios. Es posible que tampoco recuerdes como es debido la obligación de orar por tu confesor o director espiritual, para que él se convierta en un instrumento

98

99

divino cada vez más perfecto para ti; en un auxiliar eficaz en el proceso de tu conversión.

El examen de conciencia debe ser una profunda mirada hacia tu interior, un cuestionamiento de la orientación que tiene tu vida: ¿qué es lo más valioso para ti y quién es Jesucristo para ti? Sobre todo de esto hay que confesarse: ¿Quién es Jesucristo para ti? ¿Cuál es tu elección fundamental? ¿Estás seguro de que has elegido a Dios radicalmente? Por todas estas cosas hay que comenzar el reconocimiento de todos los pecados, porque eso es lo más importante. Si no has elegido a Jesucristo, puedes estar seguro de que tus demás pecados no son nada más que el resultado de esa culpa fundamental.

Los pecados pueden ser de distinto tipo, los cometidos y los omitidos. Y estos últimos son, por lo general, los peores. Es entre ellos donde aparece el pecado en que tú abandonas a Cristo, lo dejas y le asignas apenas un rinconcito muy modesto en tu corazón. Y ese es el mayor mal que haces, esa mediocridad, esa falta de radicalismo, ese no reconocer que Cristo es el valor supremo, que lo es todo; esa situación en la que tu fe sigue siendo tibia.

Entre las cinco condiciones del sacramento de la reconciliación, la más importante es el

acto de contrición o arrepentimiento. ¿Cómo te preparas antes de hacer la confesión? El arrepentimiento debe prepararte de manera directa para el encuentro con Cristo, porque te abre mejor al canal de gracias del sacramento de la conversión. Es posible que no valores adecuadamente el tiempo que tienes antes de acercarte al sacramento de la reconciliación, pero has de saber que se trata de un tiempo precioso. Deberías invertirlo en suscitar en ti el arrepentimiento. El arrepentimiento debe ser tu actitud ante la cruz, la confirmación de que te aflige el haber herido a Cristo con tu pecado; y de que deseas pedir perdón a Dios y reparar el daño causado. Tu arrepentimiento debe ser cada vez más profundo, porque de ello depende la eficacia del sacramento de la reconciliación. No puedes convertirte mientras no estés plena y sinceramente arrepentido.

Existen dos tipos de religiosidad: una de ellas podría ser calificada de «egocéntrica» y la otra «teocéntrica». En el primer caso el hombre centra su atención en sí mismo. No toma en consideración a Dios y lo que tiene en cuenta es su propia situación. Va a confesarse con la idea de purificarse, porque le es difícil vivir con el pecado auestas. Lo hace también para estar bien delante de Dios. Para el hombre así, la confesión puede funcionar como una especie de «aspirina» que aplaca el «dolor de conciencia», que calma y permite recuperar el buen estado de ánimo. Se trata, pues, de un hombre permanentemente concentrado en sí mismo. Ese hombre, cuando recibe la absolución, se retira del confesonario sin tristeza, pero también sin alegría, porque sigue centrado en el mal que momentos antes descargó de su conciencia.

Cuando observamos a Judas y su comportamiento después de haber traicionado a Jesucristo, vemos en él muchos elementos de la confesión. Hay examen de conciencia, porque Judas reflexiona sobre lo que hizo, y toma conciencia de que obró mal. Aparece asimismo el arrepentimiento, porque efectivamente, Judas está contrito por lo que hizo. Incluso quiere cambiar su actitud, lo que significa que también tiene propósito de enmienda. Hay también confesión de los pecados, cuando Judas le dice a los sacerdotes: «He pecado entregando sangre inocente» (Mt 27,4). Hay también una reparación del mal

100

101

hecho, porque les tira a los sacerdotes las monedas de plata que de ellos recibió. No quiere que se le pague por la sangre. En realidad, en la actitud y el comportamiento de Judas aparecen casi todos los elementos de una confesión. Pero faltó uno, el más importante, la fe en la misericordia de Jesús. Precisamente por eso la confesión de Judas es tan triste, tan trágica, y termina con la desesperación y el suicidio.

Nuestra confesión debe ser como la de san Pedro, que creyó en la misericordia de Cristo y se centró no tanto en su pecado, sino en el perdón. El hombre de religiosidad «teocéntrica» no se fija tanto en sus propios pecados, sino que toma el pecado como punto de partida para que, a través de la fe, descubra la misericordia de Dios. Al acudir al confesonario piensa, ante todo, en que hirió a Cristo; y quiere renovar la amistad que hirió voluntariamente. Quiere, con su arrepentimiento, darle a Cristo la posibilidad de perdonar, y con esto darle alegría. Crucificamos a Cristo —dijo el santo Cura de Ars— pero cuando vamos a confesarnos, vamos a liberarlo de la cruz».

Si heriste a Cristo, sus heridas sangran, y es necesario que acudas al sacramento de la reconciliación para que cicatricen. Debes acudir a él no para calmar tus inquietudes, sino para darle a él la alegría de formar en ti a un hombre nuevo y renacido a través de la gracia del sacramento.

Algunos se reprochan que después de haber hecho la confesión no se corrigen. Es posible que tú también consideres que la confesión es para que puedas ser mejor, y si no logras serlo piensas que tus confesiones carecen de sentido. Es posible que pienses que si has de ser mejor y no lo consigues, entonces está de más acudir a la confesión, porque no logras progresar. Sin embargo, cuando tanto deseas perfeccionarte y progresar, resulta que lo que buscas no es a Dios y a su misericordia, sino tu propia perfección, con lo que demuestras que tu fe es deficiente. Vas a confesarte para ser luego tan bueno que ya no necesites a Dios, a pesar de que él es la misericordia. Vas a Dios en busca de su perdón, precisamente para no necesitarlo ya más, para prescindir cómodamente de él; aunque él siempre desea perdonarte, perdonarte con alegría.

¡Qué poco creemos en esa ansia de Dios de perdonar incesantemente! Muy pocas son las caras que al apartarse del confesonario reflejan alegría. Sin embargo, después de haber hecho la confesión, el mundo debería de ser distinto para ti, más radiante; iluminado por la fe en la misericordia de Dios.

En el evangelio todas las confesiones terminan con un ágape: cuando el Señor visitó a Zaqueo; cuando Mateo, el publicano y futuro evangelista, le invitó a un banquete, junto con otros publicanos y pecadores, para que todos recibieran el perdón y se alegraran; cuando el padre del hijo pródigo perdonó a su hijo, le preparó un ágape; y también, cuando María Magdalena, durante un ágape, le manifestó a Jesús su agradecimiento por el perdón. En el evangelio siempre está vinculado el perdón con expresiones de gozo. La conversión está determinada por el arrepentimiento. En el sacramento de la reconciliación encontramos a Cristo que nos quiere perdonar y curar las heridas producidas por nuestro pecado. Pero si tú no le enseñas tus heridas a Dios, él no puede curarlas.

Si tu arrepentimiento es ilimitado, también lo será la misericordia de Dios. Examina cómo son tus confesiones. El arrepentimiento es un acto de humildad. Debes crecer continuamente en humildad y de ahí que tu arrepen-

102

103

miento también deba crecer continuamente. Jamás hay demasiado arrepentimiento, jamás hay demasiada contrición. Cuanto más pecador y peor que los demás te veas, tanta más apertura tendrás para las gracias y para la fe.

El sacramento de la reconciliación debe ser un sacramento ansiosamente esperado, porque es un encuentro especial con Cristo. El amor quiere ser esperado, y cuando no lo es, queda herido.

Los patronos del sacramento de la conversión

Uno de los patronos del «sacramento de la conversión» es Zaqueo. Cuando hacemos referencia a ese extraño personaje, nos viene a la mente también, como contraste, la figura del joven rico. Al joven rico, por ser una persona «muy honesta», le tenía que ser muy difícil arrepentirse de algo. Cumplía estrictamente todos los mandamientos del Decálogo y no tenía razones para arrepentirse de nada. Sin embargo, Jesús dijo que a una persona como él le sería muy difícil entrar en el reino de los cielos. El joven rico no advirtió en sí mismo el mayor de los males, el apego que sentía por sus riquezas y cargos, el hecho de que no optó radicalmente por Dios. A él le parecía que con cumplir los mandamientos del Decálogo ya se estaba «bien» delante de Dios. No sabemos lo que

sucedió con él más tarde, pero aquel visible dolor de Jesús demuestra el mal estado del espíritu de aquel joven.

Al lado de aquel joven *honesto*, el evangelio nos muestra un ejemplo singularmente opuesto: al canalla y villano Zaqueo. Y se pueden utilizar esos adjetivos, porque

Zaqueo, jefe de los cobradores de impuestos, es decir, de los traidores y ladrones, era de verdad un ser digno de lástima; tanto desde su propio punto de vista, como a los ojos de quienes le rodeaban. Y cuando aquel gran pecador descubrió la mirada misericordiosa de Jesús, se estremeció y tuvo una extraordinaria reacción: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres; y si he estafado a alguien, le devolveré cuatro veces más» (Lc 19,8). ¿Quién de nosotros sería capaz de dar la mitad de sus bienes a los pobres y de cuadruplicar la compensación por el daño causado? Hay en ello la locura de la generosidad de un gran pecador arrepentido que ha descubierto que es amado. Zaqueo, realmente, se volvió loco de asombro y alegría.

Jesús se dirigió al joven «honesto», animándolo a que repartiera su riqueza, pero a Zaqueo nada le dijo, y este todo lo hizo solo, sin presión alguna. Tenemos a un hombre «honesto» que no respondió a la «mirada amorosa» y se alejó triste, y tenemos a un jefe de ladrones que resultó ser sumamente sensible al amor de Dios.

En el idioma polaco, a los candelabros laterales que hay en muchas iglesias se les denomina «zaqueos». El simbolismo de esos candelabros es muy profundo, ya que recuerdan aquel acontecimiento singular cuando Jesús, en vez de ir a comer con alguien honrado, como por ejemplo el joven «honesto», dijo al jefe de los ladrones: «Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa» (Lc 19,5). En aquellos tiempos, cuando se llegaba a la casa de alguien como huésped, se entablaba con ese alguien una determinada relación espiritual. No se trataba, pues, de una simple visita, de un simple banquete. No se trataba tampoco de comer algo, sino de entrar, con una determinada persona, en una

105

104

singular relación de intimidad. Y Jesús escogió a Zaqueo para entrar con él en una singular comunión personal.

Y al entrar en la casa del quizás mayor de los ladrones de Jericó, con su sola presencia la consagró. La casa de Zaqueo se convirtió de esa manera en una especie de templo, de santuario.

A veces podemos sentir el deseo de decirle a Jesús: Señor, qué mal gusto tienes si escoges como santuario la casa y el corazón de un ladrón. Pero precisamente así es Dios, un loco en su amor por el hombre. Dios visitó a Zaqueo para llevar la salvación a su casa. «A la casa» significaba también al propio Zaqueo, a su familia y a todos aquellos que frecuentaban su domicilio y se sentaban a su mesa; es decir, a otros cobradores de impuestos parecidos a él, a otros pecadores. Llegó para entrar con ellos en comunión, para acogerlos en el templo que él había consagrado. Y el corazón de Zaqueo se transformó en santuario de Dios, porque era un corazón verdaderamente arrepentido. Porque Dios puede hacer su verdadero templo solamente de un corazón arrepentido.

El «buen ladrón» también es patrono del sacramento de la reconciliación. Su «confesión» se produjo en la cruz, reconoció su culpa cuando dijo: «Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos...» (Lc 23,41). Lo que ocurrió posteriormente en el alma de aquel ladrón será siempre un secreto para nosotros, pero por las consecuencias podemos imaginar que tuvo lugar el gran milagro de la gracia. Aquel hombre debió estar sumamente arrepentido, y considerarse el peor de todos, ya que era un bandido, alguien condenado por quienes lo rodeaban. La crucifixión significaba no solamente la muerte física, sino también la privación de todos los derechos del condenado. El «buen ladrón» iba a morir,

106

a la vista de la gente, duramente atormentado, pero lo aceptaba. Con su afirmación: «nosotros con razón» sufrimos, dijo: «sí, yo me lo merezco». Eso quiere decir que descendió hasta el fondo de su pecaminosidad y tuvo así un profundo arrepentimiento. Es seguro que fue esa actitud de arrepentimiento y de profunda humildad la que hizo que su corazón estuviera dispuesto a acoger de Dios el don de la fe. Pues qué enorme tenía que ser su fe, si en aquel moribundo apaleado, y al que se le había escupido y ridiculizado, que tenía a su lado, reconoció al rey: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey» (Lc 23,42). Nuestra conversión es tan difícil, porque en nuestros corazones hay poco arrepentimiento, y si tenemos poco arrepentimiento, también nuestra fe será muy superficial.

La conversión hacia el radicalismo

El proceso de tu conversión debería conducirte al radicalismo evangélico, al radicalismo de la fe, al que Dios nos llama con las palabras del Apocalipsis de san Juan: «Ojala fueses frío o caliente. Pero porque eres tibio, y no eres ni frío ni caliente, te voy a vomitar de mi boca» (Ap 3,15-16).

San Juan de la Cruz nos habla de lo importante que es nuestro radicalismo en la fe, haciendo referencia al ejemplo de dos pájaros atados; uno de ellos está atado con una cuerda gruesa y otro con un hilo fino, sin embargo, su situación prácticamente es igual, ya que ninguna de las aves puede volar. Cambiará cuando nada las tenga atadas. Lo opuesto del radicalismo es la mediocridad, la mediocridad

107

en los deseos, en la actitud, en la oración. Dios impone condiciones máximas. Él quiere dártelo todo, pero tú constantemente deseas poco y poco pides. Tú no buscas lo más importante, lo que sería la realización del propósito de tu vida: que Dios pueda vivir y reinar plenamente en ella. ¿Sabes en qué medida le atas las manos a Dios cuando le pides muy poco, cuando te sientes satisfecho con la medianía? Pero eso Dios no puede aceptarlo. Hay una escena conmovedora durante unas apariciones de la Virgen María. Cuando los niños iban a ir al lugar de las apariciones, alguien del entorno tuvo la idea de darles una lista de peticiones escritas en un papel, para que se las presentaran a la madre de Dios. Y escribieron una larguísima lista de peticiones. Uno pidió una vivienda, otro un puesto de trabajo; algunos pidieron mejor salud y otros calma y paz; también hubo quien pidió que su hijo o su esposo volviera a la fe. De esa manera

escribieron un buen montón de hojitas que los niños se llevaron. María examinó las hojitas y se entristeció. Les dijo a los niños: «Mi Hijo no confía en ellos». María no hizo caso de las peticiones. No podía hacer caso de ellas, porque aquella gente le pidió (<demasiado poco»). En las peticiones de la gente no se manifestó el radicalismo evangélico. Dios no puede conceder peticiones relacionadas con la vivienda, el trabajo y la salud, si estas conducen a una situación en la que Dios resulta ya innecesario. Si esas peticiones no son para ayudar al hombre a seguir a Dios, hasta sus últimas consecuencias, entonces Dios no les hace caso.

En nuestra vida todo debe estar subordinado al único propósito de que Cristo crezca en nosotros y alcance en nosotros la plenitud. Todo ha de estar al servicio de eso y, precisamente por ello, Dios exige de nosotros radicalismo

también en nuestras peticiones. Dios está «loco», él quiere dártelo todo. Quiere darte el Reino, pero tú, al pedirle tan poco, se lo impides.

«Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6,33). Alguien dijo que si no buscas ante todo el reino de Dios, entonces todo lo demás te será arrebatado. Todo problema, toda dificultad que vives, no es más que una llamada de Dios para que desees más, infinitamente más, para que busques, ante todo, el reino de Dios, porque entonces todo el resto te será dado por añadidura; es una llamada de Dios para que te conviertas, para que tengas fe.

Sobre el radicalismo de santa Teresa del Niño Jesús, su hermana María nos habla cuando le dice: «Estás poseída por Dios». «Poseída» significa en este caso deseosa de entregárselo todo a Dios. Trata de imitarla y querer más, cada vez más; de manera que el radicalismo evangélico posea tu voluntad y tú también estés «poseído» por Dios, para que puedas repetir las palabras de santa Teresa: «Yo lo escojo todo». Ella, el día de su muerte, la noche del 30 de septiembre de 1897 dijo: «¡No, nunca hubiera pensado que se pudiese sufrir tanto..., nunca, nunca! No me lo puedo explicar, sino por los deseos ardientes que he tenido de salvar a las almas». Santa Teresa sufrió también por ti, para que como ella seas poseído por Dios; para que como ella vivas con el radicalismo evangélico.

San Ambrosio dijo: «Dios no hace tanto caso de lo que le damos como ofrenda, cuanto de lo que nos guardamos para nosotros». Porque Dios es «un Dios celoso» (Dt 4,24). Él te amó hasta el extremo y quiere que te abras plenamente a su don para poder ofrecértelo todo.

El encuentro de Jesús con el joven rico, relatado en los

108

109

evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, fue un encuentro realmente extraordinario. Cuando Jesús se ponía ya en camino, uno corrió a su encuentro y arrodillándose ante él, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna? Jesús le dijo: «<Por qué me llamas bueno? El único bueno es Dios. Ya conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre». Él dijo: «Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud». Jesús lo miró con amor y le dijo: «Te queda una cosa que hacer: anda, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme. Al oír esto, el joven se fue muy triste, porque tenía muchos bienes (cf Mt 19,16-22 y Mc 10,17-22).

En la descripción de esta escena, san Lucas, por su parte, nos transmitió algo extraordinario y sorprendente:

«Viéndole Jesús, dijo: ¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el reino de Dios!» (Lc 18,24). Los discípulos se asombraron ante aquellas palabras. Nosotros también podríamos sorprendernos. El joven cumplía todos los mandamientos. Jesús, sin embargo, viendo que cumplía todos los mandamientos, dijo: «¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el reino de Dios!. Este texto es estremecedor. Jesús les repitió a los apóstoles: «¡Hijos —les habló como si entendiera que para ellos todo aquello era muy difícil de comprender—, qué difícil es entrar en el reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios. Pero ellos se asombraron aún más y se decían unos a otros: “Y ¿quién se podrá salvar?” (Mc 10,24-26).

De todo esto se desprende que no basta con cumplir los mandamientos de Dios y que la llamada de Cristo a la

110

locura, es decir, al radicalismo evangélico, es un compromiso para nosotros. Esto exige nuestra constante conversión hacia ese radicalismo. Al comentar ese texto santa Teresa de Jesús dijo que al joven rico le faltó una chispa de locura. Era —como dijo san Lucas— un jefe, es decir, que tenía un cargo público. Hubiera tenido que renunciar a muchas cosas o, propiamente dicho, a todo. En su situación hubiera tenido que ser un loco, hubiera tenido que aceptar que la gente dijera que había perdido la razón, hubiera tenido que abandonarlo todo, y eso no era tan fácil. Jesús, sin embargo, dijo: solamente entrará en el reino de los cielos el que lo deje todo por Dios. No basta con amar al prójimo como a uno mismo. El joven rico ya cumplía con eso.

Todos estamos llamados a la locura. Sin esa chispa de locura no podemos seguir al Señor hasta el fin. Tarde o temprano tendrás que dejarlo todo, tendrás que separarte de todo. Te sería más difícil dejarlo todo al final, cuando estés en el lecho de muerte. Entonces tendrías que hacerlo, pero sufriendo terriblemente; sin embargo, Dios quiere evitarte ese sufrimiento. Él desea que ya desde ahora dejes toda tu «riqueza» no en el sentido concreto, sino en el sentido del despegue a ella. Podríamos asombrarnos de que Dios exija tanto de nosotros, pero lo que Dios persigue con ello es que seamos libres y felices. La chispa de la locura consiste en que nosotros entreguemos a Dios todo lo que es nuestro, mientras que él nos da a cambio todo lo que es suyo. Nosotros le damos nuestro todo de miserias, mientras que él nos da su todo maravilloso, porque es un todo divino. Hemos de ir aprendiendo de María, nuestro modelo; ella realmente se lo entregó todo al Señor, y le siguió hasta el fin. La Madre de nuestro abandono, la Madre de nuestro radicalismo.

111

CAPÍTULO 6

La «virtud» del humor al servicio de la fe

Dios es infinitamente misericordioso. A David le perdonó su adulterio y asesinato; perdonó al jefe de los publicanos, que era un traidor y un codicioso; y perdonó al ladrón en la cruz. Pero hay algo que impide a Dios derramar su misericordia y que no puede soportar en ti: tu seriedad absoluta e inalterable, el hecho de que te sientas «alguien muy importante. En esos momentos Dios parece sentirse impotente. Tu sentimiento de importancia es para él algo ridículo y absurdo. «El que se sienta en los cielos se sonríe» (Sal 2,4). Cuando te observes *a la luz de la fe*, verás que todas tus pretensiones de ser absolutamente serio y de conseguir reconocimiento a tu importancia son realmente ridículas.

A ese sentimiento de la propia importancia se opone, en gran medida, la «virtud del humor. Y resulta ser muy necesaria para que crezca en nosotros la fe, como una visión del mundo a la luz adecuada y con las correspondientes proporciones. El buen humor es una visión del mundo a través de la lente de lo absurdo. Tenemos como patrón del humor a santo Tomás Moro. Tenemos también, sobre ese tema, una amplia literatura que nos legaron autores como G. K. Chesterton, C. S.

112

Lewis, B. Marshall, E Sheed y otros; quienes nos hablan del valor religioso de lo cómico; del humor como un recurso religioso, que está al servicio de la fe; de la teología del humor.

El jansenismo como un peligro para la fe

En el siglo XVII apareció el jansenismo como una herejía muy peligrosa para la fe. El pecado original —enseñaba el teólogo C. Jansen— hizo que la naturaleza humana se corrompiera totalmente, y quedara a merced de la concupiscencia. Dios por eso concede su gracia únicamente a los elegidos, mientras que destina a los demás a la condenación eterna. Esta visión pesimista de la naturaleza humana se basaba en la afirmación de que Cristo no murió por todos los seres humanos, sin excepción, sino únicamente por algunos escogidos.

El jansenismo imponía condiciones prácticamente insalvables, por ejemplo, en lo que concernía al sacramento de la eucaristía. Para poderlo recibir, hacía falta una disposición que el cristiano corriente no tenía. Se exigía una pureza total en cuanto a los pecados, incluso a los veniales, y un amor totalmente inmaculado hacia Dios. La Sagrada Comunión se convertía en un pago por la virtud, y no en alimento que fortalece la fe y el amor. En las iglesias dominadas por el jansenismo reinaron la tristeza, el terror, el espanto. El hombre empezó a tenerle miedo a Dios. Sólo muy de vez en cuando se atrevía a participar en la eucaristía.

La abadía de los cistercienses en Port Royal se convirtió en el centro del jansenismo.

Los ánimos que reinaban

113

allí se pueden deducir del Rosario para el Santísimo Sacramento, preparado por una de las hermanas de la abadía. En él se subraya, ante todo, lo que separa a Dios del hombre. Dios era presentado no como un Padre misericordioso y amante, sino como amo absoluto, inaccesible, severo y despiadado. Conforme a las ideas de los jansenistas, el cristiano era un pecador en penitencia, y por consiguiente, no podía permitirse sentir

alegría. En su vida debía imperar la tristeza, motivada por el recuerdo de los pecados cometidos. La superiora de la comunidad femenina de Port Royal, hermana de Pascal, en el reglamento que elaboró, prohibió a sus discípulas reír. Incluso las sonrisas estaban muy mal vistas.

El jansenismo fue condenado en varias ocasiones por la Santa Sede. No obstante, hasta santa Teresa del Niño Jesús sufrió sus efectos, tanto, que tuvo que dirigir una solicitud especial a su superiora para poder recibir con frecuencia la Sagrada Comunión. Una de las consecuencias del jansenismo, hoy, es que haya tantos cristianos que sienten miedo ante Dios, y ven en él solamente a un juez que hace justicia. La fe cristiana, sin embargo, se expresa más plenamente en la alegría por haber descubierto el amor personal de Dios, sobre el cual uno puede apoyarse y abandonarse. La fe vivida de esta manera elimina la actitud de fatalismo dramático, también delante del propio mal, al cual nuestro arrepentimiento puede transformar en «feliz culpa. La alegría cristiana que fluye de la fe es una especie de radiación del amor de Dios. Esta fe te hace sonreírle a Dios, y gozar alegremente por su amor. Hace también que tú mismo te veas con cierta ironía, que no te trates con demasiada seriedad y que uses el prisma del sentido del humor. La «virtud) del humor te permitirá combatir el veneno de la tristeza,

114

que Satanás trata de verter en tu alma, al eliminar la preocupación que podías tener por ti mismo, haciendo que puedas vivir la alegría que fluye de la fe.

El humor como «exorcismo»

La «virtud del humor, la capacidad de ver el mundo a través del prisma del absurdo, es un recurso que, en el contexto de la religión, puede tener el valor de un «exorcismo. Cuando te veas envuelto en una ola de tentaciones, en una ola de ideas fijas, que están en condiciones de martirizarte, no trates de luchar con el diablo, porque él es más fuerte que tú, pero trata de ridiculizarlo, trata de menospreciarlo. Haz uso de ese exorcismo, el sentido religioso del humor. Cuando te burlas de Satanás, rechazas sus ataques de la manera más eficaz. La burla es lo que más duramente golpea a Satanás, porque él es de una seriedad mortal, y le tiene un gran miedo a las burlas. Entonces se verá obligado a dejarte en paz.

El sentido cristiano del humor te ayudará también en tus luchas con otro adversario, tu propio o. Ese es otro ídolo de una seriedad mortal, intocable y absoluto. No se le puede tocar, y, menos aún, hacerle burlas; no se le puede criticar ni ofender. El sentido del humor, en la lucha con el «yo, es un instrumento de valor religioso, es algo que ayuda en los actos de fe. Te ayuda a que percibas tu propio «yo» bajo la luz adecuada. Si en realidad soy nada, ¿por qué trato de ser el centro del mundo?, ¿por qué considero que mis asuntos son los más importantes?, ¿por qué vivo con tanto dolor mis derrotas y fracasos?, ¿por qué soy tan mortalmente serio? Bastaría con enfocarlo todo con un mínimo de indulgencia y buen

115

humor para cerciorarme de que todo lo que me parece
- tan preocupante, todo lo que temo y me aflige, es absolutamente ridículo; en

comparación con la única realidad que de verdad es importante: Dios.

El sentido cristiano del humor es el acto religioso que derriba de su trono al ídolo de tu yo. Cuando veas la comicidad de la situación en la que «yo» está sentado en su trono, al menos por un tiempo, esa situación quedará ridiculizada, y será menos peligrosa para ti. Quedará desenmascarada tu vanidad, tu soberbia; se verá ridiculizado y desenmascarado lo que antes para ti pretendía ser grandioso o te producía temor. Por esas razones, el sentido religioso del humor tiene también una gran importancia en la conservación del equilibrio mental del hombre.

Las cenizas y el polvo

El humor es un remedio de valor religioso gracias al cual estás en condiciones de decir: fíjate qué absurdo eres, te preocupan las tonterías, te sientes abrumado y destruyes tu salud; mientras que todo eso es como las cenizas, como la basura, y por tanto carece de valor. Trata de ver tu vida con los ojos de la fe, trata de burlarte de ti mismo. Puede ser algo difícil, porque la «-virtud» del sentido del humor exige, a veces, actos de heroísmo, pero te permitirá colocar en sus verdaderas proporciones esas dos realidades: la de Dios y la tuya. Por consiguiente, te depurará del egoísmo y fortalecerá tu fe. Verás con gran nitidez que en tu vida es incuestionable que sólo Dios es importante.

No te hagas, por consiguiente, el centro del mundo. Fíjate que no eres más que un granito de arena, eres

116

«nada», como decía de sí misma santa Teresa; y por tanto que no merecía ser objeto de preocupación, atención e inquietud. El sentido del humor cristiano te hará un hombre libre de ti mismo. Te permitirá revisar, a la luz de la fe, todos los valores, y conocer que todo lo que sucede a tu alrededor es sencillamente ridículo, todo con la excepción de Dios. Te permitirá desenmascarar los valores aparentes. Tu trabajo, tus planes, tus dificultades, la política y todo lo que sucede en tu medio, todo eso, en comparación con el valor supremo que es Dios, no es nada más que polvo y ceniza.

En ese espíritu iniciamos la cuaresma con la liturgia del miércoles de ceniza. El sacerdote te pone ceniza sobre la cabeza y te dice: «eres polvo y en polvo te convertirás»; polvo, es decir, algo ridículamente insignificante. Tú eres ceniza, y también lo es todo lo que consideras importante, todo lo que te importa, y todo a lo que temes. Gracias a la «virtud» del sentido del humor, te abrirás más a Dios, habrá en ti más espacio para él, porque sabrás ver todas las demás cosas en las proporciones debidas: como cenizas, como polvo. Sabrás valorarlo todo a través de la lente de lo absurdo.

En ese plano podemos apreciar, por ejemplo, la conversión de san Francisco de Asís. Él dejó todo en manos de su padre para ir tras la voz de Dios, y entonces se sintió libre, y el mundo entero pareció ponerse «de cabeza». El mundo de Francisco era el poblado de Asís, un burgo feudal rodeado de un foso y de una muralla con torreones. La población de Asís estaba organizada de manera compleja, con varios grupos sociales, sometidos unos a otros. Los principales, al igual que los nobles, los burgueses y los campesinos de los alrededores, eran personas muy serias. De pronto aquel mundo se puso

117

de «cabeza, y apareció ante los ojos de Francisco como algo totalmente ridículo. Bastó un solo gesto para que aquel importante mundo de Asís, integrado por los serios, es decir, los patricios, los señores feudales y la nobleza, se hundiera y derrumbara. Todo lo que percibió Francisco, a través de la lente de lo absurdo, se presentó como algo ridículo; como cenizas y polvo. Delante de Dios las fuerzas de los hombres resultaron insignificantes y ridículas. Francisco entendió que había esta única realidad importante y seria, para la que merecía la pena vivir: Dios y su voluntad. De la voluntad de Dios, nadie se puede burlar jamás. Hay que amarla y, con la confianza del niño, aferrarse a ella como a lo único importante. En la base de la mayoría de los pecados está ese inalterable sentido de la importancia y de la seriedad absoluta. Pecas porque eres muy importante. El rechazo de esa importancia por medio del sentido del humor cristiano, escribe W Kasper, nos hace capaces de una «existencia serena y realmente humana». El sentido del humor pone de relieve cuán ridículas son nuestras pretensiones de ser importantes. La falta de ese sentido y la irritación, que con frecuencia le acompañan, son uno de los reproches más serios que se hacen a los cristianos contemporáneos. Los fariseos eran gente con un mortal sentido de su importancia. Estaban tan seguros de su seriedad e importancia, y tan apegados a su propia visión del mundo y de Dios, que reaccionaban de manera agresiva ante las críticas. El fariseísmo es lo opuesto a la sencillez, esta se caracteriza por la libertad, que fluye del vivir y verse a sí mismo en su propia realidad. El fariseísmo es también la negación de la actitud del niño del evangelio, que reconoce la debilidad propia. Este reconocimiento nos

118

permite estar libres de sentirnos importantes. Hay que tener presente que el pecado contra el Espíritu Santo consiste, entre otras cosas, en que el hombre no quiere reconocer la verdad sobre sí mismo, no quiere reconocer sus debilidades. El sentido del humor sobrenatural, que nos permite advertir la realidad humana y la divina en sus proporciones correctas, nos hace posible también adquirir una mayor distancia y despego de todo y una mayor libertad. Nuestro *distanciamiento* en relación con los sucesos y con nosotros mismos, adquirido gracias al sentido del humor, nos permite vivir más el evangelio. Nos permite reordenar los valores, de manera que nuestros propios asuntos y nuestra vida, dejan de ser lo más importante. Nos permite evitar las prisas, las preocupaciones excesivas y la absorción por el trabajo; para escuchar la llamada de Cristo, según la cual solamente una cosa necesitas (cf Lc 10,42). Gracias a la «virtud» del humor, las derrotas y los fracasos no se convierten en catástrofes. La fe apoyada por el sentido del humor puede conducirte a las cumbres del desapego y de la libertad evangélica, como se manifiesta en la sentencia de san Pablo, de que hay que vivir en el mundo como si no se viviera. «Los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen; los que gozan del mundo, como si no disfrutasen» (1Cor 7,29-31).

Santa Teresa del Niño Jesús decía de sí que era una «nada ínfima». Así se manifestaba su actitud de niño, actitud que nada tenía de la mortal seriedad, base de muchos de nuestros pecados. Sabemos que muchos de

los pecados que cometemos contra nuestros semejantes provienen de que por cualquier cosa nos sentimos ofendidos y lastimados; porque somos muy sensibles, y con frecuencia susceptibles. A todos los susceptibles e hipersensibles les es imprescindible el sentido del humor que les libera de sí mismos. Para el hombre hipersensible, en todo cuanto concierne a su propia persona, incluso el detalle más insignificante se convierte en un drama de enormes dimensiones. Si supiéramos reaccionar ante todos esos conflictos, desavenencias y malentendidos, con humor; si dejáramos que se rieran un poco de nosotros; cuánto aumentaría nuestra humildad, nuestra fe y nuestro amor. A la luz de la fe, hay solamente una realidad de la que no es lícito burlarse: Dios. Trata de verte a ti mismo y todo cuanto te rodea de una manera menos seria y más a la luz de la fe. Verás entonces cómo lo que tanto te importa carece de significación y merece más la burla. Trata de sonreír y reírte de ti mismo. Trata de imitar a Dios, quien tiene que poseer un extraordinario sentido del humor. Basta pensar que te eligió a ti como su colaborador en la obra que realiza. ¿No es esto una expresión evidente de su gran sentido del humor?

El patrón del humor

Entre los santos, la virtud del humor alcanzó tal grado de heroísmo que relucía, incluso, en momentos de gran sufrimiento o de la muerte. Tomás Moro, santo varón, pero finalmente hombre, vivió los mismos temores que nosotros sentimos y que nacen en la esfera psico-física, temores de los que nadie está libre, ni nuestro salvador.

Este santo seguramente temía el descuartizamiento y las torturas que le anunciaron; aunque luego le cambiaron esas penas por la decapitación.

Antes de subir al cadalso, se le acercó su hijo, que, llorando, le pidió la bendición. El momento era muy serio y dramático. Hacía falta el elemento religioso del humor. Tomás Moro le dijo entonces al oficial que dirigía la ejecución, y que también tenía una actitud sumamente seria:

«Puede ayudarme a subir?, porque para bajar, ya sabré valérmelas por mí mismo». Era una actitud llena de humor ante su muerte.

El rey Enrique VIII le prohibió hablar, porque sabía de lo que era capaz de provocar en la gente una persona que conservaba el sentido del humor aun ante una muerte inminente. Él sabía lo poderoso que era Tomás. El hombre que tiene un auténtico sentido del humor religioso es temido incluso por el diablo, y no hablemos ya de Enrique VIII. No se le permitió, pues, dar un discurso, y el condenado solamente pudo decirle al verdugo, al oficial de la ejecución: Fíjese que mi barba ha crecido en la cárcel, es decir, ella no ha sido desobediente al rey, por lo tanto no hay por qué cortarla.

Permítame que la aparte». Estas fueron las últimas palabras de Tomás Moro. Supo burlarse de sí mismo y colocar sus asuntos, su propia muerte, bajo la lente de lo absurdo. Y es que ante Dios, única realidad para la que merece la pena vivir, nuestra muerte tampoco es importante. Hay que tener el alma de un niño y tomar con fuerza la mano del Padre, para poder hacer bromas ante la propia muerte. Lo hizo un hombre que, con frecuencia, para tener un sentido cristiano del humor, rezaba:

”Señor, ten a bien darme un alma
que desconozca el aburrimiento,

121

que desconozca las murmuraciones,
los suspiros y las lamentaciones;
y no permitas que me preocupe demasiado
en torno de ese algo que impera,
y que se llama “yo”
Obséquiate con el sentido del humor.
Concédeme la gracia de entender las bromas,
para que pueda conocer algo de felicidad,
y sea capaz de donársela a otros. Amén.”

CAPITULO 7

Las pruebas de la fe

Para que la fe se fortalezca, tiene que ser sometida a pruebas, tiene que pasar por el crisol de las experiencias, por muchas pruebas y tormentas. Una fe superficial, basada únicamente en la educación, en ciertas costumbres y en los sentimientos, suele quebrantarse ante las dificultades. Dios somete a los creyentes a pruebas para despojarlos de todo aquello que apoya su fe y que no es adhesión auténtica a Cristo; o que les impide aceptarlo como único apoyo y abandonarse en él.

La fe auténtica es una fe exenta de los apoyos naturales, tales como el entendimiento, la imaginación, la memoria, la afectividad y lo perceptible por los sentidos; es una fe en la que el único apoyo es Dios y su Palabra. Dios no acepta que tú confíes en la fuerza de tus experiencias, o en tus sensaciones. Por tanto, hace que tu fe sea sometida a pruebas, cuya variedad depende de los apoyos que tengas aparte de Dios. Si la basas en el entendimiento natural, tienen que desaparecer todas las luces de tu razón y, en cierto momento, aquello en lo que creías te parecerá como algo absurdo. Cuando basas tu fe en ciertas personas, clérigos o seculares; o en su comportamiento; tarde o temprano esto se desmoronará. Cuando basas tu fe en el cariño, en la satisfacción,

en la experiencia que te dan la oración o las prácticas religiosas; entonces, no debes asombrarte de que llegue el momento de la sequedad y el rechazo hacia esas prácticas. Tienes que pasar por esa dolorosa purificación para poder llegar a la fe pura, auténtica; y con el tiempo, a la verdadera contemplación.

La espera de Dios

Dios, al colocar al hombre en situaciones difíciles, lo mueve a que haga actos de fe. Esas situaciones en las que tomamos conciencia de nuestra impotencia pueden aumentar nuestro deseo de Dios. Dios no quiere llegar a nosotros como un intruso. El amor quiere ser esperado, y cuando no es esperado, es un amor despreciado. En ese sentido la fe es una espera. El grado en que se espera al Señor es un testimonio de la fe que se tiene en su poder y en su amor. Nuestra espera de Dios jamás será suficiente. Debes crecer, siempre, en la espera de aquel que desea llegar a ti y que quiere que lo recibas. Eso se realiza gracias a las pruebas a las que se somete tu espera, pero, sobre todo, a las gracias de Dios, que hacen que tu nostalgia por él crezca y profundice.

Dios tiene sus métodos para animar tu espera de su llegada y de sus gracias. Esos métodos divinos son dos: con el primero, Dios puede generar en nuestros corazones el deseo de que se produzca su llegada; por ejemplo, provocando en nosotros un ansia o necesidad muy fuerte. Entonces, la fe se manifestará como una necesidad de Dios y crecerá la espera y el ansia de Dios. Con el segundo método, Dios puede permitir —o hacer— que seamos sometidos a difíciles pruebas de fe, y entonces no

124

podremos resolver nuestros problemas. Por ejemplo, los problemas morales, como los pecados que cometemos; los problemas familiares, como un hijo que se emborracha, o que no se ha casado por la Iglesia, o que no cree en Dios; los problemas de salud, nuestra o de alguno de nuestros seres queridos. Estas experiencias de impotencia hacen que nos sintamos perdidos y que estemos más abiertos al deseo de su llegada..., a la espera. Esta es una oportunidad para el crecimiento y la profundización de nuestra fe. Todas esas dificultades y problemas que Dios causa o permite, y que son pruebas a las que se somete la fe, tienen como fin despertar el ansia de Dios.

Al observar las cosas a la luz de la fe, conocerás la llamada espiritualidad de los acontecimientos, que dice que cada suceso es una huella de Dios, y que algunos de sus actos tratan de provocar en ti el deseo de su presencia, de su ayuda y de que se produzca su intervención salvadora. Cuanto más enfermo te sientas, tanta más necesidad tienes de un médico. Cuanto más impotente y desanimado te sientas ante las dificultades, tanto más crece en ti el deseo de la llegada de aquel que puede ayudarte; de aquel que abarca todos tus problemas con la gracia de la redención y que puede salvarte. Lo único que hace falta es que creas que él quiere darte todo lo que necesitas, que creas en su poder y en su amor infinitos.

Cuando Dios quiere que alcances las profundidades de la fe, puede someterte a pruebas muy difíciles, puede despojarte de muchas cosas, e incluso quitártelo todo. Dios puede desear que arranques todas tus raíces y que, carente de todo apoyo, esperes la ayuda salvadora solamente de él.

125

La fe de Abrahán

Abrahán, el padre de nuestra fe, es el patrón de nuestra espera de Dios. ¿Qué hizo Dios para que Abrahán lo esperara? Dios lo desarraigó. La primera llamada de Dios, en el marco de la revelación bíblica e histórica, fue: «Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, y vete al país que yo te indicaré» (Gén 12,1). Abrahán, arraigado en su patria Harán, cercana a Ur de Caldea, obedeció a Dios. Y cuando se puso en marcha para abandonar su tierra, fue despojado de los apoyos que tenía y obligado a escuchar la palabra de Dios. Y fue así como creció su fe, porque Abrahán fue apoyándose cada vez más en la voluntad de Dios, y empezó a preguntar qué era lo que él esperaba. De esa manera nace en la historia de la humanidad un nuevo fenómeno: el fenómeno de la fe cristiana, un fenómeno generado por la llamada de Dios y el despojamiento total de un hombre. Sobre la base del desarraigamiento de Abrahán y de la incertidumbre que experimentó, nació su fe y su abandono en Dios; surgió y se desarrolló el hombre de fe. Nuestro nacimiento a la fe tampoco será fácil. Ese nacimiento se producirá entre duras pruebas y dificultades, en situaciones de peligro y falta de apoyo como consecuencia del

despojamiento.

Dios es el Dios de la promesa y de la bendición. Abrahán recibió la promesa de llegar a una tierra singular, de tener un hijo y de recibir una especial bendición de Dios. Pero aquella promesa no fue clara. Estaba escondida tras una cierta oscuridad. Dios dijo: «Sal (...) vete al país que yo te indicaré, pero Abrahán jamás vio aquellas tierras, porque no había tierras libres que esperaran su llegada. Abrahán no sabía cómo sería cumplida la promesa de Dios, pero lo dejó en las manos del Señor. Y en eso consiste la grandeza de la fe de Abrahán. También la promesa del hijo era misteriosa, puesto que Abrahán ya era un anciano. Abrahán tuvo que creer en algo que, desde el punto de vista humano, parecía imposible, parecía irreal.

Cuanto menos realizable o posible parezca una promesa de Dios, tanto más exige y espera Dios de nosotros, pero tanto mayor será el mérito de nuestra respuesta de confianza. Lo prometido a Abrahán era tan poco probable que él tuvo que creer que Dios, era el Dios de las cosas imposibles e improbables. Aquello significaba, para él, un largo proceso de constante crecimiento en la fe. Y cuando Abrahán llegó a la tierra prometida no la recibió en propiedad, nunca dejó de ser un forastero.

La fe de Abrahán profundizó al máximo cuando Dios le exigió el sacrificio de su hijo. Desde el punto de vista humano, su hijo tenía que ser el mayor de los tesoros, el valor máspreciado. La situación era indeciblemente difícil. Abrahán tenía que esperar que Dios resolviera, de alguna manera, aquella situación provocada por tan terrible orden. Decidió obedecer, decidió confiar sin límites. Las exigencias de Dios con Abrahán, exigencias que golpearon los sentimientos paternales, que asestaron un terrible golpe al amor que sentía por su único hijo, golpearon también las bases de la fe que había tenido hasta aquel momento. Abrahán creía que de aquel hijo tendría un gran número de descendientes. Eso también hacía que Abrahán pudiera calificar de absurdo lo que Dios le exigía. ¿Cómo se podía matar a aquel de quien habrían de nacer un gran número de descendientes? Pero Dios exigía tanto de él porque quería obsequiarlo con algo extraordinario, quería elevar su abandono hasta las más altas cumbres. La prueba a que fue sometida la fe

127

126

de Abrahán no fue un ensayo. Dios sabía cuál iba a ser la decisión de Abrahán. Fue una situación encaminada a provocar en él la decisión de abandonarse en Dios en la oscuridad y así avanzar hacia él en su peregrinación de la fe. Las situaciones más difíciles tienen un singular privilegio, porque requieren decisiones profundas. La fe se desarrolla con la ayuda de las decisiones en las que el hombre se entrega a Dios mediante la «obediencia en la fe» (Dei Verbum, 5).

Lo mismo sucederá en tu vida, porque Dios, al amarte, querrá colocarte, a veces, en situaciones difíciles. Hará, o permitirá, que te sientas muy mal con algo, que tengas dificultades, que no puedas resolver tus problemas, todo con el fin de que esperes su llegada, con el fin de que la desees. Eso impedirá que sigas sumido en un marasmo religioso. Las pruebas a las que será sometida tu fe te obligarán a adoptar una posición definida: optarás por acercarte a él en la oscuridad, abandonándote como Abrahán; o no responderás a su llamada retrocediendo en la fe.

Si te abandonas en Cristo crecerá en ti la fe, crecerá en ti el ansia de Cristo y de su redención, el ansia de su gracia. El Espíritu Santo irá descendiendo a tu corazón, al

grado en el que se haya desarrollado tu ansia.

Las pruebas de la fe en la vida de María

La Iglesia inicia el año con un día consagrado a la Virgen María. En el día de Año nuevo nos muestra la imagen de aquella que, «así avanzó también en la peregrinación de la fe» (Lumen gentium, 58). En la vida de María se realizaba, día tras día, la bendición que le otorgó santa Isabel: «Fe-
128

Liz la que ha creído...» (Lc 1,45). Por eso la Iglesia ve en ella al más perfecto modelo de fe.

María nos precede, va por delante de nosotros «en la peregrinación de la fe», como si se adelantara a nuestros pasos, y en el camino de la fe, que nosotros recorreremos aquí y ahora, la tenemos cerca. En el pensamiento conciliar la madre de Dios fue presentada como aquella que ocupa el lugar más alto en la Iglesia, pero, al mismo tiempo, como la que está más cerca de nosotros. Se puede decir que seríamos injustos con ella si, al referirnos a ella, únicamente hablamos de su gloria y de su exaltación, porque de esa manera creamos una separación entre ella y nosotros. Se habla demasiado de sus títulos, pero de manera insuficiente de que ella es nuestro camino, en el contexto de una vida centrada en Cristo. María es nuestro camino, en el sentido de que nos precede e indica la ruta de fe que debemos seguir. Todo lo que nosotros afrontamos, ella ya lo vivió. Al estudiar su vida deberíamos encontrar respuestas a nuestros problemas.

Cuando hablamos solamente de los títulos y de la exaltación de la madre de Dios, nos comportamos como lo hicieron, en más de una ocasión, los hagiógrafos con los santos. Alguien dijo que los santos sufrieron los mayores daños no de manos de sus perseguidores, sino de sus hagiógrafos, quienes al eliminar de sus semblanzas todas sus actitudes humanas los convirtieron en personajes de «caramelo», inertes. Por eso, no basta con dar culto y venerar a María, con coronar su cabeza; esos medios son medios ricos que ella jamás utilizó en su vida. Amar a María significa imitarla, seguirla, porque ella es la que nos precede, la que nos sirve de modelo de fe.

Si Dios frustra nuestros planes y nos conduce por otro camino diferente al que imaginamos, debemos saber que
129

lo mismo le sucedió a María. Ella también se imaginaba de una manera diferente su santidad, su camino y su misión. Ella, que renunció a la maternidad, fue llamada a una maternidad extraordinaria. Aquella llamada frustró todos sus planes. María, al decir su «sí en el momento de la Anunciación, no era plenamente consciente de lo que había aceptado. Pero eso no redujo el valor de su consentimiento, porque con sus constantes «síes, a lo largo de toda su vida, lo confirmó. Dios amaba tanto a María que escogió aquel tratamiento muy duro para ella. Sabemos que él trata de esa manera a sus amigos. Esa es la mejor manera de conformar al hombre a la imagen y semejanza del hijo de Dios.

Veamos cómo Dios conformó la fe de María, cuántas «tormentas» pasaron por su vida y cuán difíciles fueron las pruebas a que fue sometida. He aquí que, poco después de su primer «fiat», cuando se le anunció que concebiría y daría a luz al hijo de Dios, resultó

que san José nada sabía sobre el asunto. Aquella fue la primera angustia de los dos. María y José no sabían qué hacer, y sufrían mucho por esa razón. José tuvo que tener una gran conmoción cuando se dio cuenta de que María estaba embarazada, y ella también tuvo que tener un gran sufrimiento. Sin embargo, al Señor le hubiera sido muy fácil explicarle a José, de antemano, de qué se trataba, pero no lo hizo. En aquellos momentos María, con seguridad, se hizo una y mil veces la pregunta: ¿Qué debo hacer? Aquel tuvo que ser un período muy difícil y oscuro.

La fe no disipa la oscuridad, por el contrario, la impone. Y en eso radica su sentido. La madre de Dios, al vivir con fe, vivía al mismo tiempo en una gran oscuridad, y era sometida a pruebas de fe, a veces muy difíciles. Una de esas pruebas fue el nacimiento del Niño Jesús en Belén. El lugar y el momento del nacimiento del hijo, es algo muy importante para toda madre. Las madres siempre quieren que sus hijos nazcan en un lugar decente, y en condiciones humanas, y ese es uno de sus derechos básicos. ¿No deseaba lo mismo María?... Pero no le fue dado. Y si Jesús tenía que nacer en Belén, ¿no hubiera sido más sencillo que José se hubiera enterado antes de todo? Él solía recibir indicaciones durante el sueño, por consiguiente, también hubiera podido recibirlas en relación con el nacimiento de Jesús: «vete a Belén, porque allí nacerá el Niño». Sin embargo, Dios decidió otra cosa. El niño nació en Belén, pero como resultado de una situación especial, generada por el censo que se hacía de la población. Aquella situación hizo que Jesús naciera en circunstancias tales que carecía de condiciones de seguridad. El gran número de personas que había afluído por el censo hacía imposible encontrar hospedaje. Se trataba de una situación tal que con gran facilidad podía hacer caer en las tentaciones del temor y de la inseguridad. Y precisamente en ese contexto, de rigurosas pruebas de fe, iba a nacer el Niño. El ángel se comunicó con María únicamente en el momento de la anunciación, luego no hubo más comunicación, ya no hubo más mensajes. Cuando nació Jesús, los ángeles no se le aparecieron a María, sino a los pastores que cuidaban los rebaños. Poco después, tras la visita de los Reyes Magos, se produjo el siguiente «terremoto», la persecución organizada por Herodes. Era una difícil prueba para la fe: ¿por qué Dios guardaba silencio?, ¿por qué no intervenía en defensa de su Hijo?, ¿por qué parecía ser impotente ante la tiranía de Herodes?... Luego, se vieron obligados a huir a un país extraño, donde no había ningún apoyo humano.

130

131

La siguiente gran prueba de fe ocurrió cuando Jesús, a los doce años, se quedó en el templo sin avisar a sus padres. Por el evangelio sabemos que ellos no entendieron las palabras que Jesús les dijo cuando lo encontraron, pero que María las guardó en su corazón. Eso significa que seguía habiendo oscuridad en su vida. ¿Por qué Jesús no quiso explicarles nada?... Ella, la madre de Dios, tenía que ir aprendiendo a interpretar adecuadamente los hechos, tenía que ir aprendiendo la espiritualidad de los acontecimientos. Dios no le facilitaba nada y todo en su vida seguía siendo difícil. El «sí», dicho durante la anunciación, fue algo alegre y fácil en comparación con el último «sí», dicho al pie de la cruz. Una persona de alto nivel de vida espiritual suele estar dispuesta a entregarse y sacrificarse, pero estar dispuesta a aceptar los sufrimientos de los seres queridos, de aquellos que amamos, es mucho más difícil. María, al estar al pie de la cruz, parece pronunciar un doble «sí»:
hágase en nosotros, en él y en mí. Si mi amado Hijo ha de sufrir, si ha de ser torturado,

que así sea. Esa aceptación fue la prueba más dura. Ese «fiat» de María, al pie de la cruz, hizo que se convirtiera en madre de la Iglesia, en Madre de todos nosotros. La maternidad espiritual de María tiene su fuente en ese (sí), el más difícil. Si te sientes destrozado, o muy deprimido, piensa que estás muy cerca de aquella que tuvo una vida tan difícil. Dios amaba a María de una manera especial y extraordinaria, sin embargo, en su vida hubo mucho sufrimiento. Y es que Dios trata a sus amigos precisamente de esa manera. Esta es una forma especial de amor y de confianza. Dios no quiere que le exijamos muestras de sus sentimientos hacia nosotros, él quiere sentirse libre. Imagine-

132

mos a un matrimonio ideal, en el que el marido es una persona muy ocupada por su trabajo y la esposa, que lo quiere mucho, trata de no molestarlo, e incluso se preocupa por ayudarlo en lo que puede buscándole los materiales que necesita. Ella piensa únicamente en él. Ese es el amor ideal, aquel que hace que uno tenga el pensamiento puesto en el otro y anule su propia persona, es decir, elimine todo interés por sí misma. Se trata de un amor particularmente difícil. Ese amor fue el que exigió Cristo de su madre.

Este tipo de amor se narra en el evangelio cuando le dijeron a Jesús: «Tu Madre y tus hermanos están afuera y quieren hablar contigo» (Mt 12,47). Jesús trató entonces a su madre como se puede tratar únicamente a la persona más amada, a la persona en la que se confía plenamente. Parecía negarla: Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» (Mt 12,48). Aparentemente Jesús era muy seco con su madre, pero él la sometía a prueba, sometía a prueba su fe, su total entrega a Dios. Para María este trato, tan duro, era una prueba de la suprema confianza que su Hijo le tenía. Sabía que Cristo contaba con ella, y que por eso no tenía que preocuparse de ella. María jamás obstaculizó la misión apostólica de Jesús, dando así una prueba de desinteresado amor a su Hijo.

Si alguna vez también resulta ser muy duro contigo, eso significa que te ama muchísimo, que confía en que no lo defraudarás ni lo abandonarás. Cristo despojaba incesantemente a su madre, y ella siempre respondía «sí» y se asemejaba cada vez más al modelo divino que era su Hijo. ¿Se puede decir que una vida así es muy difícil?... Sí y no. Esta respuesta ambivalente procede de que, para la persona que ama a Dios y está unida a él, los actos en que resulta despojada pueden producirle gozo y felici-

133

dad, porque son una ocasión para declararle el amor desinteresado que siente por él y una oportunidad para demostrarle fidelidad.

Cuando te sientas mal y abrumado y él guarde silencio, recuerda que ese silencio no es más que otra forma de hablarte; y su ausencia otra forma de su omnipresencia. El silencio y la ausencia de Jesús siempre son aparentes. A santa Teresa de Jesús le dijo: Cuando te parecía que estabas sola, es cuando yo estaba más cerca de ti». Precisamente cuando te sientes muy solitario, cuando lo estás pasando muy mal, cuando sufres despojamiento de todo; él está más cerca de ti que nunca. Pero no te da señales porque desea que te abandones a él aún más. Ese silencio y esa aparente ausencia son para él un riesgo; algunos suelen apartarse. En cierta ocasión abandonaron a Jesús grupos enteros de oyentes porque consideraron que les exigía demasiado. Este apartarse de Jesús como

consecuencia de las pruebas a que somete la fe es algo que sigue sucediendo. Unos salen airosos de las pruebas, más fortalecidos en su abandono en Dios, pero hay otros que se apartan de él.

María, ante las difíciles pruebas de la fe, es para nosotros un cargo de conciencia. En su vida todas las pruebas a que fue sometida terminaron con el fortalecimiento de su abandono. Ella, a pesar de haber experimentado tantos sufrimientos, jamás defraudó a Dios. En Ella no hubo divergencia entre el modelo imitado y la imitación, en su vida el ideal divino cobró cuerpo de una manera plena; de forma que se convirtió en la obra maestra de Dios, en la encarnación perfecta de sus planes. Nosotros, mientras tanto, siempre creamos momentos de divergencia entre la fe y la vida, entre nuestras palabras y nuestros actos, entre los ideales y su realización. Como resultado

de las pruebas a que es sometida nuestra fe, retrocedemos o nos apartamos. Y es en ese sentido en el que María es un reproche a nuestra conciencia.

María, que es para nosotros el modelo del abandono en Dios, podría ser llamada Virgen de la Aceptación», Madre del Abandono», porque siempre le dijo a Dios:

Hágase como tú quieras». El acontecimiento más importante de la historia del mundo se produjo en la oscuridad de la noche en Getsemaní. Este acontecimiento fue el SÍ» que Cristo le dio al Padre. El mayor acontecimiento se produce en tu vida cuando, como María, escoges el camino de la aceptación. En ella, la aceptación se extendió a lo largo de toda su vida, y de la misma manera tiene que suceder en tu vida. Tu vida se compone de anunciaciones continuas, entendidas como llamadas de la gracia y pruebas de la fe. El tiempo es un tesoro, porque es la presencia de Dios. Cada momento es una llamada para ti y una prueba para tu fe; por otra parte, para Dios es una espera: ¿me dirás «sí»? Nuestra vida de fe equivale a un «sí». La esencia del cristianismo es una constante declaración a Dios: «hágase tu voluntad». La Virgen María siempre le repitió a Dios esas palabras: ¿se puede amar más?

María siempre crecía en la gracia, y, al mismo tiempo, estaba llena de gracia. A través de su fidelidad y abandono, su extraordinaria alma humana llegó a ser como un depósito siempre lleno de gracia, pero siempre en constante crecimiento. Dios parecía ampliar continuamente su corazón, y cada nueva prueba de fe a que era sometida, cada uno de sus «sies», causaba su crecimiento en la gracia. La vida de la madre de Dios, muy común y corriente, fue santificada por ese incesante «fiat».

La distancia entre María y nosotros surge siempre por

135

134

culpa nuestra, y somos nosotros los que la hacemos inalcanzable y distante. Y es esa distancia la que nos acusa de mediocridad, de tibieza y de tener miedo de ir tras la gracia hasta el fin. Porque es muy fácil decir: «Ella es la Inmaculada Concepción, «ella es la madre de Dios, «ella es distinta y yo no puedo imitarla...; estos son simples pretextos, son barreras que interponemos a la urgente llamada de la gracia, para dificultar la senda que conduce a ella.

Podríamos preguntar: ¿por qué Jesús está tan interesado en que sigamos las huellas de la Virgen?, ¿por qué quiere que le sigamos por la senda de María?... Una de las respuestas a estas preguntas es el radicalismo de la Virgen. Un radicalismo tal, en nuestra entrega a Dios, que le hace posible a Dios entregarse a nosotros. Jesús amó a María de una

manera extraordinaria y excepcional, a ninguna criatura amó tanto como a ella. Y este amor se debió a que ella supo entregarle todo. Ella eligió la virginidad, no sólo en el sentido de la castidad, sino también en el sentido de una plena entrega a Dios por amor. Porque en eso consistió en María la virginidad evangélica. En eso consiste una decidida voluntad de vivir en la castidad, para poder entregarse totalmente a Dios y vivir para él. Ella, que desde el primer momento de su existencia se adhirió con toda la fuerza de su voluntad y amor al verbo eterno, realizó en su vida el ideal más encumbrado de la virginidad. María, al entregarse a Dios de manera perfecta, se convirtió primero en Esposa, y luego en Madre del Verbo.

Dios se entrega al alma en la medida en que ella se entrega a Dios. Eso significa que el Verbo tuvo que tener una entrega muy grande a María, ya que ella se convirtió en una total ofrenda para él. María es un alma a la que Jesús

136

amó por su plena entrega. Jesús quiere que avancemos por el camino mariano, puesto que quiere que nos vayamos conformando como esa alma, que, por su plena entrega, él ama tanto. Su más ardiente deseo es encontrar otras almas parecidas a ella, dispuestas a seguirle hasta el fin, para que él pueda derramar sobre ellas torrentes ilimitados de amor y de gracia.

El deseo de encontrar esas almas es su «hambre, un ansia siempre insatisfecha. Jesús te llama a que emprendas la senda de María, para mostrarte, en ella, la grandeza de sus deseos para ti.

Si imitas a María, si te asemejas cada vez más a ella, entonces Jesús, en la medida de tu propia entrega, te podrá amar con el mismo amor con el que la amó a ella. María, que se te presenta como un tipo de alma entregada hasta el fin a Dios, es para ti una llamada a realizar el ideal del radicalismo de la fe.

Las tempestades de la vida

A veces, las tormentas que vivimos en la vida resultan ser acontecimientos privilegiados para el desarrollo de nuestra fe. La tempestad en el mar, descrita en el evangelio, simboliza también, en cierta medida, nuestra situación cuando en los momentos difíciles de las pruebas de la fe, en los momentos de una mayor o menor tempestad, nos parece que Jesús nos ha abandonado, que está ausente. Las tempestades que vivimos pueden ser de diversa índole: pueden tratarse de tentaciones de pecado, de escrúpulos; de temores por el futuro, por la salud, por el trabajo; de tempestades relacionadas con las dificultades matrimoniales; etc. Ante esas tempestades se pueden

137

manifestar dos tipos de actitud: el temor, como en el caso de los apóstoles ante la tempestad; y la calma, simbolizada por Jesús dormitando en la barca. Jesús duerme en una Situación que, desde el punto de vista humano, es trágica. Van en una barca que es azotada por las olas, y que en cualquier momento puede hundirse. Debía de estar muy cansado, pero..., ¿solamente cansado? Jesús dormía en la barca de los apóstoles, mientras que a estos les parecía que todo estaba perdido. De ahí que sintieran pánico, que estuvieran alarmados, que sintieran miedo en el momento en que despertaron a Jesús.

Durante aquella tempestad se manifestaron las dos actitudes indicadas: por un lado, estaban los apóstoles que temblaban de miedo, y por otro lado, Jesús, con la calma reflejada en el semblante, y durmiendo. La actitud de Cristo parecía tan extraña, que los apóstoles le reprocharon: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (Mc 4,38). Cada tempestad tiene su sentido, es Dios que pasa y que ha de traer una gran gracia, la gracia del abandono. Cuando estés ante una tormenta, deberías poner los ojos de tu fe en el sosegado semblante de Cristo. Se puede hablar aquí de la «teología» del sueño de Dios. *Durante nuestras tormentas Dios parece dormir*. Las revelaciones de la Biblia no son únicamente las palabras, sino también los gestos. Es muy elocuente ese gesto lleno de calma de Jesús, al dormir en momentos de un peligro dramático. Es evidente que no significa que en los momentos de peligro haya que permanecer inactivo. El quietismo es contradictorio a la doctrina de la Iglesia. Jesús no reprocha a los apóstoles por tratar de salvar la barca. El les reprocha la falta de fe, que causó que se dejaran vencer por la tentación del miedo, e incluso pánico, porque con

su gesto, es decir, con su sueño, él quiso decirles: «Estoy con vosotros, debéis sentirlos tranquilos, porque a la barca en que yo me encuentro nada puede ocurrirle».

La actitud de fe es al mismo tiempo una oración de fe. Esto se manifiesta en la calma en momentos de peligro, una calma en la esfera espiritual, puesto que no podemos influir directamente sobre la esfera psicofísica. En esa esfera, en más de una ocasión, nos sentiremos sacudidos por los temores. Pero eso no importa, lo importante es que el temor que surja en la esfera emocional, psíquica, no domine nuestra esfera espiritual; no cambie nuestra actitud; no rijan nuestros actos, nuestros pensamientos y deseos. Nuestra fe de que él está presente junto a nosotros, hace que, en contra de los estados de ánimo, podamos permanecer tranquilos. Su presencia es la presencia de un amor y de un poder infinitos.

Cuando lleguen a tu vida las tempestades, ya sean externas o internas, fíjate en el tranquilo semblante de Jesús. Entonces, entenderás que no estás solo, y que él, en toda situación, quiere decirte: «Esta tormenta pasará, porque tiene que pasar». En los momentos de las tempestades y de las pruebas a que es sometida nuestra fe, tampoco debemos olvidar la constante presencia junto a nosotros de aquella que es la Madre de nuestro abandono. Roguémosle que nos conceda su confianza para que dejemos de confiar en nosotros mismos, en las cosas o en los demás; y advirtamos la constante presencia junto a nosotros de su Hijo, que es nuestro único apoyo seguro. Roguemos a María para que imitándola confiemos únicamente en el Señor: «¡Madre del Gran Abandono!, me entrego a ti, sin reservas, hasta el fin».

138

139

La inquietud que surge de la falta de fe

Las pruebas a las que es sometida la fe no siempre dan como resultado su fortalecimiento y dinamización. Porque si te defiendes ante el despojo al que eres sometido durante las pruebas, entonces retrocedes en tu abandono en Dios, tu fe empieza a quebrantarse ante las dificultades y tu vida se ve dominada por la intranquilidad, la precipitación y la angustia. Estos últimos son síntomas de inmadurez o de falta de fe, pues son contradicciones a ella.

Cuando ante una prueba de la fe, ante un peligro o una dificultad, te dejas arrastrar por la precipitación, por la intranquilidad o por la angustia, hieres el amor de Jesús. Tomas esas difíciles cosas en tus manos y quieres resolverlas por tu cuenta, te fías de ti mismo

y no dejas sitio para la fe. La fe consiste en contar con el poder y con el amor infinito. Cuando permites que te dominen la precipitación, la intranquilidad o la angustia, estás como desplazando a Jesús, es como si le dijeras: <ahora no puedo contar contigo y tengo que hacerme cargo del asunto personalmente.

Es evidente que hay que diferenciar dos esferas que coexisten en el hombre: la esfera psicofísica y la espiritual. Cuando surgen los peligros, las inquietudes, la precipitación y la angustia, se apoderan primero de nuestra esfera psicofísica, de nuestra esfera de los sentimientos. Mientras las tensiones que te empujan a la precipitación o a las inquietudes se mantengan en la esfera psicofísica, no hieres a Jesús. Pero en el momento en que permites que esa situación, psíquicamente difícil para ti, y las inquietudes y precipitaciones, se apoderen de tus facultades espirituales, es decir, de tus pensamientos

y
140

de tu voluntad, entonces ya se puede hablar de infidelidad, de falta de fe. No se trata de eliminar el temor, la precipitación o las inquietudes de la esfera psicofísica, porque con frecuencia eso es imposible. Se trata de que en tu actitud, es decir, en tu esfera espiritual que rige y forma esa actitud, no haya pánico, y reine únicamente la paz que fluye de la fe.

Mantener la paz no es fácil. Sabemos que con frecuencia los santos también tuvieron que medir sus fuerzas con ese tipo de dificultades. Por ejemplo, san Maximiliano Kolbe tenía una úlcera muy molesta en el estómago, esto es muestra de que con frecuencia sufría tensión nerviosa. En su vida tuvo un período en el que se impuso a sí mismo la obligación de mantener la paz ante los peligros, es decir, en el que tuvo que luchar por su fe.

La virtud de la valentía no consiste en no sentir temor o inquietud en la esfera psicofísica, sino en no dejarse vencer ante ese temor, creer que nunca estamos solos, que siempre hay un alguien junto a nosotros que nos ama y de quien todo depende. Las pruebas a las que es sometida nuestra fe, como gracias difíciles, con frecuencia vienen acompañadas del sufrimiento, pero debemos aceptarlas con la certidumbre de lo cercano de Cristo, y con fe en que él triunfará; que después del Viernes santo llegará el Domingo de Resurrección. Debemos tener dentro de nosotros una fe inalterable en que aquel que es paz, poder, alegría y resurrección, está de manera especial junto a nosotros en los momentos de prueba y de sufrimiento.

El dinamismo de la fe y nuestra lucha contra las tentaciones de la inquietud, de la precipitación y de la angustia, se expresan en la vivencia del momento presente,

141

y en la santificación de ese momento como momento de la gracia. «Entrégate plenamente a la providencia misericordiosa, es decir, a la Inmaculada, y queda en paz —escribió san Maximiliano a uno de los hermanos—; vive siempre como si este fuera el último día de tu vida, porque el mañana es inseguro, el ayer ya no te pertenece y solamente el hoy es tuyo. Dios no quiere que mires hacia atrás, porque es en esos momentos cuando puedes ser más propenso a ceder a las tentaciones. «Nadie, que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios (Lc 9,62). Dios no quiere que te preocupes por el futuro. En el sermón de la montaña, Jesús dijo claramente: «Cada día tiene bastante con su propio mal» (Mt 6,34). Si te vuelves hacia el pasado o hacia el futuro y no vives el momento presente, pierdes las gracias del momento que él desea concederte.

Eso podemos imaginarlo con una escena ficticia, una especie de parábola. Estás en la estación

de un pequeño ferrocarril, y frente a ti pasa continuamente un tren con pequeños vagones. Tú debes llenarlos con los paquetes que hay junto a ti. Pero puede ocurrir que te empieces a fijar en los vagoncitos que ya se han alejado, y te des cuenta con sobresalto de que has dejado pasar muchos sin llenar. Luego te fijas en los vagoncitos que se acercan y adviertes con horror que te quedan muchísimos por llenar. Mientras tanto, distrayéndote con los que se han alejado y con los que se acercan, *estás dejando pasar muchos vacíos*.

Las preocupaciones que te atormentan y que conciernen al pasado o al futuro, también son una prueba a la que es sometida tu fe. Dios espera que todo lo dejes en sus manos y te entregues aún más a él, hasta abandonarte totalmente.

La paz que surge de la fe

Si las pruebas a las que es sometida tu fe fortalecen tu adhesión por él y tu ansia de apoyarte en él, verás cómo en tu vida aparecerá su paz. Las palabras «que la paz sea con vosotros, en hebreo *shalom*, son un saludo muy entrañable. Un saludo para desear la paz que dimana de la íntima comunión con Dios; así era comprendido en el Antiguo Testamento. Cristo saludaba a sus discípulos de esa forma: *shalom*. Durante la última Cena les dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da os la doy yo (Jn 14,27).

El mundo también quiere darnos la paz, una paz humana. Y es que hay dos clases de paz, de la misma manera que hay dos clases de alegría. Hay una paz y una alegría humanas, que se caracterizan por su breve duración, por su carácter pasajero. Y existen la paz y la alegría de Cristo, que surgen en nosotros como algo duradero, basado en la fe. ¿Qué son la paz y la alegría humanas? Es lo que conseguimos de los hombres.

Nuestra paz humana es como una limosna conseguida de otros hombres. Porque, en realidad, al buscar esa paz y esa alegría, lo que buscamos son migajas; lo que hacemos es pedir limosna. Y es que esas migajas de reconocimiento humano que buscamos, esos mínimos elogios, esas alabanzas y esa mirada que a veces nos es suficiente, no son otra cosa que piltrafas con las que nosotros pretendemos construir nuestra paz. Y a veces sucede que alguien consigue sus objetivos, consigue el reconocimiento, consigue éxitos y logra conformarse con esas piltrafas humanas que le reportan satisfacción. Esto es la paz humana, la paz conseguida como limosna, la paz que da el mundo. Esa paz es muy poco duradera. Basta un incidente insignificante,

142

143

la grosería de alguien, algún alfilerazo, alguna sospecha malintencionada, para que esa paz se destruya, para que desaparezca la alegría. La paz nos abandona porque fuimos despojados de las piltrafas que recibimos como limosna.

Cuando perdemos la paz humana aparece el fenómeno inverso: el miedo que genera enfermedades y neurosis. El miedo nace de la búsqueda de la paz humana; es la consecuencia de la pérdida de las migajas reunidas. A veces, es el producto del temor que tenemos a perder el reconocimiento de alguien, a no ser tomados en cuenta por alguien, a perder ese mínimo de aceptación que hemos logrado en lo que hacemos, a perder la sonrisa humana. Así nos convertimos en esclavos de los caprichos y estados de ánimo de nuestros semejantes, de lo que nos aporta el siglo y de lo que nos da el mundo.

La segunda paz, *la paz de Cristo, fluye de su presencia*. Es su don; «mi paz os doy, dijo Cristo. Esa paz es el propio Cristo. Él es nuestra paz, la que se nos ha dado a través de la fe (cf Ef 2,14).

Aceptar la paz de Cristo a través de la fe significa recibir su propia persona, significa abrirle de par en par las puertas de nuestro corazón.

La inquietud y la tristeza siempre son malas, porque siempre surgen del amor propio; lo mismo sucede con la paz y la alegría cuando no surgen de Cristo. No toda paz es buena, como tampoco lo son todas las alegrías. Cuando me alegro de que algo a mí me haya salido bien, estoy sintiendo una alegría humana que tiene una breve duración. Esa es una piltrafa. Si corremos detrás de ese tipo de alegrías, detrás de este género de paz, nos encontraremos siempre ante una especie de castillo de naipes que se derrumba al menor sople, porque nuestro

Señor no acepta que esa paz humana, que la paz de este mundo, sea algo duradero en nuestra vida. La paz verdadera es el fruto de la vida interior no en el punto de partida sino en el punto de llegada. Es el fruto de una fe que ha profundizado, como resultado de las pruebas a que hemos sido sometidos. Aparece como resultado de lo que hemos elegido, no como resultado de lo que hemos conquistado. Si en tu vida hay ídolos, si hay ataduras y esclavitudes que atan tu libertad, no conseguirás la paz. Cuando alguien o algo se interpone entre ti y Dios, no puedes adherirte plenamente al Señor en el sentido de la fe, y tampoco habrá paz en ti. ¡Qué lástima que tus sufrimientos sean un sacrificio en vano!

La paz de Cristo es el resultado del proceso de haber elegido a su persona. Se trata de la elección fundamental, de la opción básica. ¿Es Cristo para ti realmente el valor supremo? Él te dio, al redimirte en la cruz y resucitar, la posibilidad de recibir la paz verdadera y la alegría auténtica. Esa paz, y la alegría duradera que la acompaña, están al alcance de tu mano gracias a la cruz y a la resurrección. Pero tú tienes que efectuar la elección, tú, valiéndote de los frutos de la cruz y de la resurrección, tienes que elegir a Cristo con su paz. Este ha de ser el proceso de tu aceptación de Cristo.

Pero no puedes aceptar la paz y la alegría si no elegiste a Cristo; porque él mismo te ayuda a hacer esa elección, al despojarte de lo que te ata y esclaviza. Es él quien derriba tus ídolos. Cuando lo aceptes, esa será tu elección, y tu pronunciamiento en favor de la paz, de la alegría y de la libertad; esta será tu elección de la fe. Si padeces de neurosis, o si notas que aumenta, eso significa que en ti sigue habiendo poca vida interior, sigue habiendo poca elección de Cristo. Eso significa que sigues

145

144

sin elegir a tu amigo divino, que sigue habiendo poca fe en ti; de la fe que genera paz. Tienes que querer aceptar ese despojamiento, lo cual es una constante elección de Cristo. Al aceptar su voluntad eliges y aceptas su amor. Pero en las bases de esa elección, tiene que haber algo que en definitiva es lo más importante: la fe en el amor, ¿Qué es lo que espera Dios de mí?, ¿qué es lo que quiere? Él quiere que, al amar su voluntad, quieras el bien para ti mismo. Cristo nada necesita para sí. Si quiere algo de ti, siempre se trata de tu bien. Él quiere amarte y quiere que aceptes su deseo, es decir, su amor. Tú eres como un niño pequeño que no sabe lo que es bueno. Los niños tienen que ser obligados a comer, a vestirse y a estudiar; porque los niños no saben amarse. Son el

padre y la madre quienes, al amarlos, se preocupan de ellos. El niño no sabe amarse, no sabe velar por sus intereses. Lo mismo sucede con nosotros, no sabemos lo que es bueno para nosotros mismos, no sabemos amarnos. Nos amaremos de una manera pura y desinteresada amando la voluntad de Dios, su amor y su preocupación por nosotros. Cristo es alguien que espera algo de ti. Ante todo, es la voluntad que se nos revela. Creer en Cristo y amarlo significa amar lo que él quiere, amar su voluntad. Hemos de elegirle precisamente de esa manera, es decir, amando lo que él ama. Elegir a Cristo en las situaciones de prueba a las que es sometida nuestra fe confirma nuestro amor a su voluntad; esto es lo único que nos dará la paz y la verdadera alegría, que nada ni nadie nos podrá arrebatar.

CAPÍTULO 8

El desierto

En el simbolismo de la Biblia, el desierto es una de las etapas en el camino que conduce hacia Dios. Todos aquellos que han sido llamados a la fe tienen que pasar por esa etapa. Tuvo que recorrerlo Abrahán, cuando abandonó el Harán caldeo para ir en busca de la Tierra prometida. En el desierto comenzó la historia de Moisés, cuando Dios se le apareció en la zarza ardiente; y en el silencio del desierto lo designó para cumplir la particular misión de liberar al pueblo elegido. También fue al desierto Elías, cuando salvó la vida dándose a la fuga; entonces Dios le condujo a andar cuarenta días y cuarenta noches; hasta que al fin, se le reveló en el susurro de una brisa suave; para encomendarle, en lo más profundo del desierto, una misión especial.

Dios se le apareció a Elías no a través del ruido, del huracán, del fuego o del terremoto; sino a través del silencio de la naturaleza y del corazón; no en un momento de excitación, sino cuando guardaba silencio, cuando se sentía liberado de sus temores y preocupaciones y estaba a solas con Dios. Dios habla, a través del profeta Oseas, sobre Israel como si se tratara de su prometida, a la que por amor lleva al desierto: «Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón» (Os 2,16).

146

147

Dios lleva al hombre al desierto porque le ama, porque el desierto es un don de Dios. El desierto hace posible lo que pidió san Agustín: «Señor, haz que te conozca a ti y que me conozca a mí».

El simbolismo del desierto

El desierto, como lugar geográfico, y también como símbolo de una situación en la que se encuentra el hombre, no tiene por qué manifestar totalmente sus propiedades, formas e imagen, desde el principio. El desierto geográfico se manifiesta de una manera paulatina. Cada vez hay más arena, cada vez hay menos árboles, cada vez hay más dunas. Al principio se encuentran con más frecuencia los oasis. Lo mismo sucede

normalmente con el desierto humano.

El desierto puede manifestarse de una manera total; esto significa que puedes ser despojado de todo, lo cual equivale a una gran tormenta de tentaciones, y a una especial presencia del Dios misericordioso. Y también puede manifestarse de una manera parcial a través de algunos de sus elementos.

El desierto, como prueba a la que es sometida la fe, como llamada a vivir la fe, puede ser cualquier situación difícil. Puede tratarse de dificultades que dimanen de nuestras relaciones con otra persona, de una enfermedad, de una deprimente soledad que te abrumba, o de cualquier otra situación difícil. Un desierto por excelencia pueden ser los estados de ánimo difíciles, llenos de aridez; cuando te parece que Dios te ha abandonado, cuando no sientes su presencia y cada vez te es más difícil creer en ella.

El desierto puede serle «impuesto» por Dios a una persona o a una comunidad humana; cuando es él mismo quien los introduce en esa situación. Pero el desierto también puede ser el resultado de nuestra libre elección. Puede ocurrir que tú mismo desees la situación del desierto, en la que buscarás el silencio, el despojamiento y la presencia del Señor.

En el desierto encontrarás al adversario, pero sobre todo encontrarás a Dios. Podrás entrar a lo más profundo de ti y descubrir la verdad sobre ti mismo, pero también podrás descubrir lo más importante de todo: la verdad sobre Dios. Jesús, que antes de iniciar su vida pública se fue al desierto, parece decirte: «Mira, no estás solo, yo estuve aquí antes que tú; yo estuve cuarenta días hambriento, y también lo pasé muy mal; nunca estás solo; trata de creer en mi amor».

El desierto puede ser un desierto de carácter social y abarcar, por ejemplo, a todo el pueblo; pero puede ser también un desierto individual. Hay una cosa que es segura: si entras en el desierto, cambiarás. Y otra cosa segura es que algún día tendrás que entrar en él. Algún día Dios, con sucesos internos o externos, te colocará en una situación difícil, probablemente extrema, en la que tendrás que elegir. Lo importante, entonces, es que tengas muy presente que te encuentras ante una gracia, ante la gracia del desierto. Si en estos momentos te encuentras en el desierto, debes estar agradecido a Dios. Dale las gracias por las dificultades, por tu enfermedad o por tu soledad; por no ser comprendido, por tener una pesadilla en el hogar o en el trabajo; o por sentirte incapaz para resolver tus problemas. Esas situaciones son elementos del desierto. Trata de ver que en todo ello Dios está presente y te ama.

148

149

«Ojalá fueras frío o caliente»

El desierto es un lugar de pruebas, es un lugar en el que se radicalizan las actitudes. Para poner un ejemplo, veamos la historia de cuatro estudiantes, amigos íntimos, que se fueron al desierto libio. La historia parece sacada de una película. Tienen la intención de recorrerlo en «jeep». Están por primera vez en el desierto y se pierden. El drama empieza cuando el «jeep» se avería. No saben qué hacer. Lo único que les queda es esperar a que llegue alguna ayuda. Pero el desierto, como es sabido, asusta porque es terrible; sobre todo cuando no hay perspectivas de salir de él. Durante el día hace un calor despiadado, y por la noche un frío intenso. Los víveres y el agua se van

terminando rápidamente. La tensión aumenta. El resto del agua hay que repartirlo entre cuatro personas. Ya hay tan poca que los cuatro observan con gran tensión las manos del que la reparte. Y se produjo la desgracia... Las manos del que repartía el agua, seguramente por la tensión que provocaban aquellas miradas, temblaron derramando un poco. La tensión y el nerviosismo de los compañeros de excursión se transformó en una agresión incontrolada: «¿Cómo pudiste hacer semejante cosa?, moriremos por tu culpa». Luego, todo se desarrolló como si se tratara de un alud. Se impusieron las pasiones. Se derramó el resto del agua, y los cuerpos de los amigos golpeándose empezaron a revolcarse en la arena. Cuando al fin recuperaron el sentido común, uno de ellos ya no se levantó, lo habían estrangulado... Fue algo terrible. Lo que sucedió más tarde prácticamente ya careció de importancia para ellos. Apareció un helicóptero que sacó de allí a los tres supervivientes y al cadáver del cuarto

estudiante. Pero lo importante es que entre aquellas personas habían sucedido cosas terribles, y que ya jamás iban a volver a ser como eran antes. En el corazón del desierto libio se produjo un crimen entre unos amigos, que antes estaban seguros de poder entregar su vida uno por otro.

Estar en el desierto hace que se exteriorice lo que el hombre lleva muy oculto; hace que salgan a flote las pasiones y el mal que el hombre lleva dentro; los cuales afloran cabalmente en las situaciones difíciles. De ahí que el desierto muestre cómo es en verdad el hombre. En el desierto el hombre se convence de su impotencia y de lo que es capaz su pecaminosidad y su dureza de corazón. El hombre se enfrenta allí cara a cara a la aterradora verdad de quién es él, sin el poder visible de Dios. La desnudez del desierto pone al descubierto la miseria y desnudez del hombre, porque ahí se disipan las ilusiones y no se ofrece ningún escondite. El hombre, normalmente, vive de una manera muy superficial, como si todo existiera únicamente a flor de piel. Pero las situaciones difíciles, las situaciones del desierto, son las que nos obligan a tomar decisiones que ponen al descubierto nuestras más profundas capas de bien o de mal.

El don del desierto te permite superar la tibieza porque el desierto obliga a hacer elecciones. Al elegir, podrás convencerte de lo que eres capaz, y entonces conocerás las dos realidades más importantes: la realidad del inconcebible amor y la infinita misericordia de Dios, y, por otra parte, la realidad del pecado y de la impotencia del hombre. Mientras seas un cristiano tibio, al que todo le sale bien, y que no tiene problemas de ninguna clase, estarás sumido en una situación que, vista a la luz de la fe, es dramática. Tú mismo te las arreglas, y Dios deja de

151

150

serte necesario. Esta es una situación en la que, en la práctica, eres ateo.

En el Apocalipsis se encuentra la razón por la que Dios conduce a una persona, a una comunidad o a un pueblo, al desierto: «Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca (Ap 3,15-16).

Para Dios la tibieza en el hombre es una situación inaceptable. Es algo repugnante que él no puede soportar en ti, y por eso, tarde o temprano, tiene que conducirte al desierto. Estar en el desierto radicaliza nuestras actitudes, hace que el hombre no pueda seguir siendo tibio, le exige volverse caliente o frío. Moisés, el gran santo de la antigua

alianza, se santificó en el desierto, y él no fue el único. Pero otros, en cambio, se convirtieron en criminales, en delincuentes, en adoradores de ídolos falsos. A la luz de la fe, es mucho mejor que blasfemes a que seas tibio. Cuando blasfemas, al menos ves con nitidez tu propia maldad. Las blasfemias, de alguna manera, como el eco, volverán a ti, y entonces podrás ver cuán grande es el mal que llevas dentro, y te será más fácil convertirte. Los padres de la Iglesia afirman que Dios conduce al desierto para que el hombre pueda creer o blasfemar. La fe o la blasfemia, pero no la tibieza. Así sucedió en el desierto bíblico. Muchos maldijeron a Dios, mientras que otros se santificaron. El don del desierto no permite mantener la actitud del ateísmo práctico.

Estar en el desierto te permitirá comprender cuán absurdo es el que una persona juzgue a otra. Te ayudará a evitar que tú mismo emitas juicios sobre los demás. Porque ¿qué puedes saber sobre alguien que encuentras en tu camino, y en quien supongas que hay mucho mal?

152

Debes considerar su situación. Él puede estar pasando por un período de pruebas; puede encontrarse en la etapa del desierto. Hay, pues, que renunciar a nuestros juicios sobre los demás.

El desierto es un lugar privilegiado para Satanás; porque allí el hombre está debilitado, y con más facilidad cae en las tentaciones. Satanás aprovecha esa situación, ya que el desierto aumenta la posibilidad de la rebeldía. El desierto por el que pasó el pueblo elegido fue un lugar de muchas tentaciones y de rebelión. Ahí se produjeron situaciones dramáticas que los llevaron a un alejamiento de Dios, como ocurrió cuando dieron culto al becerro de oro. El hombre cambia en el desierto, se hace distinto, porque ahí sus actitudes se radicalizan. Por eso el hombre se hace allí visiblemente mejor o peor. Puede convertirse en un santo, pero también puede transformarse en un criminal.

El desierto, lugar de despojamiento

El simbolismo del desierto en la Biblia se relaciona, por excelencia, con la llamada al pueblo elegido para que saliera de Egipto y fuera a la Tierra prometida. Desde la cuenca del Nilo hasta Palestina hay una distancia de unos trescientos kilómetros. Esa distancia podía ser superada a pie en unas tres semanas, pero el pueblo elegido necesitó cuarenta años. Dios, al llamar a su pueblo al desierto, quiso obligarlo a deshacerse de la seguridad de sí mismo y a someterse a una vida de rigores. Quiso someterlo a ese proceso de despojamiento y de abandono en Dios, necesario en la vida de la fe. El *desierto*

153

es, sobre todo, el símbolo del despojamiento. El hombre se enfrenta a un cielo ilimitado, a un mar de arena infinito y a sí mismo. En el desierto hay solamente elementos básicos e indispensables: el espacio, el cielo, la tierra, la arena, Dios y el hombre. Entrar en el desierto significa verse despojado de las cosas más elementales, conocer el hambre y la sed, tanto físicas como espirituales. El despojamiento, que genera hambre y sed, hace

que entre esas sensaciones de carácter físico, y las que surgen en la esfera espiritual, existan vínculos. Esas dificultades hacen que se manifiesten abiertamente todos los rasgos que, por lo general, suelen estar escondidos en lo más profundo del hombre. El desierto es el lugar y el momento de la liberación de los apegos, de los sistemas propios de seguridad. El hombre que peregrina por el desierto carece de todo, y por tanto su situación vital es muy insegura. Aquellos que pasan por el desierto aprenden por experiencia a contentarse con lo que Dios les da y a esperar todo de él. Experimentan la necesidad de apoyarse exclusivamente en Dios, porque *Dios quiere serlo todo para aquel que peregrina por el desierto*.

El pueblo elegido, peregrino en el desierto, recibió el maná del cielo, pero no podía acumularlo y hacer reservas. A diario tenía que creer que una vez más recibiría el maná. Tenía que creer que Dios siempre lo amparaba. El desierto es, pues, el lugar en que nace la fe, y esta se profundiza en la medida en que nos sentimos desposeídos de nuestros apoyos normales. Tanto más penetra Dios en el hombre, cuanto más este se despoja de todo, cuanto más desea responder a la llamada divina y abrirse al amor que recibe. Cuanto más permite el hombre ser despojado de su

«yo» y de sus propios apoyos, tanto más Dios puede descender hasta él y convertirse en su único apoyo. Cuando se hacen más profundos los lazos mutuos y misteriosos entre Dios y el hombre, él exige un mayor despojamiento, lo cual es una llamada urgente a entregarse cada vez más. Él espera que aquel que le ama esté dispuesto a superar sus posibilidades humanas y acepte ser despojado de todo cuanto es y posee; para ir convirtiéndose en signo de él, para que Dios en él, pueda transformarse en una presencia viva en el mundo. San Ignacio de Loyola dijo: <Ofrécele a Dios toda tu voluntad y libertad, para que la majestad divina pueda utilizarte a ti y todo cuanto posees, de acuerdo con su sagrada voluntad.

El desierto es un lugar en el que nace la fe de una manera cada vez más dinámica, una fe que transforma la vida del hombre. En el desierto Dios espera que el hombre tibio, el hombre de poca fe, se convierta en un creyente fervoroso y se entregue a él. Gracias al despojamiento que el pueblo de Dios sufrió en el desierto, se llegó a la concertación de la alianza entre Dios e Israel; en la que Dios se convirtió en un don para su pueblo y el pueblo prometió a Dios la ofrenda de su fidelidad.

El desierto es experiencia del amor de Dios

En el desierto el hombre es despojado de todo, y eso le permite conocerse de verdad, y simultáneamente conocer a Dios, conocer que Dios es amor. Permite experimentar su particular presencia y poder, y sobre todo su misericordia. Porque Dios responde al pecado y a la debilidad del hombre con amor y con una preocupación paternal. Al pueblo

155

154

que se rebela y peca le responde con el milagro del maná y con el milagro del agua que tanto necesitaba. A pesar de la maldad del hombre, que se manifiesta con más nitidez en el desierto, Dios se encuentra ahí presente de una manera singular. El pueblo elegido

fue conducido por él. Dios era visible y, al mismo tiempo, se mantenía oculto tras una nube o detrás del fuego. La nube que indicaba la presencia de Dios, al mismo tiempo lo ocultaba; para los israelitas era luz y oscuridad a la vez; un símbolo de la proximidad e inaccesibilidad de Dios.

Dios condujo al desierto a una multitud desorganizada, pero los que lo cruzaron, salieron de él como un pueblo unido a Dios por medio de la alianza. Era gente distinta. El objetivo del desierto es la formación del hombre, el fortalecimiento de su fe, la eliminación de la mediocridad, la conformación de verdaderos discípulos de Cristo. El pueblo elegido entró en la Tierra prometida como una pequeña comunidad, pero ricamente experimentada por el desierto. Ellos experimentaron la actuación de Dios en medio del temor y como entre relámpagos, y conocieron a la vez su propia debilidad y pecaminosidad. Experimentaron con gran fuerza su propia miseria, y por ello también con tanta intensidad la misericordia de Dios.

En el desierto adquieres conciencia de que Dios jamás te abandona. Es verdad que en el desierto Dios se oculta, pero en realidad es cuando está más cerca de ti. Nunca está tan cerca como entonces. Solamente está en espera de tu fe, en espera de que confiado le abras tus brazos.

El pueblo elegido descubrió el verdadero secreto de Dios en su propia debilidad. Si experimentas tu propia debilidad, es que estás siendo llamado por Dios a entregarte a su misericordia. El desierto es para que te vuelvas hacia él, porque él es misericordia.

La experiencia del desierto te ayudará a descubrir la necesidad de Dios y a conocer tu total dependencia de él. Durante este período, cuando puedes vivir momentos muy difíciles de desánimo, tentaciones y oscuridad, puedes conocer mejor tu propia incapacidad e impotencia. Cuando descubras la verdad sobre ti mismo y ruegues a Dios que te perdone, encontrarás, al igual que el hijo pródigo, esa gran ternura del Padre, esa gran alegría por tu regreso. Podrás mirarle a sus ojos llenos de amor. Dios, al perdonarte, al mismo tiempo edificará la humildad en ti.

El desierto no es un lugar para quedarse, solamente es un camino, es la senda que conduce hacia el conocimiento del amor misericordioso de Dios. Todos los que buscan a Dios tienen que pasar por el desierto, porque las experiencias del desierto tienen una estrecha relación con la profundización de la fe, con la profundización de la fe en su misericordia.

El desierto es un tiempo en el que el hombre es formado de acuerdo con la norma que dice que solamente lo que es difícil, lo que ofrece resistencia, forja al hombre». El amor a Dios, que entonces surge en ti, deberá transformarse, en definitiva, en comunión con el Señor. «Amar —dice san Juan de la Cruz— es trabajar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios» (Subida del Monte Carmelo II, 5, 7). El desierto, por consiguiente, no sólo es un lugar en el que crece nuestra fe, sino que también se convierte en la patria donde nace la contemplación.

En el desierto de tu vida siempre encontrarás a María. Ella estará junto a ti, ella te mirará con su preocupación maternal. Ella, la mediadora de las gracias, la mediadora de la misericordia, intercederá por ti. Esperará emocio-

156

157

nada a que digas, imitando su ejemplo, tu propio «fiat»; a que digas tu propio «sí»; a que veas en las experiencias vividas a Dios. El pueblo elegido no tenía a María. Tú la

tienes y por eso jamás estarás solo. Ella, que vivió tantos momentos difíciles, siempre irá delante de ti. Será para ti una luz, te mostrará el camino hacia su Hijo. Entonces tu oscuridad desértica estará iluminada por su presencia.

CAPITULO 9

Los medios pobres y los medios ricos

Según algunos autores, los medios temporales de que dispone la Iglesia para fines espirituales pueden agruparse en dos categorías: medios ricos y medios pobres. Los medios ricos son aquellos que pueden ser observados y medidos por la estadística. Al ser medios pertenecientes a este mundo, exigen, de por sí, la condición de un éxito palpable y visible. Forman parte de esos medios, por ejemplo, las organizaciones, las reuniones, las procesiones, la arquitectura y el decorado de las iglesias; los medios audiovisuales, los medios de comunicación social, etc. Un rasgo característico de los medios ricos es la influencia que ejercen sobre el amor propio, a través de la visibilidad de sus efectos y de los resultados que aportan. En relación con ello hay que hacer referencia al peligro de la apropiación de esos resultados, y del triunfalismo que pueden generar.

Por el contrario, los medios pobres están marcados por la señal de la cruz, y expresan una de las más profundas verdades evangélicas: «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto (Jn 12,24). En estos medios se puede observar una paradoja propia del dinamismo de la

158 **159**

fe: cuanto más pobres, despojados, insignificantes y menos visibles sean los medios utilizados, tanto mayor es su eficacia. Al contrario de lo que ocurre con los medios ricos, los pobres no están supeditados a la condición de conseguir un éxito palpable y no contienen en sí la menor necesidad de un triunfo temporal.

El Jesús pobre

Estamos acostumbrados a contar con los medios ricos, en nuestra vida y en la vida de la Iglesia. Y es que deseamos enormemente ver la victoria, el triunfo de Cristo, ver cómo se manifiesta su poder y su gloria. Sin embargo, él se oculta. Él es pobre en Belén, es más pobre en el Calvario y todavía más pobre en la eucaristía. Al llegar tan lejos en su pobreza y anonadamiento, resalta la importancia de los medios pobres.

Jesús en su actuación salvadora, elige los medios pobres y humildes. No hay un solo signo de poder que acompañe a su nacimiento. Jesús llega a nosotros como un niño pequeño, totalmente dependiente de las personas que lo rodean. Depende de ellas, a

nadie se resiste, no puede hacer su voluntad ni defenderse. Se da a conocer, ante todo, por la pobreza, la humillación, la debilidad. Se nos presentó así en el momento de su nacimiento, y así fue en su pasión. Esto muestra que tú también puedes ser despojado de todo y muerto para ti mismo; que tú puedes elegir los medios más eficaces, los pobres. Eso no significa que Jesús no usara los medios ricos. Su entrada triunfal en Jerusalén fue un medio rico, fue el triunfo de Cristo. Jesús quiso demostrar que si así lo deseaba, podía hacer que las multitudes le rindieran el

mayor homenaje, que cubrieran su camino con sus túnicas; que él lo podía todo. Pero, el Domingo, de Ramos, para que los apóstoles no perdieran la cabeza y no se equivocaran, después de la entrada triunfal en Jerusalén, Jesús pronunció unas palabras que tuvieron que ser el asombro de muchos: «Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto (Jn 12,24).

Jesús en su vida utilizó milagros como el del monte Tabor, pero ante todo utilizaba los medios pobres. Cuando fue capturado vemos cómo utilizó un medio rico:

los que llegaron a capturarlo en el huerto de los Olivos, al escuchar sus palabras, cayeron en tierra (cf Jn 18,6). Así les demostró su poder, pero luego permitió que se burlaran de él, permitió que le escupieran y le gritaran al pie de la cruz: «¡Bah! ¡Tú, que destruías el templo y lo edificabas en tres días, sálvate a ti mismo y baja de la cruz! (...). Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo (Mc 15,29-31). Jesús, con una tranquilidad divina, acepta todo aquello, y con el uso de medios pobres salva al mundo.

Eficacia de los medios pobres

Un medio pobre es, por ejemplo, la aceptación del sufrimiento por amor a Dios. Las rodillas doloridas durante la oración, los sacrificios que hacemos pero que nadie conoce, la anulación de uno mismo, la vida en el silencio, el pasar desapercibido y la contemplación. De esas cosas casi nada se sabe, porque se trata de medios invisibles, de medios que no pueden ser recopilados en las estadísticas sociológicas; pero son esos medios pobres los

160

161

que, vistos a la luz de la fe, resultan decisivos para los destinos del mundo.

Los medios ricos son aquellos que aparecen como tales ante los ojos del mundo pero que a la luz de la fe tienen otro carácter. «Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres —dijo san Pablo— y la debilidad de Dios, más fuerte que los hombres» (I Cor 1,25). Lo que es pobre a los ojos de los hombres, es rico a los ojos de Dios. Los más ricos son, pues, los medios pobres; porque son los más eficaces, son el reflejo de una verdadera sabiduría, de la sabiduría plasmada en el evangelio.

La utilización de los medios ricos será eficaz únicamente cuando esté asentada en los medios pobres: en la profunda vida interior, en la vida de oración, en el aniquilamiento del propio «yo», en la plena entrega a Dios. La eficacia de los medios pobres surge de la presencia de Cristo en el alma, de acuerdo con el principio que nos dice: «Dios se entrega al alma en la medida en la que ésta se entrega a Dios». La obra de la vida activa,

dijo santo Tomás de Aquino, surge de la plenitud de la contemplación (Suma Teológica 2-2, q I, a.188). La eficacia de los medios ricos en el apostolado organizado surge de la riqueza de los medios pobres, y no al contrario. Los medios ricos pueden limitarse por cuestiones externas, por ejemplo, por falta de tiempo, de fuerza física, de capacidad organizativa; o como resultado de las persecuciones que sufre la Iglesia. Pero los medios pobres permanecen inexpugnables para los factores externos, y no le pueden ser arrebatados a la Iglesia. Su carencia es injustificable, ya que para que existan hace falta solamente el amor y la buena voluntad.

También los medios ricos son útiles para la Iglesia, y no deben ser desdeñados. Dios no quiere nada que

162

sea unilateral, y por eso quiere que haya prensa católica y las más diversas formas del apostolado visible. San Maximiliano Kolbe es, en cierta medida, el patrono de los medios ricos. Soñaba con ellos, y consiguió que un millón de ejemplares del Caballero de la Inmaculada se propagaran cada mes por el mundo. Él repartía en las calles de Japón «municiones», es decir, imágenes de la medalla milagrosa. Soñaba con tener una emisora de radio y con que aviones y barcos estuvieran al servicio de la Inmaculada. No debemos despreciar los medios ricos, ya que también deben ser aprovechados al servicio del Señor. No obstante, tenemos que recordar que su eficacia surge de la presencia de los medios pobres.

San Maximiliano era un hombre de éxitos, y todo lo que se proponía lo conseguía. Fundó Niepokalanow en las proximidades de Sochaczew, y asombró a toda la Iglesia. Luego fundó otros Niepokalanow en otros continentes. Pero aquellos constantes éxitos eran «pagados» con medios pobres, y esto lo atestiguaba el propio san Maximiliano:

«Cuando todos los medios fracasaron

—dijo—, cuando ya todos coincidieron en que estaba desahuciado y los superiores llegaron a la conclusión de que yo para nada serviría, la Inmaculada me tomó en sus manos como instrumento, aunque parecía que era una chatarra». Fue María, a quien él se entregó plenamente, la que tomó aquella «insignificancia» para valerse de ella en la propagación de la gloria de Dios y en la conquista de las almas.

La eficacia del apostolado de san Maximiliano, y de su labor al servicio de la Inmaculada, comenzó cuando enfermó gravemente y los hermanos y superiores llegaron a la conclusión de que, por el avanzado estado de su tuberculosis, no podía seguir trabajando. Todos dejaron

163

de contar con él cuando se vio totalmente despojado, como el grano de trigo que muere para dar frutos. Esa es la paradoja divina. La persona que, según los criterios humanos, ya no sirve para nada, se convierte en el instrumento más eficaz en las manos del Señor, *porque es él quien vive en ese hombre, es él quien actúa en él, es Dios quien alcanza los triunfos.*

La fe es el reconocimiento de la propia impotencia, y el esperarlo todo de Dios. Ese reconocimiento de nuestra propia impotencia y esa espera a que todo nos llegue de Dios no son otra cosa que *medios pobres*. ¿Adviertes ese valor en tu vida? Con seguridad Dios te ofrece muchas ocasiones para que lo percibas. Todos vivimos momentos de martirio, pasamos por determinadas dificultades, por momentos de desierto espiritual. ¿Quién de nosotros no padece ante los problemas que hay en nuestro interior, o ante las

condiciones que nos rodean? Esas cosas no se pueden ver, clasificar o valorar. Es algo que está tan oculto que no encontraremos sobre ese tema ningún dato estadístico. Y es que nadie puede saber que tú, en un determinado momento de tu vida, le dijiste a Dios: «Sí, quiero, quiero, todo lo que tú esperas de mí». Nadie puede saber que alguna vez, cuando lo estabas pasando muy mal, quizás llorando, le dijiste que le amabas, que querías amarlo.

¿Quién puede saber cuántas veces te venciste a ti mismo, cuántas veces te privaste de algo y doblegaste tu voluntad? *Esos son los medios pobres*, los más importantes para ti, para la Iglesia y para el mundo; *los que piden la intervención del poder del Señor*.

Muchas veces Dios te dio oportunidades para que las aprovecharas. ¿Acaso malograste esas oportunidades y no quisiste aceptar los invaluables dones divinos? Es posible que tú mismo les tuvieras cierto resentimiento, y te rebelaras; aunque él trataba, incluso, de dártelos casi a la fuerza, y te imploraba que no rechazaras lo que tiene tanta importancia en la obra de la salvación del mundo.

Aquel al que llamaron «divino pobre» conoce mejor el valor de los medios pobres. Por eso no olvides que se trata de algo muy importante, de que sepas sobrellevar las humillaciones con alegría, de que trates de sonreír ante tu propia tristeza; e intentes, incluso en contra de lo que experimentas, ver el mundo serenamente y con fe en que el amor triunfará. Nada pasa desapercibido para Dios, tampoco tus rodillas, que posiblemente te duelen cuando estás orando arrodillado. También conoce el dolor de tus piernas cuando estás de pie en la Iglesia. El conoce todos los medios pobres que se ponen a tu disposición y que tú mismo decides, en lo más escondido de tu corazón, aceptar o rechazar. Al mismo tiempo, es en el corazón donde se deciden los destinos de tus seres más queridos y de ti mismo: los medios pobres, que en sí mismos son ineficaces para lograr un objetivo, actúan en el plano de la fe, y nos indican que es el mismo Dios quien actúa.

Dices que rezas por alguien que no cree, que rezas fervientemente por la conversión o por la salud de otro. Pero todo ello depende de cómo es tu oración. A veces podría ser suficiente tu «sí», dicho con alegría. Ese medio tan pobre, sencillo e insignificante; realmente puede hacer milagros. Cuando lo estás pasando mal, lo cual significa que Dios te propone participar de la mejor forma en la salvación de las almas, piensa en Juan Pablo II, en la corona de espinas que para él es la agresiva crítica de que es blanco, y en la gran fatiga que siente, sobre

165

164

todo, durante sus frecuentes viajes por el mundo. Piensa en san Maximiliano, en ese santo que todo lo consiguió, pero con ayuda de los medios pobres. En sus cartas, él relató que muchas veces se sofocaba, en ocasiones casi hasta asfixiarse y perder todas las fuerzas, sobre todo durante los viajes. Aquel hombre, al que llamaron «el loco de la Inmaculada», tenía la locura de la utilización de los medios pobres.

Si no has valorado debidamente la importancia de los medios pobres, es que no has apreciado de manera adecuada lo que es el cristianismo en su más profunda esencia. Y es que, si no aprecias el valor y el sentido de los medios pobres, no comprendes la cruz, esa cruz que está en el centro de la Iglesia. Fue desde la cruz desde donde Jesús atrajo todo hacia sí. Fue al pie de la cruz donde estuvo su madre, quien no retiró su «sí» a pesar de los terribles sufrimientos del salvador. Es desde la cruz desde donde incesantemente fluye la gracia divina de la redención y de la santificación del mundo. El salvador te atrae no con su triunfal entrada en Jerusalén, sino con la cruz, y desde su cruz te invita a

que sigas sus huellas, a que lo ames como él te amó a ti: «hasta el extremo).

María es la patrona de los medios pobres. Ella, desde el punto de vista humano, no realizó en su vida ninguna obra grandiosa. En su vida no hubo medios ricos; hubo pobreza, silencio, vida oculta, humildad, obediencia, oración, contemplación y entrega a Dios. Su vida caracterizada por su sencillez, y por la utilización de los medios pobres, fue una vida *oculta en Dios* (cf Col 3,3). Ella te invita a que lleves así tu vida. Ella quiere que vivas con fe, y que impere en tu corazón el deseo de valerte de los medios pobres, como en Nazaret, para que entiendas la verdad contenida en las palabras de san Juan de la Cruz:

«Un acto de amor puro —un medio pobre— vale más que todas las obras de la Iglesia juntas).

La victoria a través de la fe

El texto bíblico clásico que nos muestra, a la luz de la fe, el valor y el sentido de los medios pobres es el que describe la batalla contra los amalecitas. Durante el tránsito por el desierto, de camino hacia la Tierra prometida, se produjo una batalla entre los israelitas y los amalecitas, quienes controlaban las rutas del desierto (cf Éx 17,8- 13). Moisés era un hombre de Dios, que sabía cómo garantizar el triunfo a sus tropas. Si hubiera sido un estratega que, pensando en términos humanos, se hubiera puesto personalmente a la cabeza de su ejército, como suele ocurrir en las batallas, con esta acción habría dado ánimos a sus hombres, ya que sentían admiración por él. Sin embargo, Moisés hizo algo que, desde el punto de vista humano, era absurdo: dejó a la tropa bajo el mando de su ayudante Josué, y se retiró a una colina a orar. Él, un hombre de Dios, un hombre de oración, sabía quién decidía de verdad los destinos del mundo y la suerte de su pueblo. De ahí el gesto de Moisés en la colina, el gesto de fe de sus brazos abiertos. Entre él, y lo que había en la llanura donde se combatía, existía una estrecha relación. Cuando bajaba los brazos por cansancio, sus tropas tenían que retroceder. El sabía lo que eso significaba. Dios exigía de él un esfuerzo constante, exigía que tuviera los brazos permanentemente extendidos hacia él. Cuando sus brazos ya estaban totalmente extenuados, entonces Aarón y Hur, que lo acompañaban, se los sostenían. Y durante todo el día, aquel gesto de

167

166

los brazos extendidos hacia Dios acompañó a los israelitas en la lucha. Cuando llegó la noche, la victoria ya era de ellos. Sin embargo, el triunfo no fue de Josué, ni de la tropa que él encabezó en la llanura, sino de Moisés en la colina, porque fue la victoria de su fe.

Si esa misma escena tuviera que repetirse en nuestros días, la atención de los periodistas, de las cámaras de televisión y de los reflectores se centrarían en la figura de Josué. Todos pensaríamos que la suerte de la batalla se decidiría allí donde él estuviera. ¿Quién de nosotros podría pensar que era más importante fijarse en un hombre solitario que estuviera orando? Sin embargo, fue aquel personaje solitario el más importante en la batalla, porque fue Dios quien venció a través de su fe.

Los brazos alzados de Moisés nos dicen, nos simbolizan, que es Dios quien todo lo decide. «Eres tú quien eres, quien gobiernas y de quien todo depende. Las

probabilidades humanas pueden ser ínfimas, pero para ti, Señor, nada es imposible”. El gesto de los brazos alzados, de los brazos que se agotan, es un gesto de fe, es un medio pobre que refleja la locura de la fe en el poder infinito y en el amor infinito del Señor.

La maternidad espiritual

La maternidad espiritual se realiza a través de los medios pobres, puesto que se realiza por medio de la participación en la muerte de Cristo: «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; y en la resurrección de Cristo: «pero si muere, produce mucho fruto (Jn 12,24). La participación en la muerte de Cristo se realiza, ante todo, mediante la aceptación del sufrimiento

miento, lo cual destruye al egoísmo. Y la participación en la resurrección se realiza cuando se renace como un hombre nuevo, conformado a la imagen y semejanza de Cristo, a la imagen del amor. Hacer apostolado equivale a dar a Cristo a los demás; estando ya él en el alma de quien hace apostolado. Es hacer que Cristo nazca en las almas. Nuestro apostolado y nuestra maternidad espiritual son la participación en la maternidad espiritual de la Iglesia. Según san Pablo, el apostolado es maternidad espiritual: «He sido yo quien, por el evangelio, os engendré en Cristo Jesús (1 Cor 4,15). *A través de la fe, la cual se manifiesta plenamente en la utilización de los medios pobres, damos nacimiento a las almas para Cristo.* La maternidad espiritual, en el sentido de comunicar a Cristo, es posible por la Palabra viva, que proviene del contacto contemplativo con Dios mediante la oración de plena entrega, pero, sobre todo, mediante el sacrificio y el sufrimiento.

En la vida de santa Teresa del Niño Jesús, dos grandes pecadores representaron un papel importantísimo. Cuando ella tenía catorce años de edad, uno de ellos, Pranzini, había asesinado a tres personas, y a pesar de haber sido condenado a muerte, no daba muestras de arrepentimiento alguno. Teresa no podía conformarse con la idea de que el criminal fuera a morir sin reconciliarse con Dios. Durante mes y medio ofreció todas sus ofrendas y oraciones por la conversión de Pranzini. Y Dios le dio la señal de su conversión. Aquel gran criminal, en el último momento de su vida, tomó el crucifijo, ¡y besó tres veces las sagradas llagas del salvador! Cuando Teresa se enteró de esto, le dijo a Celina llena de emoción: «El es mi primer hijo». Ella, que a los catorce años ya tenía concepción tan clara de lo que es la maternidad espiritual, escribió más tarde: «Solamente el sufrimiento puede

169

hacer que las almas nazcan para Jesús». Pranzini era el prototipo de los pecadores por quienes santa Teresa quiso orar de una manera especial y por quienes ella quiso ofrecer sus sufrimientos. Ella sabía que la oración podía ser insuficiente, y que para salvar a las almas hay que ofrecer a Dios lo más valioso, el propio sufrimiento.

El segundo gran pecador —según las palabras de santa Teresa—, un personaje aún más dramático, fue el padre Jacinto Loysson. En la autobiografía, en las cartas de Teresa y en la Historia de un alma; ese apellido jamás se mencionó. Solamente en dos ocasiones en las cartas dirigidas a Celina se refiere Teresa a él como «un gran pecador» y como «tun alma desorientada». Por las actas de los procesos de beatificación y canonización, nos enteramos sobre sus deseos de salvar a aquella alma. Jacinto Loysson, carmelita descalzo, era superior de la casa de París, era un orador magnífico y

extraordinariamente inteligente. Sus conferencias hacían un gran impacto en sus oyentes de toda Francia, e incluso el Papa lo felicitó por sus éxitos. Sin embargo, en cierto momento, aquel gran sacerdote y predicador se convirtió en un apóstata, y, para colmo, en un apóstata belicoso. Se puso a recorrer las diócesis de Francia afirmando, a pesar de las muchas protestas que sus actividades despertaban, que la Iglesia se había apartado del evangelio. Combatió a la Iglesia durante 43 años. Para el convento de Lisieux, aquella lucha era aterradora, y nadie se atrevía a mencionar su nombre. Jamás se hablaba de él de una manera directa, y por eso su nombre no aparece en los escritos de santa Teresa, quien durante nueve años oró y sufrió por la conversión de Loysson. En el caso Pranzini fue suficiente un mes y medio, pero en el segundo caso nueve años parecieron ser insuficientes. El padre Loysson fue excomulgado.

170

Después de ello escribió una carta en la que acusó a la Iglesia y al Carmelo. Su actitud desencadenó tanta indignación y tantas protestas que se le empezó a llamar «el nuevo Lutero». Pero Teresa no perdía las esperanzas, y trémula de emoción le dijo a Celina que la conversión de aquel pecador era su mayor deseo. «Mi amada Celina —escribió en una de sus cartas—, este pobrecillo es muy culpable, quizá mucho más que lo haya podido ser otro pecador; pero, ¿acaso no puede Jesús hacer lo que hasta ahora no había hecho? Y si no lo quisiera hacer, ¿habría puesto en nuestros corazones este deseo irrealizable por parte suya?». Esta es una tesis que en muchas ocasiones repitió: si Jesús nos da el deseo de algo, no es para que no se cumpla. No; Jesús desea mucho más que nosotras la salvación de esta pobrecilla oveja descarriada..., ¿llegará un día que abrirá los ojos?, ¿y quién sabe si recorrerá toda Francia con lágrimas de arrepentimiento?».

Cuando analizamos la fe de santa Teresa, constatamos que se trata de una fe que se manifestaba como seguridad. Ella sabía que Jacinto Loysson se convertiría: <No cesemos en nuestras plegarias, porque la confianza puede hacer milagros. Alguna vez ocurrirá que uno de nuestros hermanos, hijo de la Santísima Virgen María, retorne vencido, para refugiarse bajo el manto de la más misericordiosa de todas las madres». Teresa deseaba tanto la salvación del alma de aquel sacerdote que dedicó su última sagrada comunión a esa intención. Falleció consciente de que el padre Jacinto Loysson no se había convertido, pero eso no socavó la seguridad de su fe. El sacerdote falleció quince años después de la muerte de santa Teresa, a la edad de ochenta y cinco años. Jesús amaba tanto a santa Teresa que esta vez ya no necesitaba darle señal alguna. Él sabía que Teresa no perdería

171

su fe en aquella conversión. Cuando en 1912 el padre Loysson agonizaba, no estaba junto a él ningún sacerdote católico y no pudo confesarse. Pero es sabido que antes de morir recibió el manuscrito de la Historia *de un alma* y que leyó de un jalón los *Escritos* de santa Teresa, los cuales calificó con dos palabras: «Son locos y estremecedores». En los momentos en que agonizaba —tuvo una agonía terrible—, los presentes le oyeron exclamar:

«¡Oh, buen Jesús!». Ese último acto de amor dirigido a Jesús permite suponer que fue salvado, gracias a las plegarias y al sufrimiento de santa Teresa. Él también fue su hijo espiritual.

«Solamente los sufrimientos pueden hacer que las almas nazcan para Jesús». Esta afirmación de santa Teresa demuestra en qué consiste la maternidad espiritual. La madre es aquella que da la vida y que la mantiene. El hombre teme el sufrimiento, pero

nadie puede librarse de él, como tampoco podemos librarnos del peso de cada día. Pero nuestro sufrimiento y nuestras penurias pueden desperdiciarse. Sólo aceptándolas nos podemos adentrar en el extraordinario misterio de la maternidad espiritual. Esa maternidad tiene lugar mediante la participación en el sacerdocio real de los fieles, y es nuestra vocación; tenemos que conquistar y *hacer que nazcan las almas para Jesús*. Piensa cuántas cosas difíciles hay en tu vida: puede que tengas una salud delicada, que enfrentes conflictos familiares, que tengas hijos difíciles de educar, o que haya un tremendo peso que abrume tu espíritu; o puede tratarse también de cosas insignificantes. Sin embargo, si todo esto lo aceptas y ofreces, te hace participar en la maternidad espiritual de la Iglesia, haciendo nacer almas para Cristo. Nada hay más importante que eso.

También se puede hacer nacer almas para Cristo

mediante el apostolado de la palabra y de la oración, pero el medio más eficaz es el sufrimiento. Es la forma más eficaz del apostolado, porque es el medio que comprende un mayor grado de despojamiento, el medio que tiene menos de ti mismo y más de Cristo. Ese medio es en el que con más amplitud se extienden los brazos de la cruz.

El testimonio de Juan Pablo II

El 25 de mayo de 1985, en la plaza de San Pedro en Roma, el papa Juan Pablo II entregó el capelo cardenalicio al hasta entonces arzobispo Andrzej María Deskur. El consistorio fue sorprendente y conmovedor. ¿Por qué el Papa nombraba cardenal a un hombre paralítico? La dignidad de cardenal no se otorga como premio por el trabajo realizado como obispo. Los cardenales constituyen el presbiterio del Papa, ellos son sus primeros consejeros y colaboradores, y desempeñan funciones muy importantes en la Iglesia. ¿Por qué un hombre que, como resultado de los sufrimientos vividos, ya no está capacitado para trabajar, ha sido nombrado cardenal? El papa Juan Pablo II explicó su decisión, de manera discreta, la noche del mismo día en que se celebró el consistorio, con las palabras que dirigió a unos peregrinos polacos.

Juan Pablo II dijo, refiriéndose al cardenal Deskur:

«Estoy singularmente ligado a él desde los tiempos estudiantiles, a través de los años que estuvimos en el seminario y luego ya como sacerdotes. Tuvimos también muchos encuentros en Roma, y, sobre todo, nos unieron los últimos encuentros que se produjeron antes del cónclave. Fue entonces cuando la divina providencia marcó

173

172

al obispo Deskur con esa invalidez tan dura que sigue padeciendo hasta ahora. Él fue el único cardenal, de los que hoy nombramos, que se encuentra postrado en una silla de ruedas, pero es él precisamente quien aporta a esa dignidad la singular huella del sufrimiento. La huella del sufrimiento que es una ofrenda. Desconocemos los caminos de Dios, desconocemos los misterios de Dios, pero en lo personal, me es muy difícil resistir a la presunción de que esa ofrenda del señor arzobispo, hoy cardenal Andrzej, pudo estar relacionada con el cónclave que tuvo lugar a mediados de octubre de 1978. Su Santidad percibe en el sufrimiento del arzobispo Andrzej Deskur, una especie de

precio que hubo que pagar para que él, el cardenal Wojtyla, pudiera convertirse en vicario de Cristo. Sabemos que inmediatamente después de ser nombrado Papa, fue a la clínica Gemelli, donde estaba recluido el arzobispo Deskur, muy enfermo. A aquel hombre, al que el Papa tanto debía, según su propia convicción, se le había ofrecido la mejor parte, la de apoyar a Wojtyla con su sufrimiento. Era el mejor, pero el más difícil apoyo para lograr aquella distinción, y, también, el más eficaz, como todos los medios pobres. El hecho de que el arzobispo Deskur, enfermo, recibiera la dignidad de cardenal, significó una acentuación indirecta, de parte del Papa, del valor de los medios pobres.

El cardenal Deskur fue anteriormente presidente de la Comisión Pontificia para los Medios de Comunicación Social. Se ocupaba, pues, de la propagación y del funcionamiento de los medios ricos en la Iglesia. Y realizó una gran obra en su terreno de actividades. Contribuyó enormemente en la preparación de los documentos de la Iglesia, que trazaban las líneas de actividad a los medios

de comunicación católicos. Sin embargo, el Papa casi no hizo referencia a *los méritos del padre Deskur en el desarrollo de los medios de comunicación*. Se tiene la impresión de que, de esa manera, quiso acentuar lo que es más importante: el aporte al colegio cardenalicio de la huella del sufrimiento, que él también había vivido.

El 1 de junio por la tarde, el cardenal Deskur se hizo cargo de su iglesia titular en San Cesareo in Palatino, de la misma iglesia que en 1967 recibió al cardenal Karol Wojtyla. El nuevo cardenal celebró la misa sentado, teniendo al sufrimiento como testigo. En vez del trono cardenalicio, había junto al altar una pequeña silla de ruedas. Su mano paralizada por la enfermedad apenas podía sostener el báculo. Una paradoja singular: el presidente de la comisión papal para los medios ricos estaba marcado por el signo de los medios pobres.

Las palabras de Juan Pablo II relacionadas con el atentado que sufrió en mayo de 1981 hay que entenderlas en el contexto de la doctrina de los medios pobres. Él calificó aquel acontecimiento de una gracia extraordinaria. El 14 de octubre de 1981, durante la audiencia general en la plaza de San Pedro, al dirigirse a miles de peregrinos, pronunció las siguientes y muy expresivas palabras:

(«Dios permitió que en los meses transcurridos conociera el sufrimiento, permitió que viera amenazada mi vida, y permitió, al mismo tiempo, que comprendiera de manera clara y profunda, que se trata de una singular gracia de él para mí, como ser humano; pero, al mismo tiempo, dado el ministerio que ejerzo como vicario de Cristo, es una gracia también para la Iglesia. Cristo me dio la gracia de poder dar testimonio de su amor con mi sufrimiento, con el peligro que corrieron mi vida y mi salud. Y yo percibo todo esto como una gracia singular, por la que quiero

174

175

expresar mi especial agradecimiento al Espíritu Santo y a María Inmaculada». ¿Podría Juan Pablo II ser un pastor tan eficaz en la Iglesia y atraer a las muchedumbres sin la intervención de los medios pobres, sin estar marcado por el sufrimiento? El Papa volvió a hacer referencia al atentado el día de su onomástica, el 4 de noviembre de 1981: «El suceso del 13 de mayo me ha hecho meditar mucho, me ha obligado a examinar aún más mi vida humana y cristiana a la luz del evangelio, a la luz de las palabras: “el grano de trigo tiene que morir para que dé abundante fruto”».

TERCERA PARTE La actualización de la fe

La fe debe saturar la totalidad de nuestra vida. Gracias a ella, el creyente, con toda su humanidad y en toda su vida cotidiana, entra en relación con Dios. La fe se actualiza al máximo en los sacramentos. En el *bautismo*, porque es el inicio de este proceso de actualización de la fe. Asimismo en la *confirmación*, en la cual se intensifican las gracias del bautismo. Pero sobre todo se actualiza en la *eucaristía*, que es el sacramento de la culminación de la fe, en la cual, de una manera singular, podemos fundirnos con Cristo crucificado y resucitado. La eucaristía nos permite alcanzar la misma fuente de nuestra fe. El sacrificio redentor de Cristo es la fuente, y, al mismo tiempo, la culminación de la vida en la fe. La fe nos permite entregar al Padre ese sacrificio salvífico de Cristo, y con él, entregamos a nosotros mismos. El sacramento de la eucaristía crea la comunidad de fe, que nos permite hacer juntos el sacrificio y unirnos con Cristo.

La fe se actualiza de manera especial en la *oración*, la cual es un diálogo del hombre con el Padre, iniciado y desarrollado por la fe, a través de Jesucristo en el Espíritu Santo. Asimismo se actualiza, o se pone en práctica, al *escuchar atentamente la Palabra divina*, la cual es otra forma de diálogo con Dios, en

el que el hombre voluntariamente se abandona a Dios, que se revela; y obedeciéndolo en la fe le manifiesta la sumisión de su razón y de su voluntad. También es indispensable que la fe se manifieste en los actos de amor, sin los cuales está muerta. La fe, que es un proceso constante de conversión, es un constante abrirse al amor de Dios y una constante recepción de ese amor para donárselo a otros.

CAPÍTULO 10

El bautismo

El bautismo, al igual que los demás sacramentos, participa en la culminación de la actualización o realización de la fe. El bautismo es el fundamento y el inicio de este proceso, es el comienzo para conseguir la plenitud de la vida en Cristo (cf *Unitatis redintegratio*, 22). En el pensamiento del Concilio, tanto el bautismo como los demás sacramentos han sido llamados sacramentos de la fe, puesto que todos ellos requieren de la fe, la presuponen y expresan, y al mismo tiempo la hacen crecer. La fe precede al bautismo y conduce a él, es la disposición que posibilita su recepción.

A través del bautismo morimos al pecado. Esta es una muerte auténtica. Es la destrucción del mal en el hombre, para que pueda renacer como hijo de Dios; para que pueda ser una criatura nueva, participante de la naturaleza divina y llamada a la santidad. A través del bautismo, el hombre se convierte en ofrenda y queda consagrado a Dios; llega a ser su verdadero adorador e hijo adoptivo.

El Concilio, respecto al bautismo, nos muestra verdades que rebasan el pensamiento y la imaginación humana. Nos dice que somos injertados en Cristo crucificado, y que siendo semejantes a él en su muerte, también lo seremos en su gloria. Nos dice que a través del bautismo el hombre recibe el don de la fe, y a partir de entonces participa del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, y queda incorporado en su cuerpo místico, aunque no del todo.

Sumergirse en la muerte y resurrección de Cristo

Como consecuencia de la poca fe, el bautismo permanece como un sacramento no descubierto por los cristianos. Se necesita una fe profunda para entender las palabras de san Pablo: «Vosotros habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3). La expresión de san Pablo «habéis muerto» tiene el mismo significado que pronuncia el apóstol en la Carta a los romanos, cuando escribe sobre la importancia del sacramento del bautismo como lo que nos introduce en la vida de Cristo: «¿No sabéis que, al quedar unidos a Cristo mediante el bautismo, hemos quedado unidos a su muerte?» (Rom 6,3). Es con el poder de su muerte como, a través del bautismo, entramos en una vida nueva.

Este primer sacramento de la iglesia es el inicio de estar «escondidos con Cristo en Dios» (Apostolicam actuositatem, 4). El bautismo es la fuente de la fe; con él se inicia en nosotros la vida sobrenatural, que es vida de fe, esperanza y amor.

A partir de entonces, estamos con Cristo sepultados al pecado, al mal moral y a todo aquello que no es de Cristo. Esta es la muerte auténtica, puesto que tiene que morir en nosotros cualquier apego al mundo y a cualquier valor fuera de Dios para que podamos pasar a la nueva vida iniciada por la resurrección de Cristo.

El fenómeno del doble nacimiento tiene lugar en todo sistema religioso. El hombre no nace sólo físicamente, sino que también tiene un nacimiento espiritual. El nacimiento espiritual es una cierta forma de iniciación espiritual. En las religiones no cristianas, la iniciación ha sido llevada a ritos extraordinariamente dramáticos, que se basan en el simbolismo de la muerte y de un nuevo nacimiento. El dramatismo de esos ritos proviene de que utilizan, por una parte, la simbología más atemorizante de la muerte, y por la otra, la simbología más espléndida de la nueva vida que se recibiría. Muchas de las representaciones de estos ritos apelan a símbolos e imágenes tan fuertes como sepultar al iniciado en una fosa, arrojarlo a través de un agujero en llamas o ser devorado por un monstruo mítico; e incluso sepultarlo junto a cadáveres humanos.

Todo esto está calculado para provocar una conmoción psíquica que ha de impactar fuertemente a la imaginación humana. En estos sistemas no cristianos, la iniciación apela exclusivamente a la imaginación, puesto que solamente a ella puede recurrir.

En el cristianismo, «la iniciación» -entendida como el nacimiento a la vida sobrenatural- se realiza por medio de tres sacramentos: bautismo, confirmación y eucaristía. El simbolismo y los signos de esos sacramentos recurren a la fe, y no a la imaginación. En el caso de los sacramentos, recurrir a la imaginación sería inútil, puesto que el efecto de los signos sacramentales rebasa cualquier pensamiento e imaginación humana.

A través del bautismo se injerta en la naturaleza humana una especie de nuevo organismo sobrenatural. Desde entonces queda injertada en la vida humana una vida nue-

180

181

va. Si algún científico tuviera éxito en injertar vida animal en un vegetal, el mundo vería este acontecimiento con el máximo asombro. Los que observaran tal experimento se impactarían viendo cómo el vegetal empieza a ver, oír y sentir; o a reaccionar a la

voz. Lo llamarían seguramente el mayor «milagro» del genio humano. En cambio, la inserción que se realiza por medio del sacramento del bautismo supera de una manera inimaginable al ficticio trasplante de la vida animal a la vegetal.

Cuando miramos los signos sacramentales: el agua de la fuente bautismal que se derrama sobre la cabeza del niño o del catecúmeno adulto, el santo crisma con el que se le unge, el cirio que se pone en sus manos, el vestido blanco con el que se le cubre, no vemos lo que se está realizando. Sin la fe, el hombre no es capaz de entender ni abarcar esta realidad. Solamente una fe viva nos permite comprender y recibir en el bautismo la actuación salvífica de Cristo.

El bautismo hace que tomemos parte en esta novedad absoluta que Cristo inició en la historia del hombre a través de su resurrección. Esta «vida nueva» (cf Rom 6,4) es nuestra liberación de la herencia del pecado y de su «esclavitud», y es nuestra verdadera santificación. Este es el descubrimiento de nuestra llamada a la unión con Dios y a la vida en él con Cristo. Esta novedad contiene el inicio de todas las vocaciones humanas. A fin de cuentas, toda vocación -sacerdotal, religiosa, matrimonial- tiende a la plena realización del sacramento del santo bautismo.

El proceso de morir con Cristo, iniciado por el bautismo, nos hace partícipes de los frutos de su resurrección, a semejanza del grano de trigo que cae en tierra y muere, para fructificar con una nueva vida. Por medio del bautismo se realiza la consagración fundamental: la ofrenda de la persona a Dios, como su propiedad. Esta consagración fundamental puede irse actualizando por las gracias de la redención de Cristo y al mismo tiempo, posibilita nuestra respuesta a esas gracias.

Deberíamos vivir continuamente las gracias extraordinarias y singulares del bautismo para alcanzar, en cierta medida, el estado de pureza de alma que nos fue dado en el momento de nuestra iniciación bautismal. Al sumergirnos en la muerte y resurrección de Jesús, que se efectúa en el bautismo, nos es dado un verdadero estado de pureza, que malgastamos. Las gracias del bautismo nos han sido dadas para siempre, sin embargo, continuamente las malgastamos dejándonos vencer por el mal. Cuando deseamos avanzar hacia la santidad, podemos recuperar ese estado de pureza bautismal malgastado por nuestra infidelidad. Estas gracias del bautismo las podemos recuperar por medio de las purificaciones. Nuestro camino a la santidad es tan sólo el proceso de recuperar en nuestra alma el estado de pureza que obtuvimos en el momento de nuestro bautismo.

El progreso en la vida interior consiste en tener un deseo, cada vez más fuerte, de vivir las gracias del santo bautismo; gracias que van asemejándonos a Cristo, por medio de una vida en el espíritu de las ocho bienaventuranzas. Jesús dijo: «El que pierda su vida por mí la encontrará» (Mt 16,25). Este «perder la vida» empieza con el sacramento de! bautismo, y ha de ir realizándose en toda nuestra vida.

Hemos de ir perdiendo nuestra vida por Cristo, procurando imitarlo cada vez más plenamente en nuestro particular camino, el cual debe estar de acuerdo con su voluntad y con su plan para con nosotros.

Tenemos que estar «sepultados» con Cristo, es decir,

tenemos que pasar por nuestra propia muerte. Por eso, en la medida en que no hemos muerto a todo lo que nos separa de Dios, no podemos estar ocultos «con Cristo en Dios» (Col 3,3), no puede realizarse nuestra santidad. Al perder nuestra vida por Cristo, realizaremos nuestra vocación de encontrarnos a nosotros mismos en él, «porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2,9).

«El don recibido de la fe» {Gravissimum educationis, 2), que se nos concedió en el sacramento del bautismo ha de llevarnos a! continuo crecimiento de nuestra adhesión a Cristo. El bautismo se presenta ante nosotros no como algo acabado, sino como cierta tarea y objetivo a realizar.

Así como la fe es para nosotros una tarea, así también lo es el bautismo; tarea que quedará realizada plenamente en el momento de llegar a la unión con Cristo. Entonces es cuando podremos decir con san Pablo: «y ya no vivo yo, pues es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20).

Incorporación al cuerpo de Cristo

Una consecuencia salvífica importante del santo bautismo es la incorporación del bautizado a la sociedad de la Iglesia. La fe, que nace del bautismo, hace que salgamos del aislamiento de nuestro propio «yo» y que entremos en la comunión con Jesús, y también con aquellos que forman parte de su cuerpo místico. Desde ese momento el lugar de tu fe está en la Iglesia. Tu fe es una partícula de la fe de la Iglesia, y fuera de ella no tendría posibilidad de desarrollarse.

De acuerdo con los decretos del Concilio, el cuerpo místico de Cristo se construye incesantemente por los sacramentos de la iniciación cristiana. Somos incorporados a él por el bautismo, y luego somos fortalecidos por medio de la confirmación y de la eucaristía. Sin embargo, sin una fe viva es imposible que nos percatemos y vivamos nuestra pertenencia al cuerpo místico de Jesucristo. Muy a menudo, las personas que acuden a un bautismo están ciegas, miran, pero no ven ni entienden. Se interesan más por el comportamiento del niño, si llora o está tranquilo, y no son conscientes del acontecimiento extraordinario e inimaginable que se está realizando ante sus ojos.

Si tuvieran fe experimentarían un fuerte impacto, puesto que entenderían qué gran acontecimiento se está realizando cuando se derrama el agua sobre la cabeza de quien recibe el bautismo y se pronuncian las palabras: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Solamente una fe viva hace posible ahondar en la sencillez de los signos sacramentales y palpar la realidad inconcebible que se efectúa. La falta de fe puede conducir a entender la eficacia del sacramento del bautismo de una manera mágica o solamente como un acto eclesialístico externo.

Tu fe, cuya fuente es el bautismo, no la puedes construir ni profundizar solamente por medio del diálogo personal con Jesús, puesto que la fe tiene dimensión de comunidad; por tanto, además del diálogo personal la fe ha de nacer y desarrollarse también en esta dimensión, es decir, en la dimensión comunitaria.

Un bautismo es un acontecimiento muy importante para toda la parroquia. La comunidad a la que pertenece quien recibe este primer sacramento de la Iglesia debería acompañarle por medio de su oración y de su actitud de

Fe. Dios obsequia por medio de este sacramento gracias extraordinarias no solamente al recién bautizado, sino también a su comunidad, la cual recibe a un nuevo miembro del cuerpo místico de Cristo. Entonces es importante que todos recibamos este gran don de Dios, con espíritu de fe profunda y con gratitud.

A través del sacramento del bautismo entras en la comunión de los santos. La gracia de Cristo, como fuente inagotable de vida, inunda a todos, y también en todos actúa el mismo Espíritu Santo. Cada uno de nosotros recibe gracias, no solamente para sí mismo, sino también para los demás; por eso debemos difundirlas por medio de las palabras, de los pensamientos y de las obras. A través de nuestra mayor fidelidad a Dios crecemos en la gracia, y así se intensifica nuestra singular irradiación sobre los demás; independientemente de los actos externos emprendidos y de la distancia física de las palabras habladas o escritas o de dar buen ejemplo. Esta es nuestra influencia sobre los demás en el orden ontológico.

La oración de los demás también te pertenece -dijo R. Guardini-, también su crecimiento espiritual su actuación y su pureza de corazón. ¿Pensaste alguna vez en la comunión del sufrimiento, que las gracias originadas por el sufrimiento de alguien se comunican a los demás? Esto se realiza por el propio poder de! sufrimiento, y no solamente por dar ejemplo de actitud de fe, de oración o de intercesión ante Dios. Si uniéndote a los sufrimientos de Cristo tu oración es ofrecer a Dios tus experiencias dolorosas por los demás, estas se convierten, para ellos, en poder redentor vivo y saludable. Por encima de cualquier obstáculo o distancia prestas ayuda ahí donde ninguna otra cosa puede ayudar.

Nadie es una isla perdida en la soledad. Como cuerpo místico de Cristo constituimos una especie de singular «sistema de vasos comunicantes». Todos tus actos, los malos y los buenos, tienen una dimensión social, y hacen que el mal o el bien afecten «la presión sobrenatural desde dentro». Esta oración, vista a la luz de la fe, forma parte del «sistema de vasos comunicantes», y por consiguiente, nunca es una oración solitaria. Como miembro del cuerpo místico de Cristo, a través de la «oración de la fe», enriqueces o empobreces a la Iglesia. Esta es la dimensión eclesial de la oración, y en ese sentido establece tu responsabilidad por la Iglesia y por los demás. Y no se trata de un rezo mecánico de los padrenuestros, sino de una oración auténtica que, al ser una forma de realización de la fe, llega hasta el propio Dios; no requiere un destinatario concreto al que se ruegue que actúe como intercesor ante él. Basta con que en ti aumenten la fe, la esperanza y el amor; que vigorizan tu vida de oración y que hacen que la Iglesia y los demás puedan recibir también sus efectos benéficos y salvíficos.

Dentro del cuerpo místico de Cristo —entendido como totalidad— existen varios tipos de vínculos más íntimos y más profundos, varios tipos de sistemas de vasos comunicantes. Ejemplo de tal unidad y sistemas de vasos comunicantes es la familia como Iglesia doméstica. Dios, queriendo influir sobre un determinado grupo de personas, normalmente se sirve, de manera especial, de una de ellas para obsequiar a las demás con sus gracias. La imagen de los vasos comunicantes, tomada de la física, puede darnos una mejor idea del cuerpo místico de Cristo.

Supongamos que en una familia de cuatro personas, tres de ellas están cerradas a la gracia de Dios. Ellas son como «recipientes» cerrados herméticamente; entonces

la persona abierta se convierte en el canal de gracias para los otros miembros de su familia. Esta persona tiene dos alternativas para influir: la primera es intentar abrir desde fuera estos «recipientes», en forma similar a como se saca un corcho con la ayuda de un sacacorchos. Pero si esos «corchos» constituyen un tejido vivo de la personalidad humana, entonces sacarlos desde fuera siempre producirá un gran sufrimiento, una herida dolorosa y en cierta medida destructiva. Dios no quiere que el canal de la gracia hiera; él prefiere la segunda alternativa. Siguiendo la figura de los vasos comunicantes, el familiar abierto podrá sacar esos «corchos» desde dentro, cuando haya un especial crecimiento de la gracia en él; y entonces se podrá ejercer presión «desde dentro» hacia los otros «recipientes».

Lo importante es el grado de tu fe, de tu adhesión a Cristo. «No es importante lo que haces -dijo Juan Pablo II-, lo importante es lo que eres. Cuanto más bien hay en ti, cuanto más fiel seas a la gracia, tanto más eficaz será tu influencia sobre los demás».

Por ejemplo, si en un matrimonio, el esposo se emborracha y su esposa quiere que cambie y se convierta, tendrá que empezar por convertirse ella misma. Sólo cuando en ella empiece a aumentar la gracia, cuando profundice en su conversión, entonces crecerá en ella la fuerza del bien, y esta fuerza provocará la conversión de su cónyuge.

La reforma del mundo, la transformación de los demás, debemos iniciarla en nosotros mismos para, de esta manera, posibilitar a los demás la afluencia de la vida sobrenatural. Es en ti donde ha de crecer la vida de Cristo, en tal grado que las gracias y el bien que recibas provoquen y causen la conversión de los demás.

Estas son las consecuencias de que pertenezcas al cuerpo místico de Cristo, las consecuencias de esta verdad extraordinaria: que a través del bautismo te convertiste en miembro del Cristo total; de su cuerpo místico.

G. K. Chesterton escribe que en la historia la fe de la Iglesia ha pasado por una agonía y muerte aparentes al menos cinco veces. Uno de esos períodos dramáticos de «agonía de la Iglesia» fueron los tiempos de san Francisco de Asís. La sombría imagen de la Iglesia del siglo XII se atestigua, entre otras cosas, por las numerosas bulas del papa Inocencio III, en las que condenaba los más escandalosos abusos: usura, venalidad, gula, embriaguez, libertinaje. Eran frecuentes en la Iglesia el lujo y las costumbres licenciosas. En el contexto de esta caída tan grande de las costumbres, aparecieron en Europa muchas herejías fanáticas y violentas, entre ellas la de los albigenses y la de los valdenses, que casi destruyeron la cristiandad. Otro golpe dado a la iglesia de entonces fue el de los predicadores vagabundos, quienes criticaban continuamente a aquellos obispos dominados por la codicia de las riquezas y les oponían ejemplos de pobreza evangélica.

San Francisco de Asís nunca criticó a nadie. Consideraba que ante el mal imperante a su alrededor, él tenía que convertirse primero. Si proliferaban el lujo y las costumbres licenciosas, entonces él tenía que hacerse radicalmente pobre y puro, puesto que él se consideraba culpable de tal situación.

Los santos se diferencian de los heresiarcas en que estos últimos quieren convertir a los demás, y no a ellos mismos, mientras que los santos toman para sí cualquier crítica. Para que el mundo sea mejor, ellos mismos procuran convertirse.

Cuanta más corrupción y escándalo veía Francisco

a su alrededor, tanto más deseaba asemejarse a Cristo, puro, humilde y pobre. Es él, Francisco, el culpable de que el mundo sea tan malo. Y frente a este hecho, es él, Francisco, quien tiene que convertirse radicalmente; y la historia reconoció que tenía razón. Cuando Francisco se convirtió, cuando se volvió tan «transparente» para el Señor que en él pudo verse la faz de Cristo, Europa empezó a levantarse de su caída moral. Se cumplió el sueño de Inocencio III, en el que vio una figura parecida a Francisco, que sostenía los muros vacilantes de la basílica de San Juan de Letrán, llamada «madre y cabeza de todas las Iglesias» (símbolo de toda la Iglesia}, y la salvó. A través de la santidad de Francisco, Cristo levantó a su Iglesia de «la agonía» de la fe. El mundo se enriqueció con su santidad no por conocer al hombre que realizó el espíritu del evangelio de una manera extraordinaria y heroica, sino por el sistema de vasos comunicantes; puesto que su santidad influyó, también, sobre las personas con las que él nunca tuvo contacto.

La luz de la fe permite que te des cuenta de que por medio del bautismo perteneces al cuerpo místico de Cristo; de que has sido incorporado a ese sistema de vasos comunicantes que tanto necesita a los convertidos y a los santos y que tanto necesita de tu conversión y de tu santidad. Gracias a la luz de la fe, vas dándote cuenta de que el proceso de convertir a los demás se inicia siempre por la conversión de uno mismo. Todo bien tuyo influye sobre los demás; tu fidelidad es fuerza para los que amas-, comulgar no sólo a ti te fortalece, sino que también es alimento para tu familia, tus amigos, tu parroquia, la Iglesia y el mundo. Empieza, pues, por ti mismo, por tu apertura a Cristo. Si la persona que amas está todavía muy cerrada a la gracia y su situación no cambia, es señal de que das todavía demasiado poco de ti mismo, de que Dios espera de ti mucho más. Puede ocurrir que la persona querida esté tan cerrada que Dios te pedirá mucho, te pedirá todo; pedirá tu santidad. Dios quiere que te santifiques y que a través de tu santificación se vaya santificando tu ambiente, tus seres queridos, la Iglesia y el mundo.

El sacerdocio de los fieles

El sacerdocio universal de los fieles, que es consecuencia del bautismo, se expresa plenamente en el sacrificio eucarístico. El sacerdote, celebrando la santa misa, representa no solamente a Cristo sacerdote, sino también a los fieles, que junto con él, y por su mediación, ofrecen el sacrificio de Cristo, ofreciéndose también ellos mismos a Dios. Con el poder del santo bautismo, señala expresamente el concilio Vaticano II, los fieles participan de la función sacerdotal de Cristo (cf *Lumen gentium*, 26). Ellos están «consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que por medio de toda obra del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales (...) perseverando en la oración y alabando juntos a Dios, ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios» (LG 10).

En la santa misa se realiza una especial similitud del bautizado con Jesucristo, puesto que el bautizado no solamente coopera en el ofrecimiento, sino que, al mismo tiempo, se convierte en ofrenda.

El sacerdocio universal de los fieles está vinculado con la llamada a entregar todo a Dios, con la llamada a la santidad. Tu santa misa, dentro del sacerdocio universal de los fieles, será eficaz cuando te entregues a Cristo

hasta el extremo, y a través de él te entregues plenamente al Padre, cuando no quieras nada para ti mismo y aceptes ser despojado, como Cristo lo fue. Dios, celoso por tu amor, desea ese don total. El sacerdocio de los fieles ha de conducirte a tu mayor incorporación en Cristo. Has de ser como Cristo, un don total para el Padre, sin guardar nada para ti, puesto que solamente entonces él podrá entregarse a ti y llenarte de él plenamente.

La presencia de Cristo, que crece en ti, ha de ser transmitida a los demás. A través del bautismo fuiste llamado *a contemplata aliis tradere* (participar a otros del fruto de la contemplación). Con el poder del bautismo llegas a ser participante del oficio profético de Cristo. Estás, pues, llamado a ejercer las funciones apostólicas y evangelizadoras. San Pedro vincula el sacerdocio de los fieles con la obligación del apostolado y de la evangelización: «Sois sacerdocio real (...), para anunciar las grandezas del que os ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa» (I Pe 2,9).

Juan Pablo II dijo, en la homilía pronunciada el 29 de enero de 1979 en Oaxaca, México: «Todos los fieles, en virtud del propio bautismo y del sacramento de la confirmación, tienen que profesar públicamente la fe recibida de Dios por medio de la Iglesia, difundirla y defenderla como verdaderos testigos de Cristo. Es decir, están llamados a la evangelización, que es un deber fundamental de todos los miembros del pueblo de Dios».

Sin embargo, tienes que recordar que la eficacia de tu actividad apostólica fluirá de tu profunda vida interior, de tu vida de oración y de tu total entrega a Cristo sacerdote; a ejemplo de María, cuya entrega a Dios, plena y virginal, es la fuente de la maternidad espiritual para las almas. El bautismo, que te hace nacer a la fe, te llama también a tal maternidad.

Capítulo 11

La confirmación

El sacramento de la confirmación está vinculado estrechamente con los sacramentos del bautismo y de la eucaristía, puesto que con ellos es sacramento de iniciación cristiana. Si el bautismo incorpora al bautizado a la Iglesia, la confirmación realiza una incorporación más perfecta al cuerpo místico de Cristo. El sacramento de la confirmación intensifica el dinamismo de las gracias del bautismo, y nos obsequia con un poder especial del Espíritu Santo que nos obliga a «difundir y defender la fe como verdaderos testigos de Cristo» (LG 11).

La confirmación, el bautismo y la eucaristía son los sacramentos que condicionan y profundizan el proceso por el cual el creyente se asemeja a Cristo. En el sacramento de la confirmación recibimos la gracia de Pentecostés, la plenitud del Espíritu Santo. La Iglesia, en los textos litúrgicos, compara las gracias de este sacramento con las gracias extraordinarias que recibieron los apóstoles el día de Pentecostés. En la confirmación el Espíritu Santo descende sobre los bautizados y desea llevar a la madurez lo que se inició, de una vez y para siempre, en el sacramento del bautismo.

El fruto especial de este sacramento es el don de la fe

madura, que nos concede el Espíritu Santo por medio de gracias que nos despojan de nosotros mismos.

El despojamiento, condición para llegar a la plenitud

Nuestra fe se profundiza con la pérdida de los sistemas de seguridad que tenemos, con la pérdida de esos elementos que nos hacen tener una sensación de fortaleza, de poder y de importancia. La privación de esas cosas deja en nosotros el espacio necesario para la fe, la cual requiere de la humildad. Dios, al privarte de tu fortaleza y poder, te acerca a él, te coloca en la verdad y hace que lo necesites más; y esto es una gracia invaluable. San Juan de la Cruz dijo que Dios ama a las almas aún más cuando las despoja, porque es entonces cuando los hombres pueden llegar a la plenitud de la fe. Cuando no tienes apoyo en ningún sistema de seguridad, entonces puedes ser atraído por Dios como tu único apoyo, como la única roca que te salva. La gracia de la privación es un don singular del Espíritu Santo, quien antes de descender hasta el hombre, lo despoja de todo. Nosotros, con frecuencia, no entendemos la actuación del Espíritu Santo. Él es el poder, el consolador, el amor del Padre y del Hijo; pero con frecuencia olvidamos que él es también el principal constructor de nuestra santidad. Es él, pues, quien realiza todo el proceso indispensable en el camino hacia la comunión con Dios, que se compone tanto de elementos de atracción como de elementos de purificación, es decir, de elementos que nos despojan de lo que tenemos.

Es el Espíritu Santo quien nos despoja, él es quien nos hace pobres. Él es, como lo reconocemos en la secuencia, el Padre de los pobres, es decir, el que otorga los dones. ¿Acaso el Espíritu Santo nos otorga dones para hacernos aún más ricos? Eso carecería de sentido, ya que la riqueza de espíritu es calificada, en el evangelio, como una maldición. Su don consiste en despojarnos y hacernos aún más pobres, para que nos abramos a su poder y a su amor. Es solamente entonces cuando él mismo se convierte en don, porque puede descender en el espacio que deja en nosotros el despojamiento, para llenarlo con su infinito poder y amor.

Una forma especialmente importante de despojamiento, a través de la cual el Espíritu Santo nos prepara para su «venida», es el despojamiento de la falsa imagen de nosotros mismos para librarnos de la hipocresía. San Juan, en su evangelio, nos transmite la promesa de Cristo de que el consolador, el Espíritu Santo, cuando venga «demostrará al mundo en qué está el pecado, la justicia y la condena» (Jn 16,8). Entonces, una de las funciones del Espíritu Santo, que desciende sobre nosotros en el sacramento de la confirmación, es convencernos de nuestro pecado, es decir, darnos la gracia de la humildad. Esta es la gracia fundamental del Espíritu Santo. Es gracias a ella como conocemos quiénes somos de verdad, nos convencemos de que somos pecadores y de que nos falta fe.

Si estás seguro de ti mismo, si hasta ahora no has descubierto tu propia pecaminosidad y tú solo te las arreglas para todo, entonces no necesitas del Espíritu Santo. La seguridad en ti mismo y la falta de humildad cierran las puertas de tu corazón a su venida. Si no te sientes pecador no deseas la actuación salvífica del Espíritu Santo en tu vida, y entonces no recibirás las gracias del sacramento de la confirmación. Los dones

fundamentales del Espíritu Santo, la humildad y la fe, van haciendo el espacio en el que lo vamos recibiendo a él mismo como un don, cada vez más, hasta la plenitud.

Los frutos de la confirmación

Las gracias de los sacramentos no actúan automáticamente. La confirmación no borra los defectos del carácter, no elimina las deficiencias del temperamento y no suple al esfuerzo personal. Después de recibirlo puedes seguir siendo miserable, miedoso, tibio en la fe, esclavo del respeto humano. El poder del Espíritu Santo que se nos concede en el sacramento de la confirmación, inicialmente se te propone, y tú puedes recibirlo libremente por medio de la fe. Pero también puedes negarte a recibir esta gracia, puedes despreciarla. El Espíritu Santo viene al hombre con una gran delicadeza, sin imponerse, en el silencio del corazón que espera su venida. El vendrá solamente cuando tú lo esperes, cuando empieces a escuchar atentamente cada una de sus palabras y desees su actuación en tu vida. Sólo en la medida en que nazca en tu corazón el ansia de su presencia y de su actuación, él te frecuentará.

El camino a la madurez de la fe no es un movimiento regular que avance en línea recta. Normalmente está marcado por numerosos altibajos. Para llegar a la madurez de la fe tendrás que experimentar más de una vez las faltas de tu propia inmadurez. Primero tienes que ser humilde, y entonces irá creciendo en ti la fe. El crecimiento en la humildad, que significa estar en la verdad, hará posible que te abras cada vez más a las gracias de la confirmación y que crezcas en ellas hasta la plenitud.

Después de recibir la confirmación, podrías creer que en tu vida has superado una etapa; sin embargo, en realidad apenas inicias el camino hacia la plenitud en la vida de la fe. Este es un sacramento que requiere de tu cooperación. A través de él, se inició algo extraordinariamente importante en tu vida, se inició un nuevo proceso de cooperación con el Espíritu Santo, quien descendió y espera que tu corazón se abra plenamente a su venida. Y esto será posible cuando vayas creciendo en humildad y fe.

Antes de recibir el sacramento de la confirmación, durante la renovación de las promesas del bautismo, la Iglesia te hace la pregunta: «¿Crees en el Espíritu Santo, señor y dador de vida, a quien has de recibir hoy en el sacramento de la confirmación, así como lo recibieron los apóstoles el día de Pentecostés?». Para que puedas responder de nuevo a esta pregunta tienes que estar en la verdad ante Dios, tienes que cuestionar tu fe con espíritu de humildad. Si te bautizaron siendo niño, fuiste inconsciente de las promesas que hicieron tus padres y padrinos. Pero luego durante tu confirmación, al renovar esas promesas, ¿las pronunciaste con la plena conciencia de que escogías a Cristo, de que querías pertenecer plenamente? Si no vives con las gracias del santo bautismo y con las gracias de la confirmación, tiene que haber poca fe en ti. Has recibido la plenitud del don del Espíritu Santo, ¿y qué ha cambiado en tu vida? Procurando estar en la verdad, debes preguntarte con frecuencia: ¿qué he hecho con los dones del Espíritu Santo?, ¿qué he hecho con el mismo Espíritu Santo, a quien recibí como don inefable?...

Cuando se recibe el sacramento de la confirmación en pecado mortal o sin fe, es ineficaz, aunque válido. Sin

embargo, cuando aparece en el hombre la disposición apropiada, este sacramento puede revivir. Si tú lo recibiste con poca fe, sin darte cuenta del hecho extraordinario de la venida del Espíritu Santo sobre ti, ahora, a través de! aumento de tu disposición, puedes recuperar su eficacia. Las gracias de este sacramento han de revivir en ti y aumentar en el transcurso de toda tu vida, hasta que llegues a unirte plenamente con Jesús en el Espíritu Santo.

La validez de un sacramento no es lo mismo que su eficacia para la persona que lo recibe. Un sacramento puede ser válido, y a pesar de ello ineficaz, es decir, el hombre puede no recibir las gracias vinculadas con él. Y lo que es peor, puede llegar a ser culpable de recibir indignamente tal sacramento. San Pablo, hablando de la eucaristía, advierte: «El que coma el pan o beba del cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor» (1 Cor 11,27). Los sacramentos conceden la gracia solamente a aquellos que no oponen resistencia a ella. El Espíritu Santo necesita de tu apertura y de tu disposición interior. Él está ante tu puerta y llama a ella, sin embargo, no entrará si no lo invitas. Entonces puedes cerrarte a él, pero también puedes abrirle ¡a puerta de tu corazón de par en par, por medio de la fe y de la humildad.

El don del Espíritu para los apóstoles

Durante la última Cena, Jesús dijo a los apóstoles: «Muchas cosas tengo que deciros todavía, pero ahora no estáis capacitados para entenderlas. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará a la verdad completa» (Jn 16,12-13). En la víspera de la muerte de Cristo, los apóstoles no eran capaces aún de recibir toda su enseñanza, puesto que aún no había descendido sobre ellos el Espíritu Santo. ¿Por qué no descendió sobre ellos desde el momento en que Jesús los llamó y decidieron seguirle? De haber sido así, Jesús habría podido explicarles todo. La razón de que el Espíritu Santo no podía descender sobre ellos desde el principio, era que no tenían la disposición, porque aún no estaban despojados. No había en ellos auténtica humildad, no había tampoco fe auténtica, la fe que es impotencia y esperar todo de Dios.

El hombre creyente tiene que ser despojado de todo sistema de seguridad. Eso lo vemos con gran claridad en la vida de los apóstoles. Cuando son despojados de lo que tienen, se rebelan contra Dios y se apartan; o por el contrario, adquieren una fe más dinámica y un mayor abandono en él. i.e. joven rico, que con tanto fervor preguntó a Cristo sobre lo que debía hacer para conquistar la vida eterna, renunció a seguir los pasos del Señor. No quiso dejarlo todo, no quiso verse despojado de todo.

Y es por eso por lo que refiriéndose a él, Cristo dijo: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios» (Mc 10,25).

Y luego el asombro de los apóstoles y la reacción de Pedro: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mc 10,28). En el alma de Pedro pudo surgir un cierto sentimiento de superioridad, porque efectivamente aquel no siguió al Señor, pero «(nosotros) lo dejamos todo».

No podemos negarlo, Pedro efectivamente lo dejó todo, dejó a su familia y abandonó su oficio. Lo mismo hicieron Juan y Santiago, de quienes el evangelio cuenta que abandonaron a su padre, Zebedeo, quien probablemente era rico, pues tenía una empresa de pesca que

empleaba asalariados. Ellos también abandonaron a sus familias, y dejaron sus oficios y apoyos que les daban seguridad; lo dejaron todo para seguir los pasos de Jesús. Pero, como suele ocurrir cuando se trata de un acto aislado, el hombre está dispuesto a entregárselo todo a Dios, pero pronto estará dispuesto a volverse a apropiarse de todo.

Los apóstoles, por ejemplo Juan y Santiago, que lo dejaron todo para seguir a Jesús, se sentían luego muy seguros de sí mismos. Tenían una visión muy clara de cómo debía de ser el reino de Israel, y tenían la tentación de hacer carrera en él. Más aún, se puede llegar a pensar que sentían envidia de Pedro, porque era tratado con deferencia. La madre de ellos, probablemente a sabiendas de los dos, pidió que fueran los que se sentaran junto a Cristo, a su derecha y a su izquierda. Y es así como se puede renunciar a todo y luego apropiarse de todo. Con esos deseos, estos apóstoles trataron de apropiarse del primer puesto en el reino de Jesús. Ya tenían un espíritu de auténticos fariseos, aunque no lo eran ni por el nombre, ni por la pertenencia formal. Pero su fariseísmo se manifestó con mucha claridad cuando Jesús, de camino a Jerusalén, quiso pasar por un poblado samaritano, pero sus vecinos, que sentían animosidad contra los judíos, no quisieron recibirlo. Entonces Juan y Santiago, llamados «hijos de! trueno», dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?» (Lc 9,54). Ese ya es un rasgo evidente de fariseísmo: los mejores exigen castigo para los peores.

Se puede dejar todo y seguir a! Señor, y luego sentirse más grande y mejor que los demás, pero eso equivale a haber tomado la levadura del fariseísmo. Eso sucedió con los apóstoles. Pero vemos que mientras son tan fariseos. mientras se apropian de tantas cosas, el Espíritu Santo no puede descender sobre ellos. Lo más sencillo hubiera sido que ya desde un principio el Espíritu consolador, aquel que santifica y endereza los senderos humanos, aquel que es la luz, descendiera y explicara toda la doctrina de Jesús. Pero el Espíritu Santo no descenderá hasta el hombre neo de espíritu, al que Jesús se refirió diciendo: «¡Ay de vosotros, los ricos!» (Lc 6,24). No puede descender hasta el hombre que se siente seguro de sí mismo, al hombre rico de espíritu, porque ese hombre se mantiene cerrado a su poder, al poder del Padre de los pobres.

En la vida de los apóstoles, claramente vemos etapas que marcan su gradual acercamiento a Dios. Primero tuvieron una reacción similar a la primavera de Galilea, llena de alegría y de ilusiones. Luego empezaron a aparecer en el horizonte las nubes negras, comenzaron los conflictos con los fariseos, surgió el temor entre ellos; se produjeron los primeros destellos de purificación y su fe fue sometida a las primeras pruebas. Fue entonces cuando Tomás, que poco antes había presenciado los intentos de prender y apedrear a Jesús, dijo con resignación, casi con desesperación: «Vayamos también nosotros a morir con él» (Jn 11,16). Ya no eran los apóstoles triunfantes de los tiempos de la primavera de Galilea. Empezaron a sentir temor, porque había comenzado el enfrentamiento con la élite del pueblo, con el poder que representaban, en aquellos tiempos, los fariseos y los saduceos.

El despojo total y la gran prueba de su fe se produjo el Viernes santo, durante la pasión de Cristo, durante la jornada del martirio de Jesús; día que sirvió para la

redención del mundo; noche que sirvió a los apóstoles para su purificación. Para ellos aquel día todo se derrum-

200

201

bó, todo se desmoronó. No surgiría el reino añorado, porque Jesús había fracasado, ya nada era posible, ya nada se podía esperar, quedaba únicamente la desesperación. Juan, junto a la cruz, probablemente también sentía desesperación, aunque el evangelio no lo relata de manera directa. Pero él también tuvo que sentir que todo se derrumbaba. Alguien dijo: «Si no has pasado por la prueba de la desesperación, se puede decir que nada sabes». Los apóstoles tuvieron su prueba de desesperación el Viernes santo. Ellos, de espíritu fariseo, se vieron totalmente despojados de lo que tenían. Pero después de la resurrección, aquella noche de desesperación se vio iluminada por el resplandor de Cristo, quien resucitado se les apareció. Vieron que Cristo vivía y que estaba entre ellos. Sin embargo, aquella era otra presencia, una presencia que no daba plena seguridad, que no garantizaba el sentimiento de plena estabilidad. Cristo ya no tenía el mismo cuerpo que antes. Ahora su cuerpo era glorioso, era diferente, como si no fuera terrenal; atravesaba las puertas cerradas, y, a veces, suscitaba dudas de que realmente fuera el mismo maestro que habían tenido.

No terminaron allí las pruebas a las que fueron sometidos, no terminó allí la noche de su purificación. Garrigou Lagrange escribe que los diez días que transcurrieron desde la ascensión hasta la venida del Espíritu Santo, fueron, para los apóstoles, otra prueba de fe. Otro momento en el que continuó su despojamiento; cuando les fue arrebatada la presencia humana visible de Cristo, que hasta entonces había sido su principal punto de apoyo. Entonces carecieron totalmente de apoyos. La joven Iglesia que nacía en el cenáculo y se mantenía en una actitud de oración, estaba despojada de todo. La teología de la vida interior dice que durante la segunda noche, la más dura, aparece María, quien con su presencia la ilumina. Así sucedió también en el cenáculo. Allí los apóstoles no estaban solos, María estaba con ellos. Ella jamás se dejó dominar por la desesperación, su fe jamás vaciló. Ahora se encuentra con ellos como modelo de fe, de perseverancia en la oración y de espera del Espíritu Santo. Los apóstoles, totalmente pobres, desposeídos ya de todo, sin un signo visible de la presencia humana de Cristo, esperan junto con María. Y es entonces cuando, despojados, sumidos en el vacío, desciende hasta ellos el Espíritu Santo; quien, como dice la liturgia, es el Padre de los pobres. Entonces los invade su poder. Y fortalecidos de esa manera, son enviados a conquistar el mundo para Cristo.

Amar a la Iglesia

Por medio de la confirmación, te unes más estrechamente con la Iglesia. Al recibir este sacramento entras en un estrecho vínculo espiritual con el obispo que te lo administra, quien como tal participa en la maternidad espiritual de la iglesia. Entonces, el obispo es para ti un canal especial de la gracia y de los dones del Espíritu Santo, los que te hacen nacer «a la plenitud de la vida cristiana».

Los textos litúrgicos hablan del carácter espiritual que queda impreso en el alma del confirmado, el cual expresa el vínculo perfecto con Cristo y con la Iglesia. El hecho de que el confirmado entre en un vínculo espiritual con el obispo, le compromete a amar a la Iglesia. Deberías amar a la Iglesia del mismo modo que la ama Cristo, quien «se

entregó a sí mismo por ella» (Ef 5,25). Amar como Cristo significa amar hasta el punto de entregar la

202

203

vida. La Iglesia es nuestra madre. Como consecuencia de la secularización universal, nos falta la visión sobrenatural de la Iglesia. En el credo confesamos: «Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica». Esta confesión significa: me entrego confiadamente a la iglesia, igual que si me entregara a la persona de Cristo, porque abandonándome a la Iglesia me abandono a Cristo. Confiando-me en la Iglesia me confío en Cristo, puesto que la Iglesia es su cuerpo místico.

En el museo de los Bardos en Túnez existe un mosaico del siglo IV d.C. sobre el que H. Daniel-Rops escribió en su libro *Nocturnos* que ningún cristiano puede contemplarlo sin conmoverse. De manera burda, como reconstruyendo en el mosaico algún primitivo grabado en piedra, está representado un vestíbulo con las columnas de una basílica, debajo de las cuales está una breve frase que eleva esta imagen modesta a la dignidad de símbolo; son dos palabras llenas de contenido: *Ecclesia mater*, Iglesia madre.

El siglo PV fue un período de grandes luchas, un período de retorno al paganismo, y de persecuciones realizadas por Juliano el Apóstata. No era algo fácil ni seguro ser cristiano. En todo el Imperio crecía la inquietud, se difundía la anarquía política y la confusión religiosa. En esa atmósfera de amenazas y peligros permanentes, en ese mundo en el cual aún no se secaba la sangre de los mártires sobre la arena de los anfiteatros, alguien grabó -probablemente en una atmósfera de apacible oración-esas dos consoladoras palabras: *Iglesia madre*. No es necesario un gran esfuerzo para entender esas palabras tal como las entendió aquel distante hermano nuestro en Cristo, aquel que las trazó con pequeñas piedras sobre el cemento húmedo. i.e. mundo que lo rodeaba era inseguro, la historia estaba sumida en la oscuridad. Sin embargo, existía un lugar donde incluso el peligro tenía sentido, y donde todo estaba sometido a una gran esperanza. Era un lugar donde la fraternidad humana vencía las divisiones de clase o de raza. Donde el amor era más fuerte que la muerte.

Las columnas y muros de la basílica eran sólo la imagen visible de ese lugar privilegiado, sobre el cual el apóstol dijo que por siglos sería la casa del Dios vivo (cf Heb 12,22); era la Iglesia, nuestra madre, *Ecclesia mater*. Pasaron muchos siglos y muchas épocas, pero la Iglesia, lo mismo que para los fieles de aquel siglo heroico, permanece siendo nuestra madre.

Las palabras «hijo de la iglesia», con las que el cristiano se llama a sí mismo, expresan una pertenencia de un género distinto a la que otorgan los partidos y asociaciones humanas, tienen un sentido diferente al de solidarizarse con filosofías o sus sistemas. Incluso el nombre «santo padre», que damos a aquel que a nuestros ojos resume y personifica a la iglesia, ¿acaso no es el eco de esos mismos sentimientos de afecto y total confianza, expresados hace más de dieciséis siglos en esa inscripción tunecina. *Iglesia madre*? Su papel de madre se hace más visible en las horas de inquietud y peligro. Se ha hablado de que la Iglesia agonizaba, de que con los viejos

andrajos del pasado habría que guardarla en un museo; pero ella continúa en su lugar, como una ciudad situada en lo alto de una montaña, visible para todos. Cuando en los momentos de peligro llamamos invocando auxilio, la Iglesia, nuestra madre, está siempre cerca; infinitamente paciente y misericordiosa; siempre recibe al hijo pródigo con alegría, y abre sus brazos a cada oveja perdida.

La Iglesia vive en la convicción de que en ningún cora-

204

205

zón humano hay traición tan grande que no tenga perdón. Por eso, con compasión inefable, mira a estos que durante muchos años fingieron desconocerla, y les susurra: «¿Qué más da que os hayáis alejado tanto de mí, si yo he estado siempre junto a vosotros?». Hoy también, la iglesia desde lo profundo de su corazón maternal, ofrece a la gente del siglo XX lo mismo que a aquellos cristianos del siglo IV. Ante las tempestades históricas y atormentado por la barbarie, el mundo ha perdido la orientación que debe tener la vida humana. En este mundo que pone en duda todo, incluso a sí mismo, la Iglesia es la única que sabe bien adonde va. Independientemente de que se le acuse de querer tener importancia en la vida social o política, ella nos enseña verdades incommovibles. A ese mundo atormentado por la violencia, en el cual el hombre parece sólo ver el fatalismo trágico de su voluntad de destrucción, la iglesia le repite la lección, tan sencilla y tan necesaria del amor. Lección que ella misma recibió en las colinas de Galilea, y la cual la sangre de Dios selló en el Calvario. Por eso sigue siendo la Ecclesia mater.

Por medio de la confirmación quedas estrechamente unido a la iglesia. ¿Acaso, enriquecido por las gracias de la confirmación, la amaste tanto como Cristo la amó?, ¿te interesa su vida?, ¿es ella para ti «tu iglesia»? Tu deseo de unirse con Jesús hará que te sientas, cada vez más, hijo de la Iglesia. Buscando a Jesús, lo encontrarás plenamente en su cuerpo místico. Amándolo, empezarás a amar a la Iglesia, a la cual él amó hasta el extremo, hasta entregar su vida por ella.

El compromiso del apostolado

El amor de Cristo que se profundiza gracias a la fe hace nacer el deseo de dar testimonio de él. También tu llamada a la santidad y tu amor por la Iglesia están estrechamente vinculados con la llamada a la actividad apostólica. Juan Pablo II nos recuerda el compromiso que tenemos los cristianos de dar testimonio de Cristo diciendo: «Solamente el profundo amor a la Iglesia puede sostener el fervor de dar testimonio. La fidelidad a Cristo no puede estar separada de la fidelidad a la Iglesia».

Recibiste un tesoro y un don extraordinario que no puedes guardar únicamente para ti. Esto sería enterrar el tesoro. Tú has de transmitir a los demás este tesoro inapreciable, has de compartirlo. Has de dar testimonio de este obsequio, de lo que descubriste, de lo que amas y de lo que el Espíritu Santo obró en ti. Cuanto más dócil seas al Espíritu Santo, tanto más él reproducirá en ti la imagen de Cristo, y profundizará en tu corazón el amor a la Iglesia haciendo que seas fiel a tu vocación apostólica. Juan Pablo II en su visita a Francia le preguntó a esta nación: «¿Qué habéis hecho de vuestro bautismo?». Esta pregunta está dirigida también a ti: ¿eres fiel a la gracia de tu bautismo?, ¿eres fiel

a las gracias de tu confirmación?, ¿aumenta en ti el sentido de responsabilidad por la proyección y la vitalidad de la Iglesia; de tu diócesis; de tu parroquia?

El rito de la confirmación especifica las formas concretas de dar testimonio de Cristo, testimonio que siempre debe surgir de la fe y del amor. Has de dar, pues, testimonio de aquel que murió y resucitó por ti, que murió y resucitó por aquellos entre quienes tú das testimonio de él. Tu apostolado ha de ser en actitud de servicio hacia

206

207

los demás, fortalecido por el Espíritu Santo. También has de pedir al Espíritu Santo la gracia de la valentía, tan necesaria para defender la fe y emprender el apostolado con esfuerzo.

La confirmación será para ti un sacramento ineficaz si no descubres al Espíritu Santo, si no te das cuenta de que es él quien te purifica y renueva continuamente, quien forma en ti la actitud de hijo hacia Dios Padre y quien ora en ti con las palabras de hijo: «¡Abba, Padre!» (Rom 8,15). Si lo descubres, él te obsequiará con la paz de Cristo, la que el mundo no puede dar. Pero, sobre todo, dirigirá tu corazón a los pobres para que los socorras con tu ayuda, no solamente material, sino también espiritual; por medio de la proclamación de la buena nueva de la salvación y del amor de Dios, amor que tú experimentarás cada vez más.

Juan Pablo II, durante la primera peregrinación a su patria, en vísperas de la solemnidad del Espíritu Santo, exclamó:

«¡Que descienda tu Espíritu! ¡Que descienda tu Espíritu y se renovará la faz de la tierra! (...) ¡De esta tierra!».

Al Espíritu Santo no lo ves, pero está. Sólo a través de la fe puedes recibirlo y darte cuenta de su actuación salvífica. Si no tienes fe, si no procuras escucharlo, si, incluso, ahogas su voz, que es normalmente silenciosa, entonces «entrísteces a! Espíritu Santo de Dios» (cf Ef 4,30). Cuando tomas tai actitud hacia él, causas su tormento, su kénosis, su despojamiento. Él, el Espíritu de Jesús, el amor del Padre y del Hijo, se dirige a ti como lo hizo Jesús, que si bien hablaba a veces con la fuerza del huracán, más a menudo lo hacía con la suavidad de la brisa. Por eso te es tan fácil ahogar su voz y malgastar ese extraordinario don que recibiste en el sacramento de la confirmación.

A los cristianos, «insertos por el bautismo en el cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado... El apostolado se ejercita en la fe, en la esperanza y en la caridad que el Espíritu Santo difunde en el corazón de todos los hijos de la Iglesia. Más aún, el precepto de la caridad, que es el mandamiento máximo del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino y la vida eterna a todos los hombres, a fin de que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo». (AA 3). Entonces, todo lo que haces debe servir a la construcción y difusión del reino de Dios.

La fe, que es una condición imprescindible para la actuación del Espíritu Santo en el alma del confirmado, es un auténtico encuentro de dos personas. El Espíritu Santo desea profundizar este encuentro continuamente y, asimismo, conducir al alma a una

unión con Cristo cada vez mayor; a la contemplación y a la santidad; en el servicio a la amada Iglesia.

208

209

Capítulo 12

La eucaristía

Entre la fe y los sacramentos hay una interdependencia muy estrecha. El concilio Vaticano II, en la constitución *Sacrosanctum concilium* sobre la sagrada liturgia, subraya que los sacramentos no solamente suponen la fe en aquellos que los reciben, sino que a la vez la alimentan, la fortalecen y son una expresión de ella (Cf. SC 59). La fe siempre es la condición previa para conseguir la eficacia de los sacramentos, cuyo poder se funda en el poder de la fe. La teología dogmática subraya que cada sacramento, aunque actúa por su propia virtud, es decir, *ex opere operato*, en el caso de faltar la fe no genera frutos.

Son muchos los cristianos que, a pesar de recibir con frecuencia los sagrados sacramentos, no se desarrollan espiritualmente ya que tienen poca fe, y, por consiguiente, poco se comprometen con la obra salvífica, fruto de la muerte y resurrección de Cristo, la cual se lleva a cabo a través de los sacramentos.

La espera de la eucaristía

Es posible que te extrañe que la eucaristía y el sacramento de la reconciliación no te transformen, no aporten mayores resultados; pero es que la gracia necesita apertura, necesita que haya una disposición interna. Mira cómo la Iglesia, en su sabiduría, trata de prepararnos en el año litúrgico para recibir las gracias de la navidad. Se dedican a ello semanas enteras del adviento, durante las cuales la Iglesia ora incesantemente por la llegada de Jesús, por su venida al mundo. «Ven, Señor Jesús», no tardes, pide en sus oraciones litúrgicas. La Iglesia quiere que aumente en nosotros el ansia de Jesús, el ansia de su llegada. Las gracias de la navidad actúan en nuestros corazones en la medida del ansia por la llegada de Jesús, de que llegue en el año litúrgico la fiesta de navidad y Jesús vuelva a nacer. Pero eso requiere preparación y apertura. Si no tiene lugar el adviento, si no esperas a Jesús, no puedes extrañarte de que la navidad, el nacimiento del Señor, pase para ti de una manera desapercibida, sin dejar huella alguna en tu alma.

De la misma manera que la llegada de Jesús durante la navidad es precedida del adviento, así también debería ser esperada su venida en la eucaristía. Jesús siempre desciende hasta el altar, nace en el altar, y su nacimiento debería ser precedido por un «adviento», un adviento eucarístico. i.e. adviento eucarístico es, ante todo, una actitud de fe, de fe en el amor de Jesús que te espera. Es muy importante que creas que Jesús desea llegar a tu corazón, que desea la celebración de la eucaristía, que espera que tú comulgues; porque quiere entregarse a ti plenamente a través del Santísimo Sacramento, principal fuente de todas las gracias.

Una de las principales necesidades psíquicas del hombre es la necesidad de ser amado y aceptado. Pero no busques esto entre los hombres, porque con frecuencia te sentirás defraudado y conocerás la amargura. La fe

te dice que, en realidad, necesitas sólo la aceptación y el amor de Cristo; y él siempre te acepta y te ama. Juan Pablo II dice que en la santa comunión, no tanto eres tú quien lo recibe a él, sino él quien te recibe a ti tal como eres. «Te recibo significa que te acepta y te ama.

Celso, el filósofo pagano, escribió en el año 178 una obra que ridiculiza los dogmas cristianos de la encarnación y de la redención, y en la que se burla de la santa misa. Celso considera que los cristianos están locos: «Creen que Dios se transformó en uno de ellos y que pueden fundirse con él en el banquete eucarístico». Para él, esas ideas son demenciales. Pero esa opinión de Celso debería invertirse. No son los cristianos los que están locos porque creen que Cristo se les entrega en el pan eucarístico, es Dios quien se ha vuelto loco en su amor al hombre. La eucaristía es una manifestación de la locura de Cristo, del loco amor que tiene por los hombres..., del amor que te tiene. Por eso es necesario que, a través de esa fe, te prepares para la venida de Jesús en la eucaristía.

Es muy importante que aumente tu fe en su amor, que creas que él anhela llegar hasta ti en la eucaristía. Cuando creas lo mucho que él te ama y te espera, sabrás que si tú retrasas tu llegada, Dios, en su loco amor por ti, sufre lo que en psicología se califica como «el tormento de la espera». Cuando creas que Jesucristo te ama y te espera, entonces, como resultado de esa fe, deberá aparecer en ti el deseo y el ansia de la eucaristía, un ansia atormentadora porque él llegue. El tormento que se sufre cuando se espera a una persona es un tormento a la medida del amor que se le tiene. Cuanto más ama la madre al hijo que no llega, tanto mayor es su «tormento de la espera». Cuando se trata del amor infinito de Dios, de un amor que ni siquiera estás en condiciones de imaginar,

cuando no llegas, entonces, ¿no tiene que ser enorme el sufrimiento causado a Dios por esa espera?

La fe en que él desea encontrarse contigo, te protegerá de la rutina, la cual es una de las mayores amenazas para la fe. Cuando creas plenamente en el amor infinito de Jesús, cuando descubras que es un tormento para él esperar tu llegada al banquete eucarístico, entonces ya no podrás vivir sin la eucaristía. Habrá en ti ansia de eucaristía, un ardiente deseo de encontrarte con Dios, y si tienes ansia de eucaristía, no hay lugar para la rutina.

La eucaristía, culminación de la fe

Santo Tomás de Aquino dijo: «El sacrificio de Cristo es eficaz únicamente en aquellos que se funden con la pasión de Cristo a través de la fe y del amor»; cuanto más fe y amor hay en ti, tanto más eficaz es la eucaristía en tu vida. La fe es una participación en la vida de Dios, que se realiza de manera singular en los sacramentos, los cuales son sacramentos de fe. A través de la eucaristía participas con la comunidad de los fieles en la muerte y la resurrección de Cristo, te sumerges con ellos en las insondables profundidades del misterio de su muerte y su resurrección. «La liturgia nos une a todos como una manifestación directa de nuestra fe, especialmente durante la eucaristía. El acto de fe de la Iglesia jamás es tan pleno como en ese momento. Jamás hay tan alto grado de conciencia de la comunión con Cristo muerto y resucitado, cuya gloriosa

venida espera la Iglesia, jamás participamos con tanta fuerza en la fe de la comunidad, como en el momento en el que oramos juntos, en el que

212

213

hacemos el sacrificio juntos, y juntos nos fundimos con el amor de Dios que vive en Jesucristo» (J. Colomb}.

Con fundamento en el sacerdocio universal y real, estamos llamados, unidos con Cristo que se sacrifica, al don total de nosotros mismos. En la eucaristía, Cristo te sumergirá en el misterio de su muerte y se producirá tu cambio, tu conversión; tendrá lugar la muerte del hombre «viejo». También te sumergirá en el misterio de su resurrección y hará que empiece a nacer en ti un hombre «nuevo», formado a su semejanza. El poder de actuación del sacramento y el poder salvífico de la pasión de Jesús te hará renacer interiormente y resucitar con él.

Si la fe es adhesión a la persona de Cristo, hay que decir que el recibir a Cristo y adherirse a él encuentran su plena expresión únicamente en la eucaristía, la cual es la culminación de la fe. Durante la eucaristía, Cristo se convierte en don ofrecido al Padre por nosotros. La adhesión a él equivale a entrar en comunión con su ofrenda, significa dar la vida para ponerla al servicio de la iglesia y de los hermanos. El objetivo de la eucaristía es tu conversión, apartarte de tu propia voluntad, de manera que esa voluntad empiece a desaparecer, para dar espacio al deseo de servir a otros. Vas a recibir la comunión para convertirte, para que Cristo, desde ese momento, reine en tu corazón, para que su voluntad vaya siendo para ti el valor supremo. Cada santa comunión tiene que confirmar tu adhesión a su voluntad. Por eso deberás estar preparado para ver cómo Jesús frustra tus planes. La eucaristía ha de prepararte en ese sentido, ha de contribuir al debilitamiento y muerte de tu egoísmo; para que Cristo pueda crecer en ti.

Si la fe es apoyarse en Cristo y abandonarse en él, entonces, en la eucaristía debes confiarle todos tus asuntos, todos tus temores e inquietudes. La eucaristía te dará ¡a paz, la cual nace de la fe en el poder redentor del sacrificio de Cristo, de la fe en que él te redimió también del temor, de la inseguridad y de la angustia; de todo lo que destruye tu vida espiritual, o tu salud psíquica o física. A través de la fe podrás recibir los frutos de la redención.

Si la fe es reconocimiento de tu propia incapacidad y pecaminosidad, y la espera de que todo llegue de Dios, la eucaristía es, por excelencia, el sacramento de la fe, que exige de ti la actitud del niño indefenso, la actitud del pecador que nada desea con más ansiedad que la sanación de su mal. intenta estar durante la santa misa como el leproso del evangelio y pide que Jesús te limpie de la lepra del egoísmo, de ¡a soberbia; de la inseguridad, de la precipitación, de la inquietud y de la tristeza; de la lepra de un afán excesivo por las cosas de este mundo; porque todo eso impide que Cristo crezca en ti.

Tu crecimiento en la fe te hará posible descubrir la presencia real de Jesús en el sacrificio eucarístico y descubrir cómo se hace presente su ofrenda redentora. Conocerás cada vez mejor quién es él y qué sucede en el altar. Para que tu eucaristía diaria no se vea amenazada por la rutina, y no se destruya tu fe, trata de participar en cada santa misa como si participaras por primera o por última vez en tu vida. Piensa, por ejemplo, en la profunda vivencia que debió ser para un sacerdote su primera santa misa. Seguramente cuando tomó por primera vez el cuerpo de Cristo, las manos le

habrán temblado, pues para él, en ese momento, la hostia era alguien. Esa es la fe que no está corroída por la rutina. Piensa también en la primera comunión de un adulto convertido, quien primero se preparó para el bautismo y enseguida recibió

214

215

la eucaristía; es posible que sus labios, cuando recibieron por primera vez el cuerpo de Cristo, también temblaran, porque tenía una fe muy viva de que era Dios quien estaba entre sus labios y que se dirigía hacia su corazón. Temblaron porque entendió que se encontraba ante un misterio insondable, ante algo estremecedor, ante la majestuosidad de un misterio impenetrable, el *mysterium tremendum*.

Gracias a la fe, durante la santa misa también te descubrirás a ti mismo, tu pecaminosidad y tu necesidad de redención. Empezarás a verte cada vez mejor a la luz de la verdad. A medida que profundice tu fe, verás la lepra de tu pecado y conocerás cuan indigno eres de la eucaristía y, al mismo tiempo, cuánto necesitas de su actuación salvífica.

La kénosis (despojamiento) de Cristo

La fe te permitirá ver que tus labios y tus manos cuando reciben a Jesús siempre están sucios, siempre; incluso cuando te encuentres bajo los efectos de la gracia santificante, porque siempre eres pecador, y tus labios y tus manos siempre son indignos, y en ese sentido siempre están manchados. Porque tú recibes a Jesús con los labios que son capaces de matar con palabras, porque tus palabras en vez de bendecir a veces hieren y son fuente del mal y de la desgracia. Y he aquí que esos labios pecadores entran en contacto con la santidad suprema de Dios. Entonces conocerás el secreto de lo que es calificado por la teología como «kénosis», es decir, el despojamiento de Jesús.

La eucaristía es la kénosis, es el despojamiento de Dios hombre; porque su suprema santidad entra en contacto con tu pecaminosidad y tu indignidad. Tú siempre eres indigno de que él entre en tu corazón. Pero eso no significa que debas evitar la eucaristía, porque a través de ella serás menos indigno. Cuanto más frecuente sea tu participación en ella, más te dignificarás. Jesús te espera con amor. Él quiere venir a ti para transformarte, para santificarte, para que seas cada vez más digno de su venida.

El apóstol san Juan dijo: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no decimos la verdad» (Un 1,8). Así pues, el que dice que no es pecador, miente. Todos somos pecadores, y todos somos indignos de recibir a Jesús. Piensa que tus labios están sucios, pero debes esperar que la eucaristía vaya eliminando de tus labios, de tu corazón y de tu alma esa suciedad, esa lepra del pecado, esa lepra del egoísmo. Jesús desea tanto que eso suceda que está dispuesto a pagar por ello con el precio de su despojamiento, con el precio de su kénosis. A la luz de la fe, verás en qué gran medida la eucaristía es el despojamiento de Cristo. El se despoja y se desprende de su dignidad y de su humanidad, escondiéndose bajo las formas de un trozo de materia, de pan y de vino. Se priva de la adoración y del homenaje que le corresponden. Cuando vienes a él con tus manos pecadoras, con tus labios pecadores y con tu corazón pecador, provocas su kénosis.

San Luis María Grignion de Montfort aconseja que invitemos a la santísima Virgen a participar en nuestra eucaristía. La presencia oculta de la Inmaculada junto a nosotros, sobre todo durante la eucaristía, es la solución al problema de la kénosis de Cristo. Aquellos que tienen

216

217

dificultades en reconocer la importancia y la necesidad de tener a María en el camino hacia Cristo, opinan que ella no debe interponerse entre nosotros y Cristo porque lo eclipsaría. Sin embargo, a la luz de la fe, a la luz del conocimiento de la santidad de Dios, y de tu gran indignidad y pecaminosidad, podrás convencerte de que la situación es diametralmente opuesta. Cuando pides que ella se sitúe entre Cristo y tú, te acercas más a él, porque pides que ella, colocándose entre Cristo y tú, le ahorre al Señor su kénosis, su despojamiento. Porque sólo las manos de María no están sucias, y jamás lo estuvieron, son y siempre estuvieron inmaculadas. Son las únicas manos y los únicos labios inmaculados y puros, dignos de recibir el cuerpo de Cristo. Cuando quieras evitar el despojamiento de Cristo, pídele a María que ella lo reciba por ti, y, de esa manera, tratarás con el debido respeto la kénosis del Dios-hombre. Esta es una actitud con la que expresas, simultáneamente, que reconoces tu propia pecaminosidad y que crees que él te ama locamente al desear darte los frutos de la redención, a pesar de su despojamiento. Este amor es incomprensible.

Capítulo 13

La escucha de la palabra divina

De la misma manera que hay una relación directa entre los sacramentos y la fe, también la hay entre la fe y la Palabra divina. La Sagrada Escritura presupone la existencia de la fe; pero también exige colaboración. Exige, por tanto, la conversión y la puesta en práctica en la vida cotidiana, que debe convertirse en una vida en la fe. Porque la fe es la respuesta a la Palabra divina; es la escucha de la Palabra con el fin de vivir con ella a diario.

Actitud ante la Palabra: objeto o sujeto

Nuestra actitud ante lo escrito puede ser de dos formas: como hacia un objeto, cuando es para nosotros tema de investigación o una ayuda en el conocimiento de una determinada cuestión que nos interesa, o una ayuda en la solución de algún problema, y como hacia un sujeto, cuando el texto leído se convierte para nosotros, como escribe G. Marcel, en un misterio. Cuando lees la Sagrada Escritura para profundizar tus conocimientos, estás dándole el trato de un objeto. Al tratar la Sagrada Escritura como un objeto, se puede decir que se la trata

218

219

como «algo». De la misma manera tratamos la Sagrada Escritura cuando la abrimos al azar y buscamos en el texto la respuesta a una pregunta concreta o la solución a los problemas que tenemos. Algunas veces Dios sale al encuentro de esas necesidades, y, efectivamente, algunos reciben por esa vía la luz o la respuesta que buscan. Pero no basta con tratar la Sagrada Escritura como un objeto.

Nuestra actitud frente al texto inspirado y revelado, ante la Sagrada Escritura, debe ser, sobre todo, la actitud hacia un sujeto. Y es que la Sagrada Escritura no es solamente «algo», sino, ante todo, es «alguien». Cristo, que vive y está presente con nosotros de la manera más plena en la eucaristía, vive y está presente también, aunque de otra manera, en la Sagrada Escritura.

En las páginas de la Sagrada Escritura, encontrarás a Cristo vivo y verdadero a través de la fe, don que él mismo te da. La Iglesia habla de dos banquetes: el banquete de la Palabra, en el que los fieles reciben, a través de la fe, la Palabra divina revelada, y el banquete eucarístico, en el que reciben «el sacramento de la fe», y se alimentan con el cuerpo y la sangre del Señor. Por eso es justa la afirmación de que hay que tratar a la Sagrada Escritura de la misma manera que a la Cena del Señor. Cuando tomes la Sagrada Escritura en tus manos, hazlo con veneración, con respeto y con profunda fe. Tiene que tratarse de un gesto diferente que cuando tomas cualquier otro libro religioso, porque se trata de un libro lleno de la presencia de Dios.

Presencia de Dios en la Palabra

La presencia de cualquier persona genera un círculo de influencia, fenómeno que no se produce con las cosas. Al entrar en contacto con una persona, entramos en contacto con una presencia, lo cual nos produce una cierta influencia, es decir, entramos en un círculo de influencia, y esto sucede ya sea que hayamos esperado a esta persona o que ni siquiera la hubiéramos tomado en cuenta. La Sagrada Escritura es «alguien», es la presencia de Dios. Por eso, al tomarla en tus manos entras en el círculo de influencia de esa presencia; se convierte para ti en un «misterio», en una verdad que te abarca y en la que te sumerges.

En la Sagrada Escritura encuentras a tu Señor, y por eso, tu contacto con la Palabra revelada tiene una importancia singular: es el contacto con Dios, que te ama y que desea influir en ti con su gracia. Es el contacto que te conduce hacia la conversión interior, y ese es su principal objetivo. Por eso deberías leer la Sagrada Escritura como una forma de contacto con Dios, y no para saciar tu curiosidad, profundizar tus conocimientos, o encontrar la solución a tus problemas; aunque todo eso podría ser necesario. Más- bien, deberías aprovechar esa forma de contacto con Dios, esperando que él influya en ti, que te dé la gracia de la conversión.

Si entras en relación personal con Cristo, presente en el texto inspirado, ese texto irá llenando todo tu ser, y empezarás a escuchar atentamente la palabra de Dios, empezarás a profundizar los pensamientos y los deseos de Jesús, empezarás a conocerlo mejor. San Jerónimo dijo: «El desconocimiento de la Sagrada Escritura es el desconocimiento de Cristo». Conocer a Jesús influirá poste-

riormente sobre tus decisiones y elecciones, querrás que vayan de acuerdo con su enseñanza y con sus deseos. La lectura de la Sagrada Escritura es el factor principal de tu crecimiento en la fe, y, por consiguiente, de tu propia participación en la vida de Dios, de la posibilidad de verte a ti mismo y a la realidad que te rodea como si fuera con los ojos de Dios. Dios se nos revela a través de la Palabra, para que conociéndola nos conduzca al amor. Se nos revela para crear, entre él y nosotros, una relación de amor; para que teniendo fe en su Palabra, podamos adherirnos a él y abandonarnos en él.

Si con fe te adentras en los pensamientos y deseos de Jesús, verás cómo con el tiempo esos pensamientos y deseos serán tuyos. Cuando estés con frecuencia en el círculo de su Presencia, de esa presencia con «P» mayúscula, te asemejarás a él de acuerdo con el proverbio que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres». al escuchar con atención las palabras de Dios, al absorber con avidez su contenido, empezarás a asimilar todo lo que fue y es la vida de Cristo. Tu contacto vivo con Cristo, presente en la Palabra divina, hará que te fundas, cada vez más, con él en un todo.

Cada palabra plasmada en el Nuevo Testamento y cada gesto de Jesús son la expresión del misterio de su presencia. Tú debes permitir que la Palabra te abarque plenamente, y has de aprender a escucharla con atención. Esa extraordinaria presencia requiere de ti una especial apertura, una apertura que haga posible que, con el tiempo, te transformes plenamente, que seas en cierta manera transformado en Cristo. Entonces, se cumplirá el objetivo de tu vida: Cristo crecerá en ti y en ese crecimiento, llegará a alcanzar su plenitud en ti.

Papel de la palabra de Dios en la oración

La presencia de Cristo en la Palabra divina irá abarcando tu vida interior y tu oración. Dejarte invadir por esta presencia: hará que los textos que medites echen profundas raíces en tu corazón. Luego aparecerán en tu mente en los momentos de oración, porque entonces tu oración se basará en la Sagrada Escritura y aparecerán también en los momentos en que tengas que tomar decisiones. ¿Te has preguntado alguna vez cuál es el papel que desempeña la Sagrada Escritura en tus oraciones?

Cristo se valía con frecuencia de ese particular género literario que es la parábola, es decir, un símbolo desarrollado en tal forma que arrastra e involucra. Gracias a ello cuando lees, por ejemplo, la parábola del buen pastor, puedes verte tú mismo entre las ovejas que conduce el pastor. También puedes verte como oveja que se ha perdido, y por eso siempre buscada y amada por Cristo, el buen pastor; quien cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros. El simbolismo de las parábolas de Cristo te introduce en la órbita de sus actos. El te enseña de una manera muy sencilla y accesible lo que es el amor, y lo que es la fe en el amor. Pero si tuviste una grave caída y tu alma se vio cubierta por las sombras, es posible que te acuerdes de la parábola del hijo pródigo, que te permitirá creer, una vez más, que él jamás dejó de amarte. Esa parábola te enseñará a adoptar la actitud de un hijo arrepentido, que con asombro y gratitud es objeto del gozo y el perdón de su padre. De la misma manera, cuando aparezcan en tu vida las tormentas, podrás recordar la tormenta del lago Tiberíades, recordarás la enseñanza del pasaje cuando Jesús dormía tranqui-

lamente en la barca de los apóstoles sacudida por la tormenta. De la misma manera, él «duerme» en la barca de tu corazón, porque él está presente en ti, y cuando él está presente nada malo te puede suceder. Todo eso puede ayudarte a que viva en tu oración la Palabra divina que te permitirá recuperar la paz interior.

La lectura de la Sagrada Escritura formará en ti una cada vez más verdadera imagen de Dios. Evitará que te ocurra ese fenómeno tan frecuente de la deformación de su imagen. Es posible que le tengas miedo, es posible que creas de manera insuficiente en su amor, porque tú mismo amas poco; pero tu amor ha de aumentar incesantemente hasta el último momento de tu vida. La Sagrada Escritura, incorporada en tu oración, te mostrará el amor de Dios, que te ama incesantemente, porque él es amor.

El encuentro con Cristo, presente en la palabra de Dios, también te ayudará a descubrir a Dios en el mundo que te rodea. Te enseñará a interpretar los abundantes símbolos que hablan de su presencia en la naturaleza, incluso, en los fenómenos de la civilización y en la cultura. Por ejemplo, san Juan María Vianney asociaba las ovejas con el amor del buen pastor. Cuando las veía, profundizaba en la conciencia del gran amor de Jesús por él, y a través de él, a todos aquellos a quienes el buen pastor había confiado bajo su protección y amor en la parroquia de Ars. El murmullo del arroyo le recordaba las palabras de la Sagrada Escritura sobre el «agua viva», que brota hacia la vida eterna {cf Jn 7,37-39}. Alguien contaba que por las noches le gustaba contemplar las luces que iluminaban las calles y las casas. Ellas le recordaban el evangelio de san Juan, que dice que Jesús es la luz del mundo. De ahí que todas las luces fueran para él un símbolo de

Cristo, y le hacían recordar a aquel que «ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9).

Si quieres que tu oración se base en la Sagrada Escritura, tienes que ser como María de Betania. En Betania, en la casa de sus amigos María, Marta y Lázaro, Jesús encontró un refugio en el que pudo descansar. Cuando se acercaban los últimos momentos de su vida él, sabiendo que los fariseos lo espiaban, se refugió en Betania. Cuando Jesús llegó a la casa de sus amigos, María se sentó a sus pies y con suma atención absorbió cada una de sus palabras; se comportaba como si estuviera delante del tabernáculo. Cuando Marta, atareada con los quehaceres de la casa, le pidió a Jesús que le llamara la atención a su hermana, porque la había dejado sola con las ocupaciones domésticas, él le contestó; «María ha elegido la parte mejor, y nadie se la quitará» (Lc 10,42). La mejor de las partes es estar junto a Cristo, es sentarse a sus pies y escuchar con fe sus palabras, las que nos dice a través de la Sagrada Escritura. María, escuchando y contemplando a Jesús, la Palabra encarnada, tuvo que ser una gran alegría para él. Nosotros, siempre tan atareados y con tanta prisa, nos decimos que carecemos de tiempo para leer la Biblia. Para María no había nada más importante que él, el maestro, su presencia en la casa. Y el lugar más apropiado para ella era estar a los pies de Jesús.

J. Guitton, gran escritor, miembro de la Academia francesa, al meditar sobre lo que debería ser particularmente acentuado en las enseñanzas sobre la madre de Dios, subrayó que le gustaría que se asociara a la madre de Dios con la meditación; Virgo meditans. Un testimonio de que María vivía de manera extraordinaria con la Sagrada Escritura es el Magníficat. Se trata del ejemplo de una

oración basada en la palabra de Dios. Para ella la Sagrada Escritura era «alimento» y fuente de oración.

María, durante treinta años asimiló, de alguna manera, la presencia divina de su Hijo. Por esa razón su imagen es la reproducción más perfecta de la imagen de Cristo, y en eso consiste su grandeza. Si a María le dedicó treinta años de su vida, qué importante tendría que ser para Cristo crear aquella obra maestra, aquella perfecta reproducción de su propia imagen. Ella absorbió incesantemente sus pensamientos, sus deseos y su voluntad; fundiéndose cada vez más con su Hijo.

Tú entras en contacto con la presencia de Jesús en las páginas de la Sagrada Escritura. Debes, como lo hacía María, absorber sus pensamientos y deseos, para poder vivir luego con ellos. Debes imitar a María, plenamente y hasta el fin, en su apertura a la gran obra de Cristo, que consiste en que cada uno de nosotros sea formado a la imagen y semejanza del Señor.

La Sagrada Escritura ha de ser para ti un lugar del encuentro con aquel que te amó hasta el extremo, y que también desea conformar en ti su imagen, como lo hizo con su amada Madre.

Capítulo 14

La oración como actualización de la fe

La oración siempre está estrechamente relacionada con la realidad de la fe, es un encuentro del hombre con Dios en la fe, es, en definitiva, la forma en que se actualiza la fe. La oración y la fe no son realidades separadas, ni sólo coexistentes. Si la fe es la adhesión a Cristo y el abandono en él, la oración es el acto de este abandono; es la ofrenda que se hace de uno mismo a Cristo. Ofrenda que se hace con el fin de que él nos reciba de una manera especial y nos transforme. Si la fe es el reconocimiento de nuestra impotencia y la espera de que todo nos llegue de Dios, la oración es la llamada existencial de la pobreza espiritual y del vacío interior del hombre, que pide que el Espíritu Santo lo llene con su presencia y con su poder. A medida que se desarrolla la fe, la oración se hace más pura y más ferviente. Como actualización de la fe, marcada por el dinamismo de la conversión, la oración, al igual que la eucaristía, conduce al hombre hacia la transformación y la conversión.

226

227

El ejemplo de Cristo

Cuando leemos las páginas del evangelio, rápidamente nos damos cuenta de que la buena nueva nos desorienta. Los contenidos del evangelio son tan distintos a nuestras tendencias naturales que nos parece que son una incesante paradoja. i.e. evangelio, así como la vida del propio Cristo, echan por tierra nuestras nociones humanas comunes y corrientes.

La humanidad lo esperó miles de años. Todos estaban con la atención puesta en ese acontecimiento de la historia del mundo, que sería la llegada del Mesías, la llegada de aquel que iba a realizar la obra de la redención. Y después de una espera tan larga, la

llegada de Jesús fue revelada solamente a unos pastores y a los Reyes Magos. Luego durante treinta años, vivió aislado y sin actuar, al menos sin actuar de la manera que se esperaba del Mesías. El mundo puede considerar, según sus criterios, que esos años fueron un tiempo perdido. Cuando alguien es esperado durante miles de años, se espera también que dé el máximo de sí. Sin embargo, las multitudes estaban esperando mientras que Cristo «malgastaba» treinta años en Nazaret. Y cuando concluyó aquel «tiempo perdido», nuevamente otro acontecimiento nos desconcierta. Jesús aparece a orillas del Jordán, proclamado por el Espíritu Santo, e inmediatamente se retira y se va al desierto. Eso tampoco lo entendemos. Desearíamos tomarlo de la mano, como lo hizo Pedro el apóstol, y decirle: «¿Señor qué haces, allí hay multitudes que te están esperando, y tú quieres ir otra vez a orar, después de haber estado orando treinta años?». Sin embargo, aquel que más tarde diría: «La mies es mucha, y los obreros pocos» (Lc 10,2), dejó la mies y se fue al desierto a orar cuarenta días sin interrupción. ¿Puede no sorprendernos esa conducta?

San Marcos, el evangelista, escribió: «Muy de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí estuvo rezando» (Mc 1,35). Fijémonos en ese detalle: «cuando todavía estaba muy oscuro», es decir, que todavía era de noche. Cristo deseoso de orar se despojaba de su propio sueño. Y nuevamente asombrados, desearíamos preguntarle: «¿De verdad, Señor, necesitas tanto esa oración que tienes que dedicarle parte de la noche a costa de tu salud?». La jornada de trabajo apostólico de Jesús era agotadora. También por la noche llegaba gente de la ciudad o de sus alrededores, llevándole enfermos y poseídos. Es difícil decir cuándo terminaba su trabajo cotidiano, posiblemente a medianoche, ya que la gente no quería dejarlo. Y después de un día y una noche tan extenuantes, Jesús aún se despojaba de parte de su corto sueño.

Cuando hablamos del asedio del que era objeto Jesús de manera constante, debemos hacer hincapié, asimismo, en que este asedio estaba estrechamente ligado a su aislamiento durante la oración. Y en esto está escondida una indicación muy importante para ti: para que el asedio que sufras por parte de la gente pueda ser fructífero, primero tienes que aprender a estar en la soledad, tienes que aprender a valorar los momentos de desierto en tu vida. Hay que ver el gran valor que esto desempeñó en la vida de los santos. Baste recordar la gran necesidad de soledad en el desierto que tuvo Juan el Bautista; o cuán decisivo fue el período en Manresa en la vida de san Ignacio de Loyola; o en la ermita de Subiaco en la de san Benito.

El hombre contemporáneo, contaminado por el

228

229

«activismo», cree que tiene que dar cada vez más, pero ¿qué puede dar? Se podría pensar que Cristo, tan estrechamente unido al Padre, no necesitaba orar. Él, sin embargo, lo hacía a costa de su sueño. Y siempre ocurría así: el asedio de la gente era siempre el resultado de su aislamiento para ir al encuentro con Dios. Si tú no te aíslas para practicar la oración y el recogimiento y huyes de la gente sólo para dedicarte a tus asuntos, entonces, «conocerás otro asedio, el de tu propio egoísmo. Ese también será

para ti un desierto, pero no un desierto vitalizador, como fue el desierto de Cristo y de los santos; será un desierto de destrucción y no de vida» (A. Pronzato).

Prioridad de la oración

Aquí nace el cuestionamiento fundamental: ¿cuánto tiempo dedicas en tu vida cotidiana a la oración?, ¿qué lugar ocupa la oración en la lista de tus quehaceres más importantes?, ¿qué colocas por delante?, ¿es algo que se encuentra en primer lugar, o se encuentra entre tus actividades marginales?, ¿cómo son tu día de meditación y tu examen de conciencia?, es decir, ¿cómo haces para examinarte interiormente ante los ojos de Dios⁹ Las respuestas a estas preguntas permitirán establecer qué es más importante que Dios en tu vida.

Aquí puede aparecer la objeción de que, dada la enorme cantidad de obligaciones que hay que cumplir con urgencia, es muy difícil encontrar un momento libre para orar. El cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, era un hombre extraordinario que supo anularse totalmente. En un encuentro con sacerdotes de su diócesis, habló, con el fervor y el ardor que le caracterizaban, de la necesidad de dedicar cada día media hora a la oración. Después de la conferencia, ya durante la discusión, se levantó un joven sacerdote y dijo: «Eminencia, es evidente que desde el punto de vista teórico eso es algo muy sencillo y claro... Hay que practicar la oración, pero..., ¿cuándo? Ocurre que yo tengo las siguientes obligaciones durante el día: me levanto a las 6:30, tengo la misa a las 7:00, luego desayuno y doy clases de religión, almuerzo y me pongo a trabajar en la oficina, hago visitas a los enfermos y me dedico a las conversaciones pastorales; después de la cena tengo que reunirme con los jóvenes en el oratorio, más o menos hasta la medianoche. ¿De dónde puedo sacar media hora para la oración, si apenas tengo tiempo para el breviario?». Después de exponer sus razones miró triunfante al cardenal y al resto de los reunidos. «Tienes razón -le dijo el cardenal-, es cierto que no tienes tiempo para dedicar media hora a la oración. Tus ocupaciones te abruma de tal manera que no te queda tiempo para orar. Tú no puedes permitirte el lujo de orar durante media hora, tú tienes que hacerlo durante hora y media».

Es evidente que el cardenal no dio esa respuesta para brillar con una formulación paradójica ocurrente. El dramatismo de nuestro activismo cristiano consiste en que las ocupaciones que tenemos realmente nos abruma. El joven y celoso sacerdote de nuestro relato, que tanto se sacrificaba por Dios y por las almas, estaba tan abrumado por el activismo que necesitaba un antídoto.

Si te examinas a la luz de la fe, entenderás que cuanto más abrumado te sientas por las ocupaciones que tienes, tanto más tiempo deberás dedicar a la oración. En el caso contrario, te quedarás vacío y solamente tendrás la ilusión de que

230

231

das algo a los demás. Nadie da lo que no tiene. Al joven sacerdote que discutió con el cardenal Lercaro se le podría decir: «qué importa que dediques tanto tiempo a los jóvenes en el oratorio, que visites a los enfermos y que tengas turnos en la oficina; si todas esas ocupaciones son tan infructuosas como tratar de llenar un colador con agua».

El sacerdote agobiado de trabajo, extenuado y sudoroso, intenta trasvasar agua con un colador; no entiende quién es el que realmente lo decide todo.

Decir que ese sacerdote no tiene fe sería una exageración; pero su fe evidentemente es poca. Con su actitud parece decir: «Yo, el hombre, soy quien hace la historia, al menos en "mi terreno", es decir, en la parroquia o en otro determinado lugar. Yo soy quien decide quién ha de creer, y solamente de mi trabajo depende la salvación de otros». Sin embargo, todo depende de Dios. Es él quien decide, y quien puede dar las fuerzas necesarias, Y si te invita a colaborar en su trabajo no lo hace porque te considere indispensable. ¡Cuántas veces Dios ha demostrado que sabe arreglárselas perfectamente sin nosotros! Si lo has advertido en tu propia vida, puedes considerar que has recibido una enorme gracia. Nosotros le hacemos falta a Dios únicamente cuando él así ¡o ha dispuesto. Él puede salvar a las personas sin necesidad de catequesis, cosa que en más de una ocasión hemos podido comprobar. A la iglesia y al confesonario acuden personas que antes jamás recibieron clases de religión, pero en sus almas germinó la semilla sembrada por Dios. Dios no necesita la injerencia de los hombres, pero quiere incorporarnos a la obra de la salvación del mundo.

Pero cuando consideramos que todo depende de nosotros y de nuestro trabajo, entonces, nos ponemos a Henar de agua el colador. Cuando se está demasiado atareado es muy fácil olvidar que, ante todo, hay que acudir al encuentro con alguien que realmente tiene el poder de decidir, con ese alguien que tiene en sus manos los destinos del mundo y de cada uno de nosotros.

A la luz de la fe, la ocupación más importante de nuestra jornada tiene que ser la oración. La oración tiene que ocupar el primer puesto entre todas las actividades que llevamos a cabo. El contacto con Dios determina el valor y la importancia de nuestro trabajo. Su eficacia depende de lo que hay detrás, es decir, del dolor que puedas sentir en tus rodillas por haber permanecido hincado durante un largo tiempo.

«No importa lo que haces -dijo Juan Pablo II-, sino lo que eres». Lo importante es que seas, como lo es el Papa, un hombre de fe y oración. El cristiano, como discípulo de Cristo, cuando deja de ser hombre de oración, deja de ser útil para el mundo, se convierte en sal desvirtuada que puede ser pisoteada por los hombres (cf Mt 5,13).

El problema de la oración es, en nuestra vocación cristiana, un problema fundamental. Al orar no solamente rendimos homenaje a Cristo, sino que lo adoramos también en nombre del mundo que, o no sabe, o no puede, o no quiere orar. Y hay algo que es seguro: si no oramos nadie nos necesitará. El mundo no necesita almas y corazones vacíos. Cuando preguntamos sobre la relación que existe entre los actos y las oraciones, hay que recalcar que la oración y el sacrificio están por encima de la actividad. A los niños que catequizamos en el hogar, o en las escuelas, les damos a Dios en la medida en que primero conseguimos tenerlo mediante la oración. La relación entre la oración y la actividad, podemos definirla de la siguiente manera: toda acción auténtica nace de la

232

233

oración y de la contemplación. Todo lo que es grande en este mundo proviene de Dios, y, visto desde el ángulo del ser humano, proviene de la oración y del sacrificio.

Tipos de oración

El problema de la oración es el problema central para todo cristiano. Eres cristiano en la medida en que sabes orar. La oración y cada una de sus etapas marcan y determinan tu cercanía o distanciamiento de Dios. Las distintas etapas de tu camino hacia Dios están determinadas por las etapas de la oración. En cada etapa hay una forma distinta de orar, porque la oración es la expresión de los lazos que te unen a Dios.

En el camino hacia Dios, cada vez hay que aprender a orar de diferente forma. Esa es una tarea que siempre tenemos que realizar. Nuestra forma actual de oración puede no ser ya suficiente. Siempre debemos avanzar y tratar de desarrollar nuestra oración. Cuando hablamos de oración, por lo regular nos referimos a la oración verbal. En esa forma de oración debemos prestar una atención especial a los actos en los que nos humillamos delante de Dios, expresamos nuestro agradecimiento y pedimos la santidad. Asimismo al hacer la oración verbal recordemos pedir solamente que se haga lo que Dios quiera de nosotros, y que nuestra oración no esté afectada por la palabrería. Jesús advierte claramente que no recemos como los paganos, que piensan que «por su palabrería van a ser escuchados» (Mt 6,7).

La fe tiene una influencia decisiva sobre la intensidad y el contenido de las oraciones. Si la fe modifica nuestra mentalidad y nos obliga a colocar a Dios en primer lugar, entonces, a medida que se desarrolle nuestra fe, nuestra oración se simplificará cada vez más. Se verá sometida cada vez más a la acción del Espíritu (cf Rom 8,26-27), y cada vez estará más comprometida con los asuntos del Reino; «Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6,33). La palabra «primero» tiene aquí una gran importancia. Se trata de que Dios sea colocado en primer lugar, y de que, sin renunciar a tus propios esfuerzos, le dejes a él la preocupación por ti mismo, y por los resultados de tu actuación, porque su voluntad es darte un amor sin límites. En tu oración, entonces, se debe realizar la llamada de Jesús dirigida a santa Catalina: «Tú piensa en mí, que yo pensaré en ti».

Además de la oración verbal, que puede tener la forma de ruego, de acción de gracias, o de acto de adoración, hay otra forma de contacto con Dios más simple. Dios quiere que vayamos simplificando cada vez más nuestra forma de orar. Si el postulado evangélico dice que debemos orar permanentemente, nuestra oración tiene que simplificarse; porque si oramos de una manera complicada no estaremos en condiciones de hacerlo durante un largo tiempo. En nuestra vida interior aparecen momentos en los que nos es más fácil pensar en Dios que hablarle. Es entonces cuando podemos pasar a una forma más simple de contacto con Dios: la oración mental; la cual puede ser definida como el «recuerdo de la presencia de Dios;».

Esta forma requiere mucho menos esfuerzo, basta con que dirijas tus pensamientos hacia Jesús y tengas conciencia de que él, que tanto te ama, se encuentra junto a ti. De la misma manera, cuando nos preparamos para la sagrada comunión, bastará con que en las horas que la

234

235

preceden dirijas toda tu voluntad y todos tus pensamientos llenos de amor hacia la eucaristía. La oración mental, cuando consiste en tratar de pensar como Jesús y María

pensaban, se convierte en una expresión de fe. Desde luego, estos pensamientos deberán estar llenos de serenidad y de gozo, porque María es «la causa de nuestra alegría». Al incorporamos al pensamiento de María, nuestro pensamiento será optimista en sentido sobrenatural. La oración mental es algo simple, aunque requiere mucha atención y vigilancia para que sea un fenómeno frecuente en nuestra vida. De ahí que hayas de procurar simplemente recordar y pensar que Jesús te ama, que ama a aquellos a los que tú amas y de quienes te preocupas. Esa oración de fe te asegurará la paz interior.

Dios puede querer simplificar aún más nuestra oración. Puede querer que guardemos un silencio absoluto. Porque de la misma manera que oramos con palabras o con pensamientos, podemos orar con el silencio. Sin embargo, no todos aprueban este tipo de oración. Muchos piensan que el tiempo usado en orar con el silencio es un tiempo perdido, porque no ocurre nada. Sin embargo, la permanencia silenciosa ante el Santísimo Sacramento o ante la imagen de la santísima Virgen María, es una forma de orar bastante avanzada. C. de Foucauld escribió: «Orar significa mirar a Jesús amándolo». Este tipo de oración puede adquirir la forma de la llamada oración de la sencillez, o de la simple mirada. Sí estás con alguien, y tienes que entretenerlo con palabras, eso significa que, en un grado mayor o menor, se trata de una persona extraña para ti. Porque cuando estás con una persona cercana, puedes guardar silencio sin que ese silencio sea molesto. Es precisamente el silencio, tan elocuente en su sencillez, el criterio de la estrecha relación que une a dos personas. Jesús desea que en su presencia sepamos guardar silencio, que sepamos mirarlo y estar con él sin palabras superfluas.

Puede ocurrir que la oración del silencio también sea para nosotros demasiado difícil. Entonces podemos hacer uso del cuarto tipo de oración, la oración del gesto. Por ejemplo, podemos orar con una simple sonrisa, aunque eso parezca a primera vista algo extraño. Dios desea, de verdad, que nuestro contacto con él sea muy sencillo, que sea como el contacto del niño con su padre, del niño con su madre. Cuando se ama a alguien se le puede decir muchísimo con una sonrisa, y se puede entrar en una relación perfecta. Entonces, ¿por qué no sonreírles a Dios y a María? Esta es la oración del gesto. La sonrisa es un gesto simbólico por el que le expresamos a alguien nuestra intimidad, nuestro agradecimiento, nuestro amor y nuestra alegría. Se trata de un símbolo que puede contener mucho, de manera que cada sonrisa signifique algo diferente. No tienes, pues, por qué esforzarte para expresarlo todo con palabras. Dios sabe que le sonríes, y sabe por qué lo haces. Tu sonrisa dirigida a Dios, y la alegría que dimana de tu fe, son, por excelencia, una oración.

Hay otros gestos simbólicos. Por ejemplo, san Leopoldo Mandic, gran confesor de nuestro tiempo, sacerdote que se pasaba diariamente horas enteras en el confesonario, oraba con el gesto de las manos vacías. Cuando escuchaba las confesiones, ponía ante sí sus manos vacías para decirle a Jesús con ese gesto: «Ya ves, Señor, no estoy en condiciones de ayudar a esta persona arrodillada junto a mí, nada puedo darle, llena mis manos con tu gracia». Si hubiera querido repetirle constantemente con palabras todo aquello a Jesús, hubiera acabado por renunciar a su esfuerzo. Además, le hubiera sido impo-

sible elevar un ruego verbal al Señor y escuchar a la vez la confesión. Tú también puedes, en distintas ocasiones, hacer el mismo gesto con las manos, consciente de que es un gesto que implora a Jesús, para que llene con su gracia tus manos vacías y te convierta en instrumento de sus obras.

el gesto de las manos vacías era algo muy apreciado por santa Teresa del Niño Jesús. Uno de los libros dedicados a esta santa se titula *Las manos vacías*. Santa Teresa nos muestra otra figura más conmovedora de la oración del gesto. Cuando estaba gravemente enferma, en los momentos de mayor sufrimiento, sin poder hablar, tomaba entre sus manos la cruz y con los dedos hacía el gesto de sacar los clavos de las manos y pies de Jesucristo. Ese es un gesto que no se puede reemplazar. Esa oración manifiesta su deseo de aliviar, con su propio sufrimiento, el sufrimiento de Jesús crucificado. El gesto de sacarle los clavos de las heridas es una expresión del singular amor que sentía por aquel, el Amado de su alma, crucificado por ella, por sus pecados.

La oración del hombre pobre

Hay una relación muy estrecha entre la fe y la oración, y también entre la humildad y la oración. Alguien dijo que se aprende mejor a orar en los momentos en los que no es posible hacerlo. Se trata, pues, de algo que es opuesto a lo que creemos normalmente. Cuando te es muy difícil orar, cuando lo intentas y no puedes, estás recibiendo de Dios la extraordinaria oportunidad de aprender a orar. El secreto de la oración consiste en el ansia de Dios, en el ansia de ver a Dios. Ansia que nace en nosotros en capas mucho más profundas que al nivel de los sentimientos y del habla. El hombre cuya memoria e imaginación están afligidas por un gran número de ideas o imágenes inútiles e incluso nocivas, puede, a veces, bajo esta presión, orar mucho mejor con su corazón atormentado, que aquel cuya mente se deleita con claras nociones y fáciles actos de amor. Esas experiencias hacen nacer en nuestro corazón la oración de fe del hombre pobre. Durante la oración debemos ser impotentes y pobres. Si no pudiéramos orar, descendería hasta nuestra pobre alma el Espíritu Santo y oraría en ella, como dice la Sagrada Escritura, «con gemidos inefables» (Rom 8,26).

Durante la oración puedes vivir diversas dificultades, pero no olvides que son ellas las que hacen que tu oración sea la de un hombre pobre. Por eso, deberías agradecer esas dificultades. Los problemas pueden tener distintas razones, y, por ejemplo, pueden estar originados por el cansancio. Santa Teresa del Niño Jesús escribió: «Debiera causarme desolación el hecho de dormirme (después de siete años}, durante la oración y la acción de gracias -durante el agradecimiento que se expresa después de la sagrada comunión-. Pues bien, no siento desolación. Pienso que los niñitos agradan a sus padres lo mismo dormidos que despiertos (...). Pienso, en fin, que el Señor conoce nuestra fragilidad, que se acuerda de que no somos más que polvo». Así pues, el cansancio puede ser esa materia con la ayuda de la cual Dios conforma en ti la oración del hombre pobre, del hombre pobre de espíritu. ¿Podrás también aprovechar otras situaciones similares, que convertirán tu oración en la oración del hombre pobre? Puede ser que te sea fácil orar, puede ser que hayas recibido ese don del Señor y no debes despreciarlo.

Sin embargo, debes tener presente que tu oración se va a desarrollar verdaderamente, sólo cuando te «abras brecha» hacia Dios. Lo cual nacerá de tu ansia de Dios, que es la esencia de la oración y que se manifiesta en tu deseo de entrar en contacto con él, de abrirte a él y de permitir que él, Dios, el Espíritu Santo, ore en ti. Este deseo es para la oración lo más esencial. ¿Son, entonces, importantes los resultados?... No, lo importante es que desees, que anheles orar. Cuanto mayor sea tu ansia de Dios, tanto mejor. A través de la oración debes «abrirte brecha» hacia Dios, y es necesario que lo hagas con vehemencia. Dios aceptará todas tus ansias aunque te parezca que carecen de valor.

Dios ama las ofrendas pobres y no quiere las flores más bellas, sino que prefiere las silvestres, las pequeñas, las insignificantes, porque no alimentan nuestro orgullo; esto también pasa con la oración. Dios acepta todos tus obsequios, aunque tengan menos valor que un puñado de arena. Tu oración puede ser como ese puñado de arena y al mismo tiempo ser invaluable, sólo porque él, Dios, tu Padre que te ama, la acepta. La acepta con la alegría con la que una madre acepta cualquier florecita que le regale su hijo, porque lo que importa es el gesto, y no lo que se obsequia.

También puede ocurrir que no tengas nada que dar al Señor durante la oración. Entonces, deberás darle esa «nada», tu total impotencia. Entrégale todo al Señor, ponte tú mismo a su disposición tal y como eres: insignificante, impotente, pobre de espíritu. Esa será la mejor oración, la mejor porque va de acuerdo con la primera bienaventuranza. La oración del hombre pobre es la oración de alguien vacío, vacío en el sentido de que clama por la llegada del Señor, por la venida del Espíritu Santo. Cuando Dios ve un alma así, despojada de su fuerza, entonces desciende hasta ella con su poder. Bienaventurados los pobres de espíritu: bienaventurados los que hacen la oración del hombre pobre.

El rosario de María

En la solemnidad de la santísima Virgen María, madre de Dios, celebrada en la basílica de san Pedro, Juan Pablo II elevó un ruego: «Dios te salve María, tú, ¡a que has creído, bendita seas. El evangelista dijo de ti: "María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón". Tú eres la memoria de la Iglesia y la Iglesia aprende de ti, María, que ser madre significa ser una memoria viva, es decir, guardar y meditar en el corazón las experiencias gozosas, dolorosas y gloriosas». Las experiencias de su Hijo y las que ella vivió como madre a su lado, siempre las recordó y meditó en su corazón. Desde entonces ella ha sido y sigue siendo la memoria de la Iglesia.

De acuerdo con las palabras de su santidad, María es la memoria de la iglesia. En su vida tuvieron lugar, entre otras cosas, la anunciación, la presentación de Jesús en el templo y el hallazgo de Jesús entre los doctores. Si el evangelio nos dice que ella todo lo guardaba y meditaba en su corazón, significa que ella componía su oración con estos acontecimientos. Es como si ella rezara su rosario, un rosario sin cuentas, volviendo siempre a lo importante en la vida de su Hijo y en su propia vida. María no podía olvidar el primer acontecimiento de gran importancia en su vida, que fue la anunciación, ni tampoco los demás acontecimientos gozosos, ni aquellos que se relacionaran con la pasión y la resurrección de su Hijo. Y esa fue su oración.

Si rezas el rosario oras como María, eres como una imagen de la madre de Dios. La imitas en guardar y meditar los misterios del Hijo y de la Madre. Ella es la memoria de la Iglesia, nuestra memoria sobre aquellos acontecimientos que deben ser para nosotros algo vivo. Al meditarlos entras en contacto con esos misterios, y así se convierten en canales de gracia para ti. Enamorarse del rosario significa enamorarse del evangelio, enamorarse también de María y de todas las cosas que ella guardaba y meditaba en su corazón, aquellas que fueron el contenido de su vida.

El hombre de la oración continua

Vito de Larigaudie fue un extraordinario hombre de oración. Fue un hombre del que podría pensarse que Dios nada le negó, un gran descubridor de continentes, que hizo el primer viaje en automóvil de Francia a Indochina. Líder de la juventud francesa, fue un hombre que amó a Dios de todo corazón, y de ahí que supiera también amar a sus semejantes y al mundo. Bajo su fotografía había una elocuente inscripción: «Una santidad sonriente». Su religiosidad se caracterizaba, ante todo, por la aprobación y admiración del mundo creado por Dios, esta era su constante oración de fe. Y es que, si se ama a Dios, tiene que amarse también al mundo creado por él. «Todo -escribió en sus apuntes- tiene que ser amado: la orquídea que inesperadamente florece en la selva, la belleza del corcel, el gesto del niño y el sentido del humor, o la sonrisa de la mujer. Hay que admirar todo lo que es bello y saber distinguirlo aunque esté enlodado, y elevarlo hasta Dios». Naturalmente que todo eso no significa que en su vida no hubiera luchas y sacrificios, que su fe no se viera sometida a pruebas y que no tuviera que tomar decisiones valientes; porque la santidad no puede ser algo fácil. «Sentir en la profundidad de uno mismo toda la suciedad y el hervir de los instintos humanos y saber mantenerse por encima de todo ello, no hundirse, andar por encima, como se anda por un pantano seco; dejándose llevar por la singular ligereza que dimana de la presencia de Dios»...

«Era seguramente una mestiza, tenía unos hombros preciosos, y esa belleza salvaje de los mestizos de labios gruesos y ojos enormes. Era bella, enloquecedoramente bella. En realidad se podía hacer solamente una cosa... Pero no la hice, salté sobre el caballo y huí al galope, llorando de desesperación y de rabia. Confío en que en el día del juicio, si me faltara algo para podérselo ofrecer a Dios, le ofrecería ese ramillete de besos que, por el amor que siento hacia él, no quise conocer».

La castidad es posible si está edificada sobre los cimientos de la oración... «Es factible, bella y enriquecedora, a condición de que se base en el principio del amor positivo, vivo y pleno de Dios; ya que únicamente ese amor puede satisfacer la inmensa necesidad de amor que tiene el corazón del hombre».

Vito de Larigaudie amaba la aventura, el baile y el canto. Era un magnífico nadador y esquiador. Acogía todas las alegrías, pero todo lo que vivía estaba saturado del ritmo de su conversación, llena de fe, con Dios. «No podían entender las bellas extranjeras -confiesa- que incluso al sonar la música más apasionante mi corazón seguía marcando el ritmo de la oración, y que aquella oración era más fuerte que su belleza y encantos». En su oración por la belleza rogaba: «Dios mío, haz que nuestras hermanas, las muchachas, tengan cuerpos armonio-

sos, sean sonrientes, se vistan con gusto; haz que sean sanas y que sus almas se mantengan puras; que sean la pureza y el encanto de nuestra difícil vida. Haz que sean sencillas con nosotros, maternas, que no sean falsas ni coquetas. Haz que nada malo se interponga entre nosotros, y que seamos, los unos para los otros, fuentes de enriquecimiento y no de pecados».

«Entre Tahití y Hollywood -señala seguidamente-, en las playas de coral, en las cubiertas de los vapores, al danzar tuve entre mis brazos a las mujeres más bellas de este mundo. No tenía la intención de arrancar aquellas flores que ansiaban ser conquistadas, pero no renuncié a todo ello por razones humanas, sino por un amor, el amor a Dios». al hablar de la eucaristía confesó: «La sagrada comunión de cada día fue para mí como lavarme en el agua de vida; como la comida nutritiva antes de seguir el camino de la vida; como una mirada llena de ternura, que provoca confianza y valentía. Pasé por el mundo como por un jardín amurallado, busqué aventuras en los cinco continentes, sin embargo, permanezco encerrado; pero llegará el día en que entonaré el canto del amor y del júbilo; se apartarán todos los obstáculos y alcanzaré la eternidad».

¿Cómo era la oración de fe de ese santo de nuestros tiempos?... «Al ver la película más miserable -escribió-uno puede rezar por los actores, el director, los comparsas y el público que se divierte y aburre; por el vecino de la butaca de la derecha o de la izquierda. Cuando se actúa así, se consigue algún provecho». Vito de Larigaudie era -hubiera dicho Chesterton- un hombre de carne y hueso con sus dificultades también en la oración. «A veces hay horas difíciles -confiesa- en las que la tentación de pecar atenaza con tanta fuerza el cuerpo que únicamente de una manera mecánica, casi sin separar los labios, y casi sin creer, somos capaces de decir: "Dios mío, a pesar de todo te amo, pero ten compasión de mí". Y hay anocheceres en los que, sentado en un lugar apartado de alguna iglesia, sin poder ni siquiera orar, no hago nada más que repetir esta frase, aferrándome a ella como el náufrago a una tabla: A pesar de todo te amo, Dios mío, pero ten compasión de mí"».

A Dios se le puede decir lo mucho que se le ama hasta con los actos más insignificantes. Como dice Vito de Larigaudie: «Se le puede relatar cantando la vida pasada y los sueños del futuro. Todo esto se le puede decir a Dios; y se le puede decir bailando bajo el resplandor del sol en una playa, o deslizándose en esquíes por la nieve. Siempre se puede tener a Dios cerca, como compañero y como confidente de nuestros secretos. Tan acostumbrado estoy a la presencia de Dios, que en lo profundo de mi corazón siempre tengo una oración que está a punto de añorar a los labios. Esa oración tampoco se interrumpe por el bamboleo del tren, o por el ronroneo de la hélice del barco cuando estoy medio dormido. No se interrumpe ni cuando se estremecen el cuerpo o el alma, ni cuando me rodea el ajetreo febril de la ciudad o mi atención queda absorta por una ocupación, muy interesante. En alguna parte de la profundidad de mi ser hay aguas infinitamente puras y tranquilas. No pueden afectarme, pues, las sombras o los remolinos que aparecen en la superficie... Toda mi vida fue una gran búsqueda de Dios, en todas partes y a todas horas, en todos los lugares del mundo busqué sus huellas. La muerte será sólo como soltarme milagrosamente de la cadena que me tiene atado y el fin de una asombrosa y estupenda aventura; será la consecución de esa plenitud que siempre perseguí».

Capítulo 15

El amor como realización de la fe

Durante su ascensión, Cristo aseguró que estaría con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cf Mt 28,20). En la Iglesia permanece en los sacramentos, en particular en la eucaristía, la cual nos hace presente su obra salvífica. También permanece en la Palabra, la cual dirige incesantemente a cada uno de nosotros. Así mismo, en nuestros semejantes, con quienes él se identifica: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). Gracias a la presencia de nuestro prójimo, la vida cotidiana se convierte en un reto para nuestra fe, porque es la fe la que nos permite ver a Dios en el prójimo.

La fe «actúa por la caridad» (Gal 5,6), y en el amor encuentra su plena vida e invita a la convivencia, a la «comunidad» con Dios y con los hermanos. Dios te revela su amor (ágape), que recibes a través de la fe, para luego derramarlo sobre los demás. El abandono en Dios por medio de la fe adquiere en el amor el carácter correcto y la dimensión de un don recíproco (Juan Pablo II).

El eros y el ágape

Existen dos tipos de lazos entre los seres humanos, que dan dos tipos de grupos o dos tipos de comunidades que nacen de dos concepciones diferentes del amor. La primera, la concepción antigua, que nos transmitió Platón, define el amor con la palabra eros, mientras que la segunda concepción, la presentada por el cristianismo, define el amor con la palabra griega ágape. Existen, pues, el eros y el ágape, dos formas de amor que sirven de base a dos clases de vínculos entre los humanos, dos formas de hacer comunidad. El eros de Platón es el amor que ama lo que considera digno de ser amado. Se trata del amor emocional. Si alguien o algo te gusta, por ejemplo, por su apariencia bonita y estética, o porque se trata de alguien simpático, o porque es para ti algo placentero; si te sientes a gusto con alguien o con algo, o te complace poseer algo, estás sintiendo los efectos del eros platónico, es decir, de algo que sale de tus sentimientos naturales. Amas algo que te produce placer, algo que te hace sentir bien. Ese amor es egocéntrico, porque siempre se trata de ti, de que tú sientas algo agradable.

Es muy fácil desorientarse y confundir ese eros platónico con el amor verdadero, que es el que debería existir entre las personas. Y es por esa razón por la que la iglesia predica, de manera tan insistente y decidida, otro amor. El amor cristiano se proclama en el célebre himno del amor de san Pablo: «i.e. amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, no es presumido ni orgulloso; no es grosero ni egoísta, no se irrita; no toma en cuenta el mal; (...) Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera» (1Cor 13,4-7). Ese amor, en la lengua original griega, es definido con la palabra ágape.

En la concepción cristiana. Dios es el Ágape; es el amor que desciende hasta el hombre y ama lo que no es digno de recibir amor. Se trata de un amor espontáneo, que por sí mismo se da, porque es amor. el ágape es el amor desinteresado que arrebató al hombre. A nosotros, a veces, nos parece que hay que agradar a Dios, que debemos hacer méritos para conseguir su amor. Pero él te ama, porque tú eres su hijo, y no por que seas digno. el ágape es el amor creador, un amor que te ama no porque seas digno de ser amado, sino para que llegues a ser digno de ese amor. i.e. ágape desea crear en ti el bien, un bien cada vez mayor. Cuando alguien recibe gracias especiales de Dios, se asombra de haberlas obtenido; sin embargo, el amor-ágape desciende a los indignos, desciende a todos nosotros, porque todos somos indignos y todos necesitamos ese amor creador que genera el bien.

i.e. drama de Dios, que es amor, consiste en que no puede derramar su amor plenamente; en que no puede inundar el alma humana, a la que ama sin medida. Dios busca constantemente ese corazón en el que pueda derramar su amor inconmensurable. Para una madre que ama a su hijo, por feo que sea, este siempre será el más bonito de los niños, porque es su hijito. No es, pues, importante cuántos defectos puedas tener; es posible que tengas muchos, es posible que te sientas abrumado por ellos, y es posible que ya no puedas soportarlo. Pero Dios quiere llenarte con su amor, quiere ir creando en ti el amor, quiere descender hasta ti, para hacer de ti, de un pecador indigno, una obra maestra de su amor.

El amor-ágape que desciende hasta ti desde las alturas, desde Dios, y que recibes a través de la fe, no puede quedar encerrado en ti. El amor, siendo un bien, tiene que derramarse, tiene que difundirse. El Ágape es Cristo, quien vive en ti y quien, a través de ti y en ti, quiere amar a los demás. El hombre obsequiado con el amor-ágape, con el amor desinteresado, empieza a amar, o mejor dicho, Cristo, que está en él, empieza a amar a los demás. El ágape, es el amor que surge de la voluntad deseosa de dar el bien a los demás, y no el que nace de las emociones. Los vínculos humanos que nacen de ese amor son tan fuertes que perduran más allá de la muerte. No importa cómo pueda ser el otro, feo o guapo, desagradable o simpático, lleno de defectos y pecados o sin ellos; lo importante es que el amor quiera amarlo para que pueda irse convirtiendo. Ese amor, el ágape, que crece en ti como resultado de que Cristo descendió a tu corazón, se manifiesta con frecuencia en pequeños detalles, en gestos, en miradas. Es muy importante que repartas ese amor con el calor de tu mirada, con tu aceptación, con tu admiración y con tu acogida afectuosa a tu prójimo.

El papel de los sentimientos

i.e. ágape no es solamente un amor creador, es también un amor que une y crea la comunión, la comunidad humana. El contacto entre las personas sucede, con frecuencia, en la esfera de los sentimientos, es decir, en la esfera del eros, del amor emocional. Básicamente hay tres variantes en las relaciones emocionales: en la primera, las relaciones son regidas por sentimientos positivos, como cuando alguien es para ti entrañable, te sientes a gusto con él, le tienes afecto y quieres estar con él. Esos sentimientos positivos podemos experimentarlos tanto en la relación con Dios como con otras personas. Puedes sentirte, por ejemplo, bien con Dios. A veces alguien se apasiona por

el contacto con Dios durante horas, durante días, e incluso durante meses. Los sentimientos positivos están en condiciones de inundar el alma humana.

En la segunda variante, los sentimientos positivos desaparecen, y surge una especie de vacío emocional, nada te atrae en una determinada persona. Eso puede producirse de manera repentina o manifestarse progresivamente. Desde el punto de vista psicológico, se puede hablar de una cierta desintegración emocional. Y puede existir una tercera variante, la más difícil, cuando aparecen los sentimientos negativos. Por ejemplo, en forma de aversión, la cual puede sentirse tanto en la relación con los demás como con Dios. El sentimiento de aversión hacia Dios tiene lugar con frecuencia durante los períodos de purificación. Puede ser que algo te «expulse» en esos momentos de la Iglesia, puedes sentir aversión por la reconciliación o por la santa comunión, y puedes tener dificultades para orar. De la misma manera, pueden aparecer los sentimientos negativos hacia otras personas. De pronto, alguien que fue para ti entrañable, o que fue tu amigo, empieza a irritarte y sientes rechazo hacia él.

Los vínculos humanos basados en los sentimientos positivos son algo natural. Ese tipo de sentimientos y de lazos pueden nacer en cualquier grupo humano, incluso entre los delincuentes. Puede tratarse, por ejemplo, de una banda que se une solidariamente para lograr sus fines. Puede tratarse, asimismo, de grupos de amigos. Cuando con frecuencia optas por la compañía de aquellos con los que te gusta hablar, y los demás no te interesan, te estás dejando llevar por el eros platónico, por el amor egocéntrico. A veces podemos encontrar personas que se entienden perfectamente sobre la base de los vínculos naturales, de intereses comunes, sin embargo,

los sentimientos positivos naturales son algo muy inestable. Pueden manifestarse, por ejemplo, en los comienzos del matrimonio, y posteriormente desaparecer. ¿Y qué sucede cuando desaparecen? Surge la crisis provocada por un creciente vacío emocional lo cual es muy difícil de soportar. En lo que concierne a tu actitud frente a Dios, eso se manifiesta en una especie de aridez, no sientes nada en el contacto con Dios; nada te atrae a la oración, a la reconciliación, a la eucaristía. La misma situación surge cuando desaparece el sentimiento que se tenía por otra persona, cuando de pronto algo deja de atraerte en la persona que antes era para ti entrañable. En esos casos surge un cierto vacío hacia los amigos y conocidos.

Y por último, puede suceder la situación más difícil, cuando se siente aversión hacia Dios, o hacia otra persona. En esos casos hace falta, a veces, una actitud incluso heroica para sobreponerse. Cuando desaparece, se quebranta o, al menos, disminuye el vínculo natural, precisamente entonces surge la oportunidad de que aparezca el vínculo sobrenatural.

En el matrimonio puede darse la situación de que la pareja es tan armoniosa que se asemeja a dos mitades de un todo, que cuando se juntan encajan a la perfección. Desde el punto de vista de la fe, ese no es el ideal. Se trata únicamente de una armonía puramente natural, de sentimientos positivos. No es ese el amor cristiano, el ágape. En tal relación puede no haber ni pizca de amor ni de relación sobrenatural. Lo mismo ocurre en el caso de los niños en la familia. Los niños no tienen por qué encajar con plena armonía, y no se trata de que no haya problemas con ellos. De lo que se trata es de que intenten amarse a pesar de sus defectos y diferencias, y no de que encajen perfectamente unos con otros.

La crisis de los vínculos naturales

Toda comunidad, tanto la matrimonial como las de amigos o cualquier otra, si se basa exclusivamente en los vínculos naturales, no tiene mayores probabilidades de subsistir y algún día, tarde o temprano, tiene que desintegrarse o pasar a un nivel superior en su existencia. Desde el punto de vista de la fe, se puede decir que es bueno que en nuestra vida se manifiesten crisis de esa naturaleza. Es bueno que de pronto alguien nos sea menos simpático, menos agradable, porque en esto hay una gracia extraordinaria. La llamada de Cristo a vivir el evangelio adquiere en esos momentos una especial actualidad. Eso sucede, asimismo, en la relación con Dios durante la purificación, que a veces es muy violenta. Y es entonces cuando no sientes afecto por Dios, cuando te parece que no lo amas, cuando hay algo que hace que sientas rechazo por él; pero tú, a pesar de todo, tratas de seguir siéndole fiel. Cuan valiosa es entonces la reconciliación, precisamente cuando no tienes ganas de hacerla; cuan valiosa es entonces la eucaristía, porque nada te empuja hacia ella, pero tú vas; porque sabes que él, Cristo, que te ama, está allí y te espera.

Tu ofrenda crece en la misma medida en que te faltan los vínculos naturales, porque es mayor el esfuerzo que pones en ello. Qué bueno es que por no encajar bien entre las personas aparezcan las crisis o haya malentendidos entre los cónyuges, o los niños se peleen a veces; porque precisamente por esas grietas, por esas hendiduras, puede nacer el vínculo y el amor sobrenatural. Ese amor es obra de Cristo, y si se desarrolla, garantiza la subsistencia del vínculo por siempre. Solamente ese amor es fuerte, porque tiene la fuerza de Cristo. El matrimonio con la fuerza de Dios, es el que ya ha sufrido la fase de la desintegración y ha sabido reintegrarse en un nivel superior. Bienaventurado sea todo aquel que ha vivido momentos difíciles con Dios y no lo ha traicionado, sino que ha seguido siéndole fiel, porque ha sido entonces cuando su amor, «en verdad», ha echado raíces.

En todo esto hay una gran esperanza, sobre todo para aquellos que se afligen porque sienten que a veces lo pasan muy mal. El prójimo a menudo no es fácil, parece hacer todo lo posible para que nos apartemos de él. Pero es precisamente entonces cuando este prójimo te está ofreciendo una gracia especial, porque trae consigo la llamada a que superes los vínculos naturales y establezcas los vínculos sobrenaturales; sólo entonces llegarás al ágape. Desde el punto de vista de la fe, las personas que menos nos agradan son para nosotros las más valiosas. Ellas son las que te ofrecen la mayor oportunidad para que definas tus actitudes y para que puedas convencerte de que amar no significa lo mismo que sentir afecto.

Permitir que Cristo ame en nosotros

Un rasgo específico del amor cristiano es su cristo-centrismo, en el doble sentido de la palabra. En el primer sentido, Cristo es el modelo supremo y único del amor. Has de amar como él. «Os doy un mandamiento nuevo:... Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34). Pero para que puedas amar como Cristo, tienes que ir descubriendo su imagen a través de la fe, esa imagen que se manifiesta en la Palabra revelada. No basta con conocer teóricamente la figura de Cristo. A medida que vaya creciendo en ti la fe,

irá creciendo el amor, irá creciendo el vínculo existencial con Jesucristo, el ideal del amor. Conocerás al modelo del amor que es Cristo, y desearás amar como él amó, hasta el extremo. Lo desearás a través de la fe, porque la fe te permite escuchar con atención la Palabra revelada y adherirte a la persona de Cristo. Así mismo, a través de la fe, irás asimilando sus ideas y deseos, pensarás como él, desearás como él y como él amarás.

En el segundo sentido, el amor cristiano es el amor de Cristo en nosotros. El es nuestro camino, verdad y vida. Es aquel que piensa, ora, vive y ama en nosotros con su amor. Del grado de fe que tengas, y que te permita participar en la vida de Dios, depende el nivel de tu amor. La imitación de Cristo no es tanto la imitación superficial de sus actos cuanto adherirse a su persona a través de la fe; de manera que su voluntad sea nuestra voluntad y su vida en nosotros se manifieste continuamente en nuestra vida. Abandonarse a Cristo a través de la fe significa recibir el amor de él, que desciende hasta nosotros; significa permitir que él nos ame, y que pueda amar a los demás en nosotros y a través de nosotros. La fe permite adherirse a Cristo, permite abandonarse a él, de manera que esa fe se convierta en un todo con la confianza y con el amor. La fe, que penetra la totalidad de la existencia cristiana, contiene en sí la esperanza y el amor, como dos formas de realización de la propia fe.

Amar a alguien por quien sentimos aversión no es fácil. Por eso debemos abrirnos a Cristo, y, ante la ola abrumadora de sentimientos negativos, sentirnos impotentes como los niños. En nosotros tiene que aparecer la actitud del niño, del niño impotente ante los asuntos que se relacionan con Dios y con los hombres, con el ambiente y con la realidad que nos rodea. Lo que nos permitirá pasar al amor-ágape es solamente la actitud de fe confiada, que espera el milagro de que Jesús vendrá y amará en nosotros a los demás; incluso a aquellos por los que no sentimos simpatía.

A fin de cuentas, en las situaciones en las que nacen y crecen en nosotros los sentimientos negativos, o, al menos, desaparecen los sentimientos positivos, es cuando nos damos cuenta de que solamente Cristo es capaz de amar en nosotros. Nuestra voluntad debe sentirse libre de los sentimientos, o, al menos, debería tender a alcanzar esa libertad. Nuestra libertad es precisamente Cristo. Su presencia en nosotros nos aporta la conversión, nos libera, nos obsequia la gracia, y, por consiguiente, también la libertad. Pero esa presencia se realiza sólo en la medida en que somos pequeños e impotentes, porque solamente así estamos en condiciones de recibir y de dar el amor de Jesús a través de la fe. En este sentido, la dificultad en nuestras relaciones con los demás es una oportunidad de recibir la gracia y el amor especial de Jesús, quien viendo lo impotentes que somos ante nuestros sentimientos, desciende hasta nosotros como el Ágape divino.

Cristo al descender hasta tu corazón quiere amar, quiere darse a los demás y desear su bien. Quiere amar cada vez más, y, en ti, desear para los demás el mayor bien; lo que a la luz de la fe significa desear su santidad. Cuando amas a alguien de manera que solamente te preocupas por sus asuntos materiales, por sus asuntos temporales, debes ser consciente de que, en realidad, te falta el auténtico amor. No basta la atención a los problemas de la vida temporal: de la educación, de la salud y del bienestar; sólo puedes amar auténticamente cuando tú mismo anheles la santidad y cuando anheles ir inculcando ese deseo a los demás.

No se puede amar al hombre sin amar a Dios

De esa verdad que dice que Cristo ama en nosotros al prójimo resulta que no se puede amar al hombre sin amar a Dios. Tú solo no eres capaz de amar, es Cristo quien ama en ti. Al amar a Cristo abriéndote a él, abriéndote a la venida del Ágape divino, permites que él te ame y que en ti ame a otras personas. Tu proceso de apertura a que Cristo venga a ti, tanto en los sagrados sacramentos como en la oración, te permite amar a los demás. En la medida en que aceptas a Cristo, en la medida en que le permites abarcarte, puedes darlo a los demás. Amar a otro hombre significa darle a Cristo. Pero no se puede dar lo que no se tiene. Cuanto más amas a Dios y lo recibes en este amor, cuanto más le permites vivir en ti y actuar en ti, tanto mayor es tu capacidad de amar a los demás.

Amar significa darse, dar el bien a los demás. Pero no basta con dar bienes materiales. A la luz de la fe son más importantes los bienes espirituales. Si no se los das a tus seres queridos se produce un cierto «robo» espiritual, un cierto «perjuicio» espiritual. Ellos tienen derecho a esos bienes. Los que te rodean tienen derecho a que tú, creciendo en la gracia santificante y en la aspiración a la santidad, te conviertas para ellos en un canal puro de gracias. Tu crecimiento en la santidad, a la luz de la fe, se convierte en el don más precioso que puedes ofrecer a tus seres queridos. Tienes que cuestionar tu amor, tienes que colocarte en la verdad y preguntarte si de verdad amas. Con seguridad estás absolutamente convencido de que amas a tu hijo porque no te preocupas solamente de sus asuntos temporales, sino que también oras por él. Pero el valor y la eficacia de tu oración no dependen de ¡os sentimientos, sino del grado de la gracia santificante, del grado de tu fe y amor a Dios. Si no hay en ti vida interior, si no hay en ti crecimiento de la fe y del amor divino, te conviertes para quienes te rodean en un «ladron» en el sentido espiritual.

Una madre que practica un cristianismo «tibio», y por tanto no se adhiere a Cristo a través de la fe, debe ser consciente de que, al no amar a Cristo, tampoco ama a su hijo. Al no recibir ella la sagrada comunión, priva también a su propio hijo de gracias especiales. Aunque ese hijo sea para ella un tesoro, de manera inconsciente le roba las gracias que fluirían hasta él a través de las comuniones de ella. Cada participación en la eucaristía, cada participación en el sacramento de la reconciliación, cada recepción de otros sacramentos y cada oración basada en «el sistema de vasos comunicantes», es decir, en nuestra estrecha y múltiple vinculación con el cuerpo místico de Cristo, siempre es un donar el bien a los demás. Amas a tu cónyuge, a tu hijo o hija, a tus padres y a otras personas, más o menos entrañables, en la medida en la que te vuelves hacia Dios; en la medida en que aspiras a la santidad y permites que ya no seas tú quien viva, sino que sea Cristo quien viva en ti.

Él, el único amor y el único bien, desea amarnos sin límites y busca continuamente a las almas sobre las cuales pueda derramar su inconmensurable amor. No se puede amar al hombre sin amar a Dios. Únicamente los santos, aquellos que se abrieron plenamente a Cristo y en los que Cristo puede vivir y amar a plenitud, aman de verdad al prójimo.

Encontrar la autorrealización en Cristo

Si te vas abriendo a Cristo a través de la fe, él se vuelve tu «camino, verdad y vida» (cf Jn 14,6); él empieza a mostrarte tu «yo» ideal, al mismo tiempo que lo va realizando. El mismo va llevando a cabo tu autorrealización.

La psicología habla del «yo» ideal y del «yo» real. Cada uno de nosotros lleva dentro una imagen de lo que quisiera ser, de la persona cuya imagen y semejanza quisiera realizar en su interior. Estos deseos reflejan un «yo» ideal. En cambio, el «yo» real puede resultar a veces tan repulsivo que provoca enojo y hasta rabia. Esta actitud no es correcta. Sin embargo, demuestra que el hombre no quiere ser tal como es, sino que tiene un «yo» ideal, desea ser diferente, desea autorrealizarse más.

En un hombre creyente la imagen del «yo» ideal irá perfeccionándose en la misma medida en que vaya desarrollándose su vida interior, es decir, su identificación con Cristo. El proceso de conocer a Cristo y de adherirse a él suscita el deseo de identificarse con él; así Cristo se convierte en tu ideal como persona, en tu «yo» ideal. Tu crecimiento en la fe y en la gracia es el resultado de que Cristo te concede una luz cada vez mayor y se te revela cada vez más plenamente; permitiendo que tu «yo» ideal sea cada vez más claro. También él mismo fortalece tu voluntad para que puedas ir formando tu «yo» real, según el «yo» ideal. Ya que todos estamos predestinados a «reproducir la imagen de su Hijo» (Rom 8,29), en verdad sólo Cristo puede ser nuestro ideal. Por eso, en la medida en que la imagen de tu «yo» ideal se va acercando a la imagen de Cristo, tú te vas acercando a la verdad; Cristo mismo se vuelve tu camino y verdad.

Viviendo en la verdad y respondiendo a la llamada de Dios al amor, se va efectuando nuestra autorrealización. No se puede hablar de amor sobrenatural fuera de la vida en la verdad, porque este amor es el amor del mismo Cristo en nosotros. Él vive en mí, en la medida en que yo, viéndome en la verdad, es decir, conociendo mi debilidad, lo llamo y quiero que él mismo sea mi vida.

El hombre por sí mismo no es capaz de ningún bien sobrenatural. La Iglesia no dice que la naturaleza humana sea corrupta, pero deberíamos aceptar que por nosotros mismos no somos capaces de hacer el bien; que no somos capaces de amar; que no somos capaces de responder a esta llamada de Dios, tan extraordinariamente difícil; sobre todo la llamada a amar al prójimo, que en algunos casos requiere hasta de heroísmo. Cristo hablando con el joven rico dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios» (Me 10,18). Todo lo que hay de bueno en nosotros proviene de Dios; «¿Qué tienes que no lo hayas recibido?» (I Cor 4,7).

Cuando en nuestra relación con los demás todo va bien, no vemos la necesidad del heroísmo. Pero en ocasiones la relación con el prójimo es tal que sin heroísmo nos quedaría sólo la negación del amor. Amar al enemigo requiere de un amor heroico. Esta es una situación extraordinaria, pero también, en condiciones menos dramáticas, Dios varias veces nos llamará a un amor que nos puede costar mucho. Entonces entenderemos que no somos capaces de amar y nos será más fácil comprender el profundo sentido que tienen las palabras de Cristo: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» fin

15,5). Sin Cristo no podemos hacer nada; nuestra vida es Cristo. Sin él, somos como el sarmiento, que se seca cuando

258

259

es separado de la vid. El hombre no puede realizarse sin Cristo.

Nuestra autorrealización se va haciendo en la medida en que nos vamos abriendo a Cristo, en la medida en que dejamos que sea él mismo quien ame en nosotros, él mismo quien viva en nosotros. Si te abrieras plenamente a Cristo, podrías repetir lo que dijo san Pablo: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Y Cristo realmente tiene este deseo tan extraordinario: quiere amar con el amor apropiado a cada uno de nosotros; quiere tener tantos rostros cuanta gente hay en la tierra.

La Iglesia enseña que sin la cruz no hay amor; para que yo pueda amar al prójimo, mi «yo» tiene que ser crucificado. Pero yo no puedo aceptar esto sin la gracia. Solamente la gracia puede hacerme capaz de ello. La gracia actúa de tal manera que el mismo Cristo se incorpora a mí «quiero», a mi decisión humana: «quiero amar, quiero elegir el bien». «Pues Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece» {Flp 2/13}.

Nuestra voluntad, gracias a la cual podemos escoger el bien y el amor, es débil. La voluntad del hombre es demasiado débil para elegir lo que es difícil, aquello que requiere renunciar al egoísmo. Si alguien no lo ha experimentado todavía, seguramente algún día verá que de verdad no es capaz de amar, no es capaz de morir a sí mismo. Y la verdad es que se llega a ser hombre pleno sólo a través del amor.

El amor es un acto de la voluntad, es nuestro deseo de obsequiar con el bien a los demás. Pero este deseo en cada uno de nosotros tiene diferentes grados. Por ejemplo, mi «quiero» amar es sólo de un «10%», esto es poco, esto no es suficiente para crear armonía entre los hombres; ni para el proceso de la integración de las personas. Esto no basta para amar como Cristo amó. Sin embargo, mi «quiero» puede ser intensificado cada vez más por la gracia de Cristo, hasta tal punto de querer realizar el «mandamiento nuevo»: «Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34). Ya no en un «10%», sino en un 70%, o incluso en más. Si es así, la misma vida de Cristo se revela en nosotros.

Cristo, al incorporarse a mi «quiero», y de este modo a mi «yo», no obra alienación de mi personalidad. Al contrario, precisamente gracias a eso se va efectuando mi autorrealización, la autorrealización en Cristo. Cada uno se realiza a sí mismo sólo cuando ama. Yo puedo realizarme sólo gracias a los que amo. Así es la economía divina, y tal es mi estructura psíquica. Nadie puede realizarse a sí mismo sin que haya en él una referencia a otra persona. Sin esta referencia nunca puede llegarse a la plena autorrealización.

Cristo no nos aliena. Descubrir a Cristo en los demás no disminuye en nada el valor del prójimo. Amando a Cristo, al mismo tiempo amamos al prójimo. Es gracias a Cristo como el prójimo empieza a atraernos, puesto que lo vemos cada vez mejor, cada vez más digno. Cristo, al incorporarse a nuestra voluntad, hace que deseemos cada vez más el bien y que este bien vaya aumentando en nosotros sin que deje de ser suyo. Aunque al responder a la gracia se volvió nuestro bien, al mismo tiempo sigue siendo el bien de

Cristo. Cristo se incorpora a nuestra vida de una manera tan perfecta que es él quien ama al prójimo con nuestro amor, y nosotros amamos con su amor. Aquí no existe ninguna separación ni alienación; al contrario, gracias a que Cristo está en mí, me autorrealizo, amo y crezco en el amor.

Si Cristo llega a ser mi «yo» ideal, entonces se está efectuando mi autorrealización y, al contrario, cuando

260

261

peco, cuando digo «no» a Cristo, estoy robando a mi propio «yo», disminuyo la posibilidad de autorrealizarme. El pecado y el estar cerrado a Cristo me alienan. El cerrarme a Cristo me produce tristeza, depresión, enfado; y sin embargo no quiero estar así, no es así mi «yo» ideal. Cristo es el «yo» ideal, mío, tuyo, de todos nosotros; porque él quiere tener todos los rostros. Al mismo tiempo es él quien realiza este «yo» en cada uno de nosotros. Esta realidad maravillosa confirma las palabras de Cristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Tenemos que volver continuamente a estas palabras, puesto que no se puede hablar de la autorrealización en Cristo sin vivir en la verdad.

Cristo dijo sobre sí mismo: «Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37). Dios es sensible a la verdad de una manera muy especial. Viéndolo humanamente se puede decir que la verdad es «el punto débil» de Dios. Si quieres asemejarte a Cristo no debe haber en ti hipocresía. Cristo, que es la misma verdad, es inflexible ante la falsedad, y también ante el orgullo, el cual nos hace apropiarnos de lo que él mismo obra en nosotros. Cuanto mayores son las gracias de las que nos apropiamos, tanto mayor resulta nuestra estupidez. Dios, para defendernos de esto, tiene que limitar sus gracias.

La humildad es el fundamento de nuestra autorrealización; ella es tan importante porque Dios está dispuesto a darlo todo al hombre que no se apropia de nada. Si vives en la verdad y reconoces que sin Cristo no puedes nada, es como si lo llamaras: ven y vive en mí..., y sólo entonces Cristo viene.

Para no apropiarte de lo que Cristo obra en ti, procura decir con frecuencia: «Jesús, gracias a ti me autorrealizo;

gracias a ti, mi cónyuge es tan atractivo; gracias a ti, las personas que trato son tan buenas». Esta será la expresión de la humildad. Todo lo que admiro en el prójimo pertenece a Cristo, y al mismo tiempo al prójimo. Sería una ilusión considerar que el bien sobrenatural de alguien, por sí mismo, sea digno de admiración. Algún día, cada uno se dará cuenta de lo débil y pecaminoso que es. No obstante, Cristo quiere hacer de ti una obra maestra, que provocará la admiración de los demás y entonces, te irás autorrealizando y, a la vez, Cristo estará realizándose en ti.

En cada uno de los santos se realizó la Imagen de Cristo de una manera diferente. Es algo extraordinario que tengamos santos tan diferentes. Por ejemplo, santa Eduvigis, reina de Polonia, era modelo de elegancia, fascinaba no sólo por su gusto estético y delicado, sino también por su nivel intelectual y espiritual. En cambio, san Benito José Labre murió en la miseria como un mendigo. San Camilo de Lelis en su juventud fue jugador de naipes y bandolero y llevó una vida quizás peor que la de los soldados de la Legión Francesa. Un día, siendo ya alcohólico, vio a un monje, y de repente surgió para

él un rayo de esperanza: "también yo puedo ser diferente", pensó. Más tarde, a causa de una partida de naipes que perdió, se vio obligado a mendigar. Esto era tan humillante que cubrió su cara con un pañuelo; sintió que era una caricatura de hombre y que no se estaba realizando. A raíz de esto nació en él el deseo de cambiar, empezó a soñar con ser un hombre normal, y fue entonces cuando Cristo obró en él su autorrealización; no sólo hizo de él un hombre normal, sino una obra maestra.

Así procede Cristo con nosotros, porque quiere ¡legar a ser todo para nosotros: nuestro amor, nuestro camino, verdad y vida.

262

263

ÍNDICE

Presentación	^
Prólogo	7

PRIMERA PARTE LA VIRTUD DE LA FE

1. La fe como participación en la vida de Dios	13
El conocimiento de la presencia que ama	i5
Las huellas de Dios en el mundo	17
Todo es gracia	19
2. La fe como adhesión a Cristo	26
«Nadie puede servir a dos señores»	27
La voluntad de Dios y nuestra voluntad	32
Demoliendo a la Iglesia	37
3. La fe como apoyo en Cristo y abandono en él	41
Dios como único apoyo	43
La actitud del abandono	48
Abandono en Dios.....	54
El amor celoso de Dios	58
4. Reconocer la propia incapacidad y esperar todo de Dios	60
Bienaventurados sean los pobres de espíritu	60
i.e. poder de Dios necesita de la debilidad del hombre	63

La pobreza de Cristo	66
Reconocer que todo es don	68
La siembra de la desconfianza	72
La pobreza espiritual como actitud del niño	79

Segunda parte El dinamismo de la fe

5. La conversión como dimensión de la fe	89
Feliz la culpa	90
Las consecuencias del mal	92
No se puede conocer a Cristo sin el hombre	94
Qué actitud tomar ante el propio mal	97
El «sacramento de la conversión»	99
Los patronos del sacramento de la conversión	104
La conversión hacia el radicalismo	107
6. La «virtud» del humor al servicio de la fe	112
El jansenismo como un peligro para la fe	113
El humor como «exorcismo».....	115
Las cenizas y el polvo	116
El patrón del humor.....	120
7. Las pruebas de la fe	123
La espera de Dios	124
La fe de Abrahán	126
Las pruebas de la fe en la vida de María	128
Las tempestades de la vida	137
La inquietud que surge de la falta de fe	140
La paz que surge de la fe	143
8. el desierto	147
El simbolismo del desierto	148
«Ojala fueras frío o caliente»	150
El desierto, lugar de despojamiento	153
El desierto es experiencia del amor de Dios	155
9. Los medios pobres y los medios ricos	159
El Jesús pobre	160
Eficacia de los medios pobres	161

La victoria a través de la fe	167
La maternidad espiritual	168
El testimonio de Juan Pablo íl	¡73

Tercera parte La actualización de la fe

10.El bautismo	179
Sumergirse en la muerte y resurrección de Cristo .	180
incorporación al cuerpo de Cristo	184
El sacerdocio de los fieles	191
11. La confirmación	193
El despojamiento, condición para llegar a la ple nitud	194
Los frutos de la confirmación	196
El don del Espíritu para los apóstoles	198
Amar a la Iglesia.....	203
el compromiso del apostolado	207
12. La eucaristía.....	210
La espera de la eucaristía	210
La eucaristía, culminación de la fe.....	213
La kénosis (despojamiento) de Cristo	216
13. La escucha de la palabra divina	219
Actitud ante la Palabra: objeto o sujeto	219
Presencia de Dios en la Palabra	221
Papel de la palabra de Dios en la oración	223
14. La oración como actualización de la fe ...	227
El ejemplo de Cristo	22o
Prioridad de la oración	230
Tipos de oración	234
La oración del hombre pobre.....	238
El rosario de María.....	241
El hombre de la oración continua.....	242
15. El amor como realización de la fe	246
El eros y el ágape.....*	247

El papel de los sentimientos	249
La crisis de los vínculos naturales	252
Permitir que Cristo ame en nosotros	253
No se puede amar al hombre sin amar a Dios	256
Encontrar la autorrealización en Cristo	258

ⁱ Ha creado una nueva escuela de dirección espiritual que cuenta, en la actualidad, con varios centenares de discípulos y seguidores que, normalmente, actúan como directores espirituales del movimiento en todo el mundo.

ⁱⁱ El Movimiento de las Familias de Nazaret fue aprobado por el excmo. cardenal arzobispo de Madrid, don Angel Suquía Goicoechea, como asociación privada de fieles con personalidad jurídica.

Desde la redacción de este prólogo hasta la edición francesa, en marzo de 1993, el movimiento ha tenido gran desarrollo en varios países (en Polonia se han rebasado los diez mil miembros). En el capítulo global de la Iglesia se alcanzan varias decenas de miles.

ⁱⁱⁱ Marcelle Auclair se permitió reunir los textos que integran este «testamento».